

JULIETTE BENZONI

Las Joyas del Templo III



El Ópalo de Sisa Lectulandia

Simon Aronov, conocido como el Cojo de Varsovia, ha encomendado al príncipe veneciano Aldo Morosini, anticuario y experto en joyas antiguas, la misión de recobrar las cuatro piedras preciosas robadas del pectoral del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, lo cual —según la tradición— permitirá al pueblo de Israel recuperar sus tierras ancestrales.

Tras descubrir las dos primeras, la Estrella Azul y la Rosa de York, el príncipe parte hacia Viena, donde se ha citado con Aronov para asistir a una representación excepcional de El caballero de la rosa que tendrá lugar en la Ópera. Al levantarse el telón, cuando las luces se apagan, aparece una joven enmascarada. El Cojo dice a su invitado que ella lleva prendido en el vestido el Ópalo de Sissi, una de la piedras robadas.

¿Quién es esta joven misteriosa, de sangre noble? Para averiguarlo y recuperar la fabulosa joya, el príncipe anticuario viajará a una de las regiones más bella de Austria.

Éste es el tercer volumen de la apasionante serie Las Joyas del Templo, después de *La Estrella Azul* y *La Rosa de York*.

Lectulandia

Juliette Benzoni

El Ópalo de Sissi

Las joyas del templo - 3

ePub r1.1

Malisno 28.12.14

Título original: *Le boiteux de Varsovie. L'Opale de Sissi*
Juliette Benzoni, 1996
Traducción: Teresa Clavel
Diseño de cubierta: Leo Flores

Editor digital: Malisno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

LA MÁSCARA DE ENCAJE

Otoño de 1923

1. Tres días en Viena

Refugiado bajo el gran paraguas de un botones del hotel Sacher, Aldo Morosini, príncipe veneciano y anticuario, cruzó Augustinerstrasse corriendo, pero evitando sumergir en los charcos los zapatos de charol, en dirección a la entrada de los artistas de la Ópera. Acceder por esa puerta era un privilegio de los clientes del célebre hotel cuando hacía mal tiempo. ¡Y vaya si el tiempo era malo! Desde que había llegado a Viena, el príncipe anticuario soportaba una lluvia incesante, persistente, regular, desprovista de violencia pero cuyo ritmo pertinaz empapaba la capital austriaca. Pese a la carta un poco misteriosa que lo había llevado allí, Aldo casi añoraba su querida Venecia, donde sin embargo, y por primera vez en su vida, se aburría desde hacía varios meses.

No es que hubieran dejado de apasionarle los objetos raros y preciosos —en particular las piedras perfectas y las joyas históricas—, pero, desde su regreso de Inglaterra, le costaba horrores recuperar la ardiente curiosidad que lo caracterizaba antes de que Simon Aronov hubiese aparecido en su vida, una noche del año anterior, en las profundidades subterráneas del gueto de Varsovia. Resultaba difícil encontrar a un personaje más enigmático y atrayente que el Cojo. Y todavía más difícil soñar con una sopera de porcelana, por más que hubiera sido hecha en Sèvres para Catalina la Grande, o con un par de morillos venecianos procedentes del palacio Rezzonico que tuvieron el privilegio de calentar las zapatillas de Richard Wagner, después de las peripecias, las emociones y los peligros vividos en compañía de su amigo Adalbert Vidal-Pellicorne durante la búsqueda de un nuevo Grial: las gemas robadas en la noche de los tiempos del pectoral del Sumo Sacerdote de Jerusalén.

Él, Morosini, había tenido entre sus manos ese pectoral convertido en leyenda en la memoria de los judíos y de algunos historiadores, ese ornamento sagrado surgido de épocas remotas con su aterrador cortejo de locura, miseria y crímenes. Un momento inolvidable. La gran placa de oro cuadrada, que Aronov guardaba en su capilla ciega, llevaba las emocionantes huellas de su paso a través de los siglos desde que las legiones de Tito saquearon el Templo. Más sobrecogedoras aún eran las

heridas dejadas por las manos rapaces de los ladrones en las cuatro hileras de tres piedras. De los doce cabujones que representaban las doce tribus de Israel, sólo quedaban ocho, quizá casualmente los menos preciosos. Se habían esfumado el zafiro de Zabulón, el diamante de Benjamín, el ópalo de Dan y el rubí de Judá. Y, según la tradición, Israel no recuperaría su patria y su soberanía hasta que el pectoral completo regresara a su tierra.

Guiados por las indicaciones del Cojo y ayudados también por la suerte, los dos amigos lograron recuperar en nueve meses dos de las piedras fugitivas: el zafiro, tesoro durante tres siglos de los duques de Montlaure, antepasados maternos del príncipe Morosini, y el diamante conocido con el nombre de la Rosa de York, herencia de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, y reivindicado por la Corona inglesa.

A costa, eso sí, de no pocos sufrimientos. Al igual que todo objeto sagrado profanado por la codicia, las dos joyas habían resultado ser igual de maléficas. La princesa Isabelle, madre de Aldo, había pagado con su vida el zafiro, la Estrella Azul. La misma suerte había corrido su último propietario, *sir* Eric Ferráis, riquísimo vendedor de cañones, asesinado —oficialmente al menos— por el antiguo amante de su mujer. En cuanto al diamante, el número de cadáveres sembrados a su paso era ya incontable. ¡Pero qué apasionantes aventuras habían vivido los dos hombres siguiéndoles el rastro! Y era eso lo que Morosini añoraba tan cruelmente desde principios de ese año, 1923, cuyo último cuarto ya había empezado.

Después de las fiestas de fin de año pasadas en su casa de Venecia «en familia», en torno a la Candelaria Aldo se había encontrado prácticamente solo. Su familia —es decir, su tía abuela, la querida marquesa de Sommieres, y Marie-Angéline du Plan-Crépin, prima y lectora de la primera, así como Adalbert Vidal-Pellicorne, arqueólogo de profesión y elevado al rango de amigo fraternal— se había dispersado. Una especie de «sálvese quien pueda» que lo había dejado en compañía de su antiguo preceptor, Guy Buteau, convertido en su apoderado, y de sus fieles sirvientes, Zaccaria y Celina Pierlunghi, que lo habían visto nacer. ¡Y eso justo en el momento en que renacía la esperanza de embarcarse de nuevo en grandes aventuras!

Dicha esperanza había aparecido el 31 de enero en forma de una carta procedente del banco suizo a través del cual el Cojo y sus enviados se ponían en contacto. Por desgracia, aunque contenía una importante letra de cambio y una nota escrita por Simon, el texto resultó de lo más decepcionante: no sólo Aronov no citaba a Morosini, sino que, tras haberlo felicitado brevemente por su «último envío», le aconsejaba «tomarse una temporada de descanso y no hacer nada hasta nueva orden, a fin de dejar que el ambiente se calmara un poco».

A partir del día siguiente, los invitados empezaron a abandonar el palacio Morosini. El primero en partir fue Adalbert, quien, bastante satisfecho en el fondo del entreacto anunciado, decidió inmediatamente embarcar rumbo a Egipto; hacía meses que el fantástico descubrimiento de la tumba del joven faraón Tutankamon y de sus

tesoros le quitaba el sueño. Quería ir a ver aquello con sus propios ojos.

—Así podré pasar unos días con mi querido profesor Loret, el conservador del Museo del Cairo. No lo he visto desde hace dos años y debe de estar muerto de envidia ante los descubrimientos de esos condenados ingleses. Intentaré mantenerte informado.

Y había embarcado en el primer barco que zarpaba para Alejandría, seguido de cerca por la señora Sommieres y Marie-Angéline, para gran desesperación de ésta. Durante todo el mes de enero, Plan-Crépin se había esforzado en sustituir a la incomparable Mina^[1] como secretaria de Aldo y, como estaba desenvolviéndose bastante bien, se había aficionado a las antigüedades y su mayor deseo era quedarse. Desgraciadamente, si bien la anciana dama quería mucho a Aldo, el invierno veneciano, muy húmedo y frío ese año, la estaba afectando en exceso. Padecía en particular de reuma, aunque se esforzaba en disimularlo para no obstaculizar el trabajo de la casa, pero cuando el notario Massaria comunicó a Morosini que el joven que le había propuesto como secretario acababa de regresar y estaba a su disposición, la marquesa ordenó inmediatamente que prepararan su equipaje a fin de ir en busca de un clima más seco. Marie-Angéline protestó:

—Si es en París donde esperamos encontrar el tiempo ideal, cometemos un gran error —declaró, empleando ese plural mayestático que siempre utilizaba cuando hablaba con la señora Sommieres.

—¿Te crees que estoy loca, Plan-Crépin? No tengo ninguna intención de ir a helarme a París.

—¿Escogeremos acaso la Costa Azul?

—¡Demasiada gente! ¡Demasiado cosmopolita! ¿Por qué no Egipto?

—¿Egipto? —refunfuñó Aldo, vagamente frustrado—. ¿Usted también?

—No te lo tomes a mal, pero nuestro querido Adalbert nos ha hablado tanto de ese país durante un mes que ha acabado por tentarme. Y además, el soplo del desierto será mano de santo para mis articulaciones. Plan-Crépin, vaya a Cook a reservar dos camarotes y también dos habitaciones en el Mena House de Gizeh para empezar. Después ya veremos.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Mañana, enseguida..., en el primer barco. ¡Y no ponga esa cara! Con la de cuerdas que ha tocado ya, ahora podrá ejercitarse en el manejo del pico y la pala. Después de sus hazañas como caco escalador, será un cambio.

Dos días más tarde, habían desaparecido, dejando tras de sí una montaña de lamentaciones y un gran vacío absolutamente palpable cuando Morosini y Guy Buteau se encontraron cara a cara en el salón de las Lacas, la estancia donde comían casi siempre. El antiguo preceptor también se mostraba sensible a la súbita desertización del palacio. Al finalizar aquella primera comida, expresó así su impresión:

—Debería casarse, Aldo. Esta gran morada no está hecha para albergar

únicamente a un soltero y un solterón.

—Cásese usted, si es lo que le dicta el corazón. A mí no me tienta la idea.

Luego, tras haber encendido un cigarrillo con gesto indolente, añadió:

—¿No cree que somos un poco ridículos? Después de todo, nuestros invitados sólo llevaban aquí un mes largo, y antes creo recordar que vivíamos perfectamente bien.

Bajo su fino bigote gris, los labios del señor Buteau desplegaron una media sonrisa.

—Nunca estuvimos solos, Aldo. Antes teníamos a Mina. Creo que es a ella a la que más echo de menos.

Morosini cambió de expresión y apagó en un cenicero el cigarrillo que acababa de encender.

—Por favor, Guy, evitemos hablar de ella. Mina, no hace falta que se lo diga, no existía. Era una añagaza, el fruto del capricho pasajero de una chica rica que quería distraerse.

—No es usted justo y lo sabe. Mina..., o más bien Lisa, para llamarla por su verdadero nombre, nunca buscó aquí una distracción. Ella amaba Venecia, amaba este palacio, y quiso vivir aquí.

—Sí, vivir aquí y, disfrazada de sabihonda, examinarme como a un bicho raro a través de un microscopio desprovisto de benevolencia. Su veredicto no me ha sido favorable.

—¿Y el suyo, ahora que la conoce con su aspecto real?

—¡Qué más da! ¿A quién quiere que le interese?

—A mí, por ejemplo —dijo Buteau sonriendo—. Estoy convencido de que es la mujer que le conviene.

—Eso es cosa suya, pero como yo no opino lo mismo lo mejor es olvidarse del asunto. Más vale que nos vayamos a dormir. Mañana tendremos que poner al corriente al joven Pisani, y además de eso hay varias citas, así que será un día largo. Si ese muchacho trabaja bien, no tardaremos en olvidar a Mina.

De hecho, nada más verlo, Morosini estuvo seguro de que el nuevo fichaje le iría como anillo al dedo. Aquel joven veneciano rubio, cortés, bien educado, bien vestido y bastante parco en palabras no desentonaría entre los mármoles y los oros de un palacio transformado en tienda de antigüedades de primera clase. Incluso se integró con una naturalidad perfecta, pues sentía auténtica pasión por los objetos antiguos, sobre todo los procedentes de Extremo Oriente. En lo tocante a estos últimos, demostró una erudición que dejó a su nuevo jefe estupefacto cuando descubrió sobre una consola una vasija de celadón del siglo XVIII. Sin siquiera tomarse la molestia de darle la vuelta para buscar el *nien-hao* (el nombre del reinado), Angelo Pisani exclamó:

—¡Admirable! Esta vasija de triple gollete de la época Kien-Long, decorada en relieve con los diagramas talismánicos de las «verdaderas formas de las cinco

montañas sagradas», es una pura maravilla. ¡No tiene precio!

—Pues así y todo yo pienso ponérselo —dijo Morosini—. Pero permítame que lo felicite. El señor Massaria no me había dicho que era usted un sinólogo tan experto.

—Tengo un poco de sangre de Marco Polo por parte de madre —explicó con modestia el nuevo secretario—. Seguramente mi atracción por esa cultura viene de ahí, pero también sé algunas cosillas sobre las antigüedades de otros países.

—¿Y las piedras preciosas y las joyas antiguas? ¿Entiende también de eso?

—Nada en absoluto —admitió el joven con una sonrisa enternecedora—. Salvo en lo que se refiere a las joyas y los jades chinos, claro. Pero, si el señor Buteau tiene la amabilidad de iniciarme, seguro que aprendo deprisa.

Angelo hizo gala, efectivamente, de grandes aptitudes, y como en el aspecto administrativo poco era lo que había que enseñarle, Morosini se declaró satisfecho, si bien lamentaba que, al margen del trabajo, fuera prácticamente imposible conseguir que dijera tres palabras seguidas. Era una especie de sombra silenciosa en el palacio, eficiente pero nada entretenida, lo que hizo que Aldo añorase todavía más a Mina. Ella era viva en sus réplicas, muchas veces extravagante, y desde luego con ella uno se divertía.

Para tratar de salir del aburrimiento, tuvo una aventura con una cantante húngara que había ido a interpretar *Lucia di Lammermoor* en la Fenice. Era rubia, encantadora, frágil, se parecía un poco a Anielka y poseía una voz cristalina digna de un ángel, pero eso era todo lo que tenía de angelical. Aldo descubrió enseguida que la bella Ida era tan experta en amor como en contabilidad, que sabía distinguir perfectamente un diamante de un circón y que, en todo caso, no veía ningún inconveniente en añadir un título de princesa al de *prima donna*.

Poco deseoso de transformar a ese ruiseñor migratorio en gallina doméstica, Morosini se apresuró a hacerle renunciar a sus ilusiones, y el romance terminó una noche de junio en el andén de la estación de Santa Lucia con un regalo que incluía una pulsera de zafiros, un ramo de rosas y un gran pañuelo destinado al rito de la despedida, que el amante inconstante vio agitarse largo rato por la ventanilla bajada del *sleeping* mientras el tren se alejaba.

Al volver a su casa con una intensa sensación de alivio, Morosini encontró un poco menos amarga la soledad que Guy Buteau y él compartían con la curiosa impresión de estar aislados del resto del mundo.

Ello se debía sobre todo a las escasas noticias que llegaban de las personas queridas. Las arenas de Egipto parecían haber engullido a Vidal-Pellicorne, a la marquesa y a la señorita Plan-Crépin. El primero podía alegar como excusa lo absorbente de su profesión, pero las otras dos habrían podido enviar algo más que una postal en seis meses.

Ninguna noticia tampoco de Adriana Orseolo, la prima de Aldo. La bella condesa, que se había marchado a Roma el otoño pasado con la idea de que su sirviente —y amante— Spiridion Mélas recibiera clases de un maestro del *bel canto*, parecía haber

desaparecido también de la faz de la tierra. Ni siquiera el anuncio de un robo en su casa consiguió de ella algo más que una carta dirigida al comisario Salviati para manifestarle su entera confianza en la policía de Venecia y declarar que estaba demasiado ocupada para ausentarse de Roma. De todas formas, el príncipe Morosini estaba allí para velar por sus intereses.

Un poco asombrado por semejante despreocupación —ni siquiera le había mandado una felicitación de Año Nuevo—, éste descolgó el teléfono y llamó al palacio Torlonia, donde supuestamente estaba instalada Adriana. Se enteró de que, tras una estancia de una semana, su prima se había marchado sin dejar dirección. Y, bajo el tono cortés de su interlocutor, a Morosini le pareció advertir que para los Torlonia había sido un alivio. Idéntico fracaso en casa del maestro Scarpini: el griego poseía una hermosa voz, sí, pero un carácter demasiado difícil para que fuera posible considerar la posibilidad de una estancia de varios meses en su compañía. Ignoraban adonde había encaminado sus pasos.

La primera reacción de Aldo fue enviar a su secretario a comprar un billete para la capital italiana, pero cambió de parecer; encontrar a la pareja en Roma dependía totalmente del azar, aparte de que ésta podía haberse ido a Nápoles o a cualquier otro lugar. Además, Guy, al ser consultado, sugirió que, puesto que la condesa había decidido desaparecer, la dejara vivir su aventura.

—Pero yo soy su único pariente y siento mucho cariño por ella —repuso Aldo—. Tengo la obligación de protegerla.

—¿Contra sí misma? Lo único que conseguirá es ponerse a mal con ella. Está en una edad delicada para una mujer y desgraciadamente no se puede hacer nada. Hay que dejarla llegar hasta el final de su locura, pero estar preparado para recoger los trozos cuando llegue el momento.

—Ya no nada en la abundancia y ese tipo va a acabar de arruinarla.

—Ella se lo habrá buscado.

Era lo más sensato, y desde ese día Aldo evitó pronunciar el nombre de Adriana. Ya lo atormentaba bastante su prima desde que había encontrado unas cartas en el cajón secreto de su bargueño florentino, a raíz del robo. Sobre todo una de ellas, firmada por R., que había conservado a fin de reflexionar sobre ella más despacio, sin encontrar otra clave que el amor pero sin decidirse a compartir el misterio ni siquiera con Guy. Quizá para no verse obligado a mirar las cosas demasiado de frente, pues en su fuero interno le daba miedo descubrir que esa mujer —su primer amor de adolescente— estaba implicada en mayor o menor medida en la muerte de su madre.

Lo cierto era que Aldo no tenía mucha suerte con las mujeres a las que quería. Su madre había sido asesinada y su prima se había vuelto ligera de cascos. En cuanto a la encantadora Anielka, de la que se había enamorado en los jardines de Wilanow, había terminado ante el tribunal de Old Bailey acusada del asesinato de *sir* Eric Ferráis, su marido, con quien se había casado por orden de su padre, el conde Solmanski. Después del juicio, ella también se había volatilizado; se había ido a Estados Unidos

con el conde sin haberle dirigido la menor muestra de ternura o de agradecimiento por todo lo que había hecho para ayudarla, pese a que juraba amarlo sólo a él.

Por no hablar, claro, de la deslumbrante Dianora, su gran amor de otros tiempos, su antigua amante, convertida en esposa del banquero Kledermann. Ésta no le había ocultado que, entre una fortuna y una pasión, no cabía ninguna duda. Lo gracioso del asunto era que, al casarse con Kledermann, Dianora se había convertido —sin ningunas ganas— en madrastra de Mina, alias Lisa Kledermann, la secretaria modelo pero experta en transformaciones a la que en el palacio Morosini todos añoraban unánimemente. Ella también se había esfumado una mañana gris y brumosa, sin pensar ni por un momento que una palabra amistosa quizás habría complacido a su antiguo jefe.

El verano pasó. Sofocante, brumoso, tormentoso. Para huir de las hordas de turistas y de novios en su luna de miel, Aldo se refugiaba de vez en cuando en una de las islas de la laguna en compañía de su amigo Franco Guardini, el farmacéutico de Santa Margarita, cuyo natural silencioso apreciaba. Pasaban allí plácidos ratos entre las hierbas silvestres, sobre un banco de arena o al pie de una capilla en ruinas, pescando, bañándose, recuperando sobre todo las alegrías sencillas de la infancia. Aldo se esforzaba en olvidar que el correo sólo llevaba cartas relacionadas con el negocio y facturas. La única excepción en ese océano de olvido fue una corta epístola de la señora Sommieres anunciando una estancia en Vichy para tratar de recuperarse del hígado, bastante maltrecho tras su experiencia africana: «Reúnete allí con nosotras si no sabes qué hacer», concluía la marquesa con una desenvoltura que acabó de indisponer a su sobrino nieto. Era increíble esa gente que sólo se acordaba de él cuando empezaba a aburrirse. Decidió hacerse el ofendido.

Sin embargo, estaba cada vez más preocupado por Vidal-Pellicorne. Si bien los peligros que corre un arqueólogo son limitados, no podía decirse lo mismo cuando a esa apacible profesión se unía la de agente secreto, y Adalbert era muy capaz de haberse metido en algún lío. Así pues, para quedarse tranquilo decidió mandar un telegrama al profesor Loret, conservador del Museo del Cairo, para preguntarle qué era de su amigo. Y fue al regresar de la oficina de correos cuando encontró la carta en su despacho.

No venía de Egipto, sino de Zúrich, y a Morosini le dio un vuelco el corazón. ¡Simon Aronov! ¡Sólo podía ser él! En efecto, el sobre abierto liberó una hoja de papel doblada en cuatro sobre la que habían escrito a máquina: «El miércoles 17 de octubre en la Ópera de Viena para *El caballero de la rosa*. Pida el palco del barón Louis de Rothschild».

Aldo se sintió revivir. Los vientos embriagadores de la aventura se arremolinaban a su alrededor, y se apresuró a tomar todas las medidas necesarias para estar libre en la fecha indicada. Gracias a Dios, a Guy y a Angelo Pisani, su tienda de antigüedades podía prescindir de él.

Su cambio de humor sacó al palacio Morosini del sopor en el que se estaba

sumiendo. La única que frunció el entrecejo fue Celina, su cocinera y más vieja amiga. Cuando le anunció que se iba, dejó de cantar y refunfuñó:

—¿Estás contento porque nos dejas? ¡Muy amable por tu parte!

—¡No digas tonterías! Estoy contento porque me espera un asunto apasionante y porque eso me permitirá romper la rutina diaria.

—¿Rutina? Si me hicieras un poco de caso, ni te acordarías de la rutina. ¿No te he aconsejado varias veces que hicieras un viaje? Verte como un alma en pena me pone negra.

—Pues entonces deberías alegrarte. Voy a viajar.

—Sí, pero vete tú a saber adónde. A mí me gustaría que fueras... a Viena, por ejemplo.

Morosini miró a Celina con un estupor sincero.

—¿Por qué a Viena? Te recuerdo que en verano hace un calor espantoso.

Celina se puso a jugar con las cintas que adornaban su cofia y que solían revolotear sobre su imponente persona al ritmo de sus entusiasmos y sus enfados.

—En verano hace calor en todas partes, y además he dicho Viena como hubiera podido decir París, o Roma, o Vichy, o...

—No te devanes los sesos. Precisamente es a Viena adónde voy a ir. ¿Satisfecha?

Sin más comentarios, Celina regresó a su cocina esforzándose en disimular una sonrisa que dejó a Morosini perplejo. Sin embargo, como sabía que no diría nada más, olvidó el asunto y fue a ocuparse del equipaje.

Como no sabía si podría quedarse en Viena después de la cita, se fue tres días antes de la fecha indicada a fin de darse el gusto de callejear por una ciudad cuya elegancia y atmósfera de gracia ligera, alimentada por el eco de un lánguido vals en uno u otro rincón, siempre había apreciado.

A pesar de que hacía un tiempo desapacible, Morosini se sentía alegre cuando su tren llegó al valle del Danubio y se acercó a Viena. Una felicidad racionalmente inexplicable. Los recuerdos festivos de antes de la guerra no tenían nada que ver con ella, ni tampoco los de los dos viajes efectuados a la capital austriaca —exclusivamente de negocios— desde el fin de las hostilidades y su consiguiente liberación de una vieja fortaleza tirolesa. Después de todo, quizás era simplemente porque, aunque se negaba a admitirlo, Viena representaba algo más que un punto de partida tras la pista de una joya desaparecida. ¿Acaso no escuchaba de cuando en cuando, en el fondo de su memoria, una voz alegre que le decía: «Me voy a Viena a pasar la Navidad en casa de mi abuela.»?

Dado el número de abuelas que vivían en la capital austriaca, esa breve información habría sido un poco escasa, pero Morosini poseía una memoria infalible. Le bastaba oír un nombre para que quedara registrado en ella, y en el vestíbulo del Ritz de Londres, Moritz Kledermann, el padre de Lisa, había pronunciado el de la condesa Von Adlerstein. Averiguar su dirección sería bastante sencillo y Aldo estaba decidido a hacerle una visita, aunque sólo fuera para tener a través de ella noticias de

una valiosa colaboradora a la que había perdido de vista de un modo demasiado repentino. Ni que decir tiene que no habría hecho el viaje para eso, pero, puesto que se le presentaba la ocasión, sería una estupidez no aprovecharla, ya que el caso Mina-Lisa era casi tan interesante como las peripecias engendradas por el pectoral.

Cuando Morosini bajó del tren en la Kaiserin Elisabeth Westbahnhof, la lluvia caía a raudales de un cielo encapotado, lo que no impedía al viajero silbar un allegro de Mozart mientras se metía en el taxi encargado de conducirlo al hotel Sacher, un establecimiento que le encantaba.

Verdadero monumento a la gloria del arte de vivir vienés, además de amable recuerdo del Imperio austrohúngaro, el Sacher llevaba el nombre de su fundador, antiguo cocinero del príncipe de Metternich, y alzaba justo detrás de la Ópera su silueta señorial, construida en el más puro estilo Biedermeier y que desde 1878 albergaba a todas las figuras ilustres del imperio en el terreno de las artes, la política, el ejército y el sibaritismo, así como a numerosas personalidades extranjeras. Seguía vinculado a él el recuerdo de las cenas refinadas del archiduque Rodolfo, el trágico héroe de Mayerling, de sus amigos y de sus bellas compañeras. Sin embargo, esa sombra altiva y romántica no aportaba ninguna nota triste a un establecimiento que poseía otro elemento glorioso: una magnífica tarta de chocolate rellena de mermelada de albaricoque y servida con nata, cuya fama ya había dado varias veces la vuelta al mundo. *Frau* Anna Sacher, última mujer del linaje, regentaba ese bonito hotel con mano de hierro enguantada en terciopelo, fumaba puros habanos, criaba dogos poco sonrientes y, pese a la edad y a un contorno de cintura un tanto dilatado, aún sabía hacer como nadie la reverencia ante una alteza real o imperial.

Fue a ella a quien Morosini vio aparecer en la puerta de los salones cuando hizo su entrada en el vestíbulo, decorado con plantas y con dos estatuas de alegorías femeninas de pechos robustos, de tamaño mayor que el natural. No siendo más que un modesto príncipe, a Morosini sólo le correspondió el honor de besar una mano regordeta como hubiera hecho con cualquier ama de casa que lo recibiera en su hogar. Esa presencia femenina era uno de los encantos del hotel: Anna Sacher sabía recibir a cada cual según su rango, y cuando se trataba de habituales, eran tratados como amigos. Tal fue el caso de Morosini. Bajo las marcadas ondas de la cabellera plateada, una alegre sonrisa iluminó el rostro todavía fresco aunque un poco rollizo.

—Verlo llegar es tan agradable como si trajera con usted el hermoso sol de Italia, Excelencia. Me alegro de poder desearle una vez más la bienvenida en el umbral de esta casa.

—Espero que me la desee muchas más veces, querida *Frau* Sacher.

—¡Eso sólo Dios lo sabe! Aunque desde luego no voy para joven. ¿Estará con nosotros algún tiempo?

—No tengo ni idea. Dependerá del asunto que me ha traído aquí. Aunque no es ésa la única razón por la que he venido; la otra es la velada del miércoles en la Ópera.

—¡Ah, *El caballero de la rosa*! Admirable, admirable. Será una gran velada.

¿Tomaremos juntos la taza de café ritual mientras suben el equipaje a su habitación?

—Tiene usted unas tradiciones encantadoras para sus amigos, *Frau Sacher*. Sería un pecado rechazarlas.

Entraron juntos en el Rote Café, un elegante salón tapizado de damasco rojo e iluminado con arañas de cristal, donde se apresuraron a servirles el famoso café vienés, coronado de nata y seguido de un vaso de agua helada, que a los austriacos les chiflaba. A Morosini también. Según él, era el único café europeo que rivalizaba con el de los italianos, pues los otros eran infames aguachirles.

Mientras lo saboreaban, charlaron de cosas intrascendentes y elogiaron Venecia, pero también Viena, donde, pese a las dificultades económicas, la vida mundana se recuperaba de día en día. En realidad, era indispensable si querían continuar atrayendo a los turistas del mundo entero. Sin música y sin vals, Viena dejaría de ser Viena. Al contrario que Alemania, recientemente despojada del Ruhr por Francia y que se sumía cada vez más en la anarquía y el extremismo, el bastión original del imperio de los Habsburgo se esforzaba en recuperar su alma e incluso en salvarla, pues su canciller era un sacerdote, monseñor Seipel. Este antiguo profesor de teología, convertido en diputado y posteriormente en presidente del partido socialcristiano, estaba sacando a flote la economía gracias a la creación de una nueva moneda, el chelín, y a la imposición de severos recortes presupuestarios. Al mismo tiempo, trataba de establecer una moral rigurosa, cosa que, evidentemente, no gustaba a todo el mundo, pero en conjunto Austria funcionaba bastante bien. En cualquier caso, *Frau Sacher* consideraba que el canciller era un hombre de bien.

—Hay momentos en que casi parece que hayamos vuelto a los buenos tiempos de nuestro querido emperador. La vieja aristocracia se atreve a ser ella misma...

—Hablando de la vieja aristocracia, quizá podría usted serme de ayuda, *Frau Sacher*. Quiero aprovechar mi estancia aquí para tratar de localizar a una amiga de mi madre de la que no tenemos noticias desde que acabó la guerra, y como usted conoce a toda la ciudad...

—Si está en mi mano, no tiene más que preguntar.

—Muchas gracias. ¿Podría usted decirme si la condesa Von Adlerstein sigue siendo de este mundo?

Las cejas artísticamente perfiladas de la anciana dama subieron un centímetro largo, mientras ella retorció el motivo de perlas que formaba el centro de la cinta de terciopelo negro que le ceñía el cuello con la ilusoria finalidad de tensarlo.

—¿Por qué no iba a estar viva? Debemos de ser más o menos contemporáneas. Dicho esto, de la alta nobleza que constituye el entorno habitual de los soberanos, he conocido a más hombres que mujeres.

—No obstante, conoce a esa dama, puesto que sabe su edad.

—En realidad, la conozco sobre todo por dos razones. La primera es el revuelo que se produjo, hace unos veinticinco años, cuando casó a su hija con un banquero suizo sin ningún título de nobleza pero muy rico. Su posición en la Corte incluso se

habría visto comprometida si nuestra pobre emperatriz Isabel no hubiera intervenido. Fue poco antes de morir; ella conocía bastante bien a la familia Kledermann.

—¿Y la segunda?

—Es mucho más comercial —respondió Anna Sacher riendo—. Tiene debilidad por nuestra *Sachertorte* y siempre que está en Viena nos compra. Lo que no es el caso en este momento, pues desde principios de verano no ha llegado ningún pedido del palacio de Himmelfortgasse.

Morosini estaba tan contento que poco le faltó para ponerse a aplaudir. La entrañable dama acababa de proporcionarle, con la mayor inocencia del mundo, una preciosa información: la dirección que habría sido un poco raro pedir tratándose de una amiga de su madre. Se contentó con dejar escapar un suspiro, acompañado de una sonrisa melancólica.

—¡Qué mala suerte! Tendré que conformarme con dejar mi tarjeta con unas palabras. Quizá la condesa me haga llegar noticias suyas.

—Estoy segura de que no dejaré de hacerlo. Estará tan encantada de volver a verlo como yo.

Eso Morosini lo dudaba, puesto que la abuela de Mina-Lisa no tenía ni idea de su existencia.

Al día siguiente por la tarde, pese a la lluvia, paseaba por Himmelfortgasse, a unos doscientos metros de distancia de su hotel. Era una calle como tantas de las que hay en la ciudad interior, la que en otros tiempos rodeaban las murallas que el emperador Francisco José había sustituido por el Ring, el magnífico paseo circular poblado de árboles y de jardines. Y, al igual que las otras, se hallaba bordeada de casas antiguas y de dos o tres palacios, uno de los cuales atraía especialmente la vista: tres pisos de altas ventanas sobre un entresuelo y un imponente portalón cintrado, a cuyos lados unos atlantes melenudos sostenían un admirable balcón de piedra calada. Dos puertas laterales, más pequeñas, daban acceso a las plantas inferiores del palacio. Esta mansión, un poco estrecha —sólo se alineaban siete ventanas en cada piso—, se asemejaba bastante a las de la alta burguesía del siglo XVIII, pero las armas que destacaban sobre el tejadillo esculpido de la entrada principal anunciaban la aristocracia, y como aparecía un águila negra posada en una roca sobre campo de oro, Morosini no tuvo ninguna duda de que era la casa que estaba buscando, puesto que Adlerstein significaba «la piedra del águila».

El paseante estuvo un buen rato contemplándola sin que ninguno de los escasos transeúntes concediera importancia al hecho, pues en esa soberbia ciudad los visitantes se detenían a cada paso para admirar tal o cual edificio. Morosini no observó ninguna señal de vida detrás de las dobles ventanas hasta que por una de las puertas pequeñas salió un hombre con una cesta, sin duda un sirviente que iba a hacer unas compras, y de pronto se decidió. En tres rápidas zancadas alcanzó su objetivo.

—Disculpe —dijo en alemán—, me gustaría saber si este palacio es el de la condesa Von Adlerstein.

Antes de responder, el hombre se tomó tiempo para observar a ese extranjero elegante cuyo aspecto no era el de todo el mundo. El examen debió de ser satisfactorio, porque dijo:

—Lo es, en efecto.

—Muchísimas gracias —dijo Morosini con una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera—. Suponiendo que forme usted parte de su personal, ¿podría decirme si tengo posibilidades de que la condesa me reciba? Soy el príncipe Morosini y vengo de Venecia —se apresuró a añadir al advertir un destello de desconfianza en los ojos del personaje.

Un destello, todo hay que decirlo, muy fugaz. El hielo que envolvía el ancho rostro, más ensanchado aún por unas pobladas patillas al estilo de Francisco José, se fundió como bajo un rayo de sol.

—Pido disculpas a Su Excelencia por mi ignorancia. Desgraciadamente, la señora condesa se halla ausente. ¿Desea Su Excelencia dejar un mensaje?

Aldo se tocó los bolsillos del impermeable.

—Me encantaría, pero no llevo encima lo necesario para escribir. De todos modos, puedo encargar a un botones del hotel Sacher que traiga una nota, y si su señora vuelve, espero tener el placer de verla.

—Sin duda, si es que la estancia de Su Excelencia va a ser larga. La señora condesa ha sufrido recientemente un accidente, por fortuna sin gravedad pero que la obliga a hacer reposo, y ha preferido permanecer en su residencia de verano de Salzkammergut. Si Su Excelencia le escribe, le haré llegar la carta inmediatamente.

—En tal caso, ¿no sería más sencillo darme su dirección?

—No —dijo el hombre, cuya voz untuosa se secó de golpe—. La señora condesa quiere que su correo pase por Viena. Como viaja a menudo, eso evita pérdidas. Soy de todo corazón el servidor de Su Excelencia.

Y el «servidor» se alejó en dirección a Káertnerstrasse, dejando a Morosini un poco desorientado. No por la fórmula, pues la educación austriaca solía ser tan sentimental como cortés. Lo que le parecía raro era la negativa, atenuada pero evidente, de darle la dirección solicitada. En cuanto a escribir una carta, en tales condiciones debía descartarlo. A partir de esa noche, tendría otras cosas que hacer que andar detrás de una anciana tal vez lunática. Ya empezaba a arrepentirse de haber ido hasta el palacio. Si Lisa se enteraba, podía equivocarse de medio a medio sobre su intención amistosa. Más valía dejarlo estar.

Animado por esta conclusión, Morosini decidió aprovechar la tarde que tenía por delante para refrescar sus conocimientos sobre el Tesoro de los Habsburgo. ¿Acaso no había dado a entender Simon Aronov, durante su primer encuentro, que quizás el ópalo formaba parte de él? Así pues, se dirigió a la Hofburg, la antigua residencia imperial, una parte de la cual estaba ocupada por las oficinas del gobierno y la otra por el Tesoro. Sin embargo, si bien vio un soberbio ópalo de origen húngaro, junto a un jacinto de la misma procedencia y una amatista española, no podía ser el que

buscaba, pues era demasiado grande.

Se consoló admirando la magnífica esmeralda que remataba la corona imperial y los vestigios del tesoro de la orden del Toisón de oro. Le sorprendió, en cambio, no ver ninguna de las joyas pertenecientes a los últimos soberanos. Sabía que la emperatriz Isabel, la fascinante Sissi, poseía, entre otras alhajas, un fabuloso aderezo de ópalos y diamantes que le había regalado con motivo de su compromiso la archiduquesa Sofía, su tía y futura suegra, quien lo había lucido también el día de su boda. Al no verlo por ninguna parte, intentó informarse, para lo cual pidió ser recibido por el conservador, pero se encontró con un funcionario arisco que se limitó a declarar:

—Ya no tenemos ninguna de las joyas privadas. Se las llevaron al acabar la guerra, cosa francamente lamentable, sobre todo porque ese auténtico robo al pueblo austriaco nos privó del Florentino, el gran diamante amarillo procedente de los duques de Borgoña, así como de las alhajas de la emperatriz María Teresa y de... y de otras.

—¿Quién se las llevó?

—No creo que eso sea de su incumbencia. Y ahora, le ruego que me disculpe, tengo mucho trabajo.

Morosini, al verse despedido con cajas destempladas, no insistió. Como se había detenido un instante ante la cuna del rey de Roma y algunos recuerdos de María Luisa, su madre, pensó que estaría bien ir a inclinarse ante la tumba de ese joven, hijo de Napoleón y rey de Roma, que acabó su corta vida ostentando un título austriaco. Así pues, se dirigió a la cripta de los capuchinos.

No es que sintiera un afecto especial por el más grande de los Bonaparte, causante de la decadencia de Venecia. Por más que su sangre materna fuera francesa, un príncipe Morosini no podía perdonar el árbol de la libertad plantado el 4 de junio de 1797 en la plaza de San Marco, la abdicación del último dux, Ludovico Manin, y finalmente el fuego jubiloso con el que las tropas de la nueva República francesa quemaron el Libro de Oro de Venecia y las insignias del secular poder de los dux, pero el muchacho que reposaba allí, exiliado, herido en el alma y cautivo para siempre de Austria, alimentaba su amor por el romanticismo y le inspiraba una profunda compasión. Deseaba ir a saludarlo.

No era la primera vez que un monje le abría el panteón imperial fuera de las horas de visita; él sabía lo que había que hacer para conseguirlo. Los grupos de visitantes habituales —casi todos ingleses— eran invitados, antes de salir de la iglesia, a dar al hermano portero una limosna destinada a la iluminación de la cripta y a la sopa de los pobres, que el convento repartía todos los días a las dos. Morosini hacía una generosa contribución al entrar. Sin embargo, ese día encontró cierta resistencia.

—No sé si voy a poder dejarle entrar —le dijo el capuchino de servicio—. Dentro hay una dama... que viene de cuando en cuando.

—La cripta es bastante grande. Trataré de no molestarla. ¿Sabe por quién se

interesa?

—Sí, porque trae flores que luego siempre vemos sobre la tumba del archiduque Rodolfo. Usted viene a visitar al duque de Reichstadt, ¿no? —añadió el monje, señalando el ramillete de violetas que Morosini había comprado antes de entrar—. De acuerdo, entre, pero intente que no lo vea; le gusta estar sola.

«Y tú no quieres perder el óbolo que voy a darte —pensó Morosini—. Es comprensible».

—No se preocupe. Seré más silencioso que un fantasma —prometió.

El capuchino se santiguó y abrió la pesada puerta que daba acceso a las sepulturas imperiales.

Con el sigilo de un gato, Aldo bajó hacia la necrópolis de los Habsburgo. Pasó sin detenerse por delante de la primera rotonda, donde destacaba la emperatriz María Teresa, madre de la reina María Antonieta, y llegó a la segunda, dedicada al emperador Francisco II, que descansaba allí, rodeado de sus cuatro esposas, entre su hija María Luisa, la olvidadiza esposa de Napoleón I, y su nieto, el Aguilucho. La tumba de este príncipe francés, nombrado duque de Reichstadt a causa del odio de Metternich, se veía desde lejos y no se podía confundir con ninguna otra gracias a los numerosos ramilletes de violetas, frescas o secas pero casi todas adornadas con cintas con los tres colores de Francia, que cubrían el ataúd de bronce^[2]. El visitante depositó su ofrenda entre las demás e hizo el signo de la cruz, aunque una vez más los versos del poeta acudían a su mente:

*Y ahora, que tu Alteza duerma es preciso,
alma para quien la muerte es una curación,
que duerma en el fondo de la tumba, en la doble prisión
de su ataúd de bronce y de ese uniforme...*

*Duerme, no siempre miente la leyenda;
un sueño es menos engañoso a veces que un documento.
Duerme. Tú fuiste ese joven y ese Hijo aunque digan...*

Ésa era la forma de rezar de Morosini.

El silencio envolvía el panteón bañado de luz gris, ese «trastero de reyes» en el que se amontonaban ciento treinta y ocho difuntos. Morosini, atrapado por la atmósfera, estaba a punto de olvidar que no se encontraba solo cuando un ligero ruido le llegó de la parte moderna de la cripta, donde dormían Francisco José, su encantadora esposa Isabel, asesinada por un anarquista italiano, y su hijo Rodolfo. Había sido un sollozo. Aldo se acercó con mucho cuidado para no revelar su presencia y vio a la mujer.

Alta y delgada, cubierta por un velo de crespón que le llegaba hasta los pies, permanecía de pie delante de la tumba en la que acababa de depositar un ramo de

rosas, llorando con la cabeza inclinada y la cara entre las manos. ¿El fantasma del Dolor, o el de Sissi, que, según sabía Aldo, una noche, poco después de la muerte de su hijo, había hecho que le abrieran ese panteón para tratar de rescatar a Rodolfo del reino de los muertos?

Consciente de que espiar esa tristeza era una gran indiscreción, Morosini volvió sobre sus pasos con más precauciones aún que a la ida. Arriba se encontró de nuevo con el capuchino, que esperaba plácidamente con las manos metidas en las mangas, y no pudo evitar preguntarle si conocía a aquella dama tan impresionante.

—Entonces, ¿la ha visto?

—Sí, pero ella a mí no.

—Mejor. Es verdad que es impresionante. Incluso para mí, a pesar de que ya la he visto en varias ocasiones.

—¿Quién es?

Morosini se disponía a contribuir más a la comida de los pobres, pero el monje no aceptó.

—Ignoro quién es, créame. Sólo nuestro reverendo padre abad conoce su nombre. Lo único que sabemos nosotros es que le ha concedido una autorización que le permite venir cuando quiere. Y no es muy a menudo. En lo que a mí respecta, la he recibido dos veces.

—Tal vez se trate de algún miembro de la antigua Corte o incluso de la familia imperial.

Pero el capuchino no quería decir nada más y se limitó a mover la cabeza; luego, inclinándose ligeramente, se alejó para volver a su puesto.

Aldo se quedó unos instantes dudando. Deseaba seguir a la dama de negro a fin de averiguar, por pura curiosidad, dónde vivía. Su instinto le decía que allí había un misterio, y a él le encantaban los misterios. ¡Sobre todo cuando tenía que matar el tiempo! De modo que decidió ir a arrodillarse ante el altar mayor para rezar una corta oración y fingió prolongarla hasta que sus oídos captaron el ligero ruido de la puerta guardada por el monje: la desconocida acababa de aparecer. Morosini esperó sin moverse a que ella estuviera a punto de salir; luego, tras levantarse, hizo una rápida genuflexión y se dirigió a la salida haciendo menos ruido que un elfo. Hasta el extremo de que sobresaltó al capuchino vigilante, que ya no se acordaba de él y se disponía a cerrar la capilla.

—¿Todavía está usted aquí?

—Perdone. Estaba rezando.

Se despidió rápidamente y salió de la iglesia justo a tiempo para ver a la dama enlutada montar en una calesa con la capota subida que se puso en marcha inmediatamente. Por suerte, la circulación del atardecer no permitía al caballo ir deprisa y las largas piernas de Morosini no tuvieron demasiadas dificultades para seguirlo.

Fueron por Kaäerntnerstrasse en dirección a la catedral de San Esteban, pero

giraron en Singerstrasse y luego en Seilerstätte, para entrar finalmente en Himmelpfortgasse tras dar un rodeo injustificado —la iglesia de los capuchinos no estaba lejos— que había dejado sin aliento al perseguidor y hecho seria mella en su humor. Sin embargo, su curiosidad prevaleció al ver que el vehículo cruzaba el portalón del palacio Adlerstein, llevándolo al lugar al que no quería volver.

¿Qué significaba aquello? ¿Albergaba la anciana condesa a una amiga, a una pariente? Dada la fortuna familiar, la hipótesis de una inquilina era muy improbable. Y evidentemente ella no podía ser el fantasma de la cripta, que poseía la silueta y, sobre todo, los andares ágiles y rápidos de una muchacha. Pero, entonces, ¿quién podía ser esa criatura cuyas largas faldas parecían de la generación anterior? En Viena, la modernidad en las costumbres y en el vestir no había adquirido su derecho de ciudadanía, pero así y todo...

Agazapado en la sombra de una puerta cochera, enfrente del palacio, Aldo tuvo que dominar su temperamento latino para no ir a tirar de la campanilla de una casa que se había vuelto misteriosa. Habría sido una estupidez; si le abría el personaje con el que había hablado un rato antes, lo tomaría por un loco, un grosero o un espía. Además, no brillaba ninguna luz tras las altas ventanas de una casa tan silenciosa que Aldo acabó por preguntarse si no habría soñado. No tenía nada que hacer allí, de modo que era preferible marcharse. Por otro lado, el reloj lo informó de que le quedaba el tiempo justo de volver al hotel, cambiarse y comer algo antes de ir a la Ópera. Con las manos metidas en los bolsillos, echó a andar bajo la lluvia.

Dos horas más tarde, enfundado en un traje confeccionado en Londres que hacía plena justicia a su cuerpo atlético, el príncipe Morosini subía con su paso indolente la magnífica escalera de mármol del Staatsoper, considerado en Austria la obra maestra de la cultura nacional. El esplendor de ese monumento, encargado por Francisco José, permanecía intacto. Los mármoles italianos y el oro de los candelabros brillaban bajo la luz opalina de los globos de cristal. Todo parecía igual que antes. Las mujeres, con vestidos largos, lucían pieles caras y joyas admirables, aunque no todas eran absolutamente auténticas. Muchas eran bonitas, con ese encanto tan peculiar de las vienesas, y muchas también recorrían con una mirada risueña la figura del visitante extranjero, que se permitió el placer de observar a algunas de ellas.

Reinaba esa noche un ambiente festivo para escuchar *El caballero de la rosa*, obra reciente pero muy admirada de Richard Strauss, que figuraba desde que había sido compuesta, en 1911, en el repertorio de la Ópera, dirigida por este mismo autor. Un célebre director de orquesta alemán, Bruno Walter, iba a dirigir a dos de los mejores cantantes de la época: Lotte Lehmann en el papel de la mariscalda y el barítono Loritz Melchior en el del barón Ochs. Una verdadera función de gala que presidiría el canciller Seipel en persona.

Una acomodadora vestida de negro, con un ramillete de cintas en el moño por

todo adorno, abrió ante Morosini la puerta de un palco de primera fila. Sólo lo ocupaba un hombre al que Aldo no reconoció enseguida. Vestido con un traje negro impecable, estaba sentado en una de las sillas tapizadas en terciopelo de cara a la sala, de donde subía el habitual murmullo de las conversaciones sobre el confuso fondo musical de la orquesta afinando sus instrumentos.

Aldo sólo vio al principio una cabellera plateada lo bastante larga para cubrir el cuello y peinada hacia atrás, y un vago perfil del que no distinguió más que el cristal de un monóculo alojado bajo un arco ciliar. El ocupante del palco no se volvió y, como el acostumbrado bastón con empuñadura de oro parecía ausente, Morosini se preguntó si no habría cometido un error al pensar que se encontraría con su extraño cliente. Pero el equívoco sólo duró un instante.

—Pase, querido príncipe —dijo la voz inimitable de Simon Aronov—. Soy yo.

2. El caballero de la rosa

Morosini estrechó la mano que le tendía su anfitrión y tomó asiento en la silla de al lado.

—Habría sido incapaz de reconocerlo —dijo con una sonrisa admirativa—. ¡Es asombroso!

—¿Verdad? ¿Cómo está, amigo mío?

—Si se refiere a mi salud, es excelente, pero mi estado de ánimo no es tan bueno. A decir verdad, me aburro, y es la primera vez que me pasa.

—¿Quizá sus negocios ya no son tan prósperos como antes?

—No, en ese aspecto todo va a pedir de boca. Creo que lo que pasa es que le echo a usted de menos. Y también a Adalbert. Desde finales del mes de enero, no he tenido noticias suyas.

—Era un poco difícil para él, y sobre todo muy delicado, enviarle una carta o cualquier otro tipo de mensaje. Estaba en la cárcel en El Cairo.

Morosini abrió los ojos con expresión de sorpresa.

—¿En la cárcel?... ¿Por un asunto de los servicios secretos?

—No, no —dijo el Cojo—. Por un asunto de la tumba de Tutankamon. Supusieron que nuestro amigo no había podido resistirse a la atracción de una estatuilla votiva de oro puro.

Aldo se indignó. Conocía la habilidad de su amigo con los dedos y sabía que era capaz de hacer bastantes cosas, pero no de cometer un robo por interés personal.

—Tranquílcese, el objeto ha aparecido y han soltado a Vidal-Pellicorne después de pedirle disculpas, pero ha estado encerrado una buena temporada. Supongo que no tardará en volver a verlo. ¿Acaba de llegar a Viena?

—No. Estoy aquí desde hace tres días. Quería volver a ver algunos lugares y también visitar el Tesoro imperial. ¿No me había dicho que probablemente el ópalo formaba parte de él?

—Estaba equivocado. El ópalo que se encuentra en el Tesoro no tiene nada que ver con el que buscamos.

—Sí, ya lo he visto, y también he constatado que no se hallaba expuesta ninguna de las alhajas de los dos últimos emperadores y de su familia, aunque no he conseguido enterarme de dónde están.

—Dispersas... Las joyas privadas de la familia imperial fueron retiradas el 1 de noviembre de 1918, justo antes del cambio de régimen, por el conde Berchtold, que las llevó a Suiza. Muchas han sido vendidas, y no me extrañaría que cierto banquero amigo suyo hubiera adquirido una o dos. Yo he tenido la oportunidad de examinar el aderezo que llevaba Sissi en su boda y ninguno de los ópalos es el que busco.

El diálogo fue interrumpido. Por encima del tabique de separación entre su palco y el contiguo, una dama engalanada con plumas saludó a Aronov llamándolo «querido barón» y entabló con él una conversación entrecortada, en vista de lo cual

Aldo optó por dirigir su atención hacia la sala, ahora llena. Ésta ofrecía la agradable visión de una asamblea en la que las mujeres, vestidas de satén, brocado y terciopelo de diferentes colores, lucían diamantes, perlas, rubíes, zafiros y esmeraldas en el escote o en la cabellera. Aldo constató con placer que la horrible moda del pelo corto y la nuca afeitada todavía no había llegado a la alta sociedad vienesa, que sin duda no tenía como libro de cabecera *La garçonne*, el escandaloso libro de Paul Margueritte que causaba furor en Francia desde hacía un año. Él detestaba esa moda.

No es que fuera retrógrado, pero le encantaban las hermosas cabelleras, adornos naturales en los que tan agradable resulta introducir los dedos o hundir el rostro. Acabar con ellas era un crimen. En cambio, no tenía nada contra los vestidos cortos, casi todos encantadores y que permitían admirar piernas muy bonitas, hasta entonces vedadas a miradas que no fueran las del esposo o el amante.

Una tormenta de aplausos saludó al maestro, que tuvo el tiempo justo para hacer levantar a la sala a los acordes del himno nacional cuando entró monseñor Seipel. Después, el público volvió a sentarse. Todas las luces se apagaron excepto las candilejas y se hizo un profundo silencio.

—¿Por qué me ha hecho venir aquí esta noche? —susurró Morosini.

—Para que vea a alguien que todavía no ha llegado. Chissst...

Aldo, resignado, centró su atención en el espectáculo. El telón se levantó para mostrar un delicioso decorado que reproducía un dormitorio femenino de la época de la emperatriz María Teresa en el palacio de la mariscal. Ésta, una mujer bellísima, se entregaba a un encantador jugueteo amoroso con su joven amante, Octaviano, antes de recibir, como la obligaba su rango, las visitas y a los solicitantes de primera hora de la mañana. Entre ellos, el barón Ochs, personaje tan importante como inoportuno, además de bastante ridículo, que había ido a pedirle a la gran dama que le buscara un caballero encargado de llevar la tradicional rosa de plata, símbolo de una petición de matrimonio oficial, a la joven con la que deseaba casarse. Pese a su repugnancia, ese caballero será, cómo no, el apuesto Octaviano.

Aldo se dejaba llevar por la gracia alegre y maliciosa de una obra cantada por unas voces soberbias, cuando la mano de su vecino se posó sobre su brazo.

—Mire el palco de enfrente del nuestro —susurró.

Dos personas, ambas vestidas de negro, acababan de entrar. Primero un hombre de mediana edad, pero que debía de poseer una fuerza física poco común. Llevaba una especie de librea de terciopelo guarnecida con trencilla de seda, según la moda húngara.

Tras echar un rápido vistazo a la sala, dejó paso a su compañera, a la que hizo sentar con todas las muestras de un profundo respeto antes de retirarse al fondo del palco. Más notable aún era la mujer, que atrajo la atención del príncipe. Su porte era el de una princesa y, mirándola, Morosini recordó un retrato de la duquesa de Alba pintado por Goya. Iba vestida de encaje negro, y una especie de mantilla del mismo tejido que le caía desde el alto tocado hasta más abajo de la boca le cubría el rostro.

Los largos guantes estaban confeccionados con la misma blonda ligera y oscura, que realizaba la deslumbrante blancura de una piel perfecta. No llevaba ninguna joya aparte de un broche que despedía un brillo mágico entre los vaporosos encajes, sobre un magnífico escote. Encima del antepecho de terciopelo rojo del palco había un abanico.

Sin pronunciar palabra, sin siquiera volver la cabeza hacia él, Aronov acercó unos gemelos de nácar a la mano de su invitado. Éste estaba tan impresionado por la aparición que a punto estuvo de dejarlos caer. Sin embargo, consiguió sujetar el instrumento y se lo colocó ante los ojos, primero enfocando la escena en la que la maríscala lamentaba el paso del tiempo y luego el palco. La mujer desconocida permanecía un poco echada hacia atrás a fin de no quedar demasiado iluminada por las candilejas. La máscara de encaje impedía distinguir las facciones de su rostro, pero, por el tono marfileño de su cutis, por la finura que se adivinaba, por la forma que tenía de permanecer erguida y de mover con orgullo la cabeza sobre su largo cuello, no había duda de que era joven y de que por sus venas corría sangre noble.

—Fíjese en la joya —susurró el Cojo.

Merecía la pena: era un águila imperial ejecutada en diamantes, con un magnífico ópalo que constituía el cuerpo. Con ayuda de los gemelos, Morosini lo examinó lo más detenidamente posible y luego dirigió hacia su compañero una mirada interrogadora.

—Sí —murmuró éste—. Tengo motivos para pensar que se trata del nuestro.

Morosini se limitó a asentir con la cabeza, ya que era imposible hablar, pero el acto terminó enseguida en medio de un gran entusiasmo. Las luces de la sala se encendieron. La desconocida retrocedió más para refugiarse en la oscuridad del palco. Había cogido el abanico y, con él abierto, se tapaba todavía un poco más.

—¿Quién es? —preguntó Aldo.

—Le aseguro que no lo sé —respondió Aronov—. Una mujer de alto rango con toda seguridad, pero que no debe de vivir en Viena. No la conocen en ningún hotel y no se la ha visto nunca salvo en esta sala, y únicamente cuando representan *El caballero de la rosa*, lo que no es frecuente.

—Qué raro... ¿Por qué esta ópera?

—Mire con más atención su abanico.

Retirado detrás de las sillas, Morosini miró de nuevo a través de los gemelos: el abanico era una magnífica pieza de Carey oscuro y de encaje, sobre cuya varilla principal destacaba una rosa de plata. Morosini sonrió.

—¡Una rosa! Ésa es la razón de su debilidad por esta ópera... Debe de recordarle algo.

—Claro, pero eso no hace sino aumentar el misterio que la rodea. La joya que lleva perteneció a la emperatriz Isabel, estoy seguro. La he visto en un retrato, pero ya sabía que la piedra central era la que buscamos. A esta dama, es la primera vez que la veo. Me habían informado en dos ocasiones de su presencia aquí y, aunque no

estaba seguro de que viniera esta noche, me he arriesgado a invitarlo.

—Y yo se lo agradezco más de lo que imagina. Respecto a la identidad de esa mujer, debe de ser fácil enterarse de quién ha alquilado ese palco.

—En efecto. Lo que pasa es que éstos son de abono anual. El que nos interesa pertenece a la condesa Von Adlerstein.

Morosini no intentó disimular su sorpresa.

—¡Esto sí que es una coincidencia! ¿Conoce usted a la condesa?

—Personalmente, no. Sólo sé que es la suegra de Moritz Kledermann, el gran coleccionista suizo.

—Y la abuela de mi antigua secretaria.

—¡Vaya, qué interesante! Debería contarme eso.

—Bah, no vale la pena. Tengo algo mejor, porque me parece que he coincidido con esa desconocida hoy mismo, a última hora de la tarde, en la cripta de los capuchinos. Había ido a llevar flores a la tumba del archiduque Rodolfo, y según el monje guardián no era la primera vez. Parece ser que incluso tiene una autorización especial para ir fuera del horario de visita.

—Esto se pone cada vez mejor. Cuando quiere, resulta usted apasionante, querido príncipe. Continúe, continúe...

Sin hacerse de rogar, Aldo describió la extraña visión de la cripta, la larga silueta envuelta en crespón a la que por un momento había tomado por el fantasma de la madre doliente del archiduque. Después contó que había seguido al coche que la condujo al palacio de Himmelfortgasse.

—Es una suerte que Viena permanezca fiel a los coches de caballos. Con un automóvil, no habría tenido ninguna posibilidad.

—Eso quiere decir que la suerte no lo abandona. Un trabajo excelente, amigo mío. Y ya no cabe ninguna duda: la dama vive en casa de la condesa.

—Antes de ese encuentro, había intentado hacerle una visita, pero en estos momentos no está en Viena. Parece ser que un accidente la retiene en otra de sus propiedades.

—No tiene importancia. Si esa mujer se aloja en su casa, es posible que sea pariente de ella. En cualquier caso, la seguiremos a la salida del teatro. Tengo un coche.

El entreacto estaba acabando. Las luces se apagaron. Los dos hombres se callaron, pero Aldo, si bien continuó disfrutando de la música y sus intérpretes, apenas prestó atención al escenario. Con o sin gemelos, su mirada buscaba sin cesar la figura altiva, a la vez discreta y fastuosa, en la que sólo la joya parecía vivir como una estrella en la noche.

Cuando terminó el segundo acto, con una verdadera explosión de alegría reforzada por un fascinante ritmo de vals, la sala aclamó en pie a los artistas, pero Aldo, absorto en su contemplación, no se movió.

—¡Levántese, vamos! Haga lo mismo que los demás —le susurró Aronov, que

aplaudía a rabiarse—. Va a atraer la atención sobre nosotros.

El príncipe se estremeció e hizo lo que le decían, aunque señaló que en el palco de enfrente aplaudían, sí, pero sin aspavientos.

Este segundo descanso era más breve que el primero. Los espectadores se desplazaron menos. Los dos hombres reanudaron la conversación, pero ahora era Morosini el que estaba ensimismado.

—¿Por qué llevaba esos velos de luto esta tarde? ¿Por qué lleva esta noche esa verdadera máscara de encaje? ¿Qué es lo que esa mujer quiere ocultar?... A no ser que desee atraer la curiosidad, intrigar, en cuyo caso lo consigue de maravilla.

—Yo también pensaba eso antes de que me contara lo de la cripta. Pero ahora intuyo que hay otra cosa. Si le he entendido bien, esa mujer lleva luto por el archiduque que se suicidó en Mayerling, y eso sucedió hace casi cuarenta y cinco años. ¿No le parece demasiado tiempo?

—¿Será su viuda?

—¿Estefanía de Bélgica? Imposible. Es una anciana que volvió a casarse en 1900 con un húngaro y de la que no sé muy bien qué ha sido. Ésta es mucho más joven. Además, tiene un porte señorial, cosa que no posee la pobre princesa.

—¿Y su hija? Creo que tiene una.

—La archiduquesa Isabel, convertida en princesa Windischgraetz, podría corresponder por la edad, pero no es ella. Resulta que la conozco.

—Entonces, ¿una fanática? ¿O quizás una loca? No, su calma no encaja con esta última hipótesis. En cualquier caso, no explica por qué oculta su rostro.

—A lo mejor es fea... o está ajada. Muchas bellezas más o menos célebres han optado por cubrirse así, y destierran los espejos para no ver reflejada en ellos su decadencia.

—En fin, con velos o sin ellos —dijo Aldo—, si está seguro de que el ópalo es el que buscamos, habrá que abordarla.

—Yo juraría que sí, aunque no entiendo por qué el águila de diamantes brilla sobre el pecho de una desconocida. La archiduquesa Sofía se lo regaló a su nuera con motivo del nacimiento de Rodolfo, seguramente para completar el aderezo que le dio para la boda.

—Parece sencillo. Usted ha dicho que las alhajas privadas fueron vendidas en Suiza. Esa pieza debió de comprarla la dama en cuestión.

—No. No formaba parte del lote.

Durante el tercer acto, Morosini concedió más atención al espectáculo. La belleza de Lotte Lehmann y su voz sobrecogedora actuaban sobre él como un hechizo. Su compañero también estaba atrapado, y cuando arañas y candelabros se encendieron entre un entusiasmo llevado al límite, se dieron cuenta de que el palco de enfrente estaba vacío. La desconocida y su escolta se habían esfumado antes de que terminara el espectáculo. Morosini se lo tomó con filosofía.

—Es un fastidio, desde luego, pero no una catástrofe, porque estoy seguro de que

la mujer de la cripta y la del palco son la misma persona.

—Esperemos que no se equivoque.

Una vez que el obispo-canciller se hubo marchado, la sala se vació. Aronov y su compañero fueron a buscar al guardarropa el uno una cálida pelliza y el otro la amplia capa forrada de satén que siempre llevaba con el traje. Morosini vio reaparecer entonces el bastón con empuñadura de oro.

—¿Le llevo en coche? —propuso el primero—. Tenemos que seguir hablando.

—Me alojo aquí al lado, en el Sacher. Ir en coche sería vergonzoso. ¿Por qué no viene a cenar conmigo, querido barón?

Simon Aronov se echó a reír, mientras que su único ojo de un azul intenso —el que albergaba el monóculo debía de ser de cristal— chispeaba de malicia.

—Le intriga mi título, ¿eh? Pues es auténtico y tengo derecho a utilizarlo. En cambio, el apellido que pongo detrás no es el mío. Cambio a menudo de aspecto. La sociedad de aquí me conoce por el nombre de barón Palmer... y acepto encantado su invitación.

Para sorpresa de Aldo, Aronov ordenó al chófer del largo Mercedes negro que se acercó que no lo esperara y volviese a casa.

—Voy a cenar con un amigo —dijo—. *Frau* Sacher se encargará de que me pidan un coche de punto.

Luego, pasando su brazo libre por debajo del príncipe, añadió:

—Después de una cena en el establecimiento de *Frau* Anna, siempre me ha gustado volver a casa en coche de caballos. Recuerda el pasado.

—Aquí nunca está muy lejos. Los austriacos permanecen fieles a sí mismos bajo cualquier régimen.

Los dos hombres se dirigieron al hotel cogidos del brazo. Había dejado por fin de llover, pero los adoquines mojados reflejaban las suaves luces de los globos de cristal esmerilado como si fueran estrellas familiares. *Frau* Sacher, con un habano entre los dedos, los recibió y los encomendó a un atento *maître* que los guió a través de la sala hasta una mesa discreta con un mantel blanco de damasco y decorada con rosas, a buena distancia de la tradicional orquesta cingara. Lo que no impidió a la anfitriona acompañarlos.

—¿El menú del archiduque, como de costumbre? —propuso riendo, pues era una broma habitual con los viejos clientes.

Se trataba, efectivamente, de la última cena degustada por Rodolfo dos o tres días antes de que se fuera a «cazar» a Mayerling. Él mismo había elaborado el menú, que se componía de lo siguiente: ostras, sopa de tortuga, langosta a la armoricana, trucha con salsa veneciana, fricasé de codornices, pollo a la francesa, ensalada, compota, puré de castañas, helado, *Sachertorte*, queso y fruta. Todo ello regado con chablis, mouton-rothschild, champán Roedereret y jerez. Suficiente para saciar un apetito al estilo de Luis XIV.

—Hay que ser joven y archiduque para comer todo eso —dijo el Cojo—. A no ser

que esté usted hambriento, querido príncipe. Yo soy bastante frugal.

Pidieron ostras, seguidas de un fricasé de codornices, una ensalada y la célebre tarta, todo acompañado de un buen champán.

Mientras su compañero intercambiaba unas palabras más con la anfitriona, Morosini lo observaba. Ese hombre jamás dejaría de ser un enigma para él. Pese a sus dos serios defectos físicos, puesto que era tuerto y cojo, encontraba la manera de crear diferentes personajes con unos medios en realidad bastante sencillos: una peluca, como esa noche, un sombrero, gafas oscuras o claras, un monóculo, la barba del sacerdote ortodoxo que había sido durante un rato en el cementerio de San Michele, en Venecia... Parecía capaz de llevar muy lejos el arte del maquillaje apenas visible, y sin embargo, fuera cual fuese la imagen elegida, nunca renunciaba al bastón de ébano con empuñadura de oro que podía delatarlo. ¿Se trataría de una especie de superstición o, también en su caso, de un recuerdo especialmente querido? Preguntar sobre ello sería una indiscreción, pero había otra cosa que intrigaba a Aldo: la voz de Simon Aronov, esa magnífica voz de terciopelo oscuro que le daba tanto encanto, ¿podía sufrir también transformaciones? No tardó en formular la pregunta, que tuvo el don de hacer reír a su compañero.

—En ese aspecto también podría tener sorpresas, amigo mío. No sólo puedo cambiar de registro, sino adoptar diferentes acentos. Permítame, de todos modos, no hacerle una demostración aquí.

—No se me ocurriría pedírselo, pero quisiera hacerle otra pregunta: ¿cómo se las arregla para integrarse tan bien en el medio en que se encuentra? En Londres era un perfecto *gentleman* inglés. En Venecia, cualquiera habría jurado que venía directamente del monte Athos. Aquí encarna el prototipo del aristócrata vienés. Y le conocen. Supongo que vive algunas temporadas en esta ciudad. Pero en una ocasión me dijo que Varsovia era su residencia preferida. ¿Acaso posee una casa en cada capital?

—¿Igual que los marinos tienen en cada puerto una mujer? No. Tengo varias residencias, es verdad, pero aquí vivo en el palacio de un amigo fiel en el que se puede confiar plenamente, en Prinz Eugenstrasse.

Morosini levantó las cejas. Conocía Viena y a sus celebridades lo suficiente para no temer cometer un error. No obstante, bajó la voz hasta preguntar en un susurro:

—¿El barón de Rothschild?

—El señor Palmer no tiene ningún motivo para ocultarlo —dijo Aronov con una afabilidad indulgente—. El barón Louis, en efecto. Al igual que su difunto padre, lo sabe casi todo de mí, y yo sé que en caso de... producirse un drama, siempre podría encontrar asilo y apoyo en esa casa. Si necesita ponerse en contacto conmigo rápidamente, no dude en dirigirse a él. Bajo sus maneras mundanas, es un hombre muy piadoso y está dotado de un valor poco común.

—Lo sé. Hemos coincidido en alguna ocasión, pero confieso que me gustaría conocerlo un poco mejor. Aunque no tiene mucho más de cuarenta años, ya se ha

convertido en una leyenda.

Su memoria infalible le trazaba el retrato de un hombre delgado, rubio, elegante, de una imperturbable sangre fría y dotado de innumerables aptitudes. Además de ser un erudito muy versado en botánica, anatomía y artes gráficas, el barón Louis era un gran cazador, montaba a caballo como un centauro —era uno de los escasos jinetes que tenía permiso para montar los famosos *Lipizzaners* blancos de la escuela de equitación española de Viena— y era un notable jugador de polo. Pese a ser un soltero empedernido, adoraba a las mujeres, con las que tenía muchísimo éxito. En cuanto a la leyenda de su flema, había nacido antes de la guerra, siendo él todavía muy joven, a raíz de una avería de motor y de ventilación que se produjo durante la inauguración del metro de Nueva York. Al sacar de este mal trance a los viajeros, sudorosos, medio asfixiados y medio desnudos, el joven barón apareció tan pulcro como si acabara de pasar por las manos de su ayuda de cámara: no se había quitado ni la chaqueta ni el chaleco y, según los atónitos socorristas, no tenía «ni una gota de sudor en la frente».

—Estos días está cazando en Bohemia, pero quizá más adelante pueda reunirlos. Creo que él se alegrará mucho; ya le he hablado de usted.

—Y a los otros miembros de la familia, ¿también los conoce?

—¿A los franceses y a los ingleses? Perfectamente —dijo Aronov—. Aunque un poco menos que al barón Louis —añadió con una débil sonrisa—. Era íntimo de su padre y ahora lo soy de él. Pero hablemos un poco de usted. Parece que siguió mi consejo en lo que concierne a la bella *lady* Ferráis, ¿no?

Morosini se encogió de hombros.

—No tuve que esforzarme mucho. Después del juicio, que sin duda usted siguió, se marchó a Estados Unidos con su padre y no he tenido ninguna noticia de ella.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera unas palabras de agradecimiento? ¿Ni dos líneas por correo?

—Ni siquiera eso.

Aldo se había puesto tenso al pronunciar su compañero el nombre de la mujer a la que seguía sin poder olvidar del todo. Simon Aronov se dio cuenta.

—¿Y le resulta muy doloroso?

—Un poco, sí, pero con el tiempo se me pasará —afirmó Morosini atacando sus codornices.

Durante unos instantes los dos hombres comieron en silencio, dejando que los violines de la orquesta los envolvieran en su música, hasta que Aronov dijo:

—Ahora me toca a mí hacerle una pregunta. ¿Cómo está Venecia mientras Benito Mussolini reina en Roma?

—Igual de hermosa que siempre, tal como espera encontrarla un visitante ocasional o una pareja en su luna de miel —respondió Morosini con un suspiro—. Aparentemente, todo es normal, pero sólo aparentemente. Antes se veía deambular de vez en cuando a dos policías. Ahora suelen ser jovencitos con camisa y gorro negros.

Van en parejas, como los otros, pero vale más evitarlos todo lo posible; creen que todo les está permitido y gustan de mostrarse agresivos en nombre de la mayor gloria de Italia.

—¿Usted no ha tenido problemas?

—No. Los empleados deben jurar fidelidad al nuevo régimen, es verdad, pero yo no soy más que un honrado comerciante que no busca pelea. Mientras me dejen viajar cuando quiera y llevar mis negocios como me parezca...

—Siga manteniendo esa actitud. Es más prudente.

En el tono repentinamente grave del Cojo había algo que impresionaba. Tras unos instantes de silencio, Morosini dijo:

—¿Recuerda que en Varsovia me anunció la llegada de una... orden negra capaz de poner en peligro la libertad?

—Y por causa de la cual debemos reconstruir el pectoral y resucitar cuanto antes Israel como Estado —completó Aronov—. ¿Va a preguntarme ahora si el Fascio es esa orden negra?

—Exacto.

—Digamos que es la primera manifestación de una enfermedad terrible, una primera ráfaga de viento antes de la tormenta. Mussolini es un histrión vanidoso que se cree César y que podría no ser más que Calígula. El verdadero peligro viene de Alemania; su economía está destrozada y sus fuerzas vivas, heridas. Un hombre casi iletrado, inculto, brutal pero grandilocuente y con un oscuro instinto orientado hacia la guerra va a esforzarse en resucitar el orgullo alemán glorificando la fuerza y excitando los instintos más detestables. ¿No ha oído hablar aún de Adolf Hitler?

—Vagamente. Hubo una manifestación la primavera pasada, creo. Algo bastante parecido a las demostraciones del Fascio, ¿no?

—Exacto. La aventura mussoliniana podría muy bien haber dado alas a Hitler. De momento todavía no es más que el jefecillo de una banda paramilitar, pero mucho me temo que un día eso se transformará en un maremoto capaz de engullir a Europa...

Con los dos codos apoyados en la mesa y la copa entre los dedos, Simon Aronov parecía haber olvidado a su compañero. Su mirada se perdía frente a él, en una lejanía a la que Morosini no tenía acceso, pero la crispación de su rostro bastaba para darse cuenta de que esa perspectiva no ofrecía ninguna imagen risueña. En el momento en que Aldo iba a hacer una pregunta, él añadió:

—Cuando sea el amo, y un día lo será, los hijos de Israel estarán en peligro de muerte. Y no sólo ellos, sino muchas más personas.

—En tal caso —dijo Morosini—, no hay tiempo que perder si queremos tomarle la delantera. Hay que completar el pectoral del Sumo Sacerdote cuanto antes.

Aronov esbozó una sonrisa.

—Así que cree en nuestra vieja tradición, ¿eh?

—¿Por qué no iba a creer en ella? —masculló Morosini—. De todas formas, y aun en el caso de que Israel no volviera a renacer jamás como Estado, si devolverlas a

su sitio es el único medio de impedir que esas malditas piedras continúen haciendo daño, me consagraré a esa tarea en cuerpo y alma. El zafiro y el diamante han dejado ambos un rastro sangriento y supongo que con las otras dos sucede lo mismo. En lo que respecta al ópalo, si la desdichada Sissi lo llevó, la causa está vista para sentencia. En cuanto a la que actualmente lo luce, los velos fúnebres con los que se tapa el rostro no son señal de una dicha radiante. Hay que liberarla de él cuanto antes.

—Estoy de acuerdo con usted, por supuesto, pero no se precipite —murmuró el Cojo con gravedad—. Es posible que le tenga más apego a esa joya que a cualquier otra cosa. Tal vez incluso más que a su vida. Si es así, como sospecho, el dinero no servirá de nada.

—¿Cree que no lo sé? Y supongo que esta vez no tiene una piedra de recambio como en los dos casos anteriores. De ser así, ya me lo habría dicho.

—En efecto. Un ópalo no se puede imitar. Es verdad que Hungría los produce y que quizá, sólo quizá, fuera posible encontrar uno bastante similar. Sin embargo, el mayor problema lo plantea la montura. Esa águila blanca está compuesta de diamantes variados y de una rara calidad. Es una joya valiosísima que, aparte de ser histórica, puede tentar a más de un ladrón. Es una suerte que la dama desconocida vaya escoltada por un guardaespaldas tan imponente.

—Me alarma. En caso de que aceptara vender, ¿estaría usted en situación de pagar el precio que pida?

—Sobre ese punto puede estar tranquilo. Dispongo de todos los fondos que sean necesarios. Ahora voy a dejarlo. Muchísimas gracias por esta agradable cena.

—¿Volveremos a vernos?

—Si lo considera necesario o si averigua algo interesante, venga a verme al palacio Rothschild. Pienso quedarme unos días.

Después de haber dejado a Aronov instalado en un coche, Morosini dudó un momento sobre lo que iba a hacer. Acostarse no, desde luego. No tenía ningunas ganas de dormir.

Levantó la cabeza y vio que el cielo estaba casi despejado; dos o tres animosas estrellas hacían guiños. El botones del hotel, al ver que se entretenía en los últimos peldaños, se ofreció a pedirle un coche.

—No, no —dijo—. Prefiero caminar un poco fumando un puro. ¿Podría ir a buscar al guardarropa del restaurante mi capa y mi sombrero?

Unos minutos más tarde, Aldo deambulaba por Kärntnerstrasse al paso apacible de un juerguista rezagado que hubiera decidido respirar el aire fresco de la noche para disipar los vapores del alcohol. Desierta a esa hora —la torre de la catedral de San Esteban daba las dos—, la gran arteria lujosa brillaba como el interior de una gruta mágica. Por eso, al girar en la esquina de Himmelfortgasse, mucho menos iluminada, Morosini tuvo la impresión de penetrar en una falla entre dos acantilados. De vez en cuando, una débil farola permitía apenas andar sin doblarse los tobillos sobre los adoquines, que debían de datar de la época de María Teresa. Las luces del

palacio Adlerstein estaban apagadas.

Envolviéndose en su capa del más puro estilo español, de modo que resultaba prácticamente invisible, Morosini se agazapó en el hueco de una puerta y se sumió en la contemplación de la casa muda. Muda y, además, ciega, pues ni un solo rayo de luz se filtraba a través de los postigos cerrados.

Se quedó allí un buen rato, buscando la manera de descubrir el secreto de esa fachada austera que de noche, con las formas imprecisas y retorcidas de los atlantes sosteniendo el balcón, se tornaba siniestra, pero acabó por hartarse, se sintió ridículo y lamentó haber sacrificado un buen puro. Misteriosa o no, a esas horas la dama vestida de encaje negro debía de dormir el sueño de los justos, y él empezaba a tener frío en los pies. El mejor método de investigación, el único, seguía siendo ver sin tardanza a la condesa Von Adlerstein. Si no estaba en Viena, iría a su castillo alpestre y sanseacabó.

Iba a abandonar su refugio cuando el chirrido de una pesada puerta le hizo permanecer inmóvil: el gran portalón del palacio estaba abriéndose y a través de él asomó el doble haz de luz de los faros de un coche, que salió en cuanto tuvo paso libre. Morosini vio una gran limusina de un color oscuro. En el interior, un chófer con librea y tres personas difíciles de distinguir, aunque Morosini habría apostado su alma inmortal a que dos de ellas eran la dama desconocida y su escolta. Un baúl y varias maletas iban atadas en la parte trasera. El observador no tuvo oportunidad de ver nada más. Después de pasar suavemente sobre el ligero desnivel del arroyo, el potente vehículo giró a la izquierda hasta el vecino Ring y desapareció mientras una mano invisible se apresuraba a cerrar el portalón.

Evidentemente, la desconocida se marchaba de Viena y a Morosini no se le ocurría cómo averiguar, de forma inmediata, adonde se dirigía, pero el hecho de que viajara de noche no contribuía a disipar las brumas que la rodeaban.

Aldo, bastante perplejo, abandonó su puesto de observación y, esta vez a paso rápido, se encaminó hacia el hotel. Aún no había doblado la esquina cuando un hombre vestido también con traje de etiqueta, delgado, ágil y un poco más bajo que él, salió de otro hueco, se quedó un instante plantado en medio de la calle, visiblemente indeciso sobre lo que era más conveniente hacer, y luego, encogiéndose de hombros con ademán irritado, echó a correr tras el príncipe anticuario.

A la mañana siguiente, cuando hubo terminado de arreglarse, Aldo se sentó ante el pequeño escritorio de su habitación y escribió, no en el papel de carta del hotel sino en una de sus tarjetas de visita, unas respetuosas palabras dirigidas a la señora Von Adlerstein rogándole que le concediera una entrevista «por un asunto importante». Cerró el sobre, se puso el impermeable y los guantes —el tiempo vacilaba entre acumulaciones de nubes grises y golpes de viento que se esforzaban en alejarlas—, se encasquetó una gorra de *tweed* y se puso en camino hacia Himmelpfortgasse con la firme intención de hacer que le abrieran aquella puerta tan antojadiza.

La puerta se abrió, y Aldo se encontró frente al hombre vestido con traje

tradicional al que había visto el día anterior. Éste lo reconoció de inmediato, pero ese detalle no pareció alegrarlo. Esta vez, el hielo no se fundió e incluso vino a sumarse a ello un ligero fruncimiento de entrecejo.

—¿Ha olvidado algo Su Excelencia?

—¿Qué podría haber olvidado? —dijo con altivez Morosini, que no soportaba a los criados insolentes—. No creo haber entrado en esta casa.

—Me he expresado mal y ruego a Su Excelencia que me perdone. Quería decir si ha olvidado decirme algo.

—Nada en absoluto. Le había anunciado un mensaje y aquí está.

—Sí, pero ¿no tenía que traerlo un botones del Sacher?

—Es posible, pero he decidido traerlo yo mismo, y no sé qué diferencia puede haber para usted entre una cosa y la otra. Tenga la bondad de ocuparse de que esta tarjeta llegue a manos de la condesa Von Adlerstein cuanto antes.

—En cuanto la señora condesa esté de vuelta, se la entregaré sin falta.

—Pero ¿tiene al menos una idea de la fecha de su regreso? Se trata de un asunto bastante urgente.

—Lo siento muchísimo, pero este mensaje tendrá que esperarla.

—¿No puede hacérselo llegar?

—Si Su Excelencia tiene prisa, lo más rápido sigue siendo dejar la carta aquí. La señora no puede tardar mucho tiempo.

Morosini estaba empezando a mosquearse, pues tenía la clara impresión de que el pomposo personaje se burlaba de él. Para empezar, ni siquiera le había permitido cruzar la puerta, cuya hoja mantenía firmemente sujeta. Y además, esa especie de diálogo para besugos que le imponía era ridículo. Con un raudo ademán, Morosini le quitó al hombre la tarjeta de la mano y se la guardó en el bolsillo.

—Bien pensado, no voy a dejarla. Su buena voluntad es tan conmovedora que no me perdonaría abusar más de ella.

Sorprendido por la rapidez del gesto y la rudeza del tono, el cancerbero retrocedió lo suficiente para que el patio interior quedara a la vista del visitante inoportuno. Este vio entonces un pequeño coche bajo, de un rojo vivo y forrado de piel negra, que le recordó tanto el de Vidal-Pellicorne que quiso observarlo más de cerca e intentó apartar al hombre.

—¡Oiga! —exclamó éste sin ceder ni un milímetro—. ¿Adónde pretende ir?

—¿De quién es ese coche? ¡De la condesa no será!

Le costaba imaginar a una noble dama de avanzada edad trasladándose de un lado a otro en un artefacto cuya comodidad dejaba mucho que desear.

—¿Y por qué no? Por favor, señor, váyase si no quiere que pida ayuda. Mientras la señora esté ausente, usted no tiene nada que hacer aquí.

Pese a la viva cólera que se había apoderado de él, a Morosini no le pasaba inadvertido que las fórmulas de respeto acababan de desaparecer del lenguaje del hombre. Con todo, no insistió. Habría sido una estupidez armar un escándalo por tan

poca cosa. Adalbert no podía tener la exclusiva de los pequeños Amilcar rojos con tapizado negro —estaba seguro de la marca— y ruedas con radios.

—Tiene razón —dijo, suspirando—. Discúlpeme, pero me ha parecido que era el coche de un amigo.

Mientras el sirviente cerraba la puerta a su espalda, Morosini se alejó sin lograr quitarse de la cabeza la idea de que había visto el coche de Adal. Tanto más cuanto que su memoria fotográfica le mostró de pronto un detalle: las dos primeras cifras del número de la matrícula —las otras quedaban tapadas por el cubo de agua del criado que estaba lavando el coche— eran un 4 y un 1. Y el número de matrícula del coche de Adalbert era 4173 F, lo que no dejaba de ser una coincidencia sorprendente.

Dividido entre las ganas de permanecer día y noche apostado delante de esa casa para ver quién salía de ella y el deseo de ir a comer —esa mañana sólo había tomado una taza de café—, Aldo dudó un momento sobre lo que era más conveniente. Acabó imponiéndose el hambre, y también la sensatez: montar guardia en pleno día y en una calle tan estrecha significaba buscarse serios problemas. El devoto sirviente de la condesa era capaz de llamar a la policía y hacer que lo detuvieran. Podría volver más tarde con otro aspecto. Además, se le estaba ocurriendo una idea.

Echó a andar en dirección a Káertnerstrasse, la cruzó, tomó Plankengasse y llegó al Kohlmarkt sin haberse fijado, por lo preocupado que estaba, en el joven rubio y bastante bien vestido que, al verlo salir, se había apresurado a doblar el *Wienertagblatt* que leía con aplicación un poco más arriba del palacio Adlerstein y seguirle los pasos a una prudente distancia.

Uno tras otro, llegaron a Demel, que en Viena era una especie de institución, pues era a la vez el último café del antiguo régimen —la casa había sido fundada en 1786— y una prodigiosa pastelería-confitería. Demel había sido hasta la caída del imperio el proveedor habitual de la Corte y comer allí era sumamente agradable.

La entrada, situada a dos pasos de la Hofburg, era discreta, casi confidencial, pero la sencilla puerta de cristal grabado, de vaivén con doble batiente, daba acceso a una vasta sala en forma de L al fondo de cuyo primer brazo había un enorme bufé de caoba cubierto de las célebres tartas de la casa y de manjares salados —*foie gras*, *vol-au-vent*, pastel de buey, fiambres y canapés de toda clase— que permitían saciar el apetito más desaforado. El otro brazo de la L se escindía en dos salas llenas de mesas con tablero de mármol, en una de las cuales no estaba permitido fumar. El resto de la decoración se componía de un embaldosado antiguo, espejos de época y candelabros en apliques.

Después de haber escogido los platos ante el bufé —salmón con salsa verde, pastel de buey y unos dulces— y haber hecho el pedido a una de las camareras con uniforme negro y blanco, Morosini eligió una mesa en un rincón de la sala de fumadores y aceptó el periódico, desplegado sobre un marco de mimbre como una gran mariposa, que se ofrecía a los clientes para entretenerlos mientras esperaban ser servidos. Sin embargo, en lugar de leerlo, prefirió dejarse impregnar por una

atmósfera que siempre le había parecido divertida. La sala iba llenándose de clientes que se saludaban, poblando el aire de esos títulos interminables que tanto gustaban a los austríacos y cuya base era siempre *Herr Doktor*, incluso cuando no se trataba de un médico, *Herr Direktor*, *Herr Professor*, pero algunos de los cuales podían alcanzar las dimensiones de una verdadera letanía.

Como el joven que lo seguía se había sentado a una mesa justo enfrente de él, no podía evitar verlo, más aún considerando que lo observaba con una atención tan persistente que llegaba a resultar insolente.

Un poco molesto, pero sin ningunas ganas de enfrentarse a ese desconocido cuyo peinado le recordaba un techo de cabaña desigual, Morosini se refugió detrás del periódico hasta que le llevaron la comida y después se dedicó a ella. Una breve mirada le había informado de que el otro hacía lo mismo, aunque había escogido mostachones con mermelada, *Strudel* y *Schlagober*, de los que engulló una cantidad increíble en un santiamén, de modo que ya había acabado cuando Aldo estaba empezando su pastel de buey.

Después de la tercera taza de café, el joven glotón se tomó un tiempo de reflexión durante el cual su humor no mejoró. Se puso rojo como un tomate, al tiempo que fruncía el entrecejo hasta el punto de juntar las cejas. Finalmente, se levantó, se encasquetó el sombrero de fieltro verde adornado con un penacho y fue directo hacia Morosini.

—Caballero —dijo—, sólo tengo una cosa que decirle: déjela en paz.

Aldo levantó la cabeza de su *Spanische Windtorte* para mirar al joven.

—Caballero —contestó con una amable sonrisa—, no tengo el honor de conocerlo, y si habla formulando enigmas, tendremos dificultades para entendernos. ¿A quién se refiere?

—Lo sabe perfectamente, y si es usted un hombre como es debido, comprenderá que me niegue a pronunciar un nombre que no está hecho para andar por los cafés, aunque sean tan respetables como éste.

—Esa delicadeza le honra, pero, en tal caso, quizá prefiera decírmelo fuera. Aunque supongo que me permitirá acabar el postre y tomarme el café.

—No tengo intención de quedarme más tiempo, sólo de hacerle una advertencia: deje de rondar a su alrededor. El interés que demuestra últimamente por cierto palacio debería hacerle comprender lo que quiero decir. Servidor de usted, caballero.

Y sin dar tiempo a Morosini de levantarse de la mesa, el caballero del penacho atravesó la sala y salió por la puerta batiente. Aunque aliviado en un primer momento de verse libre del que él consideraba un loco, Aldo reaccionó con prontitud: ese muchacho sólo podía aludir a la dama de negro y, en consecuencia, tenía que saber quién era. Así pues, abandonando su tarta Viento de España sin apenas haberla probado, dejó dinero sobre la mesa y se precipitó hacia la salida ante la mirada horrorizada de la camarera: ¡un comportamiento semejante era inadmisibile en Demel!

Desgraciadamente, una vez en la calle constató que, si bien varios sombreros verde oscuro con penacho navegaban por allí, ninguno cubría la cabeza esperada. El vehemente joven se había esfumado.

Tras haber dudado unos instantes sobre cuál era la conducta más procedente, Aldo decidió no volver a Demel, pero, como no había tenido tiempo de tomar café y le apetecía hacerlo, fue al hotel y pidió uno en el bar. La calma que reinaba allí a esa hora del día era propicia a la reflexión, y en ella se sumió, pues no tenía más remedio que admitir que se hallaba en un callejón sin salida: la mujer de los encajes había desaparecido. En cuanto al palacio Adlerstein, no tenía muchas posibilidades de entrar en él, pues el cancerbero le cerraría la puerta en las narices si tenía el mal gusto de volver a presentarse allí. Conclusión: era preciso encontrar una manera de ver a la señora del lugar fuera de Viena, es decir, en su propiedad de los alrededores de Salzburgo.

Era una de las regiones más bonitas de Austria y Morosini no tenía ningún inconveniente en visitarla, aunque faltaba averiguar cómo se llamaba el castillo en cuestión y dónde estaba exactamente.

Una tentativa de obtener información de *Frau Sacher* resultó infructuosa, pues, si bien la célebre Anna conocía Viena y a sus habitantes como la palma de su mano, no sabía prácticamente nada de la provincia.

—Pero ¿por qué no se lo pregunta al barón Palmer, puesto que son amigos? —añadió.

—Amigos es mucho decir. Somos simples conocidos. ¿Usted lo conoce hace mucho?

—Antes de la guerra se alojó varias veces aquí, aunque nunca mucho tiempo. Siempre ha sido un gran viajero. Está muy unido a la familia Rothschild y ahora se aloja en su casa cuando viene a Austria. Pero cuando está en Viena nunca deja de venir a comer o a cenar, a veces con el barón Louis. No me extrañaría que hubiera un vínculo de parentesco entre ellos.

Morosini reprimió una sonrisa: un parentesco con los fabulosos banqueros «pegaba» bastante poco con lo que Aronov le había contado de los suyos, muertos durante el pogromo de Nizhni-Nóvgorod en 1882. Sin embargo, se habían dado ejemplos más singulares a lo largo la historia, además de que eso quizás explicaría en parte la enorme fortuna de la que parecía disponer el Cojo.

—¿Sigue viviendo en...? —dijo aparentando indiferencia—. Nunca consigo acordarme del nombre...

—¿Cómo quiere recordar un nombre que tiene más consonantes que vocales? A mí me pasa lo mismo que a usted, príncipe. De lo único que me acuerdo es que está cerca de Praga —respondió inocentemente *Frau Sacher* jugueteando con sus numerosos collares de perlas—. Tendría que consultar las fichas antiguas para encontrar ese dato.

—No se moleste, por favor, yo también debo tenerlo anotado en alguna parte —

dijo hipócritamente Aldo, un poco decepcionado de que su trampa no hubiera funcionado. Los alrededores de Praga no le decían mucho más acerca de su misterioso cliente, pues ya sabía que tenía varios domicilios. ¿Por qué no iba a figurar entre ellos Praga, desde siempre uno de los lugares destacados del pueblo judío?

Un rato más tarde montaba en un coche de punto. Como había dejado de llover, Morosini, pese a sus preocupaciones, disfrutó del paseo hasta el elegante barrio del Belvedere, donde la mansión Rothschild ocupaba un lugar privilegiado.

Un mayordomo más tieso que un palo, al que la enunciación de su nombre apenas hizo inclinarse, lo recibió en el gran vestíbulo rematado por una cúpula que era el corazón de la casa y a continuación lo introdujo en un salón marcado con el sello de ese fasto un poco recargado pero innegable característico de todas las moradas familiares. Al cabo de un momento, el paso irregular del barón Palmer sonaba sobre el brillante parqué Versailles.

—¿Podemos hablar aquí? —preguntó Morosini tras los saludos de rigor.

—Con toda confianza. Los criados de un Rothschild no se permitirían por nada del mundo escuchar detrás de las puertas. Son todos intachables. ¿Qué ocurre?

—Enseguida se lo diré, pero antes quisiera saber por qué me ha hecho venir si ya tenía aquí a Vidal-Pellicorne.

El monóculo de Aronov se desprendió al levantar éste una ceja.

—¿Adalbert aquí? Le doy mi palabra de que no lo sabía. ¿Cómo se ha enterado?

—Al ver a un criado lavar un coche en el patio del palacio Adlerstein. Resulta que era el suyo, y no sé qué iba a hacer aquí sin su propietario.

—Yo tampoco, pero, puesto que estaba usted allí, podría haberlo preguntado.

—La verdad es que no puede decirse que estuviera. En realidad, el sirviente con el que me encontré ayer me estaba echando a la calle. Tengo la impresión de que en ese palacio pasan cosas raras, o al menos de que lo habita gente rara.

—Dentro de un momento me contará todo eso.

Tras haberse anunciado mediante unos discretos golpes en la puerta, un lacayo con librea de estilo inglés entró en la habitación llevando una bandeja con un servicio de café, que depositó sobre una mesita antes de ponerse a servir.

—No hacía falta que pidiera nada —dijo Aldo.

—No he pedido nada —repuso Aronov con una de las escasas sonrisas que conferían cierto encanto a su semblante un poco severo—. Esto es simplemente una muestra de la hospitalidad Rothschild. Cuando alguien es admitido en su casa, debe ser servido en el acto. En Londres le ofrecerían té o *whisky*. Aquí, por supuesto, café, la pasión nacional.

—Y todo porque, al huir después de su frustrado asedio, en 1683, los turcos dejaron tal cantidad de sacos de café que los vieneses se aficionaron a él. ¡Qué curiosas son las cosas!

—No seré yo quien se lo discuta. Cuénteme ahora.

Morosini relató entonces las tres aventuras que había vivido en torno a esa «calle

de la Puerta del Cielo» que tan poco lo era para él: la marcha nocturna, su visita de la mañana y, por último, su incomprensible diálogo con el joven del sombrero verde. Finalizó manifestando su intención de ver a la condesa lo antes posible, lo que le exigía ausentarse de la capital.

—Lo malo es que no tengo ni idea de dónde está. Cerca de Salzburgo, pero eso es un territorio muy amplio. *Frau Sacher* me ha aconsejado que le pregunte a usted sobre el asunto; según ella, es el hombre mejor informado del mundo.

—Sus palabras me honran, pero anoche todavía lo ignoraba. Hoy me he informado. Iba a enviarle una nota: el antiguo castillo familiar, o más bien debería decir la ruina ancestral, se encuentra junto a Hallstatt, pero, como es inhabitable, los Adlerstein, cercanos a la Corte, se han hecho construir una villa..., un castillo en realidad..., cerca de Bad Ischl. Se llama Rudolfskrone y parece ser que es una preciosidad. No creo que tenga ninguna dificultad en localizarlo.

Morosini anotó la información en el cuadernito que llevaba siempre en el bolsillo, se acabó el café y se despidió.

—¿Piensa ir pronto? —preguntó el Cojo.

—Enseguida, si es posible. Volveré al hotel, preguntaré a qué hora sale el primer tren para Salzburgo y me iré..., pero ¿puedo pedirle un pequeño favor?

—Desde luego.

—Intente averiguar qué hace Adalbert aquí. Aunque no tuviera que marcharme, yo no puedo montar guardia día y noche delante del palacio Adlerstein esperando que salga.

—Hemos pensado los dos lo mismo. No se preocupe, yo me encargo de eso. Váyase tranquilo.

Sin embargo, estaba escrito en algún sitio que Aldo no tomaría el tren de Salzburgo. Al llegar al Sacher, se encontró un telegrama que acababan de llevar.

«Le ruego que me disculpe, pero debo pedirle que vuelva inmediatamente. Me veo enfrentado a una situación en la que me es imposible tomar una decisión, entre otras cosas porque Celina amenaza con marcharse. Afectuosamente, Guy Buteau».

Más que contrariado, Aldo se guardó el papel azul en el bolsillo y descolgó el teléfono interior con la intención de llamar a su casa, pero, tras reflexionar un instante, se limitó a pedir que le reservaran un *sleeping* en el tren nocturno para Venecia. Si Buteau, que conocía tan bien como él las virtudes del teléfono, había elegido el telégrafo, seguro que tenía una buena razón. De qué asunto podía tratarse, en cambio, no tenía ni la más remota idea, pero, para que hubiera puesto en apuros a Buteau y fuera de sí a Celina, debía ser muy desagradable.

Después de haber llamado a un sirviente para que le hiciera el equipaje, Morosini llamó al palacio Rothschild, pero no pudo hablar con el barón Palmer porque acababa de salir.

—Tenga la amabilidad de transmitirle un mensaje. Dígale que el príncipe Morosini ha sido requerido urgentemente en Venecia y que volverá en cuanto le sea

posible.

Una hora más tarde, un taxi lo conducía a la Kaiserin Elisabeth Bahnhof, donde lo esperaba el tren para Venecia.

3. Una sorpresa mayúscula

Cuando el *motoscaffo* se deslizó sobre el agua, ya con el motor apagado, para acercarse a los peldaños del palacio Morosini, Celina salió del gran vestíbulo como una Erinia rolliza cada vez con más dificultades para atarse el vasto delantal immaculado. Esa mañana, las cintas multicolores que flotaban habitualmente sobre su cofia napolitana que llevaba siempre eran todas rojas, como si el genio familiar de los Morosini exhibiera, a la manera de los corsarios y los piratas de antaño, el «sin cuartel», la larga y temible llama escarlata que indicaba al enemigo que el objetivo no era hacer prisioneros. Y su expresión decidida era tan firme que Aldo, inquieto esta vez, se preguntó de qué catástrofe acababa de ser víctima su casa.

Pero no tuvo tiempo de articular ni una sola palabra. Apenas hubo puesto el pie en la escalera, Celina lo agarró de un brazo para llevarlo al interior como si tuviera intención de ponerle grilletes. Naturalmente, Aldo intentó desasirse, pero ella lo tenía bien sujeto y él, desconcertado, a duras penas consiguió dirigir un vago saludo a Zacearía, que contemplaba la escena con expresión abatida, antes de atravesar el patio como un ciclón. Un momento después, la galopada vengadora de Celina acabó en la cocina, donde la voluminosa mujer consintió en soltar a su señor, y lo hizo con tanta precisión que éste aterrizó sobre un taburete. El choque le devolvió el habla:

—¡Menudo recibimiento! ¿Se puede saber qué mosca te ha picado para que me arrastres de esta manera sin siquiera darme tiempo de decir esta boca es mía?

—Era la única manera, si quería que hablaras conmigo antes que con nadie.

—¿Hablar de qué, por favor? Podrías dejarme al menos llegar tranquilamente y servirme una taza de café. ¿Sabes qué hora es?

Las campanas de Venecia tocando el ángelus de la mañana dispensaron a Celina de responder. Ella las acogió haciendo una amplia señal de la cruz antes de ir a buscar la cafetera, que estaba sobre un fogón, volver para plantarse en el otro lado de la gran mesa de roble encerado y llenar una taza puesta ya allí encima junto a un azucarero.

—Lo sé —dijo—, y confiaba en que vinieras en el tren de la mañana. A estas horas, todo el mundo duerme y se puede hablar. En cuanto al café, te lo he preparado porque sigo queriéndote, pero un hipócrita redomado como tú no se lo merece.

La sorpresa y la incomprensión hicieron que las cejas del príncipe se levantaran un centímetro largo.

—¿Yo soy un hipócrita redomado? ¿Y tú «sigues» queriéndome? ¿Qué significa todo esto?

Celina apoyó las dos manos en la madera encerada de la mesa y clavó en el recién llegado una negra y fulgurante mirada.

—¿Cómo llamas tú a un hombre que tiene secretos para la que se ha ocupado de él desde que nació? Yo creía que contaba un poco más para ti. ¡Pero no! ¡Ahora que soy vieja, ya no cuento para Su Excelencia! Su Excelencia tiene una prometida en alguna parte y no me considera digna de saberlo. Es verdad que no hay nada de lo

que sentirse orgulloso. Es más, si yo fuera tú, hasta sentiría vergüenza.

—¿Que yo tengo prometida? —dijo Morosini sin salir de su asombro—. Pero ¿de dónde has sacado eso?

—De aquí mismo. De la habitación de las Quimeras, o sea, la menos agradable de la casa. Ahí es donde la he instalado. No querías que la pusiera en tu cuarto, supongo, eso ya sería el colmo. O en el de tu pobre madre, puesto que tiene el descaro de querer ocupar su sitio. Estas chicas de hoy en día no tienen vergüenza... Pero tendrá que conformarse con eso... hasta esta noche. Sería indecoroso que una señorita durmiera bajo el mismo techo que su futuro esposo, aunque es verdad que el decoro y esa criatura no parecen casar muy bien... Bueno, la cuestión es que como seguramente es lo bastante rica para ir a un hotel, prometida o no, si ella se queda, la que se va soy yo.

Celina hizo una pausa para respirar. Aldo sabía desde siempre que, una vez que se había lanzado, era imposible detenerla y que la sensatez aconsejaba esperar pacientemente. Sin embargo, al ver que volvía a abrir la boca para proseguir su filípica, se levantó, fue directo hasta ella, la asió por los hombros y la obligó a sentarse.

—Si no me dejas decir nada, no nos entenderemos. Para empezar, dime cómo se llama... mi prometida.

—¡No me tomes por idiota! ¡Lo sabes mejor que yo!

—Ahí es donde te equivocas. Acabo de enterarme y estoy impaciente por saber más.

—Creo que será mejor que se lo explique yo —dijo la suave voz de Guy Buteau, que acababa de entrar en la cocina terminando de atarse el cinturón de la bata—. Pero, primero, debo pedirle que me disculpe, querido Aldo.

Quería ir a esperarlo a la estación con Zian y el *motoscaffo*, pero dormía tan profundamente que ni siquiera he oído el despertador —añadió, pasándose por la cara sin afeitarse una mano que trataba de borrar las huellas del sueño—. Y es muy raro, porque no me pasa nunca.

—No se disculpe —dijo Aldo, estrechando las dos manos de su antiguo preceptor—, son cosas que a todos nos pasan alguna vez. Con una buena taza de café se recuperará enseguida —añadió, volviéndose hacia Celina con la suficiente rapidez para sorprender en su ancho rostro marfileño una fugaz sonrisa de satisfacción—. ¿No le servirías una infusión anoche?

Si esperaba desarmar a su cocinera-gobernanta, se equivocaba. Ésta levantó la barbilla y contestó, con los brazos en jarras:

—Pues claro que le di una infusión. Una deliciosa mezcla de azahar, tila y majuelo con una pizca de valeriana. Estaba hecho un manojo de nervios; tenía que dormir... y sobre todo no tomarme la delantera. Yo quería verte a solas y la primera.

—Pues lo has conseguido, Celina —dijo Aldo, suspirando, mientras se sentaba a la mesa—. Y ahora, ¿qué te parece si nos sirves un desayuno como Dios manda

mientras charlamos? Por lo menos no me acusarás de intentar mantenerte al margen.

—Yo nunca he dicho eso...

Iba a subirse otra vez a la parra cuando Aldo, exasperado, dio un puñetazo en la mesa y se puso a gritar:

—¿Va a decidirse por fin alguno de vosotros a decirme quién está durmiendo en la habitación de las Quimeras?

—*Lady Ferráis* —contestó Guy, endulzando con generosidad su café.

—Repítamelo —dijo Aldo, que creía haber entendido mal.

—¿Le parece necesario? *Lady Ferrals* en persona llegó ayer por la mañana anunciándose como su futura, e inminente, esposa y prácticamente exigiendo que se le ofreciera hospitalidad.

—¡Nada de prácticamente! —rectificó Celina—. Lo exigió diciendo que te pondrías furioso cuando regresaras si dejábamos que se instalara en otro sitio.

—Esto es demencial. ¿Y de dónde venía?

—Del Havre, adonde llegó hace poco en el paquebote *France*. Vino directamente aquí. Parecía inquieta, nerviosa, y se sintió muy decepcionada por su ausencia. Parecía como si no hubiera dudado ni por un instante de que estaba esperándola.

—¿En serio? No la he visto desde... Londres, ¿y le parece raro que no esté aquí cuando ella decide presentarse? Es un poco excesivo, ¿no?

—A mí también me lo parece, pero ¿qué podía hacer? Por eso le mandé el telegrama.

—Hizo muy bien. Voy a aclarar todo este asunto.

—Lo que yo quisiera aclarar es lo que hay de verdad en todo esto —intervino Celina—. ¿Es tu prometida o no?

—No. Reconozco que el año pasado le propuse que se convirtiera en mi mujer, pero ese proyecto no pareció resultarle atractivo. De modo que no tienes ningún motivo para hacer las maletas, Celina. Mejor prepárame unos *scampi* para comer.

Morosini salió de la cocina y se dirigió hacia la escalera con la intención de ir a asearse un poco. En su habitación encontró a Zaccaria, ocupado en prepararle un baño como solía hacer siempre que volvía de viaje.

—Zaccaria, quisiera que fueses a saludar a *lady Ferrals* de mi parte y que le dijeras que tenga la amabilidad de reunirse conmigo a las diez en la biblioteca. ¿Entendido?

—Yo diría que está clarísimo. Un poco solemne, quizá.

El encargo no entusiasmaba al viejo mayordomo, quien, al contrario que su esposa, no discutía jamás una orden. Una vez que hubo cumplido ésta, volvió para decir que *lady Ferráis* estaba de acuerdo, sin más comentarios.

Aldo intentó disfrutar plenamente de su momento preferido del día, el del baño, fumando un cigarrillo mientras estaba sumergido en agua caliente perfumada con lavanda. Allí era donde reflexionaba mejor.

Durante todos los meses transcurridos, había pensado a menudo en Anielka. Con

una irritación creciente, todo había que decirlo. El silencio en el que ella había decidido desaparecer después de que el tribunal de Old Bailey la absolviera, a Morosini le había parecido al principio sorprendente —se había tomado bastantes molestias para merecer al menos unas palabras de agradecimiento—, luego hiriente y, finalmente, francamente ofensivo. Y ahora la bella polaca se presentaba de repente en su casa y tenía la desfachatez de declararse su prometida, sin preocuparse lo más mínimo de los perjuicios que podía ocasionar.

—¿Y si y o estuviera viviendo con alguien? —dijo Morosini, indignado, concediéndose una segunda dosis de tabaco inglés—. ¡Es un golpe como para romper un matrimonio... o un embrión de matrimonio!

El enfado, convenientemente alimentado, lo acompañó mientras terminaba de lavarse y después se ponía una camisa azul claro y un traje de franela tan inglés como su tabaco. Cepilló su abundante cabello castaño que la cuarentena plateaba ligeramente en las sienes, lo que añadía un encanto suplementario a su rostro moreno, cuya sonrisa despreocupada, además de mostrar unos bonitos dientes blancos, atenuaba la arrogancia de la nariz y el brillo fácilmente burlón de los ojos, de un azul acerado. Dirigió una rápida y distraída mirada a su imagen y bajó a la biblioteca para encontrarse con la mujer que no sabía muy bien qué sentimientos iba a despertarle.

Como todavía no eran las diez, pensaba que llegaría antes que ella. Sin embargo, Anielka ya estaba allí. Eso lo contrarió, pero sólo por un instante; dado que no había hecho ningún ruido al entrar, tuvo ocasión de contemplar a esa joven que, a los veinte años, se las había arreglado para tener tras de sí un pasado cargado de acontecimientos y la sombra trágica de dos hombres: su marido, *sir* Eric Ferráis, el riquísimo comerciante de cañones asesinado por envenenamiento, y su amante Ladislav Wosinski, que se había ahorcado.

Había abierto uno de los cartularios y, de pie junto al gran mapamundi sobre soporte de bronce situado ante la ventana central, examinaba un mapa marino antiguo. Su fina silueta se recortaba armoniosamente contra la luz del sol y su imagen seguía siendo arrebatadora. Diferente, sin embargo, y Aldo no estuvo seguro de que ese cambio le gustara. Desde luego, el vestido corto, de un color miel que hacía juego con los ojos de la joven, mostraba hasta las rodillas unas piernas preciosas, pero los hermosos cabellos rubios, que a Aldo siempre le habían parecido maravillosos, habían quedado reducidos a un pequeño casquete, sin duda a la última moda pero infinitamente menos favorecedor que el anterior corte. América y sus excesos, París y su independencia femenina habían pasado por ahí, y era una pena.

No obstante, pese a lo que él creía, Anielka debía de haberlo oído entrar. Sin apartar los ojos del venerable pergamino que contemplaba, dijo con la mayor naturalidad del mundo, como si hiciera sólo unas horas que no se habían visto:

—¡Tienes auténticas maravillas, querido Aldo!

—Esta biblioteca es la única estancia del palacio, junto con la habitación de mi madre, que dejé intacta cuando monté la tienda de antigüedades. Pero ¿te has tomado

la molestia de venir hasta aquí para admirarlas? Hay museos más interesantes en el mundo.

Con una desenvoltura un tanto desafiante, Anielka dejó caer el antiguo portulano, que él atrapó al vuelo y fue a dejar en su sitio.

—Nunca me han atraído los museos; sabes muy bien que lo que a mí me gusta son los jardines. He cogido eso sólo para entretenerme mientras te esperaba, pero de todas formas sé reconocer el valor de las cosas.

—¡Nadie lo diría!

Volviéndose bruscamente, Aldo se apoyó en el mueble y preguntó con frialdad:

—¿A qué has venido?

Una sorpresa llena de inocencia agrandó más los ojos dorados de la joven.

—¡Vaya recibimiento! Confieso que esperaba algo muy distinto. ¿No hubo un tiempo en que te declarabas mi paladín, en que querías convencerme de que viniera contigo a Venecia, en que jurabas que, si me convertía en tu mujer, ya no tendría nada que temer?

—En efecto, pero ¿no decidiste tú, muy poco tiempo después, casarte con otro? Que yo sepa, continúas siendo *lady Ferráis*, ¿o estoy equivocado?

—No, continúo siéndolo.

—Y como no recuerdo haber pedido jamás la mano de esa dama, no me gusta que hayas venido aquí y te hayas presentado como mi prometida.

—¿Es eso lo que te molesta? ¡Vamos, no seas tonto! Sabes de sobra que siempre te he querido y que antes o después seremos el uno del otro.

—Tu seguridad me encanta, pero me temo que no la comparto. Reconocerás, querida, que has hecho todo lo posible para enfriar mis sentimientos. La última vez que nuestras miradas se cruzaron, tú salías del Tribunal en compañía de tu padre y desapareciste en las brumas de Inglaterra antes de embarcar rumbo a Estados Unidos. De todo eso me enteré, además, por el superintendente Warren, porque tú en ningún momento te dignaste dirigirte a mí. ¡Y escribir una nota no cuesta tanto! Por no hablar de una vulgar llamada telefónica.

—Olvidas a mi padre. Desde el momento en que fui puesta en libertad, no se apartó de mí ni un segundo. Y no eres de su agrado, a pesar de lo que hiciste para ayudarme cuando me acusaron de ese horrible asesinato. Lo más sensato era hacerle caso, marcharme para que se olvidaran de mí, al menos durante un tiempo.

—Entonces no te quejes de haberlo conseguido. ¿Puedo saber cuáles son tus planes ahora? Pero, antes de seguir hablando, siéntate, por favor.

—No estoy cansada.

—Como gustes.

Anielka se desplazó lentamente por la vasta estancia aproximándose a la ventana, lo que sólo permitía a Aldo ver un perfil impreciso de ella.

—¿Ya no me quieres? —susurró.

—Es una pregunta que prefiero no hacerme. Estás más guapa que nunca, aunque

lamento que hayas sacrificado tus cabellos, y, si formularas la pregunta de otro modo, respondería que me sigues gustando.

—Dicho de otro modo, sigo siendo deseable para ti, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces, si ya no quieres casarte conmigo, seré tu amante, pero tengo que quedarme aquí.

Había vuelto hacia él corriendo y apoyaba sus finas manos sobre los fuertes hombros de Aldo al tiempo que alzaba hacia él una mirada implorante en el sentido estricto del término, pues había lágrimas en sus ojos. Lágrimas y miedo.

—¡Por favor, no me eches! —suplicó—. Tómame, haz de mí lo que quieras, pero déjame quedarme contigo.

Sus bonitos labios trémulos, sus ojos relucientes y un perfume sutil, indefinible y penetrante —sin duda una mezcla cara, elaborada para ella por algún maestro de los perfumes —hacían que estuviera muy seductora, pero Aldo no sintió el ardor que había sentido— al verla en el locutorio de la cárcel de Brixton cuando era una presa condenada a la horca, con un severo vestido negro y su cabellera rubia, casi irreal, por todo adorno. No obstante, fue sensible a la angustia que expresaba todo su ser.

—Ven —dijo con delicadeza, asiéndola del brazo para conducirla hasta un canapé antiguo colocado junto a la chimenea—. Tienes que explicarme todo eso para que me haga una idea clara de la situación en la que te encuentras. Después decidiremos lo que hay que hacer. Pero, antes de nada, dime por qué tienes tanto miedo y de qué.

Mientras él, en cuclillas, atizaba el fuego para avivarlo, ella fue a buscar el bolso a juego con el vestido que había dejado sobre un mueble. Una vez se hubo sentado, sacó de él unos papeles y se los tendió a Aldo.

—De esto es de lo que tengo miedo: amenazas de muerte. En Nueva York recibía cada vez más. Toma. Mira.

Aldo desplegó una carta, pero se la devolvió enseguida.

—Deberías haberla traducido. Yo no leo ni hablo polaco.

—Es verdad. Perdona. Bueno, sin entrar en muchos detalles, en estos mensajes se me acusa de ser causante de la muerte de Ladislav Wosinski. Según dicen, no se suicidó, sino que lo mataron después de haberle obligado a escribir una confesión falsa para salvarme.

Morosini recordó entonces las confidencias del superintendente la última vez que habían cenado juntos antes de que Adal y él se marchasen de Inglaterra. Él también tenía dudas sobre ese suicidio demasiado oportuno que se había producido en un modesto piso de Whitechapel, cuando el juicio de Anielka avanzaba a pasos agigantados hacia una sentencia de muerte. Warren creía que había sido un montaje perfectamente preparado por el conde Solmanski, padre de Anielka, cuya clave no perdía la esperanza de encontrar, y al parecer no era el único.

—¿Qué dice tu padre?

—Llamó a la policía, pero no se tomaron en serio las amenazas. Para ellos es un

asunto entre polacos, unos individuos demasiado románticos y descomedidos para que se conceda importancia a sus disputas. Mi padre contrató entonces los servicios de un detective privado para que me protegiera, pero no pudo impedir dos atentados: mi suite del Waldorf Astoria se incendió sin ninguna razón aparente y estuve a punto de ser atropellada al salir de Central Park. Le supliqué a mi padre que me llevase fuera de Estados Unidos, sobre todo porque no me gusta; la gente es desmesurada, brutal, muchos son maleducados y están tremendamente ufanos de sí mismos.

—¡No me digas que no encontré a unos cuantos hombres refinados que se pusieran a tus pies y se ofrecieran a defenderte! —dijo Morosini con sorna—. ¿No te salió ningún pretendiente?

—¡Demasiados! Tantos que era imposible saber cuál era sincero y cuál no. No olvides que soy una joven viuda muy rica y bastante guapa.

—No tengo intención de olvidarlo. ¿Y fue por encontrarte en esa situación tan apurada por lo que pensaste en mí?

—No —respondió la joven con cierto candor que hizo aflorar una sonrisa irónica a los labios de Aldo—. Al principio me refugié en casa de mi hermano, que vive en una magnífica propiedad en la costa de Long Island, pero no tardé en sentirme incómoda allí. Ethel, mi cuñada, es bastante amable, pero Sigismond y ella llevan una vida alocada; van de fiesta en fiesta y su casa está siempre llena. No me explico cómo puede soportar mi hermano una existencia tan agotadora.

—Debe de gustarle. Pero ¿por qué te quedaste tanto tiempo? ¿Qué te retenía allí, cuando tantos bienes tienes en Inglaterra como en Francia? Eso que yo sepa...

—La prudencia, creo. Mi padre afirmaba que era preferible establecer una clara ruptura con lo que acababa de suceder en Europa, a fin de dejar que las aguas revueltas como consecuencia de ese desgraciado asunto volvieran a su cauce. Un año le parecía un período aceptable. Mientras tanto, se metió en algunos negocios. Allí es muy fácil cuando se dispone de medios. Se lo tomó muy en serio y empezó también a viajar por todo el país. Hasta parecía dominado por la fiebre del oro.

—¿Viajaba por todo el país? ¡Curiosa forma de protegerte!

—Oh, estaba siempre rodeada de gente, pero me aburría, me aburría muchísimo. Tanto que a veces hasta valoraba el miedo; por lo menos me mantenía la mente ocupada. Hasta que un buen día me enteré de que John Sutton acababa de llegar a Nueva York. Wanda lo había visto. Entonces cedí al pánico. Me escapé aprovechando uno de los viajes de mi padre.

—¡Qué ocurrencia! Yo, en tu lugar, me habría enfrentado al enemigo. ¿Qué podría hacerte?

—¡Pero si me enfrenté! Y fue horrible. Sigue convencido de que maté a mi esposo; incluso afirma que tiene una prueba.

—¿Y a qué espera para presentarla? —dijo Aldo con desdén.

—Se le ha ocurrido algo mejor: afirma estar enamorado de mí y quiere que me case con él. Atrapada entre los polacos y él, sólo me quedaba una salida: desaparecer.

Y eso es lo que he hecho con ayuda de Wanda y de mi hermano. Sigismund me consiguió un pasaporte falso.

—Parece que ha conservado sus buenas relaciones con el hampa.

—En América, con dinero consigues todo lo que quieres. Ahora soy Anny Campbell. Sigismund me compró también un billete para viajar en el paquebote *France*.

—¿Y le dijiste a tu querido hermano cuál era tu destino? ¿Le anunciaste que pensabas venir a mi casa?

Ella le dirigió una mirada severa:

—¿Estás de broma? Pues no es el momento. Sigismund te detesta.

—Es casi un eufemismo. Yo diría que me aborrece. Un sentimiento que sin duda compartiría si pensara que vale la pena.

—¡No seas cruel! Anuncié mi intención de instalarme en Francia o en Suiza, precisando que daría noticias mías cuando hubiera encontrado un lugar seguro y agradable.

—¿Y crees que, teniendo en cuenta nuestras relaciones pasadas, los tuyos no se acordarán de que existo?

—No hay ninguna razón para ello. No hemos tenido ningún contacto desde hace casi un año y deben de pensar que lo que me pasó contigo fue uno de esos enamoramientos juveniles sin consecuencias. No, no creo que vengan a buscarme a Venecia.

—Querida, resulta bastante difícil saber lo que cree o deja de creer el vecino, por muy cercano que sea. No puedo permitir que te quedes aquí.

La decepción dolorosa que leyó en la mirada que tanto había amado le dio pena, pero no le impresionó. La verdad era que no entendía muy bien lo que le pasaba. Un año antes, habría abierto los brazos sin tratar de imaginar las consecuencias posibles. Hacía tan sólo un año estaba locamente enamorado de Anielka y dispuesto a correr los riesgos que fuera necesario. Simon Aronov se había dado cuenta perfectamente y en Londres había hecho sonar la alarma para prevenirlo. Ahora, las cosas habían cambiado. Quizá porque su confianza ciega de entonces se había visto mermada por las contradicciones de *lady* Ferráis, quien, al tiempo que juraba amarlo sólo a él, había escogido quedarse con un esposo al que detestaba y no había dudado en convertirse de nuevo en amante de su antiguo novio, Ladislav Wosinski. Por más que juraba que el polaco no significaba nada para ella, a Morosini le costaba creer que se pudiera inducir a un hombre a asesinar a un semejante simplemente ofreciéndole la yema de los dedos. No, ya no estaba atrapado como antes.

—O sea, que me echas —murmuró la joven.

—No, pero no puedes quedarte en mi casa. Pienses lo que pienses, no estarías segura e incluso podrías comprometer la seguridad de sus habitantes, cosa que de ninguna manera quiero que suceda. Los considero mi familia y los quiero.

—En otras palabras, que ya no te sientes capaz de defenderme —dijo ella con

desdén—. ¿Acaso tienes miedo?

—¡No digas tonterías! Te he demostrado suficientemente lo contrario. Yo puedo asumir cualquier defensa, y los hombres que viven aquí, aunque ya no sean jóvenes, no son unos cobardes. Por otro lado, yo estaba en el extranjero por asuntos de negocios y he venido exclusivamente para ocuparme de ti, pero volveré a irme y no pienso dejar a los míos solos contigo en medio. Métete en tu bonita cabeza que, aunque Venecia no sea grande, cuenta con una colonia internacional importante, y además los chismorreos van que vuelan. La presencia en mi casa de una mujer tan guapa como tú provocaría un sinfín de comentarios.

—¡Entonces cástate conmigo! Así nadie encontrará nada que decir.

—¿Tú crees? ¿Y tu padre y tu hermano, que tanto te quieren? Añadamos a eso que todavía no eres mayor de edad. Todavía te falta un año, si la memoria no me falla.

—No razonabas igual el año pasado en el Parque Zoológico de París. Querías raptarme, casarte conmigo inmediatamente...

—Estaba loco, no tengo ningún reparo en reconocerlo, pero pensaba solamente en una bendición nupcial, después de la cual te habría mantenido oculta hasta que fuera posible regularizar la situación ante la ley.

—¡Pues hagamos eso! Al menos tendremos la satisfacción de poder amarnos... tanto como deseamos los dos. ¡No digas lo contrario! Lo sé, noto que me deseas.

Desgraciadamente era verdad. La voluntad de seducir hacía que Anielka estuviera más tentadora que nunca, y ya hacía unos meses que el episodio de la cantante húngara había terminado. Al verla caminar lentamente hacia él, con las manos abiertas en un gesto de ofrecimiento, el cuerpo ondulante bajo la fina tela del vestido, los brillantes labios entreabiertos, se dio cuenta de que el peligro era serio. Justo antes de que lo alcanzara, la esquivó desplazándose hacia un lado para acercarse a la chimenea, donde permaneció unos instantes vuelto de espaldas, el tiempo suficiente para encender un cigarrillo y recuperar el control de sí mismo.

—Creo haberte dicho que estaba loco —dijo con la voz un tanto alterada—. El matrimonio queda totalmente descartado. Tengo que ausentarme de nuevo, ¿no te acuerdas?

—¡Perfecto! Llévame contigo. Podríamos hacer un bonito viaje..., muy agradable desde todos los puntos de vista.

Morosini empezaba a pensar que iba a resultarle difícil desembarazarse de ella y que había que encontrar cuanto antes una solución.

—Yo nunca mezclo los negocios y... el placer —dijo en un tono seco.

La palabra, pronunciada intencionadamente, la hirió.

—Podrías haber dicho el amor.

—Cuando existe alguna duda, ya no puede serlo. No obstante, tienes razón al pensar que no te abandonaré. Has venido aquí buscando un refugio, ¿no?

—He venido buscándote a ti.

Aldo hizo un gesto de impaciencia.

—No mezclemos las cosas. Voy a hacer lo necesario para ponerte a salvo, y no creo que en mi casa lo estés.

—¿Por qué?

—Porque si, por casualidad, una mente despierta encontrara tu rastro, vendría directo a esta casa. Y como hay que descartar esos hoteles de lujo a los que estás acostumbrada, tengo que encontrarte un alojamiento antes de irme. A no ser que desees marcharte de Venecia para ir a Suiza o a Francia, como tenías intención de hacer.

—¡Pero si nunca he tenido intención de ir a esos sitios! Siempre he querido venir aquí, y como dijo no sé qué personaje ilustre, puesto que aquí estoy, aquí me quedo.

Se acercaba de nuevo a él, pero sus intenciones parecían más pacíficas, y esta vez él no se movió para no transformar aquella entrevista en una persecución. Además, ella se limitaba a tenderle una mano que Aldo no pudo rechazar.

—Mira —dijo con una amplia sonrisa—, te declaro la guerra más dulce del mundo: no tendré otro objetivo que reconquistarte, puesto que al parecer nuestros lazos se han aflojado. Instálame donde quieras, con tal de que sea en esta ciudad, pero recuerda lo que voy a decirte: un día serás tú mismo el que me traerá a este palacio y viviremos felices aquí.

Pensando que era más prudente conformarse con una semivictoria, Aldo depositó un ligero beso sobre los dedos que le ofrecían y sonrió también, pero quienes lo conocían de verdad sabían que esa sonrisa contenía una gran dosis de desafío.

—Ya veremos. Ahora voy a ocuparme de tu alojamiento..., *miss Campbell*. Entretanto, aquí estás en tu casa y espero que me hagas el honor de comer conmigo y mi amigo Guy.

—Con mucho gusto. Entonces, ¿puedo ir a cualquier sitio de la casa? —preguntó girando sobre los finos tacones, lo que hizo revolotear el vestido hasta dejar un poco más al descubierto sus piernas.

—Naturalmente. Salvo a los dormitorios... y a las cocinas. Si quieres, Guy te enseñará la tienda.

—Oh, no temas —dijo Anielka en un tono afectado—, me guardaré mucho de meterme entre las faldas de esa mujer gorda que se da tantos aires cuando es una simple cocinera.

—Ahí te equivocas. Celina es mucho más que una cocinera. Estaba aquí antes de que yo naciera y mi madre la quería mucho. Yo también —dijo Morosini con severidad—. Es en cierto modo el genio familiar de este palacio. Procura no olvidarlo.

—Comprendo —dijo Anielka, suspirando—. Si quiero convertirme un día en princesa Morosini, antes tengo que domar al dragón.

—Más vale que te lo diga cuanto antes: éste es indomable. Hasta luego.

Tras estas palabras, Aldo dejó a Anielka examinando las altas estanterías para

escoger un libro y salió de la estancia con la intención de buscar a Celina. No tuvo que ir muy lejos; la cocinera apareció ante él como por arte de magia en cuanto llegó al *portego*, la larga galería-museo común a numerosos palacios venecianos. Con un plumero en la mano, desempolvaba con una minuciosidad sospechosa un estuche de cristal que contenía una carabela con las velas desplegadas y reposaba sobre una de las consolas de pórfido. Aldo no se dejó engañar por su actitud de indiferencia fingida.

—Está muy feo escuchar detrás de las puertas —susurró—. Deberías decírselo a tu confesor.

—¡Eso es ridículo! ¡Como si no supieras que estas puertas son demasiado gruesas para que se pueda oír nada!

—Tal vez... cuando están cerradas. Pero ésta no lo estaba —dijo, pinchándola—. Además, ¿desde cuándo manejas ese instrumento?

—Muy bien, lo reconozco. ¿Qué vas a hacer con ella?

—Instalarla en casa de Anna-Maria. Nadie irá a buscarla allí y podrá estar tranquila.

—¿Necesita... tranquilidad? ¡Viéndola nadie lo diría!

—Más de lo que imaginas. Si quieres saberlo todo, está en peligro. Ésa es una de las razones por las que no puedo dejar que se quede aquí; no tengo ningunas ganas de que esta casa y sus habitantes corran ningún peligro.

Iba a bajar para telefonar desde su despacho, pero cambió de opinión.

—Ah, por cierto, ¿quién de la casa sabe cómo se llama?

—Zaccaria, claro, puesto que fue quien la recibió, y también el señor Buteau. El joven Pisani no; había ido a la villa de Stra para tramitar unos cuadros...

—Tramitar no, peritar —corrigió maquinalmente el anticuario—. ¿Y las dos doncellas?

—No, apenas la han visto. En cuanto a mí, siempre he sido incapaz de recordar los nombres extranjeros. Sólo sé que es *lady*... algo.

—Ya no es *lady*, ni algo ni nada. Ahora es *miss* Anny Campbell. Voy a avisar a Zaccaria y a Guy.

La primera idea de Aldo había sido telefonar a su amiga Anna-Maria para pedirle que alojara a Anielka, pero después de pensarlo había preferido ir en persona. Conocía por experiencia a las telefonistas de Venecia: las devoraba permanentemente una insaciable curiosidad y no dudaban en divulgar ciertas noticias cuando eran un poco sabrosas. Más valía no fiarse.

Anna-Maria Moretti vivía en una adorable casa rosa, a orillas de un tranquilo río y dotada de un bonito jardín cuyo fondo llegaba al Gran Canal. Después de la guerra, en la que su marido, médico, había encontrado la muerte, la había convertido en una especie de pensión familiar en la que sólo aceptaba a personas recomendadas que deseaban llevar una vida tranquila. Dado que se trataba de su propia vivienda, convertida por razones económicas en albergue pasajero, la viuda de Giorgio Moretti

no quería bajo ningún concepto hospedar a clientes ruidosos o maleducados. Exigía que se comportaran en su casa como si fueran invitados de uno de los palacios de los alrededores.

Recibió a Aldo con la invariable alegría que siempre despierta un amigo de la infancia. Era hermana del farmacéutico Franco Guardini, en cuya compañía Aldo había pasado de la infancia a la adolescencia y llegado a la madurez sin que nada turbara el buen entendimiento entre ellos. Anna-Maria era más joven que su hermano. Coronada por una abundante cabellera de ese rubio cálido típicamente veneciano, a sus treinta y cinco años pertenecía a la categoría de mujeres de las que, al verlas, se dice: «¡Esto es una mujer guapa!». Los rasgos de su cara y las líneas de su cuerpo evocaban las estatuas griegas, pero le conferían cierta frialdad. Aparente, sin duda alguna, pero que jamás había incitado a Aldo a hacerle la corte. Sus sentimientos hacia ella siempre habían sido fraternos, y era mucho mejor así, pues Anna-Maria era mujer de un solo amor. La desaparición de su esposo había puesto fin a su vida sentimental.

Recibió a Aldo con la lenta sonrisa que constituía quizá su mayor encanto.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo al jardín? Esta mañana hace muy buen tiempo.

Como ese año el otoño estaba siendo muy suave, el pequeño jardín sobre el agua estaba aún lleno de flores y la viña virgen, de un precioso rojo profundo, que trepaba por las paredes de la casa y del palacio vecino formaba un envoltorio suntuoso a su alrededor. Sin embargo, Aldo declinó la invitación.

—Me tomaría con gusto un Cinzano frío, pero en tu despacho. Tengo que hablar contigo.

—Como quieras.

Anna-Maria sabía escuchar sin interrumpir a su interlocutor, y éste la puso al corriente de la situación sin rodeos, pero ella, lejos de asustarse por los peligros que corría su futura huésped, se echó a reír.

—Estoy segura de que ha exagerado mucho la historia. Pero no necesitas que yo te lo diga, tú conoces muy bien a las mujeres, y a ésta se le ha metido entre ceja y ceja convertirse en princesa Morosini. Teniendo en cuenta que ni eres pobre ni feo, la comprendo muy bien. Por lo demás, es posible que logre sus fines.

—¡No lo creas! El tiempo en que deseaba casarme con ella ha pasado y me extrañaría mucho que volviera. Pero no minimices los problemas que giran alrededor de Anielka; si te lo he contado todo es, en primer lugar, porque eres una amiga fiel, pero también para que puedas negarte a aceptarla con conocimiento de causa.

—¿Quieres que me niegue?

—No. Espero que la aceptes, pero los tiempos han cambiado y los extranjeros que alargan demasiado su estancia en Italia son vigilados de cerca por la gente de Mussolini, y no quisiera que tuvieses problemas.

—No hay ninguna razón para que los tenga. En primer lugar, las autoridades

municipales me tienen en gran estima; en segundo lugar, el jefe del Fascio local come en la palma de mi mano; y por último, tu amiga tiene pasaporte norteamericano. Y a los Camisas Negras les gustan mucho los norteamericanos y sus dólares. Si *miss Campbell* interpreta bien su papel, no tendremos ningún problema. Anda, ve a buscarla.

—La traeré esta tarde. ¡Eres un cielo!

Al llegar a su casa, se puso a buscar a Anielka para comunicarle las disposiciones que acababa de tomar, pero le costó un poco encontrarla, pues ni por un instante le pasó por la cabeza que pudiera estar en la tienda-exposición. Y precisamente allí era donde estaba en compañía de Angelo Pisani, a todas luces víctima de su encanto. El joven la guiaba con una atención devota a través de las dos grandes salas, en otros tiempos almacenes de mercancías, cuando las naves venecianas surcaban las escalas del Levante para traer todo lo que producía el fabuloso Oriente. Ahora, en lugar de especias raras, piezas de seda, alfombras y otras cosas espléndidas, había, en justa compensación, una muestra de las maravillas producidas a lo largo de los siglos por los artistas y artesanos de la vieja Europa.

Cuando Aldo se reunió con los dos jóvenes, Anielka tenía en la mano un gran vaso de cristal antiguo, grabado en oro, y se divertía moviéndolo a la luz del sol mientras Angelo, emocionado, la informaba sobre la antigüedad y la historia de aquel hermoso objeto. Al entrar su jefe, el joven se sonrojó, y por su actitud se notaba que se sentía incómodo, como si Morosini lo hubiera pillado *in fraganti*.

—He... he tenido el placer de que el señor Buteau me pre... presentara a *miss Campbell* —dijo tartamudeando—, y estaba mos... mostrándole... nuestras maravillas.

—Tranquilícese, muchacho —dijo Aldo con una amable sonrisa—. Ha hecho muy bien distrayendo a nuestra visitante.

—¡Esto es una verdadera cueva de Alí Baba, querido príncipe! —exclamó la joven dejando el vaso—. Sólo faltan las joyas, las piedras. ¿Dónde las escondes?

—En un lugar secreto. Cuando tengo alguna para vender, claro, lo que no es el caso en este momento.

—Pero... dicen que eres coleccionista. Lo que, evidentemente, presupone poseer una colección. ¿No vas a enseñármela?

El tono y la sonrisa eran igualmente provocadores, y a Aldo no le gustó mucho ese súbito interés por lo que, a semejanza de sus iguales, consideraba su jardín secreto. Le recordó que esa arrebatadora criatura a la que tan cerca había estado de adorar era hija del conde Solmanski, un hombre del que seguía sospechando que había encargado asesinar a su madre, la princesa Isabelle, para robarle el zafiro estrellado del pectoral, convertido posteriormente en joya de familia.

—Se dicen muchas cosas —repuso él con desenvoltura—. Se está haciendo la hora de sentarse a la mesa y a Celina no le gusta que los comensales se retrasen.

—Entonces no la hagamos esperar. Ya me enseñarás todo eso esta tarde.

—Sintiéndolo mucho, no tendremos tiempo. Debo llevarte a la Casa Moretti, donde están preparándote unos aposentos. Después me marcharé, tal como te había dicho.

—¿Cómo? ¿Ya?... ¡Pero si acabas de llegar!

—Efectivamente, pero hoy es jueves, y el *Orient-Express* sale de Venecia en dirección a París a las cinco y cuarto.

—Ah, ¿es a París a dónde vas?

—Sólo estaré de paso. El asunto que he dejado pendiente requiere mi presencia en otro sitio.

La decepción de Anielka era visible, cosa que el joven Pisani advirtió. Con una conmovedora buena voluntad, se precipitó en auxilio de la beldad en apuros:

—Si teme aburrirse mientras el príncipe se halle ausente, *miss Campbell*, me pongo a su disposición... al menos durante mi tiempo libre —rectificó dirigiendo una mirada inquieta hacia su jefe—. Estaré encantado de enseñarle Venecia. La conozco mejor que cualquier guía.

Anielka le tendió la mano con una sonrisa radiante, lo que le hizo sonrojarse de nuevo.

—Es muy amable. Recurriré a usted, no lo dude. Morosini lamentó que el joven Pisani no se hubiera quedado dos o tres días en el castillo de Stra. Saltaba a la vista que ese incauto estaba enamorándose de *miss Campbell*, y eso no facilitaba las cosas. El descontento de Aldo no tenía nada que ver con los celos. Simplemente, pensaba que embarcado en esa galera el pobre chico se exponía a sufrir, y la idea le desagradaba porque apreciaba mucho a Angelo.

Mientras se lavaba las manos antes de sentarse a la mesa, Guy Buteau, que había oído el final de la conversación en la tienda, preguntó:

—Creía que iba a volver a Viena. —Mi destino no era Viena, sino Salzburgo, y además, tengo una buena razón para pasar por París: quisiera saber si allí tienen noticias de Adalbert, cuyo silencio empieza a preocuparme. No supondrá dar un rodeo muy grande, porque allí podré tomar el *Suiza-Arlberg-Viena Express*^[3], que me llevará a la ciudad de Mozart con toda comodidad. Pero prefiero que no hablemos de esto en la mesa.

Una vez despachada la comida gracias a la diligencia de Celina, impaciente por ver a la excesivamente guapa intrusa alejarse de la casa, Aldo condujo a Anielka a casa de Anna-Maria, donde la joven se declaró encantada tanto del sitio como de la acogida, volvió para ultimar dos o tres detalles con sus colaboradores y después hizo que Zian lo llevara a la estación de Santa Lucia, adonde llegó aproximadamente un cuarto de hora antes de que saliera el tren, lo que le permitió comprar algunos periódicos para el viaje.

Tomó posesión con gran alivio del *single* que el empleado de los coches-cama consiguió encontrarle. Gracias a Dios, había logrado pasar sólo el día en Venecia y solucionar de la mejor manera posible una cuestión delicada. Era una solución

momentánea, por descontado, pero como le parecía muy acertado el viejo refrán según el cual cada día trae su afán, se alegraba de poder apartar esa preocupación de su mente para dedicarse a buscar a la dama de la máscara de encaje negro.

Sin embargo, cuando desplegó uno de los periódicos extranjeros, un titular le saltó a los ojos: «Robo en la Torre de Londres. Las joyas de la Corona en peligro. Gran conmoción en toda Inglaterra».

Ante la sorpresa general, sólo habían robado una joya, y con una facilidad que dejaba al periodista perplejo e incitaba a hacerse preguntas sobre la confianza que se podía conceder a los medios de protección con que contaba el Tesoro británico. Es cierto que, dada la reciente publicidad de que había sido objeto la Rosa de York, los conservadores de la Torre habían considerado preferible instalarla en una vitrina separada y tal vez un poco peor protegida. Pero ¿quién podía imaginar que robarían ese viejo diamante, menos deslumbrante que sus compañeros, cuando los más grandes del mundo se encontraban tan cerca? La conclusión del redactor era que se trataba de una operación montada por uno de los numerosos coleccionistas decepcionados cuando el gobierno de Su Majestad había recuperado el diamante histórico. Naturalmente, el superintendente Warren se hallaba de nuevo al frente de un asunto que ya le había hecho pasar algunas noches en blanco.

Cuando acabó de leer, Morosini dedicó un amistoso pensamiento al pterodáctilo, que no necesitaba ese incremento de trabajo, y se puso a reflexionar. ¿Quién habría corrido semejantes riesgos para apropiarse de la maldita piedra, o más exactamente de su copia fiel? *Lady Mary* reposaba en la sepultura escocesa de los Killrenan y su esposo pasaba apaciblemente los días bajo estrecha vigilancia en una clínica psiquiátrica. Quedaba quizá Solmanski, padre de Anielka y enemigo jurado de Simon Aronov, dispuesto a todo para apoderarse del pectoral, del que creía tener el zafiro^[4].

Sí, ese audaz robo podía ser obra suya. ¿No decía Anielka que se ausentaba a menudo «por negocios»? O si no, por supuesto, un coleccionista totalmente fuera del circuito y que contara con los medios necesarios para contratar a un ladrón hábil y comprar complicidades. En cualquier caso, puesto que el verdadero diamante había vuelto a su lugar de origen, lo que pasara con su réplica a Morosini ya no le interesaba. Y como el timbre del primer servicio estaba sonando en el pasillo, dobló el periódico, se lo puso bajo el brazo y se fue a cenar.

4. En el que Morosini mete la pata

Cuando, tres días más tarde, Aldo bajó del tren en la estación de Salzburgo, no estaba de buen humor. No le gustaba perder el tiempo, y el rodeo que había dado por París tan sólo le había aportado largas horas de reflexiones solitarias. Seguía sin saber, efectivamente, qué había sido de Adalbert Vidal-Pellicorne.

En el piso de la calle Jouffroy custodiado por dioses egipcios, sólo había encontrado a Théobald, el fiel sirviente del arqueólogo, pero éste, instruido en la escuela de un maestro que casi siempre tenía algo que ocultar, se había mostrado más hermético que un sarcófago tebano. Pese a estar encantado de ver de nuevo al príncipe, Théobald se limitó a responder a sus preguntas con un sí o con un no, sin comprometerse más. Sí, el señor había vuelto de Egipto, donde su estancia se había prolongado más de lo previsto. No, no estaba en París, y sí, su servidor ignoraba dónde podía encontrarse en ese momento.

Sin embargo, a fuerza de acribillarlo a preguntas, Morosini, uno de cuyos antepasados había formado parte del Consejo de los Diez y que en ese terreno poseía una fuerza indiscutible, había acabado por enterarse de que su amigo no había regresado directamente del Cairo. Aldo consiguió sonsacarle otra pequeña información: el señor viajaba con una dama. Pero, respecto a cuál era su destino, Théobald, al borde de las lágrimas, juró por lo más sagrado que no lo sabía, y el interrogatorio terminó ahí.

Estaba también el detalle del coche, pero, según Théobald, Vidal-Pellicorne se lo había prestado a un amigo. Así pues, Morosini no tuvo más remedio que conformarse con informaciones demasiado incompletas para satisfacerlo.

En el andén de la estación, saludó a un viajero frente al cual había cenado la noche anterior en el vagón restaurante. Era un hombre de unos cincuenta años, delgado y elegante, amabilísimo y de una sencillez bastante sorprendente en alguien tan célebre: se llamaba Franz Lehar y, tras una breve estancia en Bruselas y en París, iba a descansar un poco a su villa de Bad Ischl.

Como sabía que su compañero de una noche se dirigía también a la famosa estación balnearia, el padre de *La viuda alegre* y *El conde de Luxemburgo* le propuso compartir el coche que había ido a buscarlo a la estación.

—Hay unos sesenta kilómetros y será más agradable que tomar otro tren.

—Aceptaría con muchísimo gusto, maestro, si no hubiera planeado hacer una parada en Salzburgo.

—En tal caso, no deje de venir a verme cuando llegue. Siento una verdadera pasión por los objetos antiguos y usted habla de ellos como nadie. Ah, ahora que lo pienso, no intente alojarse en el Gran Hotel Bauer; cierra a finales de septiembre. Pero estará tan bien o incluso mejor en el Kurhotel Elisabeth, situado a orillas del Traun y casi enfrente de mi casa. Es un establecimiento que goza de una antigua reputación y se preocupa poco de las temporadas, pero que sólo admite clientes de

calidad. Un recuerdo de los tiempos en que la Corte frecuentaba Ischl. Y aquí vaya al Österreichischer Hof. También está a orillas de un río, lo que resulta muy agradable.

Morosini le dio las gracias y se guardó mucho de añadir que, si quería quedarse unas horas en la ciudad natal de Mozart, no era para escuchar un concierto sino para conseguir un coche, preferentemente sin chófer, a fin de tener libertad de movimientos. Además, si bien el compositor austrohúngaro era tan encantador como su música, también era muy hablador, lo que aconsejaba relacionarse con él con moderación.

Al entrar en el antiguo hotel pomposamente denominado La Corte de Austria, en el que nada había cambiado desde su fundación, Morosini percibió una atmósfera tan solemne y un tono tan sigiloso que por un instante se preguntó si no se trataría de una sucursal imprevista de la Hofburg. El vestíbulo, pesadamente amueblado en estilo Biedermeier, era por sí solo una profesión de fe.

El personal hacía juego. Un portero con aires de primer ministro lo recibió antes de confiarlo a un lacayo dotado de la gravedad de un chambelán y a un maletero que poseía la austeridad de un camarero del papa. Éstos condujeron al viajero hasta una gran habitación del primer piso, cuyas ventanas daban al muelle Isabel y a las aguas ligeramente torrenciales del Salzach. Más allá, dominada por la antigua fortaleza de los príncipes-obispos, Hohensalzburg, a la que sólo se podía llegar en funicular o por caminos de herradura, la ciudad de Mozart extendía su esplendor barroco, sus cúpulas, sus campanarios y la gracia de las colinas que lo enmarcaban y que el otoño vestía de oro y cobre.

Asomado al balcón, Morosini, que no había estado nunca en Salzburgo, la admiraba sin reservas cuando el petardeo de un motor deportivo, capaz de romper cualquier encanto, primero atrajo su atención vagamente y luego lo sobresaltó: un pequeño descapotable rojo vivo, tapizado en piel, doblaba la esquina del muelle con la evidente intención de aparcar delante del hotel. Aldo reconoció un Amilcar e inmediatamente estuvo dispuesto a jurar que las prendas de piel del conductor y sus grandes gafas cubrían la persona del egiptólogo al que buscaba por doquier.

No perdió tiempo en conjeturas, bajó a toda velocidad y aterrizó en el vestíbulo justo en el momento en que la gorra era retirada con mano enérgica, liberando los rizos de color paja y más revueltos que nunca de Adalbert Vidal-Pellicorne, cuyos ojos azules se agrandaron a causa del asombro cuando Morosini entró en su campo visual.

—¿Tú? Pero ¿qué haces aquí?

—Yo podría hacerte la misma pregunta. Es más, preguntas tengo un montón.

—Vamos a tener todo el tiempo del mundo para eso. Me alegro de verte.

Eran palabras que salían del corazón, y el vigoroso abrazo que siguió acabó de disipar la mala impresión que Aldo arrastraba desde París.

—Las he pasado canutas desde que nos separamos, ¿sabes? —suspiró Adalbert mientras tendía su pasaporte al recepcionista antes de girar sobre sus talones para

seguir al lacayo-chambelán—. No te puedes ni imaginar de dónde salgo.

—¡A ver si lo adivino! Yo creo que vienes de Viena, aunque no hace mucho te pudrías sobre la paja húmeda de una prisión egipcia —recitó Morosini sin lograr reprimir una sonrisa de satisfacción al observar el estupor de su amigo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo de Viena es fruto de mis deducciones personales, pero de tu aventura faraónica ha sido Simon quien me ha puesto al corriente.

—¿Lo has visto?

—La semana pasada, precisamente en Viena. Admiramos juntos una magnífica representación de *El caballero de la rosa*. Por cierto, podrías haberte tomado la molestia de escribirme. Entre amigos no está prohibido.

—Lo sé, pero... hay cosas que es preferible contar de viva voz. Además, detesto escribir.

—Te tenía por hombre de letras además de arqueólogo... y de otra cosa que no menciono.

—Redactar una obra o comunicados a tal o cual academia se me da bien, pero la correspondencia tipo Sévigné me horroriza.

El lacayo acababa de abrir ante ellos la puerta de una habitación contigua a la de Aldo. Adalbert asió a éste del brazo para hacerlo entrar.

—Vas a contarme todo eso mientras yo me doy una ducha y me cambio.

—¡Ni hablar! Yo también tengo que ducharme. Para que te enteres, acabo de bajar del *Arlberg-Express* y todavía tengo que conseguir un coche antes de cenar. Hablaremos en la mesa.

—¡Un momento! ¿Para qué quieres un coche? El mío está abajo.

—He asistido a tu llegada, pero, como no sé cuáles son tus planes, permíteme que yo me ocupe de los míos —dijo Morosini con una hipocresía absoluta.

—No tengo nada que hacer aparte de volver a París. Si nos necesitas a mí y a mi vehículo, estamos a tu disposición. Por cierto, ¿por qué estás en Salzburgo?... ¿Y qué fuiste a hacer a la Ópera con Simon? —añadió Vidal-Pellicorne, en cuyos ojos había aparecido súbitamente un brillo receloso—. ¿No sería por casualidad para un asunto relacionado con... con una...?

No se atrevía a pronunciar la palabra porque el lacayo, fiel a su personaje, se alejaba por el pasillo con una lentitud solemne. Aldo desplegó una amplia sonrisa.

—Apuesta a que sí y ganarás —dijo alegremente—. Pero, lo quieras o no, vas a tener que esperar hasta la cena. Necesito un buen baño.

—¿Te parece bonito darme largas?

—¡Ésta sí que es buena! Mira, amigo, yo llevo una semana haciéndome preguntas sobre ti, y la pequeña entrevista que mantuve anteayer con tu precioso Théobald no cambió nada. Desde luego, puedes estar orgulloso de él: es más discreto que un confesor.

—¿Has estado en mi casa?

—¡Brillante deducción! Todo lo que pude sacarle después de haberlo sometido a un interrogatorio es que te habías ido de vacaciones con una dama. Así que espera hasta la cena.

Adalbert no insistió, pero, para sorpresa de su amigo, se puso de repente colorado como un tomate y se metió en su habitación.

—Como quieras —masculló—. Nos veremos a las ocho.

Y la puerta se cerró tras él.

Los dos hombres vestidos con esmoquin se sentaron a una mesa en el Roten Salón, el nombre que el hotel salzburgués, llevado por su devoción al régimen imperial, había puesto a uno de sus dos restaurantes. Como conocía bien la ciudad y el Österreichischer Hof, donde solía alojarse, Adalbert se había encargado del menú. También fue él quien abrió fuego, aprovechando que todavía estaban los dos solos en una esquina de una sala medio vacía.

—Me perdonarás que no respete el orden que deseas, pero lo que me ha sucedido en los últimos meses no es, ni de lejos, tan apasionante como nuestras relaciones con Simon. Cuéntame qué hicisteis juntos en la Ópera, por favor.

Sin contestar, Morosini se puso a beber el *Gespritzer*^[5] que les habían servido como aperitivo, lo que tuvo la virtud de impacientar todavía más a Adalbert.

—Bueno, ¿de qué hablasteis? —insistió—. ¿Ha encontrado la pista del ópalo o del rubí?

—Del ópalo. De hecho, hasta me brindó la oportunidad de contemplarlo... de lejos, sobre una dama de gran porte aunque muy misteriosa.

Y, sin hacerse más de rogar, relató su velada operística, aunque deteniéndose deliberadamente, con un perverso sentido del suspense, en el momento en que Aronov y él se habían percatado de la desaparición de la mujer vestida de encaje negro.

—¡Desapareció! —exclamó Adalbert—. Eso quiere decir que la perdisteis.

—En realidad, no..., o todavía no. Resulta que, casualmente, yo la había visto por la tarde en la cripta de los capuchinos.

—¿Y qué hacías allí?

—Una visita. Siempre que viajo a Viena, voy al «trastero de reyes» para depositar unas violetas sobre la tumba del pequeño Napoleón. Es mi mitad francesa la que habla en esos momentos.

Siguió el relato, más dramático aún puesto que el tema se prestaba a ello, de la extraña conversación, tras lo cual Morosini describió su carrera por las calles de Viena tras las ruedas de una calesa cerrada.

—¿Y adonde llegaste? —susurró Vidal-Pellicorne, tan apasionado que había olvidado a medio camino entre el plato y su boca el trozo de anguila ensartado en el tenedor.

—A una mansión que no tuve ninguna dificultad en reconocer porque había ido previamente a ella. Y cuando, en la Ópera, Simon me dijo a quién pertenecía el palco donde estaba la desconocida, no me resultó difícil hacer la asociación. Pero tú también conoces ese palacio.

—Dime su nombre y veremos si es verdad.

El trozo de anguila desapareció, pero estuvo en un tris de reaparecer cuando Morosini dejó caer, con una sonrisa impertinente:

—Adlerstein. Está en Himmelpfortgasse... ¡Caramba! Bebe un poco, si no, vas a ahogarte —añadió ofreciéndole un vaso de agua a su amigo, a quien, en su lucha contra el trozo rebelde, se le había quedado el rostro amarotado—. ¿Qué pasa? No creí que fuera a causarte ese efecto.

Adalbert rechazó el agua y tomó un sorbo de vino.

—No has sido tú..., ha sido... este bicho. ¡Tiene espinas, fíjate! En cuanto a ese palacio, como no he puesto nunca los pies en él, no lo conozco.

—En tal caso, ¿cómo es que tu coche sí lo conoce? Lo vi allí..., o al menos lo entreví mientras un criado lo lavaba en el patio interior.

Si Morosini esperaba exclamaciones o protestas indignadas, iba a sentirse decepcionado. Adalbert se limitó a mirarlo mientras se tocaba la punta de la nariz con expresión de perplejidad, pero no contestó. Aldo volvió entonces a la carga:

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Si estaba aparcado allí, no sería sin ti.

—Sí. Lo había prestado.

—¿Prestado? ¿Puedo preguntarte a quién?

—Te lo diré enseguida. Cuanto más lo pienso, más me convengo de que lo mejor es que te cuente ahora mis aventuras personales. Así lo entenderás todo mejor.

—Te escucho.

—Bien. Te enteraste de que en Egipto estuve a punto de ser víctima de un error judicial, ¿no?

—Sí. Te acusaban de haber robado una estatuilla que afortunadamente acabó por aparecer.

—Afortunadamente, no. Más bien por casualidad, en un rincón de la tumba, a la que debió de volver solita. El verdadero ladrón, que sospecho quién puede ser, la dejó allí cuando le entró miedo después de que se produjera la extraña muerte de lord Carnavon.

—Sí, me enteré de esa curiosa muerte. Una picadura de mosquito, por lo que dijeron.

—Que provocó una erisipela mortal, pero son muchos los que creen ver en esa muerte una especie de maldición sobre los que no han hecho caso de la inscripción descubierta en la entrada de la tumba: «La muerte tocará con sus alas a quien moleste al faraón». Hubo una o dos más desapariciones inexplicables y, te lo repito, nuestro hombre debió de morir de miedo.

—¿Tú crees en esa maldición?

—No. El pobre Carnavon murió el 5 de abril, y entonces la sala que contiene el sarcófago ni siquiera estaba abierta. Pero a mí eso me sacó de la cárcel. Para ser franco, yo me habría llevado con mucho gusto esa estatuilla y no la habría devuelto jamás..., aunque hubiera tenido que exponerme a sufrir la cólera del difunto. ¡Merecía condenarse por ella! —suspiró el egiptólogo con la voz quebrada por la emoción—. Una encantadora esclava desnuda, de oro puro, presentando una flor de loto. ¡La más pura expresión de la belleza femenina! Y cuando pienso que ese miserable la tuvo en sus manos durante semanas y que...

—¡Para! —lo interrumpió Aldo—. Si te embarcas en esa historia, no salimos de ahí. Volvamos al punto de partida: tu coche milagrosamente transportado a Viena. O sea, que mejor comienzas el relato después de tu liberación.

—De acuerdo. Huelga decir que la expedición y las autoridades inglesas me pidieron disculpas. Para hacerse perdonar, incluso me pidieron que escoltara hasta Londres un envío destinado al Museo Británico.

—¡Curioso honor! Tú habrías preferido llevarlo al Museo del Louvre, supongo.

—Por supuesto, e incluso me pregunté si no sería otra trampa, puesto que lord Carnavon se había comprometido a entregar a los egipcios la totalidad del producto de sus excavaciones. Pero Cárter, que sigue vivo y coleando, quería que su país disfrutara un poco de sus hallazgos, y como es él el descubridor... Así que partí para Londres, donde me dispensaron un gran recibimiento y donde tuve el placer de ver a nuestro amigo Warren.

—¡El pobre! ¿Has visto lo que le ha pasado? Nuestra Rosa de York ha desaparecido otra vez.

—Ésa, amigo mío, es la menor de mis preocupaciones. Y por favor, no cambiemos de tema —dijo Adalbert—. Como te decía, me trataron de maravilla y hasta regresé a Francia con *sir* Stanley Baldwin, que iba en visita oficial. Gracias a eso, tuve el honor de ser invitado a la gran recepción ofrecida por lord Crewe, el embajador de Gran Bretaña en París, y allí fue donde tuve un encuentro inesperado con una encantadora joven en apuros. Había salido a fumar un puro a los jardines cuando fui testigo de una desagradable escena: un tipo estaba maltratando a una mujer para obligarla a besarlo.

—Y tú acudiste volando en su ayuda —dijo Morosini.

—Tú habrías hecho lo mismo fuera quien fuese la dama, pero yo sacudí al bribón con más entusiasmo porque acababa de reconocerla: era Lisa Kledermann.

De pronto, a Aldo se le pasaron por completo las ganas de reír.

—¿Lisa? ¿Qué hacía allí?

—Es íntima de una de las hijas del embajador, y como había ido a París de compras, no necesitó que la invitaran puesto que se alojaba en casa de su amiga.

Morosini recordó que, en Londres, Kledermann le había dicho que su hija tenía muchos amigos en Inglaterra.

—Y el agresor, ¿quién era?

—Oh, nadie. Un agregado militar cualquiera, convencido de que un uniforme basta para seducir. Pero se marchó sin rechistar; no era un gran luchador.

—¿Y... Lisa?

—Me dio las gracias y después estuvimos charlando... de todo un poco. Fue muy agradable —dijo, suspirando, Adalbert, cuya mente estaba evadiéndose hacia las reminiscencias de aquella velada en un jardín nocturno.

—¿Está bien?

Adalbert sonrió como un bendito sin darse cuenta de que el tono de Aldo se volvía cada vez más imperioso.

—Muy bien... Es una chica deliciosa. Nos vimos dos o tres veces: una comida, un concierto al que la llevé, un desfile de alta costura...

—En resumen, ya no os separasteis. Y como eso no era suficiente, decidisteis iros juntos... de vacaciones.

El tono francamente acerbo acabó por traspasar la especie de mullido capullo en el que Vidal-Pellicorne se revolcaba desde hacía unos instantes. Se estremeció y miró a su amigo con la expresión un poco alelada de alguien que acaba de despertar: los ojos de color acero estaban volviéndose verdes, lo que en Morosini siempre indicaba tormenta.

—Pero ¿qué estás pensando? Hemos trabado verdaderos lazos de amistad. Por supuesto, hablamos un poco de ti...

—¡Qué amables!

—Yo creo que ella te aprecia a pesar de la forma en que os despedisteis y que sigue añorando Venecia.

—Nadie le impide volver. Bien, ¿qué me dices del viaje?

—Voy a eso. Un servicio del que ya te he hablado con medias palabras me pidió que fuera a dar una vuelta por Baviera para observar las maniobras de un tal Hitler, que se ha lanzado recientemente a atacar verbalmente a la República de Weimar y que congrega a bastante gente a su alrededor. Pero, para no atraer la atención sobre mí, me pidieron que fuera como turista y, por lo tanto, en coche. Lo mejor era que llevase a alguien conmigo, y como Lisa tenía que ir a Austria para el cumpleaños de su abuela, la idea de hacer el viaje en mi coche le pareció divertida y lo hicimos... como amigos —precisó Vidal-Pellicorne lanzando una mirada inquieta al semblante tormentoso de su amigo.

—Y aunque te habían enviado a Alemania, ¿fuieste hasta Viena?

—No. Hasta Múnich, donde mi trabajo me retuvo más de lo que pensaba. Así que, para no retrasar a Lisa, le presté el coche a fin de que llegara a Bad Ischl a tiempo. A pesar de lo mucho que le apetecía, al principio rechazó mi ofrecimiento porque después tenía que ir a Viena, pero la convencí diciéndole que yo iría a recoger el coche allí cuando hubiera terminado. Y eso es lo que acabo de hacer. Añado que no he visto a Lisa; cuando yo llegué, acababa de irse para asistir a un baile en Budapest. Ahora ya lo sabes todo.

—¿Sabía ella lo que ibas a hacer en Alemania?

—¡Ni pensarlo! Le hablé de la organización de un congreso de arqueología, de que a lo mejor daba unas conferencias...

—¿Y ella te creyó?

Adalbert clavó en los ojos de Aldo una mirada absolutamente cándida.

—No tenía ningún motivo para no creerme. Ya te he dicho que somos excelentes amigos.

—¡Pues tienes más suerte que yo! Ahora dejemos todo eso a un lado y ocupémonos de ese condenado ópalo. ¿Se te ocurre algo para convencer a la dama de la máscara de encaje de que nos lo venda?

—¿Cómo quieres que se me ocurra? La conozco todavía menos que tú, puesto que ni siquiera la he visto. Lo mejor es ir mañana mismo a Ischl. La señora Von Adlerstein debe de seguir allí, porque cuando he ido esta mañana a buscar el coche todavía no había vuelto a Viena.

Al día siguiente, mientras el pequeño Amilcar rojo recorría los cincuenta y seis kilómetros que separaban Salzburgo de Bad Ischl a través de un encantador paisaje de colinas arboladas y de lagos, Aldo dejaba vagar su mente en torno a su antigua secretaria. Si no hubiera tenido la evidencia, jamás habría podido creer en una «Mina» que asistía a un baile húngaro, que era cortejada en el jardín de una embajada por un vivaracho oficial, que conducía un coche deportivo y, por último, que viajaba en compañía de Adalbert, del que Morosini se preguntaba, sin osar realmente formularse la pregunta, si no estaría enamorándose de ella. Y lo que aún comprendía menos era por qué todo eso le resultaba tan desagradable.

De pronto se dio cuenta de que pensando en Lisa como mujer estaba dando la espalda a una evidencia: debía de encontrarse en Viena durante la estancia de la dama misteriosa y por lo tanto conocerla. En vez de ir a asediar a una anciana condesa que quizá no se dejaría convencer, tal vez fuera mucho más sencillo recurrir a su nieta.

—¡Qué demonios! —dijo en voz alta, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Al fin y al cabo ha trabajado conmigo durante dos años, y muy bien. Si alguien puede informarnos, es ella.

Sin apartar la vista de la carretera, Adalbert se echó a reír.

—¿Tú también crees que Lisa sería la mejor fuente de información para nosotros? Lo difícil va a ser dar con ella.

—Eso debería ser pan comido para ti, puesto que sois tan buenos amigos —dijo Morosini con una pizca de amargura.

—No más que para ti. Esa chica no para ni un momento y no tengo ni idea de los planes que tiene.

—Le has prestado tu querido coche, le has hecho de galán durante...

—Quince días, ni uno más.

—¿Y no te ha dicho adonde pensaba ir después de Budapest?

—Pues no. Y admito que se lo pregunté, pero contestó de una manera muy vaga:

tal vez a hacer un recorrido por Polonia, donde tiene amigos, o acaso a Istanbul..., a no ser que se decidiera por España. Tuve la impresión de que no quería mezclarme más en su vida. Es muy independiente... Y además, quizá ya estaba cansada de verme.

Como por arte de magia, Aldo se sintió de un humor espléndido que conservó el resto del viaje. Incluso se había permitido el lujo de pronunciar un «No, hombre, no» absolutamente hipócrita.

Ischl debía su fama a sus fuentes saladas naturales y a un manantial de aguas sulfúreas. La Corte había escogido esa bonita ciudad situada en la confluencia del Ischl y el Traun como residencia estival, y la aristocracia que acompañaba a la familia imperial la había convertido en una de las principales estaciones balnearias de Europa, así como en una de las más elegantes, adonde no era infrecuente que los mejores artistas fuesen a actuar ante un público de cabezas coronadas.

Decían que Francisco José y más tarde sus hermanos debían su venida al mundo a los baños salinos prescritos a la archiduquesa Sofía, su madre, por el doctor Wirer-Rettenbach. Y, lo más importante, allí había tenido lugar «el» romance imperial: los esponsales decididos en unos minutos del joven emperador y su encantadora prima Isabel, cuando el matrimonio con la hermana mayor de ésta, Elena, ya había sido anunciado.

Aunque la monarquía ya no fuera más que un recuerdo, había un sinnúmero de nostálgicos. Durante la temporada de los baños, muchos y, sobre todo, muchas iban a soñar al parque o ante las columnas de la Kaiser Villa, el castillo vagamente griego donde se había desarrollado el acontecimiento, pero en otoño aún quedaban algunos y éstos eran los más fervientes, sombras de la antigua Corte en busca de las horas pasadas, cuando representaban un papel en el espectáculo que se ofrecía al emperador, la emperatriz y su séquito.

Por lo demás, en Ischl el tiempo parecía haberse detenido, sobre todo entre las mujeres. Poco maquillaje o ninguno, ausencia total de cabellos cortos y todavía muchas faldas largas mezcladas con los trajes regionales tradicionales.

—¡Increíble! —murmuró Morosini cuando el Amilcar se detuvo frente al hotel, en un sitio que una calesa acababa de dejar libre—. De no ser por este artefacto, tendría la impresión de ser mi propio padre. Recuerdo que vino a Ischl dos o tres veces.

—Los de aquí no están locos. Saben muy bien que los recuerdos del imperio representan su mejor publicidad. Este hotel lleva el nombre de Isabel, los balnearios el de Rodolfo o Gisela, el panorama más espléndido el de Sofía... Sin contar las plazas Francisco José, Francisco Carlos, etcétera. En cuanto a nosotros, vamos a instalarnos, a comer y a esperar a que sea una hora oportuna para ir al castillo de Rudolfskrone, que los Adlerstein hicieron construir cuando su vieja residencia montañesa se volvió inhabitable como consecuencia de un desprendimiento de tierra.

—¡Sí que sabes cosas! —exclamó Morosini, admirado—. Y eso que esto no es

Egipto.

—No, pero cuando se realiza un largo recorrido en compañía de alguien, hay que alimentar de alguna manera la conversación. Lisa y yo charlamos bastante.

—Es verdad, no me acordaba. ¿Y no sabrás por casualidad dónde está?

—En la orilla izquierda del Traun, en la ladera del Jainzenberg —respondió, imperturbable, Vidal-Pellicorne.

Demasiado grande para ser un pabellón de caza y más parecido, con sus galerías, su frontón y sus múltiples ventanas, a una villa palladiana, Rudolfskrone, rodeado de vegetación frente a una encantadora vista, ofrecía una imagen sonriente. Resultaba fácil comprender por qué la señora Von Adlerstein pasaba muchas temporadas allí y alargaba su estancia hasta bien entrado el otoño. Esa casa era más agradable para vivir que el palacio de Himmelpfortgasse.

Un mayordomo, que llevaba con una inmensa dignidad unas calzas de piel con lazos y una chaqueta de ratina verde abeto que habrían provocado un ataque de nervios a sus colegas británicos, recibió a los visitantes en el alto porche dominado por unas estatuas en equilibrio sobre un balcón.

Pese al contenido de las tarjetas de visita presentadas por los dos hombres, el sirviente manifestó dudas sobre la posibilidad de que fueran recibidos sin haberse anunciado previamente. La condesa estaba enferma. Pero Aldo, completamente decidido a no dejar que le dieran largas, preguntó:

—¿La señorita Lisa no está?

Fue mágico: una sonrisa iluminó la máscara severa del mayordomo.

—Ah, si los señores son amigos suyos, la cosa cambia. Ya me había parecido reconocer el pequeño coche rojo que tuvimos aquí hace poco...

—Se lo había prestado —precisó Adalbert—. Pero si la señora Von Adlerstein no se encuentra bien, no la moleste. Volveremos más tarde.

—Voy a intentarlo, caballeros, voy a intentarlo.

Unos instantes después, abrió ante los dos hombres las puertas de un saloncito tapizado de damasco de color crudo, con grandes cortinas de seda descorridas que dejaban ver los árboles del parque. Numerosas fotografías con marcos de plata ocupaban un amplio espacio.

Una dama de cabellos blancos, pese a su cutis todavía liso, estaba tendida en una chaise longue con una escribanía sobre las rodillas. Al ver entrar a sus visitantes, se apresuró a dejarla a un lado. Éstos pensaron que, a juzgar por el largo vestido negro con el cuerpo de encaje que llevaba, debía de ser bastante alta. Su imagen era de otra época, la de las fotografías, pero sus ojos oscuros poseían una sorprendente vitalidad. En cuanto a la sonrisa que iluminó súbitamente su rostro, era la réplica exacta de la de Lisa.

Fue a Adalbert, hacia quien tendió sin vacilar una larga mano adornada con

preciosos anillos, sobre la que éste se inclinó.

—Señor Vidal-Pellicorne —dijo—, es un placer conocerlo..., aunque lamento un poco su excesiva facilidad para acceder a los caprichos de mi nieta. Cuando la vi al volante de su coche, me quedé atónita, un poco admirada pero también inquieta. ¿No fue una imprudencia?

—En absoluto, condesa. La señorita Lisa conduce muy bien.

La anciana dama se volvió entonces hacia su otro visitante, a quien dirigió una sonrisa simplemente cortés.

—Pese al gran apellido que lleva, príncipe Morosini, no tengo el gusto de conocerlo. Sin embargo, parece ser que desde hace poco se dedica a asediar mi casa de Viena. Me han dicho que ha ido a preguntar por mí varias veces.

El tono seco daba a entender que la insistencia de Morosini no agradaba.

—Reconozco mi culpabilidad, condesa, y le pido infinitamente perdón, por eso y también por haber espiado literalmente su palacio.

Ella se sobresaltó y frunció el entrecejo.

—¿Espionado? Qué palabra tan malsonante... ¿Y le importa decirme por qué razón?

—Deseaba hablar con usted de algo de suma importancia, en lo que mi amigo aquí presente está tan interesado como yo.

—¿De qué?

—Ahora mismo lo sabrá, pero ¿me permite que le haga antes una pregunta?

—Hágala. Y tome asiento, por favor.

Mientras se sentaba en un sillón tapizado en damasco que la dama le señalaba, Aldo formuló la pregunta:

—Acaba de decir que no me conoce. ¿Es que la señorita Kledermann no le ha hablado nunca de mí?

—¿Debería haberlo hecho? Debe usted comprender —añadió la señora Von Adlerstein para suavizar un poco la insolencia de su observación— que Lisa conoce a mucha gente diseminada por toda Europa. El catálogo de sus amigos es inacabable. De modo que usted también ha coincidido con ella en algún sitio... ¿Dónde?

—En Venecia, donde vivo.

No le pareció útil decir nada más. Si Lisa —quizá porque no estaba orgullosa de ello— no había creído oportuno revelar sus actividades en casa de Morosini, no le correspondía a él hacerlo, a pesar de que se sentía humillado y un poco apenado por haber sido mantenido tan al margen de la vida real de la ex Mina.

—No me extraña —comentó la condesa—. Le gusta mucho esa ciudad y tengo entendido que la visita con frecuencia. Pero, por favor, hablemos de ese gran deseo que tenía de hablar conmigo.

Morosini guardó silencio un instante para escoger cuidadosamente las palabras.

—El pasado diecisiete de octubre —se decidió por fin— asistí en el palco de Louis de Rothschild y en compañía del barón Palmer a una representación del Caballero de la rosa. Había ido desde Italia invitado por el barón y con la única

finalidad de escuchar esa ópera. Aquella noche, después de levantarse el telón, vi entrar en su palco a una dama muy elegante, y muy impresionante también. Es sobre esa dama sobre lo que deseaba hablar con usted, condesa. Quisiera conocerla.

—¿Y le importa decirme por qué? —Esta vez, el tono era altanero, pero Morosini fingió no percatarse de ello—. ¿Por romanticismo tal vez? Usted es veneciano, y el misterio que sugiere esa mujer espolea su curiosidad y su imaginación, ¿no es así? —añadió la condesa.

«Decididamente, no le gusto. El tipo de Viena ha debido de prevenirla contra mí», pensó Morosini, que, dada la situación, decidió coger el toro por los cuernos y ser franco.

—Si me atribuye sentimientos, señora, tenga la bondad de escogerlos menos fútiles. Se trata de un asunto importante, yo incluso diría que grave. Esa dama posee una joya que necesito adquirir al precio que sea.

El estupor y la indignación dejaron muda a la condesa durante unos instantes, tras los cuales se disiparon para dejar paso a la cólera.

—¿Sentimientos menos fútiles? ¡Pero si es algo peor aún! La simple y vulgar codicia de un comerciante. ¡Una cuestión de dinero! Aunque no tengo el gusto de conocerlo, estoy al tanto de su reputación de negociante experto en joyas antiguas. Creo —añadió— que no tenemos nada más que decirnos. Salvo que pienso aconsejarle a mi nieta que elija mejor a sus amigos.

Aldo sintió una tentación casi irreprimible de decirle a la arrogante anciana a la cara que su preciosa nieta, disfrazada de cuáquera, había estado a sus órdenes durante dos años, pero apreciaba demasiado a la falsa holandesa para jugarle esa mala pasada. Prefirió, pues, tragar quina e intentar convencerla.

—Señora, señora, se lo ruego, no me condene sin escucharme. No se trata en absoluto de lo que usted cree y le juro que no me mueve la codicia ni la esperanza de obtener ganancia alguna. Esa joya, o al menos el ópalo que ocupa el centro, tiene una historia trágica, al igual que todas las piedras arrancadas de un objeto sagrado. Si, como me han asegurado, ésta la llevó la desdichada emperatriz Isabel, está claro que no escapa a la suerte habitual. Comprársela a esa dama es hacerle un favor, créame.

—O partirle el corazón. ¡Basta, príncipe! El asunto del que me habla es un secreto de familia y no voy a ser yo quien lo divulgue. Lo siento, pero no puedo dedicarle más tiempo.

Resultaba difícil insistir sin mostrarse grosero. No obstante, Adalbert intentó salir en defensa de su amigo:

—Permítame unas palabras, condesa. Todo lo que acaba de decir el príncipe Morosini es la expresión misma de la verdad. Él y yo estamos buscando varias piedras vinculadas a un antiguo objeto de culto. Hemos encontrado dos. Faltan otras dos, y el ópalo es una de ellas.

—No pongo en duda su palabra, caballero, ni tampoco la del príncipe. Pero, en tal caso, para comprar esa joya tendrán que esperar hasta que llegue a manos de los

herederos de su propietaria, pues mientras ella viva no la tendrán. Adiós, caballeros.

Un timbre acababa de requerir la presencia del mayordomo, al que no hubo más remedio que seguir.

—¿Quieres decirme qué he hecho para darle miedo? —murmuró Morosini mientras se dirigían al coche.

—No lo sé, pero yo he tenido la misma impresión.

—¿He hecho mal en plantear el asunto tan abiertamente? Tengo la desagradable sensación de haber metido la pata.

—Quizá, pero no es seguro. Con este tipo de mujeres es mejor hablar claro. Tal vez deberíamos haberle preguntado simplemente dónde está Lisa. Su nieta podría ser más manejable.

—¡No te fíes! Además, es posible que no sepa nada. La condesa ignora que su querida nieta ha pasado dos años en mi casa.

—Y eso no lo digieres, ¿eh?

Estaban subiendo al coche cuando apareció una calesa que se detuvo justo delante del Amilcar. De ella surgió, cargado con una maleta, un joven al que Morosini reconoció al primer golpe de vista: su agresor de Demel. El reconocimiento fue, por lo demás, recíproco. Tras dejar la maleta prácticamente encima de los pies del mayordomo, el vehemente personaje se precipitó sobre Aldo.

—¿Otra vez usted? Creía haberle avisado, pero debe de ser duro de oído, así que se lo advierto por última vez: deje de correr detrás de ella o tendrá que vérselas conmigo.

Dicho esto, estaba ya girando sobre sus talones cuando Morosini, perdiendo la paciencia, lo agarró de la chaqueta gris ribeteada en verde y lo obligó a volverse hacia él.

—¡Un momento, muchacho! Está empezando a sacarme de mis casillas más de lo razonable, así que aclaremos las cosas de una vez por todas. Yo no corro detrás de nadie salvo quizá detrás de la señora Von Adlerstein, y me gustaría saber qué razones tiene usted para oponerse a ello.

—¡No se haga el inocente! ¡Esto no ha tenido nunca nada que ver con tía Vivi, sino con mi prima Lisa! Así que recuerde esto: yo, Friedrich von Apfelgrüne^[6], estoy decidido a casarme con ella y no quiero seguir viendo pisaverdes, y encima extranjeros, rondando a su alrededor. ¡Y suélteme, está estrangulándome!

—¡Todavía no, pero lo haré si no me pide disculpas inmediatamente! —rugió Morosini sin aflojar ni un ápice la presión—. Nadie se ha permitido hasta ahora tratarme de pisaverde.

—¡Nu... nunca!

—Suéltalo —le aconsejó Adalbert—. Estás haciendo que esta manzana verde madure un poco deprisa.

—Vamos, a señor Fritz —intervino el mayordomo—, ¿es que no va ser nunca razonable? Sabe perfectamente que la señorita Lisa detesta su manera de emprenderla

contra sus amigos cuando superan la edad de diez años. En cuanto a Su Excelencia, tenga la bondad de liberarlo. La señora condesa ya tendrá bastante disgusto cuando se entere de...

—Ya me he enterado, Josef —dijo la anciana dama, que acababa de aparecer en lo alto de la escalera apoyada en un bastón y envuelta en un chal—. Ven aquí, Fritz, y deja de hacer el imbécil. Acepte mis disculpas junto con las tuyas, príncipe. Este joven pierde el juicio con todo lo que guarda relación con su prima.

Aldo no tuvo más remedio que soltar a su presa, inclinarse y ocupar su asiento junto a Adalbert, que al arrancar levantó unos guijarros del camino.

De regreso a la ciudad, los dos hombres circularon en silencio un rato, cada uno encerrado en sus propios pensamientos, hasta que Adalbert masculló:

—¿Te imaginas a Lisa casada con ese fantoche?

—¡Ni por un momento! Y espero que sea de esas personas que confunden sus deseos con la realidad. Pero, por lo que veo, Lisa te interesa mucho. Acabamos de sufrir un fracaso, ¿y tú estás pensando en ella?

—Sí, porque ahora es la única que puede ponernos sobre la pista de la dama del ópalo.

—Lo he estropeado todo —dijo Morosini—. No debería haber sido tan directo. Ahora ya no habrá manera de que nos diga dónde está Mina.

—¡Deja de llamarla así! ¡Me pone negro!... A lo mejor la abuela me lo dice a mí. Puedo intentar volver solo. Mañana, por ejemplo. Diré que tú te has ido.

Morosini, desanimado, se encogió de hombros.

—¿Por qué no? En el punto donde estamos...

El destino, sin embargo, tuvo la buena idea de socorrerlos enviándoles un ayudante inesperado.

Tras una cena tristona, compuesta de truchas y degustada en un comedor primero medio lleno y luego medio vacío, decidieron, para reconfortarse —al final del día había caído una lluvia fina, reemplazada más tarde por un viento cortante—, ir a tomar una copa o dos al bar, que era el único lugar un poco cálido de aquel hotel. Allí los esperaba una sorpresa bajo la figura del joven Apfelgrüne, encaramado en un taburete ante la alta barra de caoba y abriendo su corazón a un barman hastiado.

—¡Enviarme a dormir a un hotel, a mí, el nieto de... su propia hermana! ¡Decirme que no hay sitio para mí, cuando hay por lo menos... quince dormitorios en... esa maldita barraca! ¡Y yo me voy a un hotel! ¿Tú entiendes eso, Victor?

—No es la primera vez que le pasa, señor Fritz. Siempre ocurre lo mismo cuando la villa Rudolfskrone está llena de invitados.

—¡Pero es que... precisamente ahora... no hay invitados! ¡No he visto ni un alma allá arriba! Mi prima Lisa no está... y no hay nadie más, pero tía Vivi no me quería en su casa. Si al menos supiera por qué... Ponme otro schnaps, anda. Quizás eso me ayude.

Los dos hombres, que acababan de tomar asiento ante una mesa vecina,

intercambiaron una de esas miradas de complicidad que no necesitan traducción porque ambos pensaban lo mismo: quizá sería fructífero ir a merodear alrededor de la casa. La condesa tenía miedo de algo o de alguien, y sin embargo, echaba a su sobrino nieto, que podía serle útil. Sin embargo, como una salida inmediata habría resultado como mínimo sorprendente, pidieron sendos coñacs y se instalaron más cómodamente para degustarlos mientras escuchaban el lamento de Fritz von Apfelgrüne, que, por cierto, se volvía cada vez más incomprensible a medida que desfilaban los vasitos de schnaps. Finalmente, lo que tenía de pasar pasó: Fritz se desplomó sobre la barra con la cabeza apoyada en los brazos, completamente dormido.

—¡Señor! —gimió el barman entre dientes—. Habrá que llevarlo a la cama.

—Le enviaremos al portero —dijo Morosini dejando unas monedas sobre la mesa.

—¿Los señores no se quedan un poco más?

—No, vamos a ir un rato a casa de un amigo.

—En tal caso, no tardaré en cerrar. Seguro que ya no viene nadie... ¡Con este tiempo!

Se había puesto otra vez a llover, en efecto. Se oía el repiqueteo de las gotas sobre la marquesina del hotel. Adalbert y Aldo subieron a sus habitaciones para coger gorras e impermeables y cambiar el esmoquin por un jersey de lana y unos pantalones de franela. Una vez equipados para protegerse del mal tiempo, bajaron al garaje en busca del coche y le subieron la capota.

—Está demasiado lejos para ir a pie —dijo Vidal-Pellicorne—. Seguramente podremos esconderlo entre los árboles a poca distancia del castillo. Después tendremos que continuar andando.

—¿Crees que hacemos bien emprendiendo esta expedición? —preguntó Morosini—. Quizás estemos imaginando cosas que no tienen nada que ver con la realidad.

—No lo creo. Si ha despachado a Fritz, que parece bastante buen chico y que debe de tenerle un gran cariño, es que su presencia le molestaba. Debe de esperar a alguien. Pondría la mano en el fuego.

5. Una noche movida

La limusina subía la ladera del Jainzenberg a poca velocidad, deslizando lentamente el haz luminoso de sus faros a lo largo de los abetos, como si buscara el camino.

Movido por una súbita intuición, Adalbert apagó sus propios faros y se detuvo sin saber muy bien por qué. Lo que pasó le dio la razón. Al cabo de un momento, no vieron más que un reflejo en los árboles: el gran coche acababa de adentrarse en la alameda de Rudolfskrone.

—Parece que estabas en lo cierto —dijo Morosini—. Ahí está la persona a la que la condesa esperaba y por cuya causa hacía el vacío a su alrededor.

—Ahora tenemos que encontrar un rincón tranquilo.

Vidal-Pellicorne puso el coche en marcha y encendió los faros el tiempo justo para localizar un sendero forestal, por el que se internó antes de detenerse de nuevo.

—¡En marcha! —dijo, levantándose del asiento tapizado en piel negra.

Los dos hombres cubrieron a pie la corta distancia entre el lugar donde habían dejado el automóvil y la entrada, sin verja ni muros, del pequeño castillo. El cielo, aunque transportaba espesas nubes de lluvia, daba la suficiente claridad para saber por dónde se andaba, y los dos hombres echaron a correr hasta que tuvieron el edificio a la vista. Entonces distinguieron el coche de antes parado delante de la oscura entrada. Las únicas luces venían de dos ventanas de la galería, las correspondientes al salón donde los dos amigos habían sido recibidos por la tarde.

—Parece fácil escalar hasta ahí —susurró Adalbert—, pero hay que estar alerta. Durante nuestra visita oí ladrar perros. Seguramente hay algunos en la propiedad.

—Sí, pero si la condesa esperaba visitantes nocturnos, ha debido de ordenar que no los suelten.

Delante de la casa, la alameda central dividía en dos una extensión de césped bordeada de tejos podados alternativamente en forma de cono y de bola. Aldo y Adalbert decidieron rodearla a fin de alcanzar su objetivo sin ser vistos.

La planta inferior de la villa, reservada al servicio y a determinadas dependencias, era mucho menos elevada que la planta noble, dominada por un frontón triangular. Se componía de grandes bloques de piedra labrada, que a unos hombres acostumbrados al ejercicio físico y al deporte no debía de resultarles muy difícil escalar. Ayudándose mutuamente, Aldo y Adalbert lo consiguieron sin hacer ruido y se encontraron en la galería, donde la luz procedente de las ventanas permitía desplazarse sin tropezar con los muebles y con las plantas dispuestas para disfrute de los habitantes.

Avanzando a cuatro patas, los dos hombres se acercaron a las contraventanas después de haberse asegurado de que tenían al alcance de la mano las armas que habían considerado conveniente llevar, pero el espectáculo que descubrieron los sorprendió.

Se esperaban una escena dramática: la condesa plantando cara a un enemigo o quizás incluso mantenida a raya por éste. El cuadro que contemplaban, en cambio,

era apacible, casi familiar. Sentada junto al fuego, que debían de haber encendido para combatir la humedad del aire, la señora Von Adlerstein, ataviada con un largo vestido de terciopelo negro sobre el que destacaba un collar de perlas de varias vueltas, miraba plácidamente a un hombre mayor, si se consideraba la corona de cabellos blancos que rodeaba su calva y la perilla canosa, pero cuyo rostro atezado y cuyas manos fuertes hablaban de vida al aire libre y de una edad menos avanzada de lo que se habría podido creer. Instalado ante una pequeña mesa, se hallaba ocupado saciando un apetito que debía de necesitarlo, con ayuda de un magnífico paté y de una larga botella de vino blanco cuyo oro líquido empañaba la copa de cristal tallado. Ninguno de los dos hablaba, tal como podían constatar los dos observadores gracias a que una de las ventanas permanecía abierta.

—¿No crees que deberíamos irnos? —susurró Morosini, incómodo por el aspecto de intimidad y complicidad de esa escena—. Nos hemos equivocado y temo que estemos comportándonos como unos mirones.

—¡Chisst...! Ya que estamos aquí, nos quedamos. Sino todo esto no habría servido para nada. Además, nunca se sabe.

En el salón, el visitante había apartado la mesa y se había acercado a la chimenea, en cuyo borde apoyó un brazo después de haber pedido y obtenido permiso para encender un cigarro.

—Gracias por haberse acordado de mi gran apetito, querida Valeria. Este refrigerio estaba delicioso.

—¿No quiere una taza de café? Josef se lo traerá dentro de un momento.

—Es tarde. No me atrevía a pedírselo.

La anciana dama borró la objeción con un gesto.

—Josef está preparándolo. Ahora deme una explicación. Su carta me ha alarmado. Rodear de tanto misterio su visita, cuando era tan fácil venir a la luz del día.

—Lo habría preferido cien veces a este paseo Viena-Ischl y a la inversa en plena noche, pero la misión que cumplo, Valeria, exige el más absoluto secreto en su propio interés. Nadie debe saber que estoy aquí. ¿Ha seguido al pie de la letra mis instrucciones?

—Naturalmente. Mis sirvientes han sido alejados, salvo el viejo Josef, y los perros están encerrados. Cualquiera diría que se trata de un asunto de Estado.

—Es la palabra más adecuada cuando uno es emisario de un canciller. Monseñor Seipel desea que le hable de su protegida.

—¿De Elsa?

El visitante no respondió enseguida. Tras haber llamado discretamente, Josef apareció llevando una bandeja con café, nata, agua helada y unos dulces. La dejó sobre una mesita extraída de un conjunto de mesas nido y colocada ante la chimenea, antes de retirarse saludando respetuosamente.

—Como ves, hemos hecho bien en quedarnos —susurró Adalbert—. Tengo la

sensación de que vamos a oír cosas muy interesantes.

La señora Von Adlerstein, que tenía la bandeja al alcance de la mano, sirvió a su visitante, pero al realizar los gestos rituales la frágil porcelana tintineó un poco, delatando cierto nerviosismo.

—¿Qué quiere nuestro canciller? —preguntó.

—Teme... que Elsa esté en peligro, y usted sabe lo sensible que es ese gran cristiano a los sucesivos dramas que han golpeado a la casa de Habsburgo. Desea evitar a toda costa que la serie continúe.

—Se lo agradezco, pero dígame cómo es posible que esa desdichada mujer que vive escondida atraiga la fatalidad sobre ella.

—¿Escondida? No del todo. Están esas apariciones que hace en la Ópera, en su palco.

—Hasta ahora nadie parecía haber encontrado ningún inconveniente. Además, son muy raras. Sólo se la ha visto ahí tres veces.

—Pero ya son demasiadas. Compréndalo, Valeria, esa mujer de gran porte y de una elegancia perfecta, aunque un poco anticuada, esa alta y delgada figura que tan bien oculta su rostro y tan poco sus joyas no puede sino excitar la curiosidad. Yo mismo estaba en la Ópera el día de la última representación del *Rosenkavalier* y me fijé en la atención con que algunos espectadores la observaban. Sobre todo dos hombres que se encontraban en el palco del barón de Rothschild. Sus gemelos no se apartaron de ella, y creo que no eran los únicos. Esto tiene que acabar o sucederá una desgracia.

—¿Prohibirle volver? Lo he pensado, claro, pero me costará hacerlo. ¡Representa tanto para ella! Después de todo, es su única esperanza... Pero la verdad es que toma muchas precauciones: nunca llega hasta después de que se haya levantado el telón, cuando los habituales de la Ópera, todos fervientes melómanos, están ya enfrascados en el espectáculo; durante los entreactos no sale nunca, se retira al fondo del palco y sólo deja visible el abanico en el que lleva la rosa de plata; y por último, se marcha nada más sonar la última nota. ¿No le había pedido que hiciera correr el rumor de que se trata de una enferma, en el caso de que la gente preguntara?

—Y pregunta. ¡Ese porte que tiene, esa presencia que evoca otra todavía presente en tantas memorias! No, querida, esto tiene que acabar. O si no, que vaya con el rostro descubierto, vestida de un modo distinto y a otra localidad.

—Imposible.

—¿Por qué? ¿Acaso se parece... a la emperatriz?

—Sí, mucho más que hace doce años. Es asombroso.

La condesa cogió su bastón, se levantó y se acercó lentamente a una peana situada en una esquina, donde reposaba un busto de Isabel. Era una obra austera por tardía. La mujer que reproducía había recibido la peor de las heridas, una que no se cura jamás: la muerte de un hijo. Sobre el camisolín que cubría el cuello, se erigía el bello rostro, marcado por el dolor pero orgulloso, altivo incluso bajo la corona de trenzas.

El rostro de un ser que, no teniendo ya nada que perder, desafiaba al destino y a la muerte. La anciana dama apoyó una mano acariciadora sobre el hombro de mármol.

—Elsa le profesa culto, y yo creo que se complace en acentuar su parecido. Sea como sea, si se tapa la cara no es por prudencia; ella la desconoce. Pero no me pregunte la razón porque no se la diré.

—Como quiera. ¿Sabe que dicen que es hija de la emperatriz y de Luis II de Baviera?

—¡Eso es ridículo! Basta mirar las fechas. Cuando ella nació, en 1888, nuestra soberana ya no estaba en edad de procrear.

—Lo sé, pero de todas formas es de la familia. Y la imaginación popular está ahí, sobre todo entre los húngaros, que nunca han dejado de venerar la memoria de la que fue su reina, pero al mismo tiempo hay gente que se ha jurado borrar toda huella de una dinastía detestada; los que asesinaron a Rodolfo en Mayerling, a la propia Isabel en Ginebra, a Francisco Fernando en Sarajevo, por no hablar de los mexicanos que fusilaron a Maximiliano. Ellos tenían sus razones, pero sé que hay quien se pregunta si la enfermedad que se llevó el año pasado al joven emperador Carlos, en Madeira, era realmente una enfermedad...

—¡Qué estupidez! ¿Acaso la miseria y la falta de salud no son suficientes? Una maldición, podría ser, pero yo no creo que haya personas encargadas de aplicarla. Y menos teniendo en cuenta que Carlos deja ocho hijos. Con su madre, la emperatriz Zita, y las archiduquesas Gisela y Valeria, sin contar a la hija de Rodolfo, hacen un total de bastantes príncipes y princesas todavía vivos, gracias a Dios.

—Piense lo que quiera. En cualquier caso, han llegado advertencias a la policía: están buscando a su protegida, y si no toma precauciones...

—Hace quince años que las tomo contra los únicos enemigos que me consta que tiene: los que codician las joyas que posee y que constituyen su único bien. Nadie sabe dónde vive salvo yo y los que la protegen. En cuanto a los tres viajes que ha hecho a Viena, han sido siempre de noche.

—Pero se aloja en su casa, ¿no? Sus sirvientes...

—Me sirven desde hace muchos años y están fuera de toda sospecha. Podría decirse que forman parte de la familia. En resumen, ¿qué ha venido a pedirme? ¿Que convenza a Elsa de que no vuelva a abandonar su retiro? Haré todo lo posible en ese sentido porque el último viaje no fue bien. Lo que no significa que vaya a conseguirlo; cuando se ha visto renacer un sueño que se había creído muerto, resulta difícil renunciar a él. Especialmente a ella; su mente sólo comprende de verdad lo que le conviene y obvia lo demás. Su vida, querido Alejandro, no es sino una larga espera: ver de nuevo algún día al que hace doce años le regaló una rosa de plata y le hizo promesas de amor.

—¿Y espera encontrarlo después de doce años? ¡Es bastante increíble!

—Cuando uno la conoce, no. Su historia no es corriente. Comenzó en 1911, la noche del estreno del *Rosenkavalier*. En la Ópera conoció a un joven diplomático,

Franz Rudiger, y tanto para uno como para otro fue un flechazo. Al día siguiente, él fue a verla para regalarle la famosa rosa de plata y ambos se consideraron prometidos. Desgraciadamente, al cabo de unos días Rudiger tuvo que marcharse porque Francisco José lo había enviado a realizar una misión en Sudamérica. Una misión tan larga y difícil que, de no ser porque llegaron dos o tres cartas desde Buenos Aires y Montevideo, habríamos creído que había muerto.

—¿Una misión en Sudamérica? ¡Vaya!... ¿Y no tiene ni idea de qué se trataba?

—Cuando el emperador da una orden, no se hacen preguntas. Usted debería saberlo. Rudiger regresó a Europa al principio de la guerra. Nosotras estábamos aquí y cuando él pasó por Viena no tuvo ocasión de vernos. Elsa recibió dos cartas, después nada más durante meses. Me enteré de que se había dado al capitán Rudiger por desaparecido. La desesperación de su prometida fue terrible. Y una noche, hace unos dieciocho meses, llegó otra carta. Rudiger estaba vivo, pero había sido gravemente herido y decía que aún se hallaba en muy mal estado. Sin embargo, quería saber si Elsa seguía libre, si todavía lo amaba. Le proponía dos fechas en las que encontrarse: la primera y la última representación de la temporada de la Ópera con *El caballero de la rosa*. Si no estaba suficientemente restablecido para la primera, se esforzaría en asistir a la última.

—¿Por qué no dar simplemente una dirección?

—¡Vaya usted a saber! A mí esa historia me pareció bastante rara, pero Elsa estaba tan feliz que no tuve valor para retenerla. Fue entonces cuando le avisé para evitar en la medida de lo posible que se encontrara en dificultades, y le agradezco su ayuda. Evidentemente, Rudiger no se presentó, pero mandó un último mensaje desbordante de disculpas y de palabras de amor: todavía estaba muy débil, pero juraba que estaría en la representación del 17 de octubre. Tuve que ceder de nuevo, aunque el accidente no me permitió acompañarla. Esta vez será la última. Tendré que hacerla entrar en razón.

—¿Y si llegan más noticias?

—No le diré nada. Siempre llegan aquí y me enteraré yo primero. Estoy convencida de que la última carta era una trampa. Dígale a monseñor Seipel que no se preocupe, no volverá a haber enigma vivo en mi palco. Y usted, vuelva a Viena tranquilo.

—Un momento, hay algo más. Valeria, dígame cómo es que, teniendo tantas amistades en toda Europa, empezando por mí, no intentó averiguar algo más acerca de ese tal Rudiger.

—No me faltaban ganas —dijo la condesa, suspirando—, pero quiero a Elsa y quise respetar su voluntad. Ella se oponía a que intentara penetrar el misterio de que se rodeaba su amado. No olvide, Alejandro, que es, al igual que lo era su madre, una ferviente admiradora de Richard Wagner, y no en vano se llama Elsa.

—Comprendo: toma a su Rudiger por Lohengrin y teme ver desaparecer para siempre al caballero del cisne si formula la pregunta prohibida. Además, ese hombre

se llama Rudiger, como el margrave de Bechelaren, y ese apellido la remitía al anillo de los nibelungos y al universo fantástico de Wagner. Su protegida sueña demasiado, Valeria.

—Los sueños son lo único que le queda y yo voy a intentar no despertarla demasiado bruscamente.

—¡Tiene a quién parecerse! Pero yo, que no tengo ni una gota de la sangre novelesca de los Wittelsbach, voy a tratar de aclarar esta historia. Si ese hombre era diplomático, debe de haber algún rastro de él en alguna parte. Además...

Había dejado el cigarro en un cenicero y, bien arrellanado en el sillón, con las manos unidas por las yemas de los dedos, se quedó pensativo unos instantes que a Aldo y a Adalbert, víctimas de calambres, les parecieron interminables.

—¿Está pensando en algo en concreto? —preguntó la anciana dama.

—Sí. Acerca de esa misión en Sudamérica, ahora recuerdo que al parecer Francisco José, poco satisfecho de tener como heredero a su sobrino Francisco Fernando, al que no apreciaba, antes de la guerra envió un emisario a Argentina, e incluso a Patagonia, en busca de las posibles huellas del archiduque Juan Salvador, su antiguo vecino del castillo de Orth.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? También detestaba a Juan Salvador, al que acusaba de haber arrastrado a su hijo por la pendiente fatal a causa de sus ideas subversivas.

—Quizá por curiosidad. No pensaba ofrecerle el trono, pero era bastante normal que, al acercarse la hora de la muerte, intentara acabar para siempre con los secretos, los enigmas y todo lo que pesa sobre la memoria de los Habsburgo...

—Pero fortalece su leyenda. Podría ser que tuviera usted razón. En tal caso, mi pobre Elsa espera en vano, pues jamás se ha permitido a un hombre que está al corriente de un secreto de Estado vivir como todo el mundo.

—Sobre todo con otro secreto. Querida, tengo que continuar con lo que he venido a decirle. No basta con que impida a Elsa dejarse ver; debe dejarla a nuestro cargo para que podamos protegerla.

Los ojos oscuros de la señora Von Adlerstein lanzaron un destello bajo el arco todavía perfecto de sus cejas, pero su voz permaneció serena y fría cuando contestó:

—No. Imposible.

—¿Por qué?

—Porque eso supondría poner en peligro su razón, que es frágil, lo reconozco. Está acostumbrada a su refugio y a los que la rodean y la cuidan. Se encuentra a gusto allí, y hasta el momento el secreto ha estado bien guardado.

—Quizá demasiado bien. Perdona que le diga esto, prima, pero usted ya no es joven. ¿Qué será de su protegida si a usted le pasa algo?

Ella desplegó una sonrisa tan parecida a la de su nieta que por un instante Aldo creyó ver a Lisa cuando tuviera el cabello blanco.

—No se preocupe por eso, he tomado mis disposiciones. Mi muerte no afectará a

Elsa, de modo que su argumento ya no tiene peso.

—Ese secreto es una carga pesada. ¿No desea compartirlo al menos conmigo, que estoy muy unido a usted?

—No se enfade, Alejandro, pero no. Cuanto menos se comparte un secreto, mejor se lleva. Quizá más adelante, cuando me sienta demasiado vieja —añadió, al ver ensombrecerse el rostro de su visitante—. Pero por el momento no insista. Es inútil.

—Como guste —suspiró Alejandro, levantándose del sillón—. Está haciéndose tarde y debo regresar.

—Nosotros también —susurró Adalbert.

Aunque estaban un poco anquilosados, los dos hombres lograron salir de la galería y volver sobre sus pasos. Una vez instalados en el coche, Adalbert, contrariamente a lo que Aldo esperaba, no puso el motor en marcha.

—Bueno, ¿no tienes ganas de volver a casa?

—Todavía no. Tengo la impresión de que la comedia aún no ha terminado. Hay algo que me preocupa. —¿Qué?

—Si lo supiera... No es más que una impresión, acabo de decírtelo, pero cuando me pasa eso me gusta llegar hasta el final.

—Está bien —dijo Morosini, resignado—. En ese caso, dame un cigarrillo. Llevo la pitillera vacía.

—Fumas demasiado —dijo el arqueólogo, obedeciendo.

Permanecieron un rato en silencio. El viento que estaba levantándose arrastraba las nubes y la bóveda celeste que aparecía entre las cimas de los abetos se había aclarado. Un aire fresco impregnado de los perfumes del bosque y de la tierra mojada entraba por las ventanillas bajadas. La mezcla con el olor del tabaco rubio y el embriagador de la aventura era agradabilísima para Aldo, que la respiraba con placer cuando, de pronto, se oyó el ruido de un coche y poco después el doble haz luminoso de los faros iluminó la carretera hacia abajo. Inmediatamente, Adalbert puso el motor en marcha profiriendo una exclamación, pero no encendió los faros.

—Veamos adonde nos lleva —dijo alegremente.

—Es el coche que estaba en el castillo. ¿Para qué quieres seguirlo, si sabes que va a Viena?

—No conoces la región, ¿verdad?

—No. De Austria sólo conozco el Tirol y Viena.

—Entonces, escúchame bien: si ese coche va a Viena, que me convierta ahora mismo en sombrerera. La carretera de Viena está en la dirección contraria, y eso es lo que no me encajaba. De forma inconsciente, antes me ha parecido raro que ese hombre que responde al nombre de Alejandro afirmara que venía de la capital. ¡Acuérdate! Lo hemos seguido, luego venía de Ischl. Y ahora, en lugar de dirigirse hacia el Traunsee y Gmunden para llegar al valle del Danubio, vuelve sobre sus pasos. Así que yo, que soy muy curioso, quiero intentar comprender. Y supongo que tú también.

—¡Desde luego!

Con las luces apagadas, el pequeño vehículo salió a la carretera y siguió a la limusina a la suficiente distancia para no ser visto. El recorrido de los faros le servía de guía. Con una creciente excitación, los ocupantes del Amilcar vieron al gran automóvil dirigirse hacia el sur a través de Ischl, cruzar los ríos y seguir circulando unos segundos más, aunque con las luces apagadas —lo que estuvo a punto de ser fatal para sus perseguidores—, hasta la verja abierta de par en par de una propiedad en la que desapareció. El chófer debía de conocer bien el lugar, pues la oscuridad era total; ninguna luz indicaba la presencia de una casa.

—Esto se pone cada vez más interesante —dijo Adalbert, que se había detenido un poco más lejos—. Si es a esto a lo que él llama volver a casa, ya podemos ir a acostarnos.

—Todavía no. No han cerrado la verja. Es posible que nuestro pájaro sólo esté aquí de paso.

—¿Qué va a venir a hacer a medianoche?

—Digamos que eso es cosa suya. ¿Cuántos kilómetros hay de aquí a Viena?

—Unos doscientos sesenta...

Adalbert iba a decir otra cosa, pero se calló para prestar atención. En el jardín vecino, la limusina acababa de ponerse de nuevo en marcha. Salió de la propiedad, giró a la izquierda para cruzar el puente y se alejó sin provocar la menor reacción en los que la vigilaban. Ya no había duda de que regresaba a su punto de partida original.

—Creo que ahora sí podemos irnos a casa —dijo Adalbert.

Arrancó y siguió la carretera, un poco estrecha, hasta encontrar un sitio donde dar media vuelta. Hubo que ir bastante lejos para dar con un atajo, y cuando volvieron a pasar por delante de la verja, constataron que estaba cerrada.

—La recepción ha terminado —comentó Aldo en tono de broma—. Mañana habrá que tratar de averiguar quién la ha dado.

—No debería resultarnos muy difícil. Es una de esas inmensas villas que pertenecen a las grandes familias que componían la Corte y que venían a cumplir con sus obligaciones a la vez que cuidaban de su salud.

Estaba dando la una en la iglesia cuando los dos hombres llegaron al hotel, pero la velada había sido tan fértil en acontecimientos que se sorprendieron al oírlo. Tenían la impresión de que era mucho más tarde.

Pese al cansancio, Morosini, nervioso, tuvo todas las dificultades del mundo para conciliar el sueño. De modo que cuando se despertó eran las nueve y media, demasiado tarde para desayunar en su habitación. Tras un breve pero vigoroso aseo, bajó al comedor para tomar lo que en Austria llamaban el *Gabelfrühstück*, el desayuno de tenedor.

No llevaba cinco minutos sentado a la mesa cuando vio aparecer a Adalbert, con cara de cansado y el pelo revuelto.

—Me he pasado toda la noche peleándome con los Habsburgo pasados y

presentes —dijo el arqueólogo tratando de reprimir un bostezo pero sin obtener un resultado aceptable—. ¿Quién demonios será esa tal Elsa? Yo creo que hay bastantes posibilidades de que se trate de una hija natural. Pero ¿de quién? ¿De Francisco José? ¿De su mujer? ¿De su hijo?... Café, mucho café, por favor —añadió dirigiéndose al camarero que se había acercado para tomar nota de lo que quería.

—En cualquier caso, ninguno de los dos primeros. Se parece a Sissi, luego el emperador queda descartado. En cuanto a la bella emperatriz, ya lo oíste: no es posible. En cambio, mis preferencias se inclinarían por el archiduque Rodolfo, puesto que, te lo recuerdo, la vi depositar flores sobre su tumba en el panteón de los capuchinos.

—De acuerdo. Es lo más lógico teniendo en cuenta que el archiduque tuvo muchas amantes. Pero lo que no lo es tanto es el secreto en el que se rodea a esa mujer, la atención y la protección que le dispensa una gran dama como la condesa, y por último las joyas que posee.

—Yo he llegado a la misma conclusión: sin duda Rodolfo es el padre, pero su madre no debía de ser una cantante cingara cualquiera. ¿Quién, entonces?

—Pregunta sin respuesta posible tal como están en este momento las cosas —masculló Adalbert mientras se esforzaba en dominar a una salchicha rebelde—. Y si quieres saber mi opinión, nuestro asunto no mejora. Ayer sabíamos que nadie nos ayudaría a llegar hasta la propietaria del ópalo...

—Y hoy sabemos que, intentando encontrarla, nos arriesgamos a llevar hasta ella a personas con intenciones más que dudosas. A mí no me gusta poner a una mujer en peligro. Por tanto, ¿qué hacemos?

—Yo creo que no podemos abandonar.

—Debemos proseguir nuestras indagaciones esforzándonos en limitar los perjuicios. ¡Quién sabe si, cuando descubramos el retiro de Elsa, tendremos ocasión de serle útiles! E incluso de defenderla y de ayudarla.

—Es una idea que tiene lógica. Además, si quieres que te diga la verdad, el papel de nuestro amigo Alejandro x no está nada claro. Así que, para empezar, nos informaremos sobre la villa en la que estuvo anoche. Iremos y quizás encontremos a alguien que pueda decirnos a quién pertenece.

Dicho esto, Adalbert se apoderó de un plato de Nockerlri^[7] de queso y se sirvió una generosa ración. Aldo lo miraba con franca repugnancia mientras encendía un cigarrillo. Decididamente, esa mañana no tenía hambre; dos salchichas y un poco de Liptauer^[8] habían bastado para saciarlo. En ese momento vio aparecer entre el humo azulado a Friedrich von Apfelgrüne, que hacía su entrada en el comedor de punta en blanco.

—¡Vaya! —murmuró—. Aquí tenemos a nuestro amigo Manzana Verde. Tiene mucho mejor aspecto que anoche: mirada directa, paso firme... ¡No, por favor!, parece que viene hacia nosotros... Deberías dejar de atracarte. ¡Sabe Dios lo que nos reserva!

Sin embargo, al llegar ante la mesa, el joven austríaco dio un taconazo inclinándose de forma muy protocolaria y a continuación dijo, dirigiéndose a Morosini:

—Señor, yo venir presentar a usted disculpas humildes —dijo en un francés aproximado que pareció encantar a Vidal-Pellicorne—. Yo sentir muchísimo mi abominable comportamiento, pero perder la cabeza cuando tratarse de prima Lisa.

Desbordaba de buena voluntad y casi resultaba conmovedor. Así pues, Aldo se levantó para tenderle la mano. Quizás ese muchacho era el enviado del cielo que tanto necesitaban; debía de conocer perfectamente la región y a sus habitantes, por no hablar de las amistades de tía Vivi.

—No se preocupe. No tiene ninguna importancia.

—*Wirklich?*... ¿Usted no odiarme?

—En absoluto. Está completamente olvidado. ¿Quiere compartir la mesa con nosotros? Le presento al señor Vidal-Pellicorne, un arqueólogo de gran renombre.

—¡Yo estar encantado!

Dos diligentes camareros hicieron las modificaciones necesarias en la mesa y Fritz, con expresión súbitamente risueña, se sentó. Al aceptar tan amablemente sus disculpas, Aldo debía de haberle quitado un gran peso de encima.

—Así que es usted sobrino de la señora Von Adlerstein —dijo Aldo en alemán para invitar al otro a hacer lo mismo y conseguir que se sintiera todavía más cómodo.

—No, sobrino nieto —contestó el joven, empeñado en hacer gala de sus habilidades lingüísticas—. Yo ser nieto de su hermana.

—Y, si lo he entendido bien en nuestros recientes encuentros, es usted también el prometido de su prima.

Apfelgrüne se puso colorado como un tomate.

—¡Gustaría tanto! Pero no ser verdad. Compréndanlo —añadió, renunciando a una lengua que no debía de permitirle expresar claramente la intensidad de sus sentimientos—, Lisa y yo nos conocemos desde pequeños, y desde entonces estoy enamorado de ella. A la familia le hacía mucha gracia; ella siempre decía que éramos novios. Era un juego, claro, pero yo seguí el juego.

—¿Y ella?

—¿Ella? ¡Es una chica tan independiente! —dijo Fritz, poniéndose de pronto melancólico—. Resulta muy difícil saber a quién quiere y a quién no. Yo creo que a mí me quiere. Pero ustedes la conocen, porque le dijeron a Josef que eran amigos suyos —dijo con un resto de resentimiento el joven Apfelgrüne, que quizá fuera un botarate pero tenía memoria. En vista de lo cual, Adalbert se apresuró a calmar los ánimos.

—Somos amigos, pero no íntimos. En cuanto a las relaciones de la señorita Kledermann con el príncipe Morosini, aquí presente, el término conocidos me parece más apropiado —añadió, dirigiendo una inocente mirada interrogativa a su compañero—. No creo que haya habido nunca amistad entre ellos.

—En efecto —dijo Aldo con una franqueza igualmente hipócrita—. Apenas conozco a la señorita Kledermann.

—Pero usted es italiano, concretamente de Venecia, y a Lisa siempre le ha apasionado su ciudad. Creo que incluso ha vivido allí dos años sin decírselo a nadie.

—Reconozco que he coincidido con ella una o dos veces... en algún salón.

—Tiene más suerte que yo. Más de una vez he ido a alguno creyendo que la encontraría, pero no ha habido manera. Y a Zúrich, donde está su casa familiar, no va nunca.

—¿Y pensaba que la encontraría aquí?

—Esperaba que estuviera, pues la he buscado en vano en Viena. Desde que ha renunciado a sus caprichos italianos, pasa bastante tiempo con su abuela; la quiere mucho. ¿Y ustedes a qué habían ido a Rudolfskrone?

Su voz delataba un resto de desconfianza, de modo que Adalbert indicó con un guiño a Aldo que se encargaría él de las explicaciones. Se le daba mucho mejor contar mentiras, pero convenía enterarse de hasta qué punto Fritz estaba informado de lo que sucedía en el castillo.

—¿La señora Von Adlerstein no le contó nada anoche?

—¿Ella? ¡Nada de nada! La puso tan furiosa verme aparecer que me echó a la calle con la excusa de que la molestaba y de que detestaba que se presentaran en su casa sin avisar. Ahora no me atrevo a volver, y me fastidia, porque tenía que preguntarle una cosa.

—¿Vive usted en Viena?

—Sí, en casa de mis padres —precisó Fritz—. Gracias a Dios, les queda suficiente fortuna para que yo disponga de libertad. Pero hablemos de ustedes.

Con las espaldas ya cubiertas, Vidal-Pellicorne escogió un término medio entre realidad y fantasía. Contó que su amigo Morosini, experto en piedras preciosas y coleccionista, además de un apasionado de los Habsburgo, estaba intentando reunir las joyas de éstos que el conde Berchtold había vendido en Ginebra durante la guerra. Y resultaba que, en una representación en la Ópera de Viena a la que había asistido invitado por un amigo, le había parecido que una dama a la que tomó por la condesa Von Adlerstein, puesto que ocupaba su palco, llevaba una de las joyas en cuestión. Desde entonces todo su empeño había sido localizarla.

—Ya sabe cómo son los coleccionistas —añadió con indulgencia—. Se vuelven locos en cuanto olfatean una pista. Pero desgraciadamente no ha tenido suerte: la dama es una amiga de su tía abuela y ésta no nos ha ocultado su forma de pensar. Según ella, la propietaria de la joya consideraría cualquier propuesta de venta una impertinencia. Hasta se ha negado a darnos su nombre y su dirección.

—No me extraña. Tía Vivi tiene un carácter difícil. Si yo pudiera ayudarlos, lo haría encantado, pero no pongo nunca los pies en la Ópera. Esa gente que va de un lado para otro proclamando a gritos que va a morir, o que se sienta cuando está diciendo que hay que apresurarse a huir, me aburre soberanamente. ¿Y usted? Si he

entendido bien, es arqueólogo.

—Sí, mi especialidad es la egiptología, aunque desde hace algún tiempo deseo conocer algo más sobre su antigua civilización de Hallstatt y he venido para visitar el yacimiento. Me encontré con Morosini en Salzburgo y hemos venido juntos. Pero seguramente la arqueología no le atrae más que la ópera —añadió Adalbert con solicitud.

—La verdad es que no, pero resulta que conozco a fondo el lugar. Allí están las ruinas de Hochadlerstein, el viejo castillo de la familia en las estribaciones del Dachstein, donde jugaba a menudo durante las vacaciones cuando era pequeño.

—Pero no vivirían en unas ruinas... —intervino Aldo, a quien se le acababa de ocurrir una idea.

—No, alquilábamos una casa. A mi madre le gusta mucho el sitio... Le enseñaré con mucho gusto Hallstatt —añadió Fritz dirigiéndose a Adalbert—. Voy a quedarme tres o cuatro días para ver si tía Vivi recupera el buen humor, y como seguramente se encontrará usted solo —había una nota de esperanza en su voz, pues sus preferencias se inclinaban por Vidal-Pellicorne. Como era un muchacho correcto y bien educado, había presentado a Morosini las disculpas que consideraba pertinentes, pero no rebosaba de simpatía por él. El físico del veneciano debía de tener algo que ver con eso.

—¿Por qué va a encontrarse solo? —preguntó Aldo en tono irónico.

—Usted se marchará, ya que no ha tenido éxito en su empresa. Yo reemplazarle —añadió, volviendo alegremente a su pintoresco francés—. Así yo hacer muchos progresos.

—Bueno, conmigo también los hará.

—¿Usted quedarse?

—Sí, por supuesto. Los Habsburgo me apasionan tanto que tengo intención de escribir un libro sobre la vida cotidiana en Bad Ischl en la época de Francisco José —declaró, siguiendo divertido los cambios que la decepción marcaba en el semblante redondo del joven—. Así que ahora voy a dar un paseo por la ciudad. Pero eso no les impide a ustedes dos ir de excursión.

—¡Buena idea! —exclamó Fritz—. Yo montar en el pequeño bólido rojo. Pero yo avisarle: la carretera no llegar hasta Hallstatt. Después hay que andar o coger barco.

—Ya veremos —gruñó Adalbert, cuya mirada expresaba elocuentemente lo que pensaba de las buenas ideas de Aldo—. ¿Cuándo quedamos?

—Yo creo que a la hora de la cena. Con lo que acabas de engullir, no pensarás comer.

—No —intervino Fritz—. Nosotros encontrarnos a las cinco en pastelería Zauner. Ahí latir el corazón de Bad Ischl, y si desea escribir sobre eso, debe conocer. Y usted ver, todo igual que cuando Francisco José reinar...

—En Zauner, entonces —dijo Aldo—. A las cinco.

Dejó a los otros dos sentados todavía a la mesa y subió a su habitación para coger

la gorra y el impermeable.

Con las manos en los bolsillos y el cuello del Burberry's levantado, Morosini fue paseando junto al Traun. El tiempo gris y fresco no contribuía a embellecer una estación balnearia adormecida en la que muchas villas tenían las contraventanas cerradas, pero el encanto de la pequeña ciudad, en el centro del valle, era tal que le pareció agradable verla libre de las hordas de agüistas.

Después de cruzar el puente, encontró sin dificultad la verja que habían visto por la noche. Cerraba un camino bordeado de arbustos altos que conducía a una casa bastante grande, de color ocre, con un gran tejado en forma de v invertida que sobresalía ampliamente y le daba un vago aspecto de cabaña alpina, corregido por las complicadas figuras de los balcones de hierro forjado. Desde la carretera sólo se veía el primer piso, cuyas contraventanas, para sorpresa del paseante, también estaban cerradas.

Aldo, perplejo, dudaba sobre lo que era más conveniente hacer cuando una mujer con el traje típico de las campesinas de Salzkammergut —vestido de lana oscura con mangas abullonadas, chal de colores y sombrero de fieltro adornado con una pluma— se acercó a él.

—¿Busca algo, señor? —preguntó con la amabilidad instintiva de la gente de ese país. Era encantadora, y su cara fresca y redonda atraía de forma natural la sonrisa.

—Sí y no, señora —dijo Morosini descubriéndose, lo que la hizo sonrojarse un poco más—. Hace mucho que no he venido por aquí y ando bastante perdido. ¿Esta casa es la del barón Von Biedermann? —Había dicho el primer nombre que se le había ocurrido.

—No, no, ésta era del conde Auffmanberg. Digo era porque acaban de venderla, pero no sé el nombre del nuevo propietario.

—Como no es la que yo creía, no tiene importancia. Gracias por su amabilidad, señora.

Ella se despidió esbozando una rápida reverencia y prosiguió su camino. Aldo hizo otro tanto cuando hubo constatado que en la casa no se veían señales de vida. Curiosa morada, en la que la gente se detenía un momento a medianoche antes de reanudar la marcha. ¿Irían a visitar a un fantasma? ¿O a alguien que no quería que se conociera su presencia allí? Decididamente, el papel de Alejandro le parecía cada vez más sospechoso.

Aldo pensó con una pizca de melancolía que se hallaba en un callejón sin salida y detestaba esa situación, pero ¿qué podía hacer para salir de ella? ¿Ir a ver de nuevo a la condesa para revelarle el extraño comportamiento de un hombre en el que ella parecía depositar toda su confianza? Imposible, a no ser que confesara que Adalbert y él los habían espiado, lo cual era un comportamiento todavía más extraño. No costaba imaginar la indignación con que recibiría las confidencias de un personaje al que ya

no le tenía mucho aprecio.

La idea de que quizás Apfelgrüne supiera algo apenas le pasó por la mente. A ese muchacho sólo le interesaba él mismo y su querida Lisa, nada más.

Al final decidió entrar en una cervecería. Después iría hasta la Kaiser Villa. Él creía mucho en las atmósferas, y sumergirse en la de esa residencia estival de la familia imperial quizá le diera alguna idea.

La gran mansión cuya propietaria actual era la archiduquesa María Valeria, convertida en princesa de Toscana por su matrimonio con su primo el archiduque Francisco Salvador, podía ser visitada en parte. Sin embargo, Morosini no cruzó la puerta de esa construcción cuyas paredes, de un amarillo claro, recordaban un poco Schönbrunn y ponían una nota soleada en medio de los árboles deshojados por el otoño. Había oído decir que el interior albergaba infinidad de trofeos de caza, cabezas de ciervo, de jabalí y sobre todo de gamuza, de las que, según contaban, Francisco José había matado más de dos mil. Las hazañas cinegéticas no habían atraído nunca a Morosini, y éstas menos que ningunas. Además, ¿cómo buscar el rastro de una mujer que adoraba a los animales en medio de un mausoleo a su destrucción? Así pues, prefirió vagar por el parque, subir lentamente hacia el pabellón de mármol rosa que la emperatriz había hecho construir en 1869 para escribir, soñar, meditar, tener la sensación de ser una mujer como cualquier otra, libre de dejar vagar la mirada sobre las plantas y los árboles que rodeaban su refugio y tras los cuales no se escondía ningún guardia.

El hecho de pertenecer a un pueblo que Austria había mantenido cautivo durante largos años no hacía que el príncipe Morosini sintiera mucho afecto por su familia imperial, pero, como era un hombre bondadoso, no podía negar el homenaje de su admiración a una soberana cuya belleza iluminaba sus numerosos retratos, ni el de su compasión por las innumerables heridas que había sufrido su corazón. Y lo que quería captar era su sombra doliente y orgullosa para tratar de arrebatarle un secreto.

De pie junto a un pino, contemplaba con cierta decepción el edificio fuertemente influido por el estilo trovador, que él siempre había detestado, cuando oyó a una amable voz decir:

—A mí nunca me ha gustado mucho esta construcción. Está demasiado presente el gusto de los príncipes bávaros por una Edad Media al estilo de Richard Wagner. Sin llegar a los delirios del desdichado rey Luis II, ésta recuerda un poco que nuestra Isabel era prima suya y lo quería mucho.

Envuelto en una capa de loden, con un sombrero de fieltro encasquetado en la cabeza y un bastón en la mano, el señor Lehar miraba a su compañero de viaje con una sonrisa maliciosa.

—No me había dicho que era un admirador de Sissi.

—En realidad, no lo soy, pero cuando vienes aquí es casi imposible escapar a la magia que rodea su recuerdo. Sobre todo cuando lo que buscas es precisamente ese recuerdo. Un personaje importante, que es cliente mío, le profesa una especie de

pasión póstuma y me ha encargado buscarle objetos que le pertenecieron.

—Abundan, desde luego, pero me extrañaría mucho que aceptaran venderle alguno.

—Yo tampoco tengo esperanzas, aunque nunca se sabe. Pero, de todas formas, me gustaría conocer a antiguos fieles...

—¿Más o menos necesitados? Eso es perfectamente posible, y son muchos los que frecuentan este parque. Mire, ahí hay una —añadió el músico, señalando discretamente a una dama vestida de terciopelo negro que acababa de salir del edificio de mármol y permanecía de pie, con las manos metidas en un manguito, bajo el pequeño mirador por el que trepaba una parra de un bello rojo intenso cuyas hojas empezaban a alfombrar el suelo.

—No parece estar necesitada —observó Morosini, que había reconocido a la condesa Von Adlerstein.

—No lo está, en efecto, e incluso intenta aliviar muchas miserias, pero quizá le sea útil. Venga, voy a presentársela —dijo, al tiempo que se acercaba a ella.

Aldo, tras una breve vacilación, no tuvo más remedio que seguirlo. Después de todo, podía ser interesante ver qué acogida se le dispensaba.

El compositor recibió una inmejorable. La anciana dama lo obsequió con una amplia sonrisa, que se borró cuando tuvo a Morosini al alcance de su vista. Éste consideró necesario tomar la delantera:

—Es usted demasiado impetuoso, querido maestro —dijo, inclinándose ante la condesa de un modo que habría satisfecho a una reina—. Ya he tenido el honor de ser presentado a la señora Von Adlerstein... y no estoy seguro de que un nuevo encuentro sea de su agrado.

—¿Por qué no, siempre y cuando no pida usted lo imposible, príncipe? Después de que se marchara, sentí ciertos remordimientos. Ese día estaba nerviosa y lo pagó usted. Lo lamento.

—No hay que lamentar nunca nada, señora, y mucho menos un impulso generoso. Usted quiere proteger a su amiga, pero le doy mi palabra de que yo no le deseo ningún mal, sino todo lo contrario.

—Entonces me equivoqué de medio a medio —dijo ella, sacando del manguito un fino pañuelo con el que se dio un ligero toque en la nariz con un ademán desenvuelto que quitaba a sus palabras toda noción de arrepentimiento—. ¿Piensa quedarse algún tiempo? —añadió inmediatamente—. Yo creía que se había ido con su amigo el arqueólogo.

«Decididamente, tiene unas ganas locas de librarse de ti», pensó Morosini. No obstante, contestó de buen humor: —Estamos todavía aquí precisamente porque él es arqueólogo. Le apasiona la antigua civilización llamada de Hallstatt, y como llevábamos mucho tiempo sin vernos, voy a quedarme unos días más con él.

Aldo habría jurado que, al oír el nombre de Hallstatt, la señora Von Adlerstein se había estremecido. Tal vez eso fuera sólo una impresión, pero sí era real que el

nerviosismo había vuelto a apoderarse de ella.

—¿Y cómo es, entonces, que no están juntos?

—Porque me ha abandonado, condesa —respondió Morosini con una amabilidad infinita—. Ayer, en el hotel, tuvimos el placer de conocer mejor a su sobrino nieto. El señor Von Apfelgrüne ha insistido en acompañar a mi amigo al yacimiento, y como su coche es de dos plazas, me he visto reducido a vagar por Ischl. Con cierta alegría, lo confieso.

—¡Cielo santo! ¡Sólo nos faltaba que a ese botarate le diera ahora por la arqueología! ¡Si ni siquiera es capaz de diferenciar un fósil de un sillar! Espero tener el placer de volver a verlo uno de estos días, príncipe. Y usted, querido maestro, venga a Rudolfskrone cuando tenga tiempo.

—No tardaré en aprovechar su permiso —se apresuró a decir el músico, un poco ofendido por haber sido dejado de lado con tanta ligereza—. Le contaré novedades de su pariente el conde Goloziény. Coincidimos en Bruselas y...

Ella ya estaba bajando el camino en pendiente que llevaba a la Kaiser Villa, pero se volvió para decir:

—¿Alejandro? Lo vi hace poco, pero de todas formas venga a hablarme de él mientras tomamos una taza de té.

La condesa prosiguió su camino sin volverse de nuevo.

—¡Qué actitud tan extraña! —dijo Lehar, desconcertado—. ¡Una mujer que es siempre la gracia en persona!

—La culpa es mía, querido maestro. Tengo la desgracia de desagradarle, eso es todo. Debería haberme dejado al margen. Pero acaba usted de pronunciar un nombre que no me es desconocido. El conde...

—¿Goloziény? —completó el compositor sin hacerse de rogar—. No me sorprende que lo conozca. Ocupa no sé qué cargo en el gobierno actual, pero eso no le impide viajar mucho al extranjero. Le gusta París, Londres, Roma... y las mujeres bonitas. Que, según tengo entendido, le cuestan muy caras. Pero no diga nada de esto, sobre todo a la condesa; es húngaro, igual que ella, y son primos.

—Me temo que no va a brindarme muchas ocasiones de vernos.

—Yo arreglaría eso si tuviera tiempo, pero me vuelvo a Viena dentro de dos días. Así que, si quiere venir a casa, debe darse prisa. ¿Se marcha ya?

—No. Voy a quedarme un rato más... Me gusta este sitio.

—A mí también, pero tengo la garganta delicada y siento un poco de frío. Hasta pronto, espero.

Cuando el padre de La viuda alegre hubo desaparecido entre los árboles, Aldo consultó su reloj, dio dos o tres vueltas alrededor del pabellón de la emperatriz y después se dirigió tranquilamente hacia la ciudad. Eran casi las cinco y no tardarían en cerrar las verjas.

Cuando se reunió con Adalbert y su mentor en una de las mesitas de mármol blanco de Zauner, en una atmósfera a la vez anticuada y cálida que olía a chocolate y

vainilla, los dos viajeros estaban haciendo desaparecer una increíble cantidad de dulces variados al paso que bebían una taza de chocolate tras otra.

—Parece que tienen hambre los dos.

—El aire libre abrir apetito —lo informó Apfelgrüne engullendo un enorme trozo de *Linzertorte* acompañado de nata—. ¿Dar buen paseo?

—Excelente. Mejor aún de lo que pensaba —añadió Aldo con una sonrisa dirigida a su amigo—. ¿Y su excursión?

—Maravillosa —respondió éste devolviéndole la sonrisa—. No tienes ni idea de lo interesante que ha sido. Incluso debería decir apasionante. Tanto, que voy a ir a pasar unos días allí. Deberías venir tú también.

A todas luces, él también había descubierto algo, y Morosini mandó mentalmente al infierno al malhadado Fritz por impedirles hablar con libertad. Hubo que esperar hasta que regresaron al hotel, pero en cuanto los dos hombres se quedaron solos las preguntas empezaron a salir disparadas:

—Bueno, ¿qué?

—Cuenta, cuenta. ¿Qué has averiguado?

—Sé quién es Alejandro —dijo Aldo—. En cuanto a la casa de anoche, acaba de cambiar de propietario y no han podido informarme acerca del nuevo. Aparte de eso, me he encontrado con la señora Von Adlerstein y no le ha hecho mucha gracia que Manzana Verde te haya llevado a visitar Hallstatt.

—Lo contrario me extrañaría. Hallstatt es un pueblo extraordinario, magnífico, fuera del tiempo, y se tienen encuentros inesperados. ¿Sabes a quién he visto llegar mientras tomábamos una cerveza en el albergue? Al viejo Josef, el mayordomo de la condesa. Ha tomado un camino que avanzaba entre las casas, pero no he podido seguirlo a causa de mi compañero.

—¿Y él no te ha comentado nada?

—No. Ni siquiera parecía sorprendido. Según él, Josef tiene amigos allí y no hay más vueltas que darle al asunto.

—No se puede decir que el chico sea una lumbrera —gruñó Morosini—. Yo propongo que nos traslademos allí mañana mismo. Pero ¿qué vamos a hacer con él?

—Si hoy la suerte nos ha dirigido algunas sonrisas, no va a dejar de hacerlo de la noche a la mañana.

—¿Tú crees que nos libraré de él?

—¿Por qué no? Yo soy de los que creerán toda su vida en Papá Noel.

6. La casa del lago

Cuando bajaron a cenar, Aldo y Adalbert encontraron en la recepción una carta de su nuevo amigo: tía Vivi acababa de enviarle el coche para que fuese a verla urgentemente; debía presentarse a su mesa convenientemente vestido.

«Estoy muy triste —concluía el joven—. Yo hacer tantos progresos con la francés con ustedes... Yo esperar vernos muy pronto...»

—¡Vaya! No ha perdido ni un minuto en recuperarlo —comentó Aldo.

—¿Tú crees que es porque le has dicho que me había llevado a Hallstatt?

—Pondría la mano en el fuego a que sí. Estamos en el buen camino, Adal. Mañana nos instalamos allí y abrimos bien los ojos y los oídos. Pero, si te parece, dejaremos tu artefacto rojo aquí y tomaremos el tren. Llama demasiado la atención.

Como Adalbert se mostró de acuerdo, Morosini informó en la recepción de su intención de ausentarse del hotel unos días y dejar el automóvil del señor Vidal-Pellicorne. Luego, en un tono casi distraído, preguntó:

—Por cierto, ¿podría decirme quién ha comprado la villa del conde Auffenberg, situada poco después de pasar el puente? Fui antes con la esperanza de saludarlo y la encontré cerrada. Una mujer me dijo que había cambiado de propietario, pero no pudo informarme sobre la identidad del nuevo.

Inmediatamente, el recepcionista puso cara de circunstancias, desconsolado por tener que comunicar a Su Excelencia el fallecimiento del conde Auffenberg, acaecido hacía unos meses.

—La villa fue vendida unas semanas más tarde a la baronesa Hulenberg, pero no estoy seguro de que ya haya tomado posesión del lugar.

—No tiene importancia; no la conozco. Pero le agradezco la información.

—Empiezo a echar de menos a Fritz —dijo Vidal-Pellicorne mientras los dos tomaban una copa en el bar—. A lo mejor él podría habernos contado alguna cosa sobre Alejandro y la baronesa, porque es prácticamente seguro que se conocen. Desde luego, no fue al guarda o al jardinero a quien ese honorable miembro del gobierno fue a ver después de medianoche.

—Quizá no habrías sacado nada en claro. Me pregunto si ese chico es tan tonto como parece.

—Eso, el futuro nos lo dirá.

La tarde avanzaba cuando el tren montaños que unía Ischl a Aussee y Stainach-Irdning se detuvo en el apeadero de Hallstatt, donde dejó a media docena de viajeros, entre ellos Morosini y Vidal-Pellicorne, para que tomasen el barco que los llevaría a la otra orilla del lago. Iban cargados con abundante material destinado a la pesca, a las excursiones por la montaña e incluso a la pintura. Esta última adquisición, realizada por la mañana, se debía a la iniciativa de Aldo. Tenía buena mano para el

dibujo, y se había dado cuenta de que la acuarela o el carboncillo constituían una excelente coartada para alguien que deseaba permanecer largo rato en un sitio determinado a fin de observar los detalles.

Habían incluido en sus compras sólidas botas de montaña, prendas de loden y gruesos calcetines, aunque sin caer en los calzones de piel con tirantes y lazos, típicos de la región. Adalbert, sin embargo, no se había resistido a adquirir una amplia capa y un sombrero verde con penacho que, según Aldo, le daban el aspecto de un archiduque juerguista.

—Lástima que no hayas tenido tiempo de dejarte crecer el bigote. La ilusión habría sido completa.

Un empleado de la pequeña estación los ayudó a llevar las maletas hasta el vapor que estaba esperando. Liberado de esa preocupación, Aldo se acodó en la borda para admirar el paisaje a la vez grandioso y severo. El Hallstättersee, de ocho kilómetros de largo y dos de ancho, se adentraba entre altas paredes oscuras para ir a bañar las estribaciones escarpadas del Dachstein, el macizo más elevado de la Alta Austria, cuyas cimas estaban siempre nevadas. Aquel atardecer, después de todo un día en que el sol apenas había salido, el lugar, con los negros lienzos de montaña cortados a pico sobre las aguas lívidas, resultaba imponente pero siniestro. Al fondo, al otro lado, se extendía un pueblo a lo largo del río, agarrado a las pendientes rocosas e inhóspitas cuya aridez contrastaba con el manto de bosques casi negros que había abajo.

A medida que el barco se acercaba a Hallstatt, que ya se podía ver reproducido al revés en el espejo del lago, el pueblo, que de lejos parecía pegado a las pendientes de rocas y de abetos, se alzaba como un altorrelieve cuyos puntos sobresalientes eran los campanarios de sus dos iglesias amistosamente rivales: el alargado y puntiagudo del templo protestante situado al nivel del agua, y la torre achaparrada pero rematada por una especie de pequeña pagoda del viejo santuario católico, un poco más elevado. Alrededor, apiñadas como gallinas en un gallinero, venerables y bonitas casas cuyos anchos frontones de madera oscura coronaban fachadas con balcones apoyadas sobre basamentos de piedra. Para colmo del pintoresquismo, las blancas aguas de una cascada, el Mühlbach, caían en medio del pueblo.

Aldo, fascinado, recordó lo que había dicho Adalbert la noche anterior: «Un pueblo extraordinario, magnífico, fuera del tiempo...» Era exactamente eso. Tenías la impresión de penetrar en el corazón de un cuento fantástico. ¿Dónde se esconderían los «amigos» del viejo Josef?

Una de las casas, la más alejada, atrajo de manera especial la atención de Morosini porque sus murallas de otra época parecían surgir del agua oscura y mostraban los restos de un sistema de defensa. Le habría gustado examinarla más de cerca, pero los únicos prismáticos que tenían se encontraban momentáneamente pegados a los ojos de Adalbert.

Cuando por fin desembarcaron, vio que, aparte de una plazoleta donde se alzaba la iglesia protestante, parecía no existir ninguna calle en esa extraña aglomeración.

Las casas, construidas unas sobre otras en pequeñas terrazas naturales o artificiales, se comunicaban entre sí mediante escaleras, pasos abovedados y arcadas. El lugar no podía sino seducir a pintores y amantes del romanticismo, pues había por lo menos tres albergues.

Adalbert escogió el que se llamaba Seeauer. Como ya lo habían visto el día anterior y volvía con otro cliente, le dispensaron un excelente recibimiento y le dieron las dos mejores habitaciones de la casa, ambas con un balcón que permitía admirar el lago en todo su esplendor. Sin embargo, Georg Brauner y su mujer Maria pidieron disculpas por anticipado a los recién llegados; al día siguiente habría una boda y era muy probable que no pudieran dormir. Lo mejor sería quizá que aceptaran participar en la celebración.

—¡Qué buena idea! —dijo Aldo—. Seguro que será más entretenida que la última a la que asistimos —añadió, pensando en la boda fastuosa pero demencial del pobre Eric Ferráis con Anielka Solmanska.

—Sí, podremos divertirnos sin ninguna reserva —confirmó Adalbert—. Pero para empezar el día iremos a pescar al lago —añadió, sonriendo a Maria—. ¿Conoce usted a alguien que pueda alquilarnos una barca?

—Claro, a Georg —respondió la mujer—. Tenemos varias y pondrá una a su disposición. ¿La necesitarán mañana por la mañana?

—Sí, tranquila. Esta noche lo que necesitamos es sobre todo una buena cena y una buena cama.

Deshicieron las maletas y después se encontraron en la gran sala, ya abundantemente decorada con guirnaldas de abeto y flores de papel. Sentados en unos bancos que iban de un extremo a otro de una mesa suficientemente grande para seis personas, atacaron los platos de croquetas y de carne curada que les sirvieron regados con un vino blanco, muy seco, contenido en una jarra panzuda decorada con motivos sencillos.

—Oye —dijo Morosini tras dar unos bocados—, ¿a santo de qué quieres ir a pescar en cuanto amanezca, o casi? ¿Acaso has olvidado que eres arqueólogo?

—La civilización de Hallstatt me ha esperado milenios, así que podrá seguir esperando un poco más. En cambio, estoy impaciente por ir a ver más de cerca una torre feudal, o algo parecido, que vi cuando llegábamos. Por el lago debe de ser bastante fácil.

A la mañana siguiente, después de pasar una buena noche en las cómodas camas campesinas de Maria, que olían a limpio, tomaron posesión de una barca de fondo plano que eligieron porque de todas las que les ofrecían era la única provista de remos; las otras se propulsaban con pagaya, un utensilio que ni el uno ni el otro sabían manejar. Mientras Adalbert preparaba las cañas de pescar, Aldo se puso a remar aguas adentro siguiendo los consejos de Georg, que los había mirado partir antes de volver a sus ocupaciones. Era un buen momento, ya que el pueblo estaba muy atareado con los preparativos de la fiesta. Además, hacía fresco pero el tiempo

era apacible y el cielo estaba despejado. La barquita se deslizaba sin esfuerzo sobre el agua, de un bonito verde oscuro, lisa como un espejo.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos para confiar en no ser ya observados, el remero se dirigió hacia el punto que le indicaba Vidal-Pellicorne con ayuda de los prismáticos y muy pronto estuvieron bastante cerca de lo que había sido una pequeña fortaleza pero ya no era más que una ruina invadida de vegetación tras la cual no se veía gran cosa. Ni siquiera un hilo de humo que revelara la presencia de personas con necesidad de calentarse y alimentarse. Tan sólo una estrecha torre descabezada y un lienzo de pared que descendía en vertical hasta el agua podían albergar una vivienda interior, pero parecía francamente inverosímil.

—Me gustaría saber cómo se llama esta antigua obra de arte —dijo Adalbert—. Quizás es el antiguo feudo de la condesa.

—¿Hochadlerstein? Imposible. Está a ras del agua, o sea, demasiado abajo para llamarse *Hoch*. Por lo que he visto, en los alrededores hay varias nobles ruinas encaramadas en las alturas. Debe de ser una de éstas. Podemos intentar desembarcar.

—Me parece un poco difícil acercarse a la orilla, a no ser que quieras zambullirte en el lago. Iremos en otro momento por tierra, para ver si se puede visitar... a una hora discreta. Ahora podemos quedarnos por los alrededores para pescar. Eso nos permitirá observar si hay algún movimiento.

—¿De verdad esperas atrapar algo? —preguntó Morosini al ver a su amigo manejar una larga caña—. Más vale que te lo diga cuanto antes: soy una nulidad pescando.

—Sigue mis consejos y haz como si fueras un experto. ¡Nunca se sabe!

Para su sorpresa, Aldo consiguió pescar tres truchas a lo largo de un día que temía que resultase muy pesado. En cambio, fue un agradable momento de tranquilidad y relajación, acunado por el alegre carillón de la iglesia anunciando a los alrededores la formación de una joven pareja, e interrumpido por el copioso *picnic* que Maria había preparado para los pescadores. Tan sólo la observación incesante del viejo castillo resultó decepcionante; si el edificio no estaba abandonado, lo parecía. Iban a tener que buscar por otro lado.

Cuando regresaron, en el albergue reinaba un ambiente de lo más animado. Había largas mesas cubiertas de vajilla floreada, jarras de gres en las que la cerveza espumeaba y también copas de un bonito verde claro para el vino. Los trajes de los invitados, los de los días de fiesta, eran magníficos: los hombres, calzones de piel y chalecos bordados; las mujeres, múltiples enaguas bajo las amplias faldas y camisolas con mangas abullonadas, bordadas con hilo de oro. Todos estaban felices de encontrarse allí, riendo, cantando y gastando bromas a los jóvenes esposos. Éstos, por cierto, eran encantadores: ella, colorada a causa de la confusión; él, más colorado todavía por haber hecho los honores a la cocina de Maria y a la bodega de Georg. Instalados ya sobre un estrado, dos acordeonistas acompañaban los coros en espera de que empezase el baile. Aldo y Adalbert entraron en la cocina, donde trajinaban Maria

y sus sirvientes. Los pescados que llevaban les valieron calurosas felicitaciones.

—Vengan —dijo Maria—, voy a presentarles a los recién casados.

—Déjenos cambiarnos primero —protestó Aldo.

Iban a retirarse cuando ella los llamó.

—Ya se me olvidaba... El *Herr Professor Schlumpf* desea verlos para hablar de las excavaciones. Vive aquí y desde siempre se ha ocupado de ellas. Me he permitido decirle que venga esta noche.

—Ha hecho bien —dijo Adalbert, pensando todo lo contrario—. Va a ser divertido —le comentó a Morosini mientras subían a sus habitaciones— hablar de arqueología sobre fondo de acordeón, canciones tirolesas y gritos de borrachos.

—¿Dominas ese período?

—¿La primera edad del hierro? Tengo algunas nociones, pero no es mi especialidad, ya lo sabes.

—Entonces, alégrate. Si dices tonterías, la orquesta y el alboroto de la gente cubrirán tus palabras.

—¡Yo no digo nunca tonterías! —repuso Adalbert, ofendido—. Bueno, quizá tengas razón —añadió después—. Después de todo, puede venirnos bien.

El profesor Werner Schlumpf, de la Universidad de Viena, era el vivo retrato de la imagen que el común de los mortales se forma de sus semejantes: un hombrecillo nervioso, con bigote, perilla y lentes, cuyos cabellos canosos comenzaban a abandonar su frente en beneficio de su nuca. El único rasgo destacable de su cara era una cicatriz que le deformaba la ceja izquierda, pero sus maneras y su educación eran perfectas.

Tras haber intercambiado con su colega un saludo protocolario, aceptó tomar asiento en torno a la mesa donde los dos amigos estaban tomando café y fumando sendos puros. Le ofrecieron uno al mismo tiempo que Georg en persona se apresuraba a servirle un *schnaps*. El recién llegado tomó un buen trago con los ojos clavados en Morosini, que parecía interesarle sobremanera desde que se había enterado de que era príncipe.

—Supongo que usted no es arqueólogo. La alta aristocracia, en general, no ejerce ningún oficio.

—Desengáñese. Soy anticuario, especializado en joyas antiguas.

—Ah, empiezo a entender, pero me temo que su estancia aquí le decepcione: todos los objetos preciosos encontrados en el millar de sepulturas prerromanas descubierto desde 1846 en los alrededores de las minas de sal, en la montaña, están ahora en el Museo de Historia Natural de Viena. Algunas se han quedado aquí, en nuestro pequeño museo local, pero no son las más importantes. De todas formas, no va a encontrar nada que se pueda comprar.

—No es ésa mi intención —dijo Morosini con su encantadora sonrisa—. Sólo me

interesan las piedras preciosas y he venido simplemente para acompañar a mi amigo Vidal-Pellicorne.

De pronto, el profesor pareció ofendido:

—Haría mal en despreciar las joyas de nuestro período. Están hechas con el oro más fino y algunas son de una gran belleza. Se trata de una civilización avanzada. La tribu establecida aquí no era celta, tal como se supuso al principio, sino iliria. Con toda probabilidad pertenecía al pueblo de los sigynnes del que habla Herodoto y que se instalaba en los cruces de las grandes vías de tránsito para comerciar en hierro, sal y ámbar. Le aconsejo que suba hasta la torre de Rodolfo para ver la necrópolis, cuyas tumbas más antiguas acreditan que originalmente se practicaba el rito de la incineración.

Manifiestamente feliz de haber dado con un neófito, el erudito, haciendo caso omiso de su colega francés, pronunció una verdadera conferencia en la que Adalbert fue incapaz de introducir una sola palabra a pesar de sus meritorios esfuerzos. Aldo, divertido, seguía el juego escuchando al viejo sabio con una atención halagadora cuando, de pronto, su mirada se desvió: un hombre cuya gran estatura y corpulencia anunciaban una fuerza increíble acababa de entrar y se acercaba a Georg Brauner, ocupado en secar vasos tras la barra.

Pese a la diferencia de vestimenta, la memoria fotográfica de Morosini le devolvió inmediatamente la imagen anterior que había tenido de ese personaje: en un palco de la Ópera, escoltando a la misteriosa dama de la máscara de encaje negro. En esta ocasión, llevaba una especie de librea de estilo húngaro, con alamares negros y sutás de plata, pero la cara era la misma. Sin embargo, la voz descontenta de Schlumpf lo devolvió al momento presente:

—¿No me escucha, príncipe?

—Sí, sí, perdone. ¿Decía...?

¡Cielo santo, qué difícil era mantener la mirada sobre ese viejo parlanchín! Afortunadamente, Adalbert se dio cuenta de que ocurría algo insólito y acudió en su ayuda.

—Si me lo permite, *Herr Professor*, le confesaré que los ritos funerarios de Hallstatt siempre me han dejado un poco perplejo. Se ha comprobado que, a lo largo del tiempo, los guerreros pasaron de la incineración a la inhumación.

—La influencia celta, con toda seguridad.

—¿Por qué, entonces, se han encontrado en algunas tumbas fragmentos de esqueletos calcinados?

Adalbert había conseguido atraer por completo la atención de Schlumpf y Aldo pudo proseguir su observación. En la barra, el hombre bebía una cerveza charlando con Georg, pero acabó enseguida. Una vaga sonrisa, un breve saludo, y el desconocido giró sobre sus talones para marcharse.

—Perdónenme un momento —dijo Aldo a los otros dos. Ninguna fuerza humana le habría impedido seguir a aquel hombre.

Aunque tuvo que abrirse paso entre un grupo bastante turbulento, llegó a la plazuela donde estaba situado el Secauer justo a tiempo para ver a su presa tomar a la derecha una callejuela en la que se adentró a ciegas. Era noche cerrada, en efecto, y Aldo necesitó un poco de tiempo para que sus ojos, acostumbrados a las luces del albergue, se adaptaran a la oscuridad. Cuando llegó al final del pasadizo, se topó con una escalera y aguzó el oído para tratar de distinguir si el desconocido había subido o bajado, pero no oyó ningún ruido de pasos. El hombre se desplazaba con el sigilo de un gato. De mala gana, tuvo que resignarse a abandonar.

De vuelta en el albergue, Morosini buscó a Brauner infructuosamente; parecía haberse volatilizado. Al preguntarle a Maria cuando pasó junto a él con una bandeja cargada de jarras espumeantes, ésta le contestó que su esposo estaba en la bodega abriendo un tonel. Suspirando, se reunió con sus compañeros, que seguían hablando de los ritos funerarios de Hallstatt, lo que no impidió al profesor preguntarle con bastante indiscreción dónde diablos se había metido.

—En mi habitación —respondió él—. He ido a tomarme una aspirina porque empiezo a tener migraña. Seguramente es por todo este ruido, y quizá también por la cerveza.

—Nuestra cerveza nunca ha hecho daño a nadie, y por otro lado le habría sentado mucho mejor salir a tomar el aire. Es el remedio más eficaz en nuestras montañas, donde podemos curar todas las enfermedades. Son el paraíso de la salud, y los que viven como ustedes en ciudades humosas harían bien en venir más a menudo. Hace siglos que se han demostrado sus beneficios.

Morosini abrió la boca para protestar, pues llamar ciudad humosa a su querida Venecia, posada sobre el agua como una rosa abierta, le parecía denigrarla injustamente, pero la cerró, desanimado, sin haber emitido un solo sonido. El viejo parlanchín se había lanzado a pronunciar otro discurso acerca del *schnaps*, que con ganas o sin ellas hubo que tomar. Transcurrió casi una hora más antes de que el profesor Schlumpf, sacando del bolsillo del chaleco un enorme reloj de plata, constatará que había llegado el momento de que se fuera a descansar un poco.

No lo hizo, sin embargo, sin haber acordado una cita con sus «distinguidos colegas» —con los vasos de aguardiente que se había tomado, ya no distinguía entre el anticuario y el arqueólogo— para acompañarlos al yacimiento al día siguiente.

—Un plan muy prometedor —gruñó Morosini mientras se retiraban a sus habitaciones sin demasiadas esperanzas de dormir, teniendo en cuenta que se hallaban instalados sobre una bacanal desenfrenada.

—Olvídate de eso y cuéntame qué te ha pasado antes para que salieras corriendo como una liebre —dijo Adalbert.

—¿No te has fijado en un tipo enorme, con aspecto de jefe mongol jubilado, que ha venido a tomar una copa en compañía de nuestro posadero?

—Sí, hasta me ha parecido entender que salías tras él.

—Mis razones tenía. Es el hombre que vi en la Ópera de Viena, no diré en

compañía sino a las órdenes de la famosa Elsa. Es evidente que estaba allí para velar por ella.

—¿Y qué? ¿Has descubierto adónde iba?

—¡Qué va! Me ha despistado al doblar la primera esquina. Estaba oscurísimo, y este condenado pueblo está construido de una manera delirante. Todo son escaleras, pasajes, callejones sin salida, y cuando no lo conoces...

—¿Y tu presa se dirigía hacia el castillo de esta tarde?

—No, de eso estoy seguro. Se fue hacia la derecha al salir del hotel.

—Pues entonces, sólo nos falta hacer unas cuantas hábiles preguntas al bueno de Georg.

—¡Si es que lo encontramos! Cuando he vuelto, su mujer me ha dicho que estaba en la bodega abriendo un tonel. Y al parecer sigue allí, porque yo no he vuelto a verlo.

—¿Y Maria?

—No estaba cuando ha venido el hombre. No ha debido de verlo, y en esas condiciones resulta un poco difícil interrogarla.

—No te preocupes más de lo necesario. Lo dejaremos para mañana y en paz. Intenta dormir. Con algodón en las orejas y una almohada encima de la cabeza, a lo mejor lo conseguimos.

Lo consiguieron, pero hacia las tres de la madrugada, cuando los asistentes a la boda empezaron a cansarse. Cuando Adalbert y Aldo bajaron a desayunar en torno a las nueve, Maria les informó de que su esposo había tomado el barco de la mañana para ir a Bad Ischl. En cuanto al personaje que intrigaba tanto a sus clientes, ella ni siquiera lo había visto y no tenía ni idea de sobre quién le hablaban. Dicho esto, desapareció entre un revuelo de enaguas almidonadas para ir a buscar cruasanes recién hechos.

Adalbert frunció el entrecejo con expresión desaprobadora.

—¿No tienes la impresión de que nos enfrentamos a una conspiración del silencio?

Morosini se limitó a encogerse de hombros sin responder, para declarar a continuación que por nada del mundo estaba dispuesto a aburrirse soberanamente en compañía del profesor Schlumpf.

—Con que vaya uno de los dos, será suficiente. Yo iré a estudiar con todo detalle los complicados meandros de este pueblo. Tal vez la suerte me sonría.

Provisto de un cuaderno de dibujo y una caja de carboncillos, dejó el pequeño muelle salpicado de terrazas y de cenadores instalados a ras del agua para acceder a la larga y única calle, pintoresca a rabiar, que formaba una cornisa sobre el lago, bordeada de escaleras de madera que se adentraban por agujeros oscuros bajo las viejas casas de tejados festoneados.

Ninguna carretera llevaba a Hallstatt. La que se extendía junto a la orilla occidental del lago en su lado norte giraba bruscamente al sur de Steg para subir a

Gosau.

Lentamente, como un artista que busca el paraje adecuado, Aldo recorrió el pueblo que el otoño había dejado sin flores, aunque animosos geranios todavía resistían en algunas ventanas. No se oía zumbido de abejas alrededor de los alerces, pero en casi todas las casas las mujeres estaban atareadas haciendo una limpieza general que incluía ventilar camas, cortinas y mantas antes de que cayeran las primeras nieves. No dedicaban al paseante más que una mirada distraída, acostumbradas sin duda a la presencia de extraños, tan sólo un poco sorprendidas quizá de que éste hubiera elegido el mes más triste en lugar de la primavera, que haría florecer las miosotis, las anémonas y los ranúnculos en los caminos de herradura.

Tras haber permanecido largo rato en la terraza que sostenía la Pfarkirche, la iglesia parroquial, observando los tejados que se extendían ante sus ojos, Aldo pensó que si el hombre se había esfumado tan fácilmente quizá fuera porque había entrado en una casa cercana al hotel.

Sin embargo, su instinto le decía que eso era poco probable. La dama de la máscara de encaje vivía escondida, y ¿cómo se podía permanecer oculto en el corazón de un pueblo cuyas edificaciones estaban tan apiñadas? Así pues, bajó hacia la única calle para dirigirse al extremo norte de Hallstatt.

Al llegar encontró una roca desde la que podía observar las últimas viviendas y se instaló allí. Una casa atrajo su atención. Desde donde él estaba, parecía surgir de las aguas oscuras. Su ancho tejado coronado por un pináculo le daba el aspecto de una gran gallina que protegiera con las alas desplegadas unos huevos morenos. En el pequeño jardín, una mujer vestida con el Dirndl^[9] aprovechaba la momentánea sequedad del tiempo para tender sábanas y fundas de almohada adornadas con anchas tiras de encaje, es decir, demasiado lujosas para una campesina, por muy rica que fuera. Eran, sin lugar a dudas, de una «dama», y Aldo supo inmediatamente que había encontrado lo que buscaba.

Finalmente, temió llamar la atención, recogió sus cosas y emprendió el camino de vuelta no sin haber tomado algunos puntos de referencia, empezando por la pequeña valla de madera oscura junto a la cual flotaba una larga barca.

Al entrar en el hotel vio a Georg Brauner haciendo cuentas de pie ante un pupitre a la antigua usanza y se dirigió hacia él frotándose las manos.

—El viento es bastante fresco esta mañana —dijo de buen humor—. He hecho algunos bosquejos y se me han quedado los dedos entumecidos. ¿Qué le parece si tomamos algo antes de comer?

Por encima del bigote pelirrojo, Georg alzó hacia su cliente una mirada de fastidio.

—Me gustaría mucho, Excelencia, pero debo terminar estas cuentas lo antes posible. No obstante, haré que le sirvan lo que quiera junto a la estufa. Acabamos de encenderla.

—Gracias, pero en tal caso esperaré a que vuelva mi amigo; no me gusta beber

solo. Confío en que no tarde.

—Como quiera —dijo el posadero antes de volver a concentrarse en sus papeles.

Decididamente, no era hablador. Sin embargo, resultaba sorprendente, pues, a su llegada, los Brauner se habían mostrado bastante locuaces. Para pasar el rato, Morosini fue con su material bajo el brazo hasta la cocina, donde Maria, ayudada por una anciana y una muchacha, estaba pasando el rodillo por la masa de *Knödeln* rodeada de un olor de pan caliente y de chocolate. La mujer recibió al visitante inesperado con una amplia sonrisa.

—¿Desea algo, príncipe?

—Nada en absoluto, *Frau* Brauner, pero llegan hasta la calle olores tan apetitosos que no he podido resistir la tentación de venir a ver qué está haciendo. ¿Me perdona?

—Por descontado, puesto que es mi repostería lo que le atrae. Acabo de preparar un *Gugelhupf* y una crema de chocolate para el postre. ¿Ha dado un buen paseo?

—Muy bueno. Este pueblo es una maravilla. Tiene un encanto...

—¿Verdad que sí? Es una pena que lo vea fuera de temporada. Hace frío y humedad, y vamos a tener que olvidar el sol hasta la primavera. Entonces es cuando debería venir.

—Cada uno viene cuando puede. Tengo mucho trabajo, y además, era una ocasión de pasar unos días en compañía de un viejo amigo. De todas formas, el tiempo no me molesta, siempre y cuando no le quite su carácter a un lugar. Me gusta dibujar casas y por aquí tienen muchas muy bonitas, empezando por la suya. Mire, he hecho un boceto —añadió, abriendo su cuaderno de dibujo, que la mujer miró sonriendo.

—¡Vaya, tiene usted talento!

—Gracias. Esta otra también es muy bonita.

Había vuelto la página para mostrar la casa de la desconocida. María echó un vistazo y entonces su sonrisa desapareció.

—Me gusta mucho —prosiguió Morosini, cuyos ojos azul acero observaban a la posadera—. Si el tiempo me permite plantar el caballete, pintaré un cuadro. Ese lugar un poco apartado es muy romántico.

Sin decir palabra, María se limpió las manos cubiertas de harina con un paño, asíó a Aldo de un brazo y lo condujo al exterior.

—No debería pintar ésa —dijo una vez que estuvieron fuera—. Hay otras igual de bonitas.

—A mí no me lo parece. Además, ¿por qué ésa no?

La expresión de María se había tornado grave.

—Porque a lo mejor molesta, o incluso ofende, a los que viven ahí. Ver que su casa se convierte en el motivo de un cuadro es lo último que desean, pues eso significa que va a observarlos durante horas y horas.

Aldo se echó a reír.

—¡Demonios! ¡Me está asustando! No estará embrujada esa casa, ¿verdad?

—No es para tomárselo a risa. Hay... una enferma, una mujer que ha sufrido mucho. No agrave su mal haciéndole creer que es blanco de la curiosidad de extraños.

Tras estas palabras, María se disponía a entrar en la cocina dejándolo plantado allí, pero él la llamó:

—¡Espere un momento!

—Tengo cosas que hacer.

—Sólo un momento.

Con gesto vivo, Aldo arrancó la página del cuaderno de dibujo por la que seguía abierto y se la tendió a la mujer.

—Tome, haga lo que quiera con ella. No pintaré esa casa.

La sonrisa que ella le dedicó parecía un rayo de sol atravesando una nube negra.

—Gracias —dijo—. Compréndalo, aquí todo el mundo los quiere mucho. No queremos que les pase nada malo.

Y esta vez entró. Morosini también lo hizo, pero bastante pensativo y a un paso mucho más lento. Si el pueblo entero se alzaba entre él y la mujer hasta la que quería llegar, las cosas podían complicarse, pero, por otro lado, resultaba tranquilizador respecto a la seguridad de esa mujer. En cuanto al detalle que acababa de tener con Maria, se sentía un poco avergonzado porque era fruto de una mentira (nunca había tenido intención de «retratar» la casa) y porque seguía estando decidido a descubrir el secreto de la misteriosa mujer.

Con el estómago en los pies, aguardó el regreso de Adalbert, y eran casi las dos cuando se rindió a las razones de sus anfitriones.

—Cuando el *Herr Professor* está en el yacimiento, no hay manera de apartarlo de allí. Estoy seguro de que se ha llevado bocadillos y cerveza con intención de compartirlos. Volverán cuando anochezca —anunció Georg.

—Podía haberlo dicho —masculló Morosini, que no por ello se sentó a la mesa con menos apetito y degustó los buñuelos de jamón, un *gulasch* de ternera a la húngara y una crema de chocolate acompañada de una porción de *Gugelhupf*, todo regado con una botella de Klosterneuburger que Georg, compasivo y tal vez agradecido —Maria debía de haberle contado el episodio del dibujo—, fue a buscarle a la bodega.

Cuando hubo terminado, se preguntó qué iba a hacer para pasar la tarde. Se le había ocurrido la idea de alquilar otra vez la barca de Brauner e ir a pescar a los alrededores de la famosa casa, pero se había levantado un vientecillo cortante que movía las aguas de un modo que no presagiaba nada bueno.

—Si estallara una tormenta, podría tener dificultades para volver —dijo Georg—. Cuando hace mal tiempo, este lago es traicionero.

—Como todos los lagos de montaña. En fin, me conformaré con dar un paseo a pie en espera de que vuelvan los sabios.

Hizo lo que había dicho, pero esta vez sin llevarse ningún material. Con las manos metidas en los bolsillos del impermeable, emprendió otra visita al pueblo

partiendo desde la izquierda para no alertar a nadie. Sin embargo, su intención era ir a la casa del pináculo. Para llegar a ella, tomó el camino más complicado posible: rodeó el templo protestante, llegó hasta la torre y regresó por la terraza en la que se alzaba la iglesia, desde donde descendió hacia su objetivo evitando cuidadosamente que lo vieran desde el albergue.

Ya era tarde cuando llegó. La luz empezaba a declinar. Desde el lago subía una bruma que casi no permitía distinguir la orilla de enfrente. Debía de ser la hora del tren: el silbido del ferrocarril se oía, pero amortiguado, como envuelto en algodón.

Desde la misma roca en la que se había apostado por la mañana, Aldo se puso a observar de nuevo la casa. No se advertía ningún movimiento, y de no ser por el pequeño penacho de humo gris que surgía del tejado, se podría haber pensado que estaba desocupada. Ningún ruido tampoco, aparte del ligero chirrido, marcado por las olas, de la cadena que sujetaba la barca al fondeadero.

Aldo continuó esperando. Confiaba en que al caer la noche los habitantes encendieran lámparas y tal vez pudiera echar un vistazo al interior, pero sus esperanzas se vieron frustradas. Antes de que la oscuridad se extendiera demasiado, la mujer a la que había visto tender la colada reapareció en el hueco de una ventana y cerró las contraventanas; después pasó a la siguiente e hizo lo mismo, y así con todas hasta que fue imposible ver absolutamente nada.

Suspirando, Morosini se levantó y se quedó un momento dudando, a punto de hacer lo que quizá fuera una locura pero que le resultaba cada vez más tentador: bajar, llamar a aquella puerta y ver qué pasaba. La mujer a la que buscaba estaba allí. Si quería intentar conseguir el ópalo, tal vez ésa fuera su única oportunidad, pues si, movida por la inquietud, la señora Von Adlerstein decidía llevar a su protegida a otro sitio, localizarla de nuevo seguramente sería imposible.

Sin embargo, pese a las buenas razones que se daba a sí mismo, Morosini no podía evitar sentir una especie de lasitud. El gusto por la caza que lo habitaba desde su primera entrevista con Simon Aronov en los sótanos de Varsovia empezaba a abandonarlo en tales circunstancias. El Cojo no podía exigir que le arrebatara a una pobre mujer condenada a vivir escondida un bien tan querido, aunque ese bien fuera tan maléfico como lo habían sido el zafiro visigodo y el diamante del Temerario.

Una voz interior le susurró lo que Simon habría dicho: la única forma de descargar las gemas del pectoral de la maldición que pesaba sobre sus sucesivos propietarios era devolverlas a su destino primitivo. ¿Quién sabía si, liberada del ópalo, Elsa no recuperaría la felicidad?

«No parece una razón válida —se dijo Aldo—. Siempre se encuentra alguna cuando uno quiere apropiarse de algo que no le pertenece. Pero, después de todo, ¿es ésta tan detestable?»

En cualquier caso, sabía muy bien que no pararía hasta haber cruzado el umbral de esa casa y haberse encontrado cara a cara con la dama de la máscara de encaje negro, así que, cuanto antes lo hiciera, mejor. Sin querer seguir discutiendo consigo

mismo, bajó el sendero que conducía a la casa, llegó bajo el tejadillo que protegía la puerta y, tras una ligera vacilación, se quitó la gorra y levantó la aldaba de cobre, que cayó con un vivo tintineo de campana al tiempo que, sin saber muy bien por qué, su propio corazón se detenía un instante.

Esperaba que lo interrogaran sobre su identidad y que le ordenaran que siguiese su camino, pero al abrirse la puerta apareció una alta y delgada figura de mujer con el traje local y una lámpara en la mano.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardaría en decidirse a venir —dijo la voz serena de Lisa Kledermann—. Pase, pero sólo un momento.

Él la miró con el estupor que por lo general se reserva a las apariciones: una mezcla de admiración, alegría y temor a partes iguales. A la luz amarillenta de la lámpara, los ojos oscuros de la joven resplandecían como diamantes violeta bajo la corona viva de sus cabellos de oro rojo trenzados alrededor de la cabeza. Aldo pensó que parecía un icono.

—Bueno, ¿eso es todo lo que tiene que decir? —dijo ella, llamándolo al orden—. Si leyera a los buenos autores, debería haber exclamado: «¿Usted? ¿Usted aquí?» Y yo le habría contestado algo tan inteligente como: «¿Por qué no?», o incluso: «El mundo es un pañuelo». Pero prefiero preguntarle qué viene a buscar.

—Es un poco largo... y delicado de explicar. ¿No me permitiría entrar un momento?

—De ninguna manera. A otro, le habría enviado a Mathias y los perros, pero reconozco que usted y yo tenemos cosas de que hablar.

—¿Entonces...?

—Aquí es imposible, pero, si le parece bien, podemos vernos mañana a las dos en la Pfarkirche. Allí estaremos tranquilos para solventar una cuestión que está empezando a resultar singularmente irritante. Pero venga solo, no traiga al querido Adalbert.

—¿Cómo sabe que está aquí?

Una sonrisa fugaz hizo brillar unos dientes que Aldo nunca había visto tan blancos en los tiempos de la inefable Mina van Zelden.

—Como si pudiera pasar inadvertido... Yo sé mucho más sobre ustedes dos que ustedes sobre mí. Ahora, váyase y apresúrese a volver al Seeauer. Mañana le diré lo suficiente para convencerlo de que nos deje tranquilos, a los míos y a mí.

—Jamás me ha pasado por la cabeza importunarla —protestó Morosini—. No tenía ni idea de que estaba aquí y...

—Mañana —lo cortó Lisa, tajante—. Hablaremos mañana. Ahora le deseo que pase una buena noche, príncipe.

Él retrocedió de mala gana hasta encontrarse bajo el tejadillo. Abrió la boca para decir algo, pero, ante la mirada imperiosa clavada en la suya, renunció a hacerlo, giró sobre sus talones y suspiró.

—Como quiera. Hasta mañana, entonces.

Lo único que había visto de la casa era una pequeña entrada, encalada y sencillamente amueblada con un baúl de madera iluminado, dos sillas con el respaldo labrado y un cuadro *naif* que representaba una escena de pueblo, pero el encuentro inesperado de Lisa borraba todo rastro de decepción, aunque, cuando la había visto tras el batiente de roble, con la lámpara encendida en la mano, tenía algo del Ángel exterminador colocado por Dios en la puerta del Paraíso a fin de impedir la entrada al pecador, estuviera o no arrepentido. El caso es que emprendió a paso bastante alegre el camino de regreso al albergue. Unas horas más, y algunos velos se rasgarían. Quizá no todos, porque conocía el carácter determinado de su exsecretaria, pero con ella estaba más o menos seguro de jugar en igualdad de condiciones.

Este pensamiento reconfortante le devolvió el buen humor, y al encontrar a Adalbert sentado ante la gran estufa de cerámica verde de la sala, estirando las manos y los pies hacia ella, con un vaso humeante al lado, sobre una esquina de la mesa, le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Qué tal? ¿Ha sido un día agradable?

Adalbert volvió hacia él una mirada abatida.

—¡Pesadísimo! ¡Agotador! Ese condenado hombre tiene unas pantorrillas de acero y trepa como una cabra. Me ha dejado molido.

—¿En serio? Yo creía que los arqueólogos resistíais más.

—Yo soy egiptólogo, o sea, un hombre de terreno llano. En Egipto, los faraones hacían ellos mismos sus montañas. ¡Y pensar que quiere seguir mañana! Me entran ganas de decirle que tenemos que volver a Ischl...

—Dile lo que quieras, pero en cualquier caso estás libre. Yo tengo una cita en la iglesia.

—¿Vas a casarte?

Pese a ser inesperada, la pregunta tenía su gracia.

—Quizá no sería tan mala idea —dijo, sonriendo a una imagen que sólo él veía—. Vamos, no pongas esa cara. Coge tu vaso y ven conmigo. Voy a contártelo todo.

7. La historia de Elsa

Mientras subía la escalera cubierta que conducía a la iglesia, veinte minutos largos antes de la hora de la cita, Morosini se preguntaba qué fatalidad lo condenaba a él, príncipe cristiano pero de una piedad muy relativa, a frecuentar los santuarios católicos para ver a una mujer, y ello desde que recorría Europa en busca de unas joyas robadas de un tesoro judío. A otros los habrían citado en un parque, en un café, en el muelle de un río o incluso en un saloncito íntimo, y no pudo dejar de evocar, con una pizca de nostalgia, el rato pasado en compañía de Anielka en el gran invernadero del Parque Zoológico de París. Era la época en que estaba loco por ella y dispuesto a hacer cualquier excentricidad para conquistarla, y ahora, después de haberse deshecho de ella como de un paquete molesto dejándola entre las manos de Anna-Maria Moretti, se había apresurado a huir a Austria, donde lo esperaban un caso sin duda atrayente pero endiabladamente difícil de resolver... y una cita con una chica bonita en la casa de un Dios que quizá no veía su empresa con buenos ojos.

Al empujarla con la mano, la puerta emitió un chirrido que el vacío interior amplificó. Inmediatamente, sus ojos se encontraron con la magnificencia de un gran tríptico del siglo xv, maravillosamente dorado y tallado, que dominaba el altar. Lo contempló con placer pero sin sorpresa: el esplendor exuberante de las iglesias austriacas le era familiar. Una lámpara roja encendida anunciaba la «Presencia», pero él no tenía ganas de rezar. Se sentó en un banco para admirar mejor. El tiempo pasaba siempre muy deprisa delante de una bella obra de arte.

El chirrido de la puerta lo hizo levantarse para acudir al encuentro de la joven, que llegaba envuelta en una capa negra con capucha de la que sólo sobresalían los tobillos enfundados en medias blancas y los pies calzados con zapatos de hebillas. Vestida de ese modo, Lisa encajaba a la perfección en el decorado antiguo de la iglesia.

Al llegar a la altura de Aldo, se arrodilló para rezar una breve oración y después le indicó a su compañero que se sentara a su lado. Aunque su semblante era grave, Aldo no pudo evitar sonreír.

—¿Quién hubiera dicho, en los tiempos de su período holandés, que un día tendríamos citas secretas en una iglesia, como a menudo se hacía en San Marco, la Salute o San Giovanni e Paolo en épocas pasadas?

—Por favor, no me hable de Venecia. No quiero pensar en ella en estos momentos. En cuanto a esta cita, tenga por seguro que no habrá una segunda.

—¡Lástima! Pero ¿por qué aquí y no en su casa o en el albergue?

—Porque no quiero que se sepa que nos conocemos. Respecto a lo que busca en Hallstatt, no se moleste en decírmelo. Ya estoy al corriente.

—Supongo que ha sido la señora Von Adlerstein quien la ha informado.

—Por supuesto. En cuanto se enteró de su presencia en Viena, me avisó.

—¿Por qué? Yo soy para ella un ilustre desconocido.

—Craso error. Ella sabe sobre usted casi tanto como yo. Verá, príncipe, yo nunca le he ocultado nada a mi abuela. Desde la muerte de mi madre, lo que equivale a decir desde siempre, ella se ocupó de mí para que no me convirtiera en una especie de marioneta educada por institutrices. Nos queremos mucho y yo siempre se lo cuento todo.

—¿Incluso el episodio Mina van Zelden?

—Especialmente ése. Siempre supo dónde encontrarme cuando mi padre creía que me había ido a la India para estudiar la sabiduría búdica o a Centroamérica siguiendo las huellas de la civilización maya.

Morosini profirió una exclamación de horror:

—¡No me diga que usted también es arqueóloga! ¡Con uno me basta y me sobra!

—Tranquilícese, sólo soy una simple aficionada. Por cierto, ¿qué tal está nuestro querido Adalbert?

—Pues no destaca por su buen humor, la verdad. Se ha ido enfurruñado a las tumbas de la antigua necrópolis de Hallstatt en compañía del profesor Schlumpf.

—Se diría que eso le complace. ¿Qué necesidad tenía de hablarle de mí?

—Me apetecía rebajarle los aires de superioridad que se da últimamente. Desde que recorrieron juntos las carreteras, adopta una actitud de propietario que me molesta un poco.

Esta vez, Lisa no pudo evitar reír.

—Es un encanto y yo lo aprecio mucho. Ese corto viaje fue muy divertido. En cuanto a usted, *Eccellenza*, el hecho de que haya sido su secretaria durante dos años no le da derecho a considerarme parte de su mobiliario.

Aldo aceptó la puntualización sin rechistar. Quizá porque, en el marco oval de la capucha negra, el rostro de Lisa, con sus pecas y su corona de trenzas brillantes, ofrecía un espectáculo propicio a la benevolencia.

—¡Bien! —exclamó, suspirando—. Dejemos a Adalbert y volvamos a su abuela. Ignoro lo que usted le ha contado, pero esa mujer me detesta.

—¡Ni mucho menos! Incluso le encuentra cierto encanto, pero desconfía de usted.

—Bonito resultado. ¿Le ha contado, entonces, la visita que le hice?

—Naturalmente. Pero ahora debe explicarme la razón que lo empuja a querer comprar a cualquier precio una joya que pertenece a una persona muy querida para nosotras dos. ¿La vio en la Ópera, en el palco de mi abuela, y de pronto decidió que necesitaba ese ópalo y no cualquier otro?

—Exacto. Ése y no otro. Intenté explicarle a la señora Von Adlerstein la razón imperiosa, grave, por la que necesito esa piedra, pero no quiso escucharme.

—Bueno —dijo Lisa, acomodándose mejor en el banco y cruzando las manos sobre las rodillas—, pues aquí estoy yo para escuchar esa historia. Si he entendido bien, parece ser que se trata de otra piedra maldita.

—Sí, como lo son todas las que Adalbert y yo hemos jurado encontrar.

—¿Adalbert y usted? ¿Ahora resulta que son socios?

—Solamente para esto, que sin duda es el asunto más importante de mi vida de anticuario. Debe permitirme resucitar a Mina unos instantes.

—¿Por qué no? —repuso ella con una breve sonrisa—. Yo le tenía cariño, ¿sabe?

—Yo también. ¿Recuerda aquel día de primavera, pronto hará dos años, que salió en mi busca para entregarme un telegrama de Varsovia?

La joven se animó de golpe, dominada de nuevo por la pasión que ponía en su trabajo en el palacio Morosini.

—¿Un telegrama del famoso y misterioso Simon Aronov? ¡Ya lo creo que me acuerdo! Después de aquella entrevista fue cuando se embarcó en aquella increíble aventura que le permitió recuperar el zafiro robado a su madre, que después yo me encargué de llevar a Venecia.

—Ya no está allí. Unas semanas más tarde se lo entregué a Aronov, que vino a verme al cementerio de San Michele. Al igual que le he hecho llegar la Rosa de York, recuperada en Inglaterra en dramáticas circunstancias.

—¿La Rosa de York? Pero si acaban de robarla en la Torre de Londres...

—Ésa no es la auténtica. Y ahora, por favor, déjeme que le explique por qué no le dije la verdad sobre lo que me pidió Aronov en su guarida de Varsovia. No se trataba de falta de confianza. Había dado mi palabra... Si hoy falto a ella, es porque no tengo elección. Juzgue usted misma... y apresúrese a olvidar.

Esta vez, ella no dijo nada.

Aldo contó entonces su aventura polaca, aunque sin detenerse en sus encuentros con la hija del conde Solmanski, limitándose a revelar que le había impedido suicidarse y que después se había convertido en su sombra, tras haberla visto bajar del tren en la estación del Norte luciendo en el cuello la Estrella Azul que Aronov y él estaban buscando.

Para su sorpresa, Lisa no interrumpió su relato, y Aldo incluso llegó a preguntarse si se habría dormido, pero, al quedarse él callado, ella alzó hacia su compañero unos ojos llenos de vivacidad.

—Pasemos a la Rosa de York, puesto que se trata, creo, de la segunda piedra robada, ¿no? —dijo la joven.

Él asintió, constatando con alegría que su interlocutora seguía este nuevo relato con visible atención.

—¡Una verdadera novela policiaca! —exclamó ella—. Hasta sería divertido si no hubiera habido tantas vidas sacrificadas. Pero, si me lo permite, quisiera hacerle una pregunta.

—Adelante, por favor.

—¿Cree de verdad en la inocencia de *lady* Ferráis?

Él no se lo esperaba y, para ganar tiempo antes de responder, decidió formular a su vez una pregunta, igual que Anielka acostumbraba a hacer.

—Usted no mucho, por lo que parece, ¿verdad?

—Ni por un minuto. Leí, como debe de imaginar, todos los periódicos que hablaban del caso Ferráis y del juicio de su mujer. El golpe de efecto que lo cerró me pareció sospechoso, demasiado perfecto: el amante cómplice que se ahorca después de haber dejado una confesión por escrito y el superintendente que se apresura a llevar la noticia. No, la verdad es que no me lo creo.

—Si está pensando que hubo complicidad con la policía, se equivoca. Conozco bien al superintendente Warren y le aseguro que actuó movido por la evidencia inmediata, aunque después empezó a hacerse muchas preguntas.

—¿Y usted? Porque no me ha contestado.

—Yo también me las hago —dijo Aldo, que no deseaba extenderse más en la cuestión—. Ahora debemos hablar de la tercera piedra: el ópalo. Adalbert y yo estamos aquí por ella.

—¿Y están convencidos de que la piedra engastada en el águila de diamantes es la que buscan?

—Simon Aronov lo cree y hasta el momento no se ha equivocado nunca. Además, hay una manera muy sencilla de que se convenza si, como supongo, le es posible acceder a las joyas de esa mujer misteriosa que usted y su abuela esconden tan celosamente.

—¿Cuál?

—Todas las piedras del pectoral llevan grabada, en el reverso, una minúscula estrella de Salomón. Hace falta una lupa potente para verla, pero está ahí. Haga la prueba.

—Lo intentaré, pero, para serle sincera, no sé cómo va a conseguir que se la cedan. Esa joya es la preferida de nuestra amiga porque la heredó de una abuela prestigiosa.

Morosini dejó que se hiciera el silencio y retuvo la pregunta que iba a formular para darle a ella tiempo de examinarla, pues estaba seguro de que la adivinaría.

—¿No cree que ya va siendo hora de ponerle nombre a ese rostro velado que vi en un palco de la Ópera? En lo que se refiere a la abuela, creo conocerla porque estoy casi seguro de haber descubierto quién es el padre. Es hija del desdichado Rodolfo, el trágico héroe de Mayerling, ¿verdad? Para ahorrarle una pregunta, diré que la vi, bajo otros velos negros, depositar flores sobre su tumba unas horas antes de la representación.

—Sabe más cosas de las que pensaba —dijo Lisa sin tratar de disimular su sorpresa.

—En cuanto al águila imperial de diamantes, completó, tras el nacimiento de Rodolfo, el aderezo de ópalos que le había regalado la archiduquesa Sofía a su futura nuera unos días antes de su boda con Francisco José. La propia Sofía llevaba ese aderezo el día de su boda y deseaba que Isabel lo luciera también. Añado que el conjunto, sin el broche, fue vendido hace unos años en Ginebra junto con otras alhajas privadas de la familia.

El asombro dejó paso a una admiración divertida.

—¡Soy una tonta! ¿Cómo he podido olvidar su pasión por las joyas históricas y las piedras hermosas? Por no hablar de su insaciable curiosidad... y del hecho de que quizás es usted el mayor experto europeo en la materia.

—Gracias. Ahora, ¿no cree que ha llegado el momento de confiar en mí? Hace un rato que se escabulle como un purasangre ante la inevitable brida. Quiero su nombre... y su historia. ¡Vamos, Mina! Recuerde lo bien que trabajábamos juntos. ¿Por qué no continuamos haciéndolo? Mi causa es noble; merece la pena luchar por ella.

—¿A costa de incrementar el sufrimiento de una criatura inocente?

—¿Y si fuera a costa de liberarla? El ópalo, al igual que las otras piedras, está maldito. Tal vez yo pueda ayudarla a salvar a su amiga. ¿Va a decidirse a hablar?

—Se llama... Elsa Hulenbergh, y no sólo es la nieta de la emperatriz Isabel sino también de su hermana María, la última reina de Nápoles. Por ella es por quien debo empezar. En... 1859, María, tercera hija del duque Maximiliano de Baviera y de su esposa Ludovica, se casó con el príncipe de Calabria, heredero del trono de Nápoles. Ella tenía dieciocho años, él veintitrés, y, aunque los dos esposos no se habían visto nunca, cabía suponer que sería un buen matrimonio...

—Un momento, Lisa, no me dé una clase de historia, y menos italiana. Recuerde que soy veneciano, así que conozco los sucesos de Nápoles: la muerte del rey Fernando II unas semanas después de la boda, y la ascensión al trono de la joven pareja en el momento en que Garibaldi y sus Camisas Rojas emprendían la marcha hacia la independencia. Dieciocho meses de reinado y luego la huida a Gaeta, donde se encerraron en la fortaleza y donde la joven reina María se comportó como una heroína ocupándose de los heridos bajo una lluvia de balas y de obuses. Se ganó la admiración de Europa entera, pero eso no salvó su trono. Ella y su esposo se refugiaron en Roma, bajo la protección del papa, y apenas se volvió a oír hablar del marido, pero tengo la impresión de que usted, una suiza, sabe cosas que los demás desconocemos.

—Pues sí, porque la historia que yo conozco comienza allí donde acaba la gran Historia. Después de los días plagados de peligros pero emocionantes que acababa de vivir, nuestra pequeña reina destronada de apenas veinte años tomó conciencia del gran vacío de su existencia... y del poco interés que presentaba su esposo ahora que ya no tenía nada que hacer, tanto más cuanto que su carácter se había ensombrecido y su salud seguía el mismo camino. Su Santidad Pío IX había dispuesto que los zuavos pontificios guardaran el palacio Farnesio, entonces residencia de los soberanos exiliados^[10]. María se enamoró de uno de ellos, un apuesto oficial belga. Tanto que, un buen día, hubo que rendirse a la evidencia: era urgente poner cierta distancia entre ella y su esposo. Pretextando que el clima de Roma no era conveniente para sus frágiles pulmones, se fue a «reposar» a Baviera, al querido Possenhofen, donde permaneció muy poco tiempo antes de ir a encerrarse con las ursulinas de Augsburgo,

donde, llegado el momento, dio a luz una niña, Margarita. Ella es la madre de Elsa.

—¡Ah! —dijo Aldo, atónito—. ¡Es increíble! Nunca había oído hablar de una separación entre la reina María y el rey Francisco II.

—Se reconciliaron enseguida y, una vez instalados en París, incluso llegaron a convertirse en un matrimonio perfecto.

—¿Y qué pinta la emperatriz Isabel en todo esto? ¿Y Rodolfo?

—Ahora llego ahí. Sissi quería mucho a su hermana pequeña, que era también muy guapa. Además, su pasión por el romanticismo la hacía admirar a la heroína de Gaeta casi tanto como a su primo Luis II de Baviera. Se ocupó mucho de esa niña a la que María hacía criar en una propiedad de los alrededores de París cuyo nombre no revelaré. Y cuando Margarita, a la que llamaban Daisy, se convirtió en una bonita joven, la invitó en varias ocasiones, sobre todo a Hungría, a su castillo de Gödöllő, donde en otoño se organizaban grandes cacerías. Fue allí donde el archiduque Rodolfo la conoció. Su matrimonio con Estefanía de Bélgica era un fracaso y engañaba constantemente a su esposa. Con Daisy tuvo uno de esos estallidos de pasión habituales en él. Una llamarada que no duró mucho.

—Pero lo suficiente para tener consecuencias. ¿Y cómo reaccionó el archiduque ante la situación?

—De acuerdo con su carácter: le propuso a la joven morir con él. No era la primera vez, pero la sangre belga de ésta la hacía hostil a las soluciones extremas y más bien la empujaba hacia las alegrías de la familia. Se negó y expuso su situación a la emperatriz. Ésta encontró la única salida aceptable: una boda rápida. No fue difícil encontrar un esposo, ya que el barón Hulenberg estaba enamorado de Daisy. De buena familia, bastante rico y también bastante apuesto, constituía un pretendiente satisfactorio, y la futura madre lo aceptó. Y como la reina María sólo podía ofrecer alhajas, fue Isabel quien se encargó de la dote. También le regaló algunas joyas, entre ellas el águila de diamantes, signo tangible de los orígenes ilustres de la joven.

»Dos años después del nacimiento de Elsa, una rápida enfermedad que los médicos no fueron capaces de atajar le arrebató a su madre. Unos meses más tarde, Hulenberg decidió volver a casarse. La mujer elegida no tenía más cualidades que su juventud y su belleza. En el aspecto moral, era una criatura ávida, desprovista de corazón, pero que sabía esconder muy bien su juego. La presencia de Elsa enseguida le resultó insoportable; le recordaba demasiado a la primera esposa.

—Fue una madrastra perfecta, ¿eh?

—Por desgracia, sí. Entonces Sissi intervino. Pese al terrible dolor causado por la muerte de su hijo, no abandonó a la niña. Decidió que fuera educada en un convento de los alrededores de Salzburgo y encargó a mi abuela que velara por ella, cosa que ésta ha hecho durante años y todavía hoy continúa haciendo. Fue a ella a quien se encomendó la custodia del pequeño tesoro destinado a Elsa. Gracias a Dios, porque el barón Hulenberg murió unos años después del segundo matrimonio y su viuda, convertida en su heredera por testamento, tuvo la desfachatez de reclamar las joyas

de Daisy como parte de los bienes del difunto. Afortunadamente, sin éxito: la emperatriz había sido asesinada, pero Francisco José seguía vivo y estaba al corriente de la historia de Elsa. Su protección se extendió tanto sobre ella como sobre mi abuela, nombrada tutora legal. Y la vida siguió su curso sin incidentes hasta que Elsa salió del convento.

—Supongo que la señora Von Adlerstein la acogió en su casa en ese momento.

—Sí, y de muy buen grado, pues Elsa se encontraba tan a gusto en el convento que por un momento se pensó que tomaría los hábitos. Salió más tarde de lo normal. Era una muchacha seria, un poco grave y absolutamente consciente de sus orígenes elevados. Su comportamiento se inspiraba en ellos, aunque sólo los mencionaba en presencia de mi abuela. Los jóvenes no le interesaban. Su única pasión era la música. Fue en gran parte para disfrutar de ella por lo que regresó a la vida civil. Y quizá también a causa de la nueva madre superiora, que no le gustaba. Se instaló en nuestra casa, pero la vida que se llevaba allí era demasiado mundana y ella no se encontraba cómoda. Le buscaron entonces una villa un poco retirada en los alrededores de Schönbrunn, donde vivió con una pareja de sirvientes húngaros absolutamente fieles: Marietta, a la vez doncella y dama de compañía, y su marido Mathias, un verdadero perro guardián dotado de una fuerza poco común.

»Allí se encontraba bien, sólo salía para dar paseos o para asistir a un concierto o a la Ópera, en el palco de mi abuela. Discretamente vestida, no llamaba la atención pese a su parecido con la emperatriz, un poco atenuado por los cabellos rubios. Hasta aquella noche de 1911, la del estreno del *Caballero de la rosa*, en que apareció completamente vestida de encaje blanco, bella como un ángel y luciendo el famoso ópalo. Ese súbito esplendor inquietó un poco a mi abuela, pero la sala estaba suntuosa, el emperador se hallaba presente y las más hermosas joyas adornaban a unas mujeres arrebatadoras. Pero estaba allí un joven diplomático que un amigo fue a presentarle en el entreacto. Entre Elsa y él se produjo un flechazo.

Aldo se sintió tentado de decir que ya conocía la historia, pero, al no saber cómo se tomaría Lisa el relato de sus hazañas —las suyas y de las Adalbert—, decidió prudentemente callar, lo que le permitió dejar vagar su pensamiento mientras contemplaba a la narradora.

La verdad es que era absolutamente encantadora, y él seguía sin comprender cómo había conseguido la proeza de pasar por un adefesio durante dos años largos junto a un hombre que, en general, sabía observar perfectamente a una mujer. Allí, en la penumbra de esa iglesia fría, con su rostro luminoso severamente enmarcado por la capucha negra, parecía un Botticelli, con la diferencia de que de ella emanaba una increíble sensación de calor y de vitalidad.

Sin embargo, Lisa era demasiado perspicaz para no darse cuenta de que la atención de su oyente había decaído.

—¿Me escucha o no? Si lo que le estoy contando no le interesa, me voy.

Ya se estaba levantando, pero él la retuvo tirando de su capa.

—¿Qué le hace creer que no la escucho?

—Es evidente. Estoy relatándole una historia triste y usted me mira con una sonrisa beatífica.

Su carácter, desgraciadamente, no había variado. Aldo optó por declararse culpable.

—Reconozco no haber prestado atención durante un breve instante —dijo, desplegando la mejor de sus sonrisas—. Pero la culpa es en parte suya, porque estaba mirándola.

—Ha estado dos años viéndome. ¿No ha tenido bastante?

—¡No diga tonterías! A la que veía no era a usted, sino a... una especie de caricatura. Un verdadero pecado, si quiere que le diga la verdad, una especie de...

—Oiga, no vamos a discutir eso otra vez. No puedo tardar mucho envolver. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En... ¿en esas cartas recibidas después de la guerra, cuando ya se daba a ese tal Rudiger por desaparecido? —apuntó Morosini tras una ligera vacilación.

Pero o bien la suerte estaba de su lado o bien su oído había registrado el relato sin que él se diera cuenta, porque había dado en el clavo.

—¡Ah, sí! —dijo Lisa—. Le pido disculpas; estaba más atento de lo que yo creía. Decía, pues, que al llegar la primera carta Elsa estuvo a punto de morir de contento y mi abuela de inquietud, pues en aquella época había sido preciso sacarla de Viena, donde ya no estaba segura.

—¿Qué pasó?

—Tres extraños accidentes, yo incluso diría tres atentados, que tuvieron lugar después de la guerra. El primero en el parque de Schönbrunn, donde Elsa estaba paseando con Marietta. Un hombre se abalanzó sobre ella con un cuchillo en la mano. Por suerte, un guardia estaba cerca y desarmó al asesino, aunque éste logró huir. En otra ocasión se libró milagrosamente de que la arrollara un coche que iba a toda velocidad, tirado por dos caballos. Por último, algún tiempo después su casa se incendió. Mathias consiguió sacarla de entre las llamas, que la habían alcanzado. La policía no descubrió nada, claro. Después de la guerra reinaba una gran confusión en los servicios públicos; se estaba incubando la revolución. Los que querían eliminar a Elsa tenían demasiada ventaja. Mi abuela, por consejo de mi padre, hizo correr el rumor de su muerte mientras le buscaba un refugio y la llevaba allí. Un viejo amigo suyo, el burgomaestre de Hallstatt, le cedió la casa del lago, que es de su propiedad. Mathias y Marietta se instalaron allí con Elsa, oculta bajo el nombre de *Fraulein Staubing*.

—Y esa llegada, supongo que en el mayor de los secretos, ¿no despertó curiosidad?

—El burgomaestre es un hombre inteligente. Hizo correr el rumor de que había dado asilo a una pareja de viejos amigos cuya hija, herida en un atentado en Hungría, había perdido en parte la razón y se tomaba por un miembro de la realeza. A los de

aquí les gustan las historias bonitas y todos son generosos. El pueblo formó una piña para proteger a los refugiados.

—Pero cuando llegó la primera carta, no sería aquí...

—No, a Ischl, dirigida a mi abuela.

—¿Y su abuela no le impidió cometer la locura de asistir al teatro?

—Por lo que me han dicho, no hubo manera. Elsa estaba loca de alegría y mi abuela se dejó enternecer. Tomaron infinitas precauciones, y el día de la reposición del *Rosenkavalier*, la temporada pasada, ella estaba en el palco vestida tal como usted la vio.

—Pero ¿por qué de negro? Usted me ha dicho que el día que conoció a Rudiger iba de blanco.

—Ahora tiene treinta y cinco años, y además, va siempre de luto por su padre y sus abuelos.

—¿Y qué explicación tiene lo de taparse la cara? ¿No quería que la reconocieran?

—En parte. La rosa de plata debía servir de signo distintivo. Pero el enamorado no acudió a la cita. Imagínese la decepción de Elsa. Llegó otra carta en la que Franz decía que había sobrevalorado sus fuerzas, que pedía perdón y que se sentía muy desdichado. Decía también que era preferible esperar unos meses más, hasta la primera representación de la temporada siguiente.

—¿No era un plazo excesivamente largo?

—No, si se piensa que se trataba de un enfermo. El segundo encuentro estaba fijado, pues, para el mes pasado, cuando usted también estaba en la Ópera.

—Y no sucedió nada. Por lo menos yo no vi nada.

—Sí. Intentaron secuestrar a Elsa cuando salió del teatro. Dos hombres se habían apoderado del coche que la esperaba y, después de derribar a Mathias, partieron a toda velocidad a través de Viena. Gracias a Dios, Mathias pudo perseguirlos y desembarazarse de los agresores, tras lo cual llevó a Elsa a casa. Pero el peligro era evidente. Se tomaron el tiempo justo para cambiarse de ropa y hacer las maletas antes de regresar a Hallstatt apresuradamente.

—¡Pobre mujer! —exclamó Morosini, suspirando—. ¿Cómo se ha tomado el desmoronamiento de su sueño? Porque supongo que ya no queda ninguna duda sobre el origen de las cartas. Alguien se había enterado del triste romance de la infeliz y había decidido utilizarlo para hacerla salir de su escondrijo. Para mí, por lo menos, está clarísimo.

—Desgraciadamente, se dieron cuenta demasiado tarde. Mi abuela se asustó muchísimo cuando se enteró de lo que había pasado. Fue entonces cuando me telegrafió a Budapest pidiéndome que volviera, pero no me quedé en Ischl, vine enseguida aquí para tratar de calmar un poco a Elsa.

—Debe de estar desesperada.

—Su tristeza es inmensa. Es como si hubiera dejado de vivir. No habla, se pasa horas sentada junto a la ventana de su habitación contemplando el lago, y cuando te

mira..., parece que no te ve. Y eso que a mí me quería mucho...

Un súbito acceso de llanto dejó a Lisa sin voz. Aldo se dejó caer de rodillas delante de ella y asió sus dos manos entre las suyas. Hasta ese momento había pensado que, ocupándose de aquella mujer recluida, Lisa cumplía un deber con la eficacia que la caracterizaba, pero al descubrir que quería a aquella desdichada se sintió conmovido.

—Lisa, por favor, disponga de mí como le parezca conveniente. Dígame qué puedo hacer para ayudarla. Soy su amigo... y Adalbert también —añadió, no sin hacer cierto esfuerzo.

Ella clavó su oscura mirada, que las lágrimas hacían brillar, en la de Morosini, y por un instante éste creyó ver en ella una dulzura nueva, una emoción... que desapareció enseguida.

—Por desgracia, nada. Y levántese, por favor. No es una postura adecuada en una iglesia.

—¿Qué se hace en una iglesia sino rogar? Y yo, Lisa, le ruego que nos deje ayudarla. Si su amiga está en peligro, usted también lo está, y no soporto esa idea —aseguró mientras obedecía y volvía a ocupar su sitio en el banco.

—No. Por el momento no. La casa del lago es nuestra mejor salvaguarda. Todo lo que ustedes pueden hacer es irse y dejarnos. Adalbert y usted son demasiado... llamativos. Su presencia aquí sólo puede atraer la atención. ¡Váyanse, se lo suplico! A cambio, le prometo hacer lo imposible para convencer a Elsa de que se deshaga del águila.

—¿Quiere desembarazarse de mí? —preguntó Aldo con una amargura que la respuesta de ella no atenuó.

Fue un «sí» clarísimo, lleno de fuerza, y en vista de que él guardaba un silencio apesadumbrado, Lisa añadió:

—¡Compréndalo! Si surge algún problema, aquí podemos recurrir a todos...

—¿Quizá también a su encantador primo, que es su ferviente admirador? Lo que me extraña es que todavía no se haya presentado; tiene todo el aspecto de un perro de caza y olfatea su perfume a kilómetros de distancia.

—¿Fritz? Bah, es un buen chico, pero bastante pesado. No se preocupe, mi abuela lo ha quitado de en medio mandándolo a Viena a hacer unas compras urgentes... y muy complicadas. Él no sabe nada de la casa del lago.

Lisa se levantó. Aldo hizo lo mismo con la desagradable sensación de haberse vuelto de repente tan molesto como Fritz. Cuando ofrecía una ayuda sincera, no le hacía ninguna gracia que la rechazaran, pero al parecer eso a Lisa le daba igual.

—Entonces —dijo ella—, ¿se van?

—Si no hay más remedio... —masculló él, encogiéndose de hombros—. Pero no antes de un día o dos. Hemos proclamado que veníamos a pescar, a pintar y a admirar el paraje. Además, Adalbert y el profesor Schlumpf se han hecho uña y carne. No me siento capaz de separarlos demasiado de golpe.

—¡Pobre Adalbert! —exclamó Lisa, riendo—. Conozco al *Herr Professor* y sé que es incapaz de estar con alguien sin obsequiarlo con una conferencia. Aunque en ese aspecto nuestro amigo no tiene nada que envidiarle, porque en un corto viaje me contó vida y milagros de la XVIII dinastía faraónica.

La joven tendió una mano que Aldo se apresuró a estrechar y retener.

—¿No va a decirme dónde puedo localizarla en caso de que tenga algo que decirle?

—Muy sencillo: en casa de mi abuela, en Viena o en Ischl.

—¿Por qué no aquí? No va a dejar sola a Elsa de la noche a la mañana.

—En efecto, pero lo que intento conseguir es que me permita llevarla a Zúrich. Necesita asistencia médica, especialmente la ayuda de un psiquiatra.

—Su fidelidad a Suiza la honra —dijo Morosini con una pizca de insolencia—, pero le recuerdo que en Viena tiene a Sigmund Freud, maestro absoluto en la materia.

—Y tengo intención de recurrir a él... una vez que Elsa esté a salvo en nuestra mejor clínica. Lo difícil será llevarla. Yo creo que se siente dividida entre el terror que le ha causado el intento de secuestro y lo unida que se siente a una casa con la que está muy encariñada y donde ha soñado vivir con Rudiger. Y yo no puedo ni quiero forzarla. Ahora, deje que me vaya.

Él la soltó y se apartó.

—Váyase, pero sigo pensando que hace mal en rechazar una ayuda desinteresada.

—¿A quién quiere hacerle creer eso? —repuso ella en un tono repentinamente acerbo—. Me ha dicho que necesita conseguir el ópalo a cualquier precio.

Aldo se sintió palidecer.

—Piense lo que quiera —dijo, inclinándose con una fría cortesía—. Creía que me conocía mejor.

Inmediatamente se dirigió hacia la puerta sin volverse. No vio, pues, que Lisa seguía su alta y elegante silueta con una expresión de disgusto y, en la mirada, algo que parecía pesar. Él se sentía ofendido. La última frase de Lisa lo había irritado y decepcionado. A falta de cariño, esperaba, después de dos años de estrecha colaboración, tener derecho al menos a su aprecio, quizás a un poco de amistad, pero ella acababa de ponerlo en su sitio de comerciante, de relegarlo al mundo de los negocios, donde el dinero es el único motor. Era bastante lamentable.

En cuanto a Adalbert, se puso furioso cuando su amigo le hubo reproducido la conversación frase por frase. Su buen humor habitual, ya menoscabado por el hecho de que Aldo hubiera acudido solo a la cita, acabó de hacerse añicos.

—Ah, ¿con que ésas tenemos? —rugió, con su rebelde mechón más indómito que nunca—. ¿No quiere que la ayudemos? ¡Entonces dejemos a un lado la caballerosidad y los nobles sentimientos!

—¿Cómo pretendes hacerlo?

—De la forma más sencilla del mundo. La historia de Elsa es terriblemente triste. Podríamos escribir una novela, pero nosotros tenemos otras preocupaciones. Tenemos

una misión que cumplir. ¿Sabemos dónde está el ópalo del Sumo Sacerdote?

—Sí, pero no se me ocurre cómo conseguirlo, y no confío mucho en la vaga promesa de Lisa. Si su protegida pierde la cabeza, no sé cómo va a poder convencerla de que nos venda su querido tesoro.

—No, pero quizá podríamos hacer que la señorita Kledermann nos prestara el águila de diamantes durante unos días.

—¿En qué estás pensando? ¿En hacerla copiar? Es prácticamente imposible, habría que encontrar unos diamantes del mismo tamaño y sobre todo de la misma calidad, un ópalo idéntico... y un maestro joyero. Y todo eso en unos días. ¿Estás loco?

—No tanto como crees. Dime en qué lugar de esta miserable tierra se encuentran los ópalos más bellos.

—En Australia y en Hungría.

—De Australia, olvídate. Pero Hungría no está tan lejos. Imagina, por ejemplo, que sales mañana por la mañana para Budapest. Siendo como eres un gran experto, conocerás allí a un joyero, un anticuario, un lapidario o Dios sabe qué capaz de proporcionarte una piedra parecida a la que buscamos.

—Sí..., pero...

—¡Nada de peros! Todas las piedras del pectoral tienen la misma forma y el mismo grosor, y supongo que tienes las medidas, al menos las del zafiro.

Aldo no contestó. Entreveía el plan de Vidal-Pellicorne y empezaba a reconocer que no era disparatado. Encontrar un ópalo grande, pagándolo bien, era perfectamente posible. De todas las piedras que faltaban, era la menos preciosa, y llegaban a encontrarse enormes, como la del Tesoro de la Hofburg.

—Supongamos que encuentro un ópalo blanco del mismo calibre, aunque Hungría es famosa sobre todo por sus ópalos negros, magníficos por cierto..., y que lo traigo. No serás tú quien desengaste el del águila para colocar el otro en su lugar.

Adalbert sonrió con descaro mientras miraba sus largos y finos dedos moviéndolos con visible placer.

—Pues sí —dijo—. Creo haberte dicho ya que, si bien los pies me juegan a veces malas pasadas, soy muy hábil con las manos. Si me traes también dos o tres instrumentos que te indicaré, soy capaz de llevar a cabo la operación con éxito.

—¿Ya lo has hecho alguna vez? —preguntó Morosini, estupefacto.

—Bueno..., una o dos. Ten esto presente, muchacho: cuando uno es arqueólogo, se ve abocado a practicar diferentes oficios, que van desde excavar hasta restaurar muebles, joyas, frescos...

Aldo estuvo a punto de añadir el de abrir cajas fuertes y otros trabajillos de ladrón, pero la sonrisa cándida de Adalbert habría desarmado a un magistrado o a un comisario de policía.

—Y mientras tanto, ¿tú qué harás?

—Continuaré aburriéndome soberanamente en compañía del amigo Schlumpf, al

que adulo descaradamente pero que tiene en su casa un pequeño taller bastante bien equipado donde uno puede entrar como Pedro por su casa. Además —añadió en un tono más serio—, me las arreglaré para ver a Lisa y hacerla entrar en razón. Piense ella lo que piense, lo mejor que le podría pasar a esa infeliz es que la liberáramos de una piedra de la que no se puede decir que le haya dado suerte.

—A lo mejor este ópalo no es peor que los demás. En general no tienen muy buena fama.

—¡Y es el rey de los expertos quien dice semejante tontería! —suspiró Adalbert, alzando los ojos al cielo—. Todo porque, en una novela de Walter Scott, la protagonista no encuentra la paz hasta que arroja su ópalo al mar. Pero no olvides que en Oriente lo llaman «el ancla de la esperanza», que Plinio hablaba maravillas de esa piedra y que la reina Victoria adornó con ella a todas sus hijas en sus esponsales. Así que no me vengas con ésas. ¡Tú no, por favor!

—Tienes razón, no creo en esos cuentos. Y de acuerdo, tú ganas: tomaré el barco de la mañana e iré a Budapest a ver a Elmer de Nagy. De todas formas, no podemos elegir armas y es la única esperanza que nos queda. Pero te deseo mucha suerte con la señorita Kledermann; si te atreves tan sólo a hablarle del águila, te saltará al cuello.

Adalbert advirtió de pasada que Lisa había vuelto a convertirse en la señorita Kledermann y sacó de ese hecho toda clase de conclusiones, pero se guardó mucho de expresar sus pensamientos. Sobre todo porque la idea de mantener una conversación, aunque fuera tumultuosa, con una chica que le parecía exquisita no le desagradaba en absoluto.

—Me arriesgaré —dijo con suavidad—. Ahora vamos a arreglarnos un poco antes de bajar a cenar. Maria me ha prometido *Strudel* de manzana, pasas y crema, después de un civet de liebre con gelatina de arándanos.

—¡Qué glotón! —gruñó Morosini—. Cuando vuelva, estarás el doble de gordo y yo me alegraré.

Aunque la idea de Adalbert le parecía buena, detestaba tener que alejarse de Hallstatt. Su sexto sentido, el del peligro inminente, le susurraba que hacía mal en irse, que iba a suceder algo irreparable, quizá porque tenía muchas ganas de sentirse necesario. ¡Pura vanidad, indudablemente! Protegidas por el imponente Mathias, Marietta y todo el pueblo, Lisa y Elsa no debían temer gran cosa.

Sin embargo, después de la cena —excelente y a la que hizo todos los honores—, mientras pasaba el rato fumando en el balcón de su cuarto y escuchando el chapaleteo del agua del lago, la angustia que sentía iba en aumento. Desde donde estaba, la casa de las dos mujeres resultaba completamente invisible, incluso con el cielo despejado, y esa noche se elevaba una bruma a través de la cual era imposible distinguir ninguna luz en la orilla de enfrente.

De pronto oyó dos disparos lejanos que le parecieron perdidos en la montaña, de modo que no concedió mayor importancia al hecho; en aquella región de caza, en la que incluso había cazadores furtivos, aquello no era un acontecimiento. Pero casi

inmediatamente su mente le sugirió que cazar en un día de niebla no era muy prudente.

Pensando que, después de todo, no era asunto suyo, encendió un último cigarrillo antes de ir a preparar la maleta para no perder el barco de la mañana y se deleitó fumándoselo. Acababa de arrojarlo al agua para apagarlo cuando unos gritos penetrantes se oyeron al final del pueblo, unos gritos que se acercaban, arrastrando tras de sí un murmullo que anunciaba que la gente estaba despertándose. Seguro ya de que pasaba algo anormal, Morosini salió de su habitación corriendo, se dio de bruces con Adalbert y juntos bajaron corriendo la escalera. El escándalo aumentó hasta estallar en la sala del albergue donde Georg estaba colocando las jarras de cerveza.

Los gritos de agonía los profería una mujer muerta de miedo, pero al llegar delante de la barra pareció quedarse de golpe sin fuerzas y cayó al suelo sin conocimiento. Inmediatamente, Brauner se arrodilló junto a ella, seguido por su mujer. La gente se agolpaba en la puerta. El pueblo entero estaba ya en pie y acudía corriendo, con el burgomaestre a la cabeza.

Mientras Maria propinaba unas bofetadas en las mejillas blancas de la mujer desvanecida, Georg le preparó un vaso de *schnaps* y se lo hizo beber. El doble tratamiento produjo un resultado satisfactorio: al cabo de unos segundos, la mujer abrió los ojos y sufrió un acceso de tos convulsiva que acabó en llanto. Brauner, poco dado a la paciencia, se puso a zarandearla:

—¡Vamos, Ulrique, basta! Dinos qué pasa. Llegas como un tornado, te desmayas y después te pones a llorar sin decir nada.

—La... la casa Schober... No dormía y oí disparos. Entonces me levanté, me vestí y... y fui a ver qué pasaba. La luz estaba encendida y la puerta abierta... Entré... y... y vi... ¡Es horrible!... Hay... ¡Hay tres muertos!

La mujer se puso a llorar de nuevo desconsoladamente. Un terrible presentimiento hizo a Morosini preguntar:

—¿Cuál es la casa Schober?

—Es una casa que me pertenece y que tengo alquilada —respondió el burgomaestre—. Hay que ir a ver qué ha pasado.

Antes de que acabara la frase, Morosini y Vidal-Pellicorne ya habían salido precipitadamente del albergue, abriéndose paso a empujones a través de la pequeña multitud que se había congregado en la entrada, y corrían todo lo que les permitía el trazado caprichoso del camino, aunque, por supuesto, no eran los únicos que querían averiguar lo que había ocurrido. De modo que, cuando llegaron a la casa del lago, encontraron a una docena de personas reunidas junto a la puerta abierta de par en par. Todos parecían aterrorizados y a Aldo, invadido por una terrible angustia, le dio un vuelco el corazón.

—¡Lisa! —gritó, echando a correr hacia el interior.

—¡No entre! —dijo un leñador, cerrándole el paso—. Está lleno de sangre. Hay

que esperar a las autoridades.

—¡Quiero saber si todavía hay alguna posibilidad de salvarla! —gritó, dispuesto a pelearse—. ¡Déjeme pasar!

—¡Y yo le digo que es mejor que no!

Sin intercambiar ni una palabra, Aldo y Adalbert agarraron al hombre cada uno de un brazo y lo apartaron a un lado como si no pesara nada. A continuación entraron.

El espectáculo que descubrieron era espantoso. En la gran estancia a la que se accedía desde la pequeña entrada que Aldo ya conocía, Mathias, con el cráneo partido de un hachazo, yacía sobre un charco de sangre. Su mujer, Marietta, estaba tendida un poco más lejos con una bala en el corazón. Morosini, horrorizado, recordó los disparos que había oído hacía un rato: habían sido dos.

—¡Lisa! ¿Dónde está Lisa? ¡La mujer ha hablado de tres muertos!

—Debe de tener muy buena vista.

La habitación, que era una especie de gran salón, parecía que hubiera sufrido la acción de un huracán. Los asesinos lo habían registrado todo, habían derribado muebles, tirado al suelo libros, objetos decorativos, tapices... Finalmente, Aldo encontró a la joven; la había alcanzado una bala y yacía en la escalera de madera por la que se subía al piso superior. Con un suspiro de alivio, constató que estaba viva.

—¡Alabado sea Dios! ¡Respira!

La cogió en brazos, buscó dónde tumbarla y por fin descubrió una *chaise longue* medio escondida bajo cajones y restos. Adalbert también la había visto y la despejó rápidamente.

—Voy a ver si encuentro arriba algo con lo que hacer una cura de urgencia —dijo éste precipitándose hacia la escalera—. Sangra mucho.

—Haría falta un médico... —gimió Morosini, cuya mirada buscaba ayuda y encontró la del burgomaestre.

—El médico va a venir —dijo—. He mandado a buscarlo. Pero ¿por qué no han dicho que conocían a la señorita Kledermann? Todos somos amigos de la condesa Von Adlerstein, su abuela, cuya familia es originaria de aquí.

—Todavía ayer no sabía que estaba aquí, y si no me la hubiera encontrado... esta tarde por casualidad, seguiría sin saberlo.

—¿Temía ella algún peligro?

—No, que yo sepa.

Con su magnífico bigote de un rojo blanquecino y su rostro grueso, sonrosado y bonachón, el burgomaestre parecía un buen hombre, pero aun así Aldo consideró prudente no decir nada más y tomó la iniciativa de hacer las preguntas, la mejor manera de evitar que se las hicieran a él.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido cometer semejante crimen? Toda esta sangre..., esta matanza...

—No. ¡Pobre Mathias y pobre Marietta! ¡Eran tan buenas personas! Eran unos refugiados húngaros a los que la condesa buscó un lugar donde vivir. Pero lo que me

intriga es que vivían aquí con su hija..., una pobre desequilibrada que no salía nunca y se tomaba por una princesa, y sólo hay tres cuerpos...

—¿Quiere decir que ha desaparecido? A lo mejor está escondida. Cuando los asesinos han irrumpido, ha debido de asustarse mucho.

—En cualquier caso, arriba no hay nadie —dijo Adalbert, que volvía con alcohol, algodón hidrófilo y vendas—. Si hubiera alguien, lo habría visto.

Ni él ni Aldo tuvieron tiempo de administrar a Lisa los primeros auxilios porque llegó el médico. Con su atuendo montañés, presentaba bastante parecido con Guillermo Tell. En un abrir y cerrar de ojos, examinó la herida, efectuó un vendaje rápido pero eficaz para detener la hemorragia y declaró que había que trasladar a Lisa a su casa para poder extraerle la bala.

—¿A su casa? —preguntó Morosini, inquieto—. ¿Tiene usted una clínica?

El médico le dirigió una mirada implacable.

—Si digo que la llevemos a mi casa, es porque tengo lo necesario para operar. Me ocupo de todo un distrito de montañas y de los obreros de las minas. Los accidentes son frecuentes. Bien, vamos a intentar reanimarla.

—¿Cómo es que sigue inconsciente? —preguntó Adalbert, alarmado también porque el desvanecimiento se prolongaba—. Es una chica fuerte, deportista...

—Pero tiene detrás de la cabeza un chichón del tamaño de un huevo. Ha debido de golpearse al caer en la escalera.

Unos instantes después, Lisa regresó al universo consciente. Abrió desmesuradamente los ojos al tiempo que gemía:

—¡Elsa!... Han... secuestrado a Elsa.

Segunda parte

REGRESO AL PASADO

8. El mensaje

Lo que había sucedido era, lamentablemente, muy simple: hacia las diez, cuando Lisa estaba llevando a Elsa a su dormitorio para ayudarla a acostarse, Marietta, que se disponía a apagar las lámparas mientras Mathias colocaba en el armero las dos escopetas que acababa de revisar minuciosamente, oyó una voz de mujer que la llamaba llorando. Pensando que una vecina se encontraba en apuros, sin siquiera pedir opinión a su esposo abrió la puerta, ya cerrada con llave, y salió para volver a entrar inmediatamente, brutalmente empujada hacia el interior por cuatro personajes vestidos de negro, enmascarados y armados.

Todo ocurrió muy deprisa: Mathias, que había cogido una de las escopetas, fue abatido por el hacha lanzada por una mano experta; a Marietta, aterrorizada, los bandidos le dispararon con un revólver para impedirle gritar y empezaron a revolverlo todo. Fue entonces cuando Lisa, atraída por el ruido, bajó la escalera. Llevaba una pistola en la mano y se disponía a hacer fuego cuando una bala la alcanzó.

—No deberías haber disparado —reprochó el hombre que parecía el jefe—. Necesitamos las joyas, y si no queda nadie para responder a nuestras preguntas...

—Queda la loca. Ella podrá decirnos dónde están. Subamos.

Cuando llegaron a la escalera, Lisa, que había caído y fingía haberse desmayado, hizo acopio de fuerzas pese al dolor y los agarró de las piernas. Sólo derribó a uno de ellos; el otro le dio un fuerte golpe con la culata del revólver y esta vez la joven se desvaneció de verdad. Había tenido el tiempo justo de ver a uno de los criminales sacando a Elsa de su habitación.

—No sé nada más, pero temo por ella —murmuró Lisa cuando, dos horas más tarde, con la bala extraída y el hombro vendado, se encontró en una de las habitaciones de Maria Brauner en compañía de ésta, de Aldo y de Adalbert—. Esa gente quiere las joyas y son capaces de torturarla para averiguar dónde las esconde. ¡Y ella no sabe dónde están!

—¿Cómo es eso? —dijo Morosini—. Usted me dijo que el águila era su más preciado tesoro junto con la rosa de plata. ¿No disponía de ellas a voluntad?

—De la rosa, sí. En lo que se refiere al águila, se la daban cuando la pedía, pero era ella la que deseaba que la guardaran sin decirle dónde. No olvide que cree ser archiduquesa. ¡Dios mío!, ¿qué van a hacerle?

—No creo que haya que temer por ella de momento —dijo Adalbert—. Esa gente cree que está loca, ¿no?

—Eso fue lo que dijo uno de ellos.

—Si tienen un ápice de inteligencia, primero intentarán calmarla y después la interrogarán. Por eso la han secuestrado en lugar de matarla.

—¿Y cuando se den cuenta de que no sabe nada?

—Lisa, Lisa, por favor... —intervino Aldo, asiéndole una mano en la que latía la fiebre—. Debe pensar un poco en usted misma y descansar. *Frau* Brauner la cuidará.

—De eso puede estar seguro —aprobó ésta—. Ahora no se puede hacer gran cosa. El burgomaestre ha telefoneado a Ischl y la policía llegará por la mañana, pero no será fácil encontrar el rastro de esa gente. Hans, el pescador que está en el lago haga el tiempo que haga, ha visto una barca que se alejaba de la orilla, pero con la niebla no resultaba fácil distinguir su rumbo. Le ha parecido que se dirigía hacia Steg... Vamos, *Fraulein* Lisa, debe dormir... Y ustedes, señores, salgan.

Ellos se levantaron y fueron hacia la puerta, pero de pronto Morosini oyó:

—Aldo...

Se volvió. Era la primera vez que Lisa lo llamaba por su nombre de pila. La ex Mina tenía que estar realmente consternada para bajar de ese modo la guardia.

—¿Sí, Lisa?

Fue ella quien buscó su mano y la apretó alzando hacia él una mirada suplicante.

—La abuela... Hay que ir a avisarla... y sobre todo velar por ella. ¡Esa gente está dispuesta a todo! Cuando se den cuenta de que no consiguen nada de su prisionera, la abuela estará en peligro. Pensarán en ella...

Emocionado ante la angustia que reflejaba el fino rostro, se inclinó para rozar con los labios los dedos crispados sobre los suyos.

—Voy ahora mismo a verla.

—No diga tonterías. Hay que esperar el barco... y el tren...

—¿Está de broma? —dijo Adalbert, que se había guardado mucho de salir—. ¿Cuántos kilómetros hay hasta Steg por el camino del lago? Unos ocho. Y una vez allí, encontraremos algún medio de transporte para los diez restantes. Y si no, continuaremos a pie.

—¿Veinte kilómetros? ¡Llegarán reventados!

—Deje de tomarnos por un par de ancianos. Cuatro o cinco horas de marcha no nos matarán. ¿Vienes, Aldo?

—Sí. Una cosa más, Lisa: ¿cómo me dijo que se llamaba su pobre amiga? Me refiero a su verdadero nombre.

—Elsa Hulenber. ¿Por qué?

—Más tarde se lo explicaré.

Llegó a la puerta de su habitación llamándose de todo. Con lo orgulloso que estaba de su memoria, ¿cómo es que no había caído en la cuenta cuando Lisa le había contado la historia de Elsa? ¿Tan fascinado estaba por su exsecretaria como para no haberse percatado de la coincidencia? Al separarse, se había quedado con la vaga impresión de que se le escapaba algo, pero había sido incapaz de saber qué. ¡Con lo sencillo que era!

Tranquilizados sobre la suerte de Lisa, Adalbert y él salieron del albergue al cabo de un rato, equipados con prendas deportivas, sólidos zapatos y sendas mochilas que contenían una bolsa de aseo y ropa para cambiarse, y tomaron el camino de tierra que llevaba a la carretera de Bad Ischl.

—Tenemos bastante tiempo para hablar —dijo Adalbert cuando hubieron dejado atrás la casa del drama, vigilada por algunos voluntarios en espera de que llegase la policía—. Dime por qué le has pedido a Lisa que te recordara el apellido de Elsa. Cuando te lo ha dicho, has puesto una cara...

—Porque soy un imbécil y constatarlo siempre resulta doloroso. ¿A ti no te recuerda nada ese apellido, Hulenberg?

—Mmm..., no. ¿Debería?

—Acuérdate de lo que nos dijo el recepcionista del hotel en Ischl, cuando le hablamos de la villa donde el misterioso visitante de tía Vivi consideró oportuno hacer un alto antes de regresar a Viena.

—¿Dijo eso?

—Sí, señor. Dijo que la villa fue comprada «hace poco» por la baronesa Hulenberg. Esta vez te aseguro que nada me impedirá ir a dar una vuelta por allí. La próxima noche, por ejemplo.

—¿Y cuándo dormiremos?

—No me digas que esas viles contingencias todavía te detienen. Cuando uno lleva un sombrero tan bonito adornado con un penacho y el equipo completo de un natural del país, debe sentirse tallado en granito. Así que no empieces a gimotear, porque los dos vamos a necesitar armarnos de valor.

—¿Para defender a la anciana dama?

—No —respondió Morosini—. Para contarle la agradable velada que pasamos detrás de sus ventanas espiándola y enterándonos de sus pequeños secretos.

—¿Tú crees que es preciso decírselo todo?

—No hay manera de evitarlo.

—Nos pondrá de patitas en la calle.

—Es posible. Pero antes tendrá que escucharnos.

Pese a su energía, los dos hombres estaban exhaustos cuando, hacia las ocho de la mañana, entraron en Ischl y llegaron al Kurhotel Elisabeth, donde el recepcionista los recibió discretamente sorprendido por su aspecto pero sinceramente encantado de su regreso; debían de escasear los clientes.

Empezaron por sentarse a la mesa ante un copioso desayuno, antes de ir a

ducharse y cambiarse de ropa; ninguno de los dos deseaba quedarse mucho rato en un cuarto que ofrecía la irresistible tentación de una mullida cama. Aunque la perspectiva no les entusiasmara, había que ir a ver cuanto antes a la señora Von Adlerstein.

Adalbert recuperó su querido coche con una viva satisfacción y la firme decisión de no volver a separarse de él.

—Cuando volvamos a Hallstatt, lo cogeremos —dijo—. Ya hice el viaje con Manzana Verde. Se puede dejar en un granero a unos dos kilómetros, aunque no sé si intentaré ir un poco más lejos.

—Ve a donde quieras con tal de que no sea dentro del lago —gruñó Morosini, ocupado en preparar lo que iba a decir. Todo dependía, por supuesto, del recibimiento que les dispensaran.

Cuando el coche y su característico ruido se detuvieron ante la alta puerta de Rudolfskrone, pudo hacerse una ligera idea: un cordón de tres lacayos formado detrás del viejo Josef cerraba el paso.

—La señora condesa no recibe jamás por la mañana, caballeros —declaró el mayordomo en un tono severo.

Sin inmutarse, Morosini sacó de su billetero una tarjeta previamente preparada y se la tendió al sirviente.

—Tenga la amabilidad de llevarle esto. Me sorprendería mucho que no nos recibiera. Esperaremos.

Mientras uno de los lacayos realizaba el encargo, Adalbert y él salieron del vehículo y, apoyados en él, contemplaron el parque, donde el otoño extendía una espléndida paleta de colores que iba del marrón oscuro al amarillo claro, realzada por el verde profundo e inmutable de las grandes coníferas.

—¿Qué has escrito en la tarjeta? —preguntó Adalbert.

—Que Lisa está herida y que tenemos que hablarle de un asunto grave.

El resultado fue rapidísimo. El lacayo regresó y le dijo algo al oído a Josef, que reaccionó de inmediato.

—Si los señores tienen la bondad de acompañarme...

La condesa los recibió con la bata que debía de haberse puesto al levantarse, pero sin perder ni un ápice de dignidad. A pesar de que en su semblante pálido y descompuesto se reflejaba claramente la angustia, a pesar de que su mano temblaba sobre el bastón en el que se apoyaba, permanecía de pie y con la cabeza erguida, una cabeza cuya cabellera blanca había hecho cepillar y recoger en un moño flojo. Había algo regio en esa anciana, y los dos hombres, más impresionados quizá que la primera vez, ejecutaron para ella, con una simultaneidad perfecta, el mismo saludo profundo. Ella, sin embargo, no se hallaba en condiciones de apreciar las muestras de cortesía.

—¿Qué le ha pasado a Lisa? ¡Quiero saberlo!

—Anoche le dispararon en un hombro, pero, tranquilícese, ha recibido asistencia

médica y en estos momentos se encuentra descansando en el Seeauer al cuidado de Mana Brauner —dijo Aldo—. Desgraciadamente, tenemos otras noticias mucho más dramáticas, condesa. La señorita Hulenbergh ha sido secuestrada y su casa saqueada, y han matado a sus sirvientes.

El alivio que había aparecido en el rostro de la anciana dejó paso a una auténtica aflicción.

—¿Que han matado a Mathias y Marietta?... Pero ¿cómo ha sido?

—A él le dieron un hachazo en plena frente, y a ella le dispararon. Los asesinos entraron por sorpresa y liquidaron a los que se encontraron por delante antes de ponerse a registrarlo todo. Lisa estaba en el piso de arriba ayudando a su amiga a acostarse. Cogió un arma y bajó, pero en la escalera la alcanzó una bala. Hemos venido enseguida para que no se enterase de este drama a través de la policía.

—¿No habría sido mejor que se quedaran junto a mi nieta? ¿Quién les dice que no corre todavía peligro?

—En el lugar donde está, yo creo que habría que pasar por encima de todo el pueblo para atentar contra ella. Ha sido Lisa quien ha insistido en que viniéramos. Verá, ella teme que los secuestradores vengan a por usted cuando se den cuenta de que su rehén ignora lo que quieren averiguar. Así que nos ha enviado...

—Y para no perder tiempo, hemos venido a pie —precisó Adalbert, que consideraba que se les estaba dando un recibimiento muy malo y que estaba deseando sentarse—. Yo había dejado mi coche en el hotel y habíamos ido a Hallstatt tomando primero el tren y luego el barco, como todo el mundo.

La sombra de una sonrisa flotó un instante en los labios sin color de la anciana.

—Les ruego que me disculpen. Deben de estar muy cansados. Tomen asiento, por favor —dijo mientras ella misma iba a sentarse en una *chaise longue*—. ¿Les apetece un café?

—No, gracias, condesa. El asiento bastará, aunque no deseamos molestarla demasiado tiempo.

—No me molestan. Además, creo que deberíamos hablar un poco más seriamente que la última vez.

—A mí me pareció que usted lo hacía muy en serio.

—Desde luego, y creía haberles explicado de manera convincente que era inútil abordar ciertos asuntos. Incluso pensaba haberlos incitado a no quedarse más tiempo aquí. ¿Cómo es que estaban anoche en Hallstatt?

—Estábamos allí desde hacía unos días —contestó Vidal-Pellicorne—. Hacía tiempo que deseaba visitar los vestigios de una antigua civilización, y este viaje me ha permitido conocer a un eminente colega, el profesor Schlumpf, con quien he mantenido apasionantes conversaciones. Mi amigo Morosini quiso acompañarme.

—¿De verdad? Me sorprende mucho, príncipe, que sus negocios, cuya importancia conozco, no hayan reclamado su presencia en Venecia.

—Estoy aquí por negocios, señora, y usted lo sabe perfectamente. Como también

sabe que la señorita Kledermann, con el nombre falso de Mina van Zelden, fue mi secretaria durante dos años.

—¿Ha sido ella quien le ha dicho que yo estaba al corriente?

—¿Qué otra persona habría podido hacerlo?

—¿Le ha dicho también que no me cae usted muy simpático? —dijo con una franqueza sin ambages.

—Créame que lo lamento. ¿Es porque no sucumbí al encanto de Mina? ¡Debería haberla visto! A su propio padre le dio un ataque de risa incontrolable cuando se encontró frente a ella en Londres.

—¡Eso sí que me gustaría haberlo visto! Mi yerno, que es la seriedad en persona, dejándose llevar por la hilaridad... Eso habría merecido el viaje, pero dejemos por el momento los sentimientos a un lado y pongamos las cartas sobre la mesa. Usted no ha perdido la esperanza de conseguir el águila del ópalo, ¿verdad?

—El águila no me interesa, ni tampoco su valor en el mercado, aunque estoy dispuesto a pagar por ella un precio muy elevado. Es el ópalo lo que quiero, porque representa mucho para muchas personas. Dicho esto, es cierto que nunca renuncio a algo cuando creo tener razón.

Se produjo un silencio, durante el cual la condesa se dedicó a examinar con una atención casi molesta al hombre que tenía enfrente, y sin duda Morosini se habría quedado muy sorprendido si hubiera podido leer sus pensamientos. Encontraba seductor ese rostro que la arrogancia del perfil y la ironía indolente de la boca salvaban de la insulsa perfección, seductores esos ojos deslumbrantes cuyo azul acerado podía adquirir un matiz más suave y tierno o teñirse de un verde inquietante. Pensaba que, de ser más joven, se habría enamorado de él, y le extrañaba que Lisa se hubiera resistido a su encanto hasta el punto de haber renunciado durante dos años a toda la gracia de su feminidad. Su nieta había actuado como un entomólogo que desea observar con la más absoluta calma un insecto raro. ¡Qué comportamiento tan curioso!

—¡Está bien! —dijo por fin, suspirando—. ¿Me dirán ahora cómo han encontrado a mi nieta? ¿Por puro azar quizás, el maravilloso azar de la arqueología?... ¿No es un poco increíble?

Morosini intercambió una mirada con Vidal-Pellicorne. El momento difícil había llegado.

—Un poco, en efecto —dijo con una gran calma—. Sin embargo, el azar no ha sido totalmente ajeno. En el hotel trabajamos relación con el señor Von Apfelgrüne, que se entusiasmó al enterarse de la profesión de mi amigo. Insistió en acompañarlo a visitar Hallstatt, mientras yo vagaba por el parque de la Villa imperial en busca de sus fantasmas. Alababa, con toda la razón, ese yacimiento excepcional, además de afirmar que era la cuna de los Adlerstein...

—De modo que apenas me sorprendió —prosiguió Adalbert— ver allí a su mayordomo. De ahí a pensar que una dama a la que usted brinda amistad y

protección podría no estar lejos no había más que un paso, y lo dimos.

—Friedrich siempre ha tenido la lengua demasiado larga —dijo la anciana, apaciguándose un poco—. Pero...

La frase quedó interrumpida. La puerta acababa de abrirse, dejando paso a un hombre con indumentaria de cazador que entró con toda la confianza de un íntimo.

—Me han dicho que ya se había levantado, querida Valeria, así que he venido a saludarla antes de irme de caza, aunque quizás he pecado de indiscreto —dijo el conde Goloziény mirando a los visitantes con curiosidad.

—En absoluto, querido Alejandro. Iba a enviar a buscarlo para que viniera. Se ha producido un drama en casa de Elsa: ha habido dos muertos, mi nieta Lisa ha resultado herida y han secuestrado a nuestra amiga. Pero déjeme presentarle primero a estos caballeros que me han traído la terrible noticia.

Goloziény la detuvo con un ademán, mientras su mirada clara escrutaba a los dos hombres con visible desconfianza.

—¡Un momento! ¿Cómo es posible que estos señores se encontraran en el escenario del drama? ¿Conocían acaso ese secreto que nunca ha querido revelarme a mí?

Su semblante expresaba con elocuencia que se sentía ofendido, pero a la condesa no pareció preocuparle mucho.

—¡No sea ridículo! Se encontraban allí por pura casualidad. El señor Vidal-Pellicorne es un arqueólogo muy interesado en la época de Hallstatt y había ido a visitar el lugar en compañía de su amigo el príncipe Morosini, aquí presente. Los dos son amigos de Lisa, mi nieta, que desde hacía unos días estaba con Elsa, a quien quiere mucho y que... necesitaba ayuda.

—Entonces, ¿es en Hallstatt donde vive?

—Hablaemos de eso más tarde, si no le importa. Caballeros, les presento a mi primo, el conde Goloziény, agregado en el departamento de Asuntos Exteriores.

Intercambiaron saludos y apretones de manos, lo que no aumentó la simpatía mutua; el primo ofrecía una mano blanda, cosa que tanto Aldo como Adalbert odiaban, de modo que tuvieron que contentarse con estrechar unos dedos inertes. En cuanto a la mirada del diplomático, era más penetrante y fría que nunca; el descubrimiento en el entorno de su prima de dos extraños pletóricos de energía y bastante seductores no le hacía ninguna gracia. Como el sentimiento era recíproco, Aldo decidió despedirse.

—Las autoridades no tardarán en venir —dijo, volviéndose hacia su anfitriona—. Creo que será mejor dejar que las reciba en familia. Nosotros estamos en el Kurhotel Elisabeth, por si nos necesita.

—Supongo que no se irán por mi culpa —dijo el conde con una untuosidad casi episcopal.

—En absoluto —mintió Morosini—. Tenemos cosas que hacer, y además también deseamos descansar un poco, puesto que gracias a su presencia, conde, podemos

confiar en que la señora Von Adlerstein ya no corra ningún peligro, lo que no era el caso hasta ahora. Cuide de ella.

—Confíen en mí. La cuidaré.

El tono, pomposo a más no poder, respondía a lo que era más una orden y una advertencia que un consejo.

—Vengan esta noche, por favor —dijo la anciana dama movida por un impulso súbito que tal vez delataba su angustia—. Tendremos noticias y compartirán con nosotros la cena.

Los dos hombres aceptaron, se despidieron y montaron en su vehículo sin intercambiar palabra. Cuando se hubieron alejado, Adalbert manifestó sus impresiones:

—¡Maldito hipócrita! Pondría la mano en el fuego y apostaría la cabeza a que ese hombre está metido hasta el cuello en el complot contra la desdichada Elsa.

—Puedes hacerlo tranquilo. Ni la una ni la otra tienen nada que temer.

—¿Te parece prudente dejar a «la abuela» sola con él?

—Intentar algo contra ella sería desenmascararse, y no creo que esté loco.

—Entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí? Son un poco repentinas esas ganas de cazar que lo han traído a Rudolfskrone.

—Al contrario, son muy oportunas. Sus entradas y salidas con total libertad constituyen una garantía ideal para sus cómplices. Ha venido a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en casa de la condesa, a controlar sus reacciones y tal vez a dar algún que otro consejo... útil.

—¿Cómo puede una mujer tan inteligente confiar en él? ¡Se ve a la lengua lo falso que es!

—Es su primo. No imagina ni por un instante que pueda traicionarla. Lo malo es que su aparición nos ha impedido confesarnos y ponerla en guardia. En fin..., de momento, llévame a la estación.

—¿Qué vas a hacer? ¿No tienes intención de dormir un poco?

—Dormiré en el tren. Quiero ir a Salzburgo a alquilar un coche menos llamativo que el tuyo y, si es posible, menos ruidoso. Esto no es un automóvil, es un cartel publicitario, y necesitamos pasar un poco inadvertidos.

—Entonces olvida tus gustos principescos y no vuelvas con un Rolls —gruñó Adalbert, ofendido.

Aldo regresó por la tarde con un Fiat de color gris, más discreto que una hermanita de la caridad. Era un coche sólido, manejable y poco ruidoso, pero Morosini se había visto obligado a comprarlo. En la ciudad de Mozart, sólo se encontraban para alquilar coches grandes, generalmente con chófer.

Satisfecho de su compra, lo aparcó bajo los árboles que bordeaban el Traun, a poca distancia del hotel, y después se concedió dos horas largas de sueño antes de prepararse para ir a cenar a Rudolfskrone. Adalbert había salido.

Aldo acababa de ducharse cuando el arqueólogo irrumpió en el cuarto de baño sin

siquiera tomarse la molestia de llamar. Tenía la mirada brillante, las mejillas coloradas y el cabello rubio más alborotado que nunca.

—Tengo novedades —anunció—, y son importantes. Para empezar, la famosa villa está habitada: las contraventanas están abiertas y por las chimeneas sale humo... Hablando de humos, ¿no tendrás un cigarrillo? Se me ha terminado el paquete.

—Busca encima del secreter —dijo Aldo, que había tenido el tiempo justo de cubrirse con una toalla—. Es una novedad, efectivamente, pero tienes otra, ¿no?, porque has dicho «para empezar».

—Sí, y es todavía mejor, te lo aseguro. Mientras vagaba por los alrededores de esa casa como un viejo agüista aburrido, un coche se ha detenido ante la verja, que se ha abierto casi enseguida pero no lo bastante deprisa para impedirme reconocer a su ocupante. Jamás adivinarás quién era.

—Ni siquiera pienso intentarlo —dijo Aldo, riendo—. No quiero estropearle el golpe de efecto —añadió, acercando una navaja a su cara embadurnada de jabón.

—Deja ese instrumento si no quieres cortarte —le aconsejó Adalbert—. El hombre del coche era el conde Solmanski.

Morosini, estupefacto, contempló alternativamente la hoja acerada y el rostro complacido de su amigo.

—¿Qué acabas de decir?

—Me has oído perfectamente. Reconozco que resulta difícil de creer, pero no cabe ninguna duda: era nuestro querido Solmanski en persona, el afectuoso suegro del pobre Eric Ferráis y por poco el tuyo. No faltaba ni un detalle: la actitud engreída, el perfil romano, el monóculo... A no ser que tenga un sosia perfecto, es él.

—Yo creía que estaba en América.

—Pues es evidente que ya no está allí. En cuanto a lo que hace aquí...

—No cuesta mucho imaginarlo —dijo Morosini, que, una vez recuperado de la sorpresa, se disponía a seguir afeitándose—. Seguro que tuvo algo que ver con el drama de ayer. Estaba prácticamente seguro de que la baronesa Hulenberg se hallaba implicada en el doble asesinato, pero ahora pondría la mano en el fuego. La presencia de Solmanski en su casa lo demuestra. Los dos sabemos de lo que es capaz.

—Sobre todo cuando se trata de las piedras del pectoral. ¿Cómo se habrá enterado de que el ópalo está aquí?

—Simon Aronov lo ha averiguado, ¿por qué no iba a hacerlo su enemigo declarado? No olvides que Solmanski cree poseer el zafiro y el diamante, porque estoy convencido de que es el autor del robo en la Torre de Londres.

—Yo también, y hablando de eso, se me está ocurriendo una idea...

Sentado en el borde de la bañera y mirando hacia el techo con la boca abierta, Adalbert se puso a seguir con cara pensativa el humo que salía del cigarrillo. Aldo aprovechó la pausa para terminar de afeitarse y luego se volvió hacia su amigo:

—Diez contra uno a que sé cuál es esa idea.

—¿Ah, sí?

—¿Estás pensando quizás en aconsejar a nuestro querido superintendente Warren una cura tardía en las aguas benefactoras de Bad Ischl?

—Sí —admitió el arqueólogo—. Lo malo es que no sé cómo podría sernos útil. Aquí no tendría ningún poder.

—Lo creo muy capaz de conseguirlo. Después de todo, anda detrás de un ladrón internacional, y tratándose de las joyas de la Corona debe de estar dispuesto a hacer toda clase de acrobacias..., siempre y cuando haya un indicio, por descontado. Conclusión: escríbele. De todas formas, eso no puede perjudicar a nadie. Y ahora, déjame acabar de arreglarme y ve tú a hacer lo mismo.

Una hora más tarde, cubriendo su esmoquin con el confortable loden regional, los dos hombres montaron en el Amilcar al que la señora Von Adlerstein estaba acostumbrada y se dirigieron a Rudolfskrone. Allí los esperaba una sorpresa: Lisa había sido trasladada desde Hallstatt. Por orden de su abuela, que no soportaba la idea de tenerla lejos estando herida, la gran limusina negra que Aldo había visto cierta noche de octubre salir del palacio Adlerstein había ido hasta el embarcadero; Josef y uno de los lacayos más fuertes habían cruzado el lago en el vapor y traído a la joven, debidamente arropada y acompañada de las más cálidas recomendaciones de Maria Brauner. Su estado era satisfactorio y estaba descansando en su habitación, adonde los dos hombres fueron invitados a ir a saludarla.

—Se alegrará de verlos —dijo la condesa—. Ha preguntado por ustedes una o dos veces. Josef los acompañará.

Los dos hombres temían un poco el ambiente de una habitación de enfermo, pero Lisa no era chica que gustase de imponer a nadie una cosa así. Pese al fatigoso viaje que había efectuado durante el día, los esperaba en una *chaise longue*, vestida con una preciosa bata de seda blanca y azul. Estaba pálida, y por el discreto escote de la prenda asomaba un poco el vendaje del hombro, pero su actitud, llena de un orgullo cercano al desafío, recordaba la de su abuela el día que había recibido a los dos extranjeros. Ella los acogió con un:

—¡Alabado sea Dios, por fin han llegado! ¿Hay alguna novedad?

—Un momento —la interrumpió Morosini—. No es a usted a quien le corresponde preguntar por las novedades. Díganos primero cómo está.

—¿A usted qué le parece? —repuso ella con una sonrisa traviesa desconocida para Aldo.

—Nadie diría que le extrajeron ayer una bala —contestó Adalbert—. ¡Está como una rosa!

—Esto es un hombre que sabe hablar a las mujeres —dijo Lisa suspirando—. No puedo decir lo mismo de usted, príncipe.

—No se me ocurriría ni intentarlo. No cultivamos mucho el madrigal en la época de nuestra colaboración, aunque la culpa es toda suya.

—No empecemos otra vez con eso y pasemos al drama que nos ocupa. Ya he preguntado si hay alguna novedad, pero no me han contestado.

—Sí, aunque temo que al oírla reaccione tan mal como lo haría su abuela si nos decidiéramos a contársela.

—¿Le han ocultado algo?

—No sé qué otra cosa podríamos haber hecho —respondió Adalbert—. ¿Nos imagina contándole como si fuera la cosa más natural del mundo que durante dos horas espiamos, escondidos en la galería de esta casa, la entrevista secreta que mantuvo con un tal Alejandro...?

—¿Goloziény? ¿Suprimo? ¿Y por qué les interesaba?

—Enseguida llegaremos a eso —dijo Aldo—. Pero, antes de continuar, nos gustaría saber qué piensa de él, qué sentimientos le inspira.

Lisa, seguramente para reflexionar mejor, alzó hacia el techo sus grandes ojos oscuros y suspiró.

—Nada, o muy poca cosa. Es uno de esos diplomáticos siempre cortos de dinero pero de punta en blanco, que saben besar emocionados los metacarpios patricios pero son incapaces de alcanzar la cima de su carrera. Siempre hay dos o tres personas de esa clase en las cancillerías y los medios gubernamentales. Le interesa mucho el dinero...

—Perfecto —dijo Aldo, repentinamente risueño—. Ahora, Adalbert se sentirá mucho más cómodo para contarle nuestra incursión, lo que descubrimos y lo que vimos después. Es un narrador nato.

Entonces le tocó a Vidal-Pellicorne el turno de abrirse como un girasol tocado por los tiernos rayos del astro. La mirada que le dirigió a Morosini estaba teñida de gratitud por brindarle la ocasión de lucirse ante una joven que le parecía cada vez más cautivadora. Animado de este modo, reprodujo a la perfección la escena nocturna, sin olvidar el menor detalle, y sobre todo lo que había seguido, la extraña y breve visita hecha por Alejandro a la reciente villa Hulenbergh.

Lisa escuchó con atención, pero no pudo evitar comentar con una media sonrisa:

—Escuchar a través de las ventanas..., ¡esto es nuevo! No conocía esta curiosa forma que tienen de tratar a sus amigos.

—¿Me permite recordarle que, hasta hoy, la condesa no nos trataba realmente como amigos? Pero, en fin, si lo que acabamos de contarle le parece cosa de broma...

La joven posó una mano sobre la de Morosini.

—No se enfade. Mi rasgo de ironía, fuera de lugar, se debe sobre todo a que me siento verdaderamente angustiada. Lo que han descubierto me parece muy grave y es preciso advertir a la abuela. A mí no me sorprende del todo; nunca me ha gustado ese primo.

Lisa se levantó con gesto raudo para ir hacia la puerta, pero Adalbert la retuvo sujetándola por la bata.

—No se precipite. Quizá sea mejor actuar de otro modo.

—¿De cuál, cielo santo? Quiero que ese individuo se marche inmediatamente de casa.

—¿Para que se nos escurra entre los dedos y nos cueste Dios y ayuda atraparlo? —dijo Aldo—. ¡No razone como una niña impulsiva! Mientras esté aquí, por lo menos lo tenemos al alcance de la mano. Algo me dice que podría conducirnos hasta Elsa.

—¿Delira? Alejandro no es un dechado de inteligencia, pero es más astuto que un zorro viejo.

—Quizá, pero los zorros viejos a veces se dejan engañar por la sonrisa de una chica bonita —contestó Aldo—. Así que, preciosa, va a ser usted encantadora con él aunque...

La cólera invadió los ojos oscuros de Lisa.

—Uno, no le permito ni a usted ni a nadie que me llame «preciosa», y dos, no conseguirá que sea amable con ese viejo chivo. Imagínese que, a su edad, pretende casarse conmigo.

—¿Él también? ¡Es usted un auténtico peligro público!

—No sea grosero. Si mi encanto personal no le parece suficiente, sepa que la fortuna de mi padre me hace de lo más seductora. En el fondo..., nunca he sido tan feliz como durante los dos años que me oculté bajo el disfraz de Mina —añadió con una amargura que conmovió a Morosini, pues era un aspecto de la cuestión que hasta entonces se le había escapado.

Sintiendo mucho haber apenado a Lisa, iba a cogerle la mano cuando, desde las profundidades de la mansión, un toque de campana anunció la cena.

—Vayan a cenar —dijo Lisa—. Nos veremos después.

—¿Usted no viene?

—Tengo una buena excusa para evitar a Golozieny. Permítame que la aproveche.

—Es muy comprensible —dijo Adalbert—, pero quizá no haga bien. Con un hombre como él, tres pares de ojos y otros tantos oídos no serán demasiados.

—Arréglenselas con los suyos, pero no dejen de venir a darme las buenas noches antes de irse.

Si Lisa pensaba disfrutar tranquilamente de un rato de reflexión solitaria, se equivocaba. Acababa de pronunciar esta frase cuando su abuela entró en tromba. La anciana dama parecía presa de una gran agitación. Alejandro la seguía como su sombra.

—¡Mira lo que acaba de encontrar Josef! —exclamó, tendiéndole a Lisa un papel—. Estaba sobre la mesa de la cena, junto a mi cubierto. Realmente, la audacia de esos miserables no tiene límites. Hasta se atreven a entrar en mi casa...

La joven alargó la mano hacia la nota, pero Morosini fue más rápido y la interceptó. Una ojeada le bastó para leer el mensaje, tan breve como brutal:

«Si quiere volver a ver a la señorita Hulenberg con vida, tendrá que obedecer nuestras órdenes y no avisar a la policía bajo ningún concepto. Esté preparada para depositar las joyas mañana por la noche en un lugar que se le indicará más adelante».

—¿Tiene alguna idea de cómo ha llegado esto hasta usted? —preguntó Morosini

mientras le pasaba la nota a Lisa.

—Ninguna. Respondo de mis sirvientes como de mí misma —dijo la condesa—. Sin embargo, una de las ventanas del comedor estaba entreabierta y Josef cree...

—¿Que el papel ha entrado por ahí? A no ser que esté dotado de vida propia, alguien tiene que haberlo depositado. ¿Me permite ir a echar un vistazo? Quédate con las damas, Adalbert —añadió, posando en Golozieny una mirada desprovista de toda expresión—. Podré hacerlo yo solo.

Guiado por el viejo mayordomo, fue a la gran estancia donde estaba todo dispuesto para que cenaran cuatro personas en una larga mesa con capacidad para treinta, y vio que el cubierto de la anfitriona era el que estaba más cerca de la ventana que permanecía entreabierta.

Sin decir nada, Morosini examinó el lugar con cuidado, se asomó para ver la altura y finalmente salió de la habitación después de haberle pedido a Josef que le buscara una linterna. Juntos rodearon la casa hasta llegar bajo el comedor.

Éste se encontraba a la misma altura que la galería, pero no comunicaba con ella, lo que hacía mucho más difícil el acceso desde el exterior. Con ayuda de la linterna, Aldo constató que no había señales de que alguien hubiera trepado; con la humedad, unos zapatos más o menos embarrados habrían dejado huellas. Ninguna señal de desorden tampoco en los macizos sin flores que rodeaban la villa. El investigador estaba convencido desde que había tenido la nota en las manos: la había depositado alguien de la casa, y puesto que los sirvientes estaban fuera de toda sospecha, sólo quedaba una persona cuya complicidad no ofrecía ninguna duda: Golozieny.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó la condesa cuando él regresó al saloncito.

—Nada, señora. O sus enemigos tienen a su disposición a un genio alado... o a un cómplice.

—Me niego a aceptar esa idea.

—Nadie puede obligarla, pero bien tiene que haber una explicación.

—En lo que a mí respecta —dijo Golozieny con voz aflautada—, me pregunto, príncipe, si usted o su amigo no podrían dárnosla. Después de todo, son los únicos extraños aquí.

—No para mí —repuso en un tono glacial Lisa, que acababa de aparecer, con un vestido largo de terciopelo verde, en el hueco de la puerta—. Si continúa por ese camino, Alejandro, no vuelvo a dirigirle la palabra.

—Usted no sería capaz de hacer eso, querida... queridísima Lisa. Usted sabe lo mucho que la admiro y...

—La admirará igual de bien en la mesa —intervino la condesa—. Si no me equivoco, Lisa, has decidido unirse a nosotros, ¿no?

—Sí. Ya le he dicho a Josef que añada un cubierto.

Con semejante prelude, la cena fue como cabía esperar: siniestra y silenciosa. Todos estaban encerrados en sus propios pensamientos y cruzaron muy pocas palabras hasta que Golozieny se aventuró a preguntar qué pensaba hacer su prima en

relación con el mensaje de los secuestradores.

La señora Von Adlerstein se estremeció como si acabara de despertar, pero le dirigió una mirada furibunda.

—¡Qué pregunta tan tonta! ¿Qué puedo hacer sino obedecer? ¡Y usted debería saber que detesto esa palabra! Esperaré otro mensaje y luego... Josef sacó las joyas de su escondrijo cuando fue a buscar a Lisa y las trajo.

—Un momento, abuela —dijo Lisa—. Antes de pagar a esa gente el precio que exigen por su crimen, me parece que debemos asegurarnos de que Elsa sigue viva. Es muy fácil pedir y luego, una vez en posesión del botín, deshacerse de un testigo molesto..., suponiendo que no lo hayan hecho ya. Estamos tratando con personas para las que la vida humana no cuenta; un muerto más o menos no tiene importancia para ellos.

—¿Qué propones?

—Todavía no tengo ninguna idea, pero una cosa es cierta: no debemos decir nada a la policía. De todas formas, me parece que está un poco desbordada por el alcance del asunto y supongo que pedirá ayuda a Viena. Por cierto —añadió, volviéndose hacia Goloziény—, espero que, cuando usted regrese mañana a la capital como sin duda hará, también guarde silencio y no se precipite a recurrir a sus conocidos para movilizarlos.

El conde, ofendido, levantó el mentón hasta que la perilla formó un ángulo recto con su delgado cuello.

—¡No me tome por imbécil, Lisa! No haré nada que pueda perjudicarlas. Además, tengo intención de prolongar mi estancia aquí. La mera idea de dejarlas solas con un problema tan grave me hace cambiar de planes. Deseo cuidar de ustedes..., si me lo permiten —añadió, dirigiendo una mirada cordial a su prima.

Ésta respondió con una sonrisa un poco cansada pero afectuosa.

—Es muy amable —dijo—. Puede quedarse todo el tiempo que quiera, por supuesto. Su interés nos conmueve, a Lisa y a mí.

Si la joven parecía afectada por algún sentimiento, no era desde luego el agradecimiento y mucho menos la alegría, pero Goloziény le dedicó una sonrisa tan radiante como si acabara de aceptar casarse con él.

—Perfecto. En tal caso, quizá deberíamos abreviar la velada. Esta noche, todos estamos fatigados, y Lisa necesita descansar más que ninguno.

El mensaje estaba claro: «Nos echa a la calle —pensó Morosini—. Decididamente, le molestamos». Pero la condesa pareció aprobarlo levantándose de la mesa, y para que no hubiera lugar a dudas, dijo:

—Confieso que me siento cansada. Si les parece bien, caballeros —añadió dirigiéndose a sus invitados—, tomaremos un café y nos separaremos hasta mañana.

—Yo prescindiré del café, condesa —dijo Adalbert—. Bebo demasiado y, si tomo uno más, no dormiré.

Aldo, por su parte, pidió permiso para retirarse, pero mientras Adalbert,

adivinando que necesitaba un momento, alargaba la despedida pronunciando ante la señora Von Adlerstein y su primo un pequeño discurso sobre las fórmulas de cortesía que se empleaban en el antiguo Egipto, él salió con Lisa a la galería desde la que se accedía a los salones.

—¿Tiene posibilidad de dejar abierta una de las puertas de esta casa?

—Creo que sí..., la de las cocinas. ¿Por qué?

—¿Cuándo quedará todo sumido en el silencio y el sueño? ¿Dentro de una hora?

—Algo más. Yo diría dos. Pero ¿qué quiere hacer?

—Ya lo verá. Dentro de dos horas, nos reuniremos con usted en su habitación, y arrégleselas para conseguir una cuerda.

—¿En mi habitación? ¿Se ha vuelto loco?

—He dicho «nosotros», no «yo». No saque conclusiones equivocadas y confíe un poco en mí. Claro que, si prefiere esperar en la cocina, no seré yo quien se lo impida... ¡Adalbert! —dijo en voz alta sin transición—. Nuestra anfitriona necesita descansar, no escuchar una conferencia.

—Es verdad. Soy incorregible. Le pido disculpas, querida condesa.

Los tres personajes aparecieron en la galería casi inmediatamente y encontraron a Morosini solo, con un cigarrillo entre los dedos. Lisa se había desvanecido como un sueño.

Para estar seguro de que se iban, Goloziény los acompañó hasta el coche, y Adalbert, para complacerlo, arrancó haciendo todo el ruido posible.

—¿Has decidido algo? —preguntó, adentrándose en la oscuridad del parque.

—Sí. Volveremos dentro de dos horas. Lisa se encargará de que la puerta de la cocina no esté cerrada con llave.

—¿Y los perros? ¿Has pensado en ellos?

—Ella no los ha mencionado. A lo mejor no los dejan sueltos cuando hay invitados. De todas formas, tomaremos precauciones.

Éstas consistieron en un plato de carne fría que los dos amigos, con la excusa de que habían cenado muy mal, pidieron que les subieran a sus habitaciones, acompañado de una botella de vino para que resultara más verosímil. Gran parte de la botella desapareció en un lavabo. Una hora más tarde, después de haber cambiado el esmoquin por prendas más apropiadas para una expedición nocturna, salieron discretamente del hotel y fueron hasta la orilla del río, donde Aldo había aparcado su coche nuevo.

Lo dejaron en la arboleda donde anteriormente habían escondido el Amilcar y continuaron a pie, provistos cada uno de un paquete de carne metido en el bolsillo del abrigo.

No les hizo ninguna falta, pues los perros no aparecieron. En el pequeño castillo no había ninguna luz encendida. Aliviados, llegaron a la puerta de las cocinas

avanzando a paso prudente y silencioso, aunque no más que la hoja de madera, que se abrió sin emitir el menor chirrido al empujarla Morosini.

—Espero que me feliciten —dijo la voz amortiguada de Lisa—. Incluso me he tomado la molestia de engrasar los goznes.

Allí estaba la joven sentada en un taburete, tal como reveló la linterna sorda depositada sobre la mesa, a su lado, al abrir ella la portezuela. También se había cambiado de ropa; la falda de loden, el jersey de cuello alto y los zapatos deportivos resucitaron por un instante a la difunta Mina en la mente de Aldo.

—Buen trabajo —susurró éste—, pero ¿qué hace aquí? Todavía no está repuesta, y sólo necesitábamos que nos indicara cuál es el dormitorio de su amigo Alejandro.

—¿Qué quieren hacer? No irán... a matarlo —dijo Lisa, preocupada al percibir en la voz habitualmente cálida y un poco ronca de Morosini cierta resonancia metálica que anunciaba una decisión tajante.

La risa sofocada de Adalbert la tranquilizó.

—¿Por quién nos toma? No merece nada mejor, eso es indudable, pero sólo queremos raptarlo.

—¿Raptarlo? ¿Y adonde lo van a llevar?

—A un sitio tranquilo donde podamos interrogarlo lejos de oídos sensibles —dijo Aldo—. La verdad es que contábamos con usted para encontrarlo.

La joven se puso a reflexionar en voz alta, en absoluto impresionada por el plan de sus amigos:

—Tenemos la antigua guarnicionería, pero está demasiado cerca de la nueva y de los establos. Lo mejor será el cobertizo del jardinero. Pero más vale que les diga cuanto antes que Goloziény no está en su habitación.

—¿Dónde está, entonces?

—En algún lugar del parque. Tiene la manía de dar paseos nocturnos. Incluso en Viena, a veces sale a fumar un cigarro bajo los árboles del Ring. La abuela lo sabe y por eso nunca sueltan a los perros cuando él está aquí. Es una suerte que no se hayan topado con él al venir; podría haber pedido ayuda.

—No habría pedido nada de nada, y a mí me parece, por el contrario, que lo que es una suerte es que esté fuera.

—El parque es muy grande. No esperarán encontrarlo en plena noche...

Adalbert, que empezaba a tener sueño, bostezó sin contenerse antes de decir:

—Sin duda es porque está herida, pero su brillante inteligencia no acaba de comprender la situación. No vamos a ir detrás de él; vamos a esperarlo. ¿Tiene usted la cuerda?

Lisa la cogió de un banco contiguo y, sin responder al comentario, cerró la puerta de la cocina y condujo a los dos hombres a través de la oscura casa hasta el gran porche de entrada, en cuyas sombras fue fácil ocultarse.

—Es curiosa esta manía ambulatoria en un hombre de su edad —observó Vidal-Pellicorne—. Sobre todo cuando no hace un tiempo como para ponerse a soñar bajo

las estrellas.

—Más que curiosa, es práctica —masculló Aldo entre dientes—. Una buena manera de ponerse en contacto con sus cómplices... Pero... chissst... me ha parecido oírlo...

Alguien se acercaba a paso tranquilo, subrayado por el crujido de la grava. El punto rojo de un cigarro brilló antes de describir una graciosa curva cuando el fumador tiró la colilla. Al mismo tiempo, aceleró el paso, de modo que la silueta del paseante no tardó en recortarse contra la oscuridad en la entrada del porche. Allí era donde Aldo lo esperaba; su puño salió como una catapulta contra la barbilla de Goloziény, que se desplomó sin decir ni pío.

—Buen golpe —comentó Adalbert—. Ahora lo atamos y nos lo llevamos.

—No olviden amordazarlo —les aconsejó Lisa, ofreciendo un pañuelo estrujado en forma de bola y un fular.

Morosini rió quedamente mientras se ocupaba de Goloziény.

—Está avanzando por el camino del crimen, querida Lisa. Y ahora, si hace el favor de guiarnos...

Ella cogió la linterna que había tenido la precaución de llevar consigo, pero no la abrió.

—Por aquí. Pero les advierto que está bastante lejos y no puedo proporcionarles una camilla...

—Nos turnaremos para llevarlo —dijo Aldo cargando el cuerpo inerte sobre un hombro.

Tardaron diez minutos largos, relevándose, en llegar a un pequeño grupo de edificios bajos situados en el fondo del parque, protegidos bajo grandes árboles y que no se podían ver desde la casa debido a los arbustos plantados delante. Lisa abrió una puerta, liberó la luz de su linterna y penetró en un cobertizo bastante grande, lleno de numerosos y variados útiles de jardinería. Dejó la linterna sobre un banco de trabajo. Mientras tanto, Morosini descargó a Adalbert del fardo del que se había hecho cargo a medio camino y lo tendió sin excesivas precauciones sobre el suelo de tierra batida. El conde profirió un gemido... Había recobrado el conocimiento y lanzaba a uno y otro lado miradas furibundas.

Aldo se agachó a su lado y le puso delante de la cara el revólver que acababa de sacar del bolsillo.

—Como tenemos algunas preguntas que hacerle, vamos a devolverle la voz, pero le advierto que, si grita, no tendré más remedio que ponerme muy desagradable.

—De todas formas, «querido» Alejandro —dijo Lisa—, nadie lo oíría. De modo que mi consejo es que responda a estos caballeros con la mayor tranquilidad posible. Es el momento de demostrar sus aptitudes de diplomático. ¿Estamos de acuerdo entonces? ¿Nada de gritos?

El prisionero dijo que no con la cabeza.

Inmediatamente, Adalbert se arrodilló también, desató el fular y liberó la boca del

conde, mientras Aldo contemplaba no sin sorpresa este nuevo aspecto de su antigua colaboradora: Lisa parecía meterse con facilidad en la piel de una justiciera fría, decidida y tal vez implacable.

Golozieny tuvo la misma sensación, pues no sólo no gritó, sino que todo cuanto logró decir fue:

—Usted, Lisa..., ¿usted me trata como a un enemigo?

—Le trato como espero que sean tratados los que han secuestrado a Elsa Hulenberg y asesinado a sus sirvientes.

—¿Acaso yo formo parte de ellos?

—Si no es así —intervino Morosini—, explíquenos qué fue a hacer la noche del 6 al 7 de noviembre a la villa comprada por la señora Hulenberg, después de haber mantenido una entrevista que deseaba que fuera secreta en este castillo de Rudolfskrone

La mirada que el prisionero alzó hacia su acusador reflejaba un miedo sincero, pero sólo fue un destello. Casi inmediatamente, bajó de nuevo los pesados párpados arrugados.

—Pueden hacerme todas las preguntas que quieran. No pienso responder a ninguna.

9. En el cobertizo del jardinero

La declaración de Golozieny provocó un minuto de silencio que los demás protagonistas de la escena calibraron cada cual según su temperamento. El primero en reaccionar fue Adalbert:

—Una actitud muy digna, pero me extrañaría que lograra mantenerla mucho tiempo.

—No sé qué podría hacérmela cambiar.

—Enseguida lo verá. A mi amigo Morosini y a mí no nos gusta que las cosas se alarguen, y desde que tuvo la amabilidad de depositar un mensaje en el plato de la señora Von Adlerstein, hasta tenemos tendencia a ponernos nerviosos.

La protesta de Alejandro fue inmediata y furiosa:

—No he sido yo quien ha depositado el ultimátum.

—Como no quiere responder a nuestras preguntas, no le preguntaremos quién ha sido y, por lo tanto, daremos por cierto que es usted el autor de ese regalo envenenado. Al igual que también daremos por cierto que es usted uno de los autores del doble crimen de Hallstatt y del secuestro de una mujer inocente. Así pues, no tenemos ninguna razón para tratarle de otro modo que no sea como culpable, lo que le causará algunos sinsabores.

—¡Yo no he matado a nadie! ¿Quién creen que soy? ¿Un esbirro?

—Lo que es, acaban de decírselo —intervino Aldo, que había comprendido el juego de su amigo—. Así que conteste al menos a esta simple pregunta: ¿prefiere morir deprisa o lentamente? Como no puede sernos de ninguna utilidad y el tiempo apremia, yo voto por un final breve.

—¡Eh, un momento! —dijo Vidal-Pellicorne—. Dada la gravedad del caso del señor, yo me inclinaría más bien por algo un poco... elaborado. Sin llegar al descuartizamiento en diez mil pedazos empleado por los chinos, que exige varias horas, vería con bastantes buenos ojos un suplicio al estilo del de san Sebastián adaptado a los gustos actuales. Podríamos empezar por una bala en la rodilla, por ejemplo, después una en la cadera, una en el vientre... y así sucesivamente.

—¿Está loco? —dijo Golozieny—. Y usted, Lisa, ¿permite que ese hombre desbarre en su presencia sin intervenir? Si lo hace, tiene que ser porque está segura de que esos hombres no harán nada semejante... Además, el ruido de las detonaciones atraería gente —Lisa le dirigió una sonrisa cargada de malicia.

—En esta región se oyen disparos de escopeta noche y día. En cuanto a las amenazas de Adalbert, si yo fuera usted, me las tomaría en serio.

—¡Vamos! ¿Y qué adelantarían matándome? Eso no les devolvería a Elsa.

—No, pero liberaría al mundo de un hombre falso, codicioso y enormemente aburrido. Yo sólo vería ventajas —concluyó la joven.

—¡Pero si le digo que no he matado, herido ni secuestrado a nadie! Usted sabe lo mucho que la aprecio, Lisa. ¿Qué debo hacer para convencerla de que no soy

culpable?

—Decir la verdad. Yo deseo creer que no tiene las manos manchadas de sangre, pero quiero saber con todo detalle qué papel ha desempeñado en este triste asunto. ¡Y no intente mentir si quiere que siga dirigiéndole la palabra!

—Pero, Lisa, le juro...

—¡No jure! Y no olvide esto: si se niega a ayudarnos, suponiendo, cosa muy improbable, que le dejemos con vida, sepa que su situación se volverá insostenible. Mi padre, cuyo poder financiero conoce y del que sabe que mantiene buenas relaciones con nuestro gobierno, se encargaría de eso, ¿entendido?

Golozieny asintió con la cabeza y guardó silencio mientras, a todas luces, sopesaba las palabras que acababa de escuchar. La reflexión debió de resultar saludable, pues la mirada que alzó hacia Lisa reflejaba sumisión.

—Pregunten lo que quieran —dijo—. Contestaré.

—Una decisión muy sensata —aplaudió Morosini—. Gracias por su ayuda, Lisa. Bien, empecemos: ¿ha sido usted quien ha dejado la nota?

—Sí. Me la dieron esta tarde, mientras cazaba.

—¿Cuáles son exactamente sus relaciones con la señora Hulenber?

—Oigan, si tenemos que hablar, preferiría hacerlo sentado en uno de esos bancos. Detesto estar tumbado a sus pies como un perro.

Los dos hombres accedieron a su deseo y lo instalaron donde quería, pero sin desatarlo.

—Ya está —dijo Adalbert—. ¿Qué hay de la baronesa?

Alejandro, súbitamente incómodo, volvió la cabeza para evitar la mirada de Lisa, de pie frente a él.

—Es mi amante... desde hace tres o cuatro años. Como saben, fue la segunda esposa del padre putativo de Elsa y considera que las joyas de ésta deberían haber pasado a sus manos como heredera del difunto Hulenber. Se ha jurado recuperarlas.

—¿A costa de derramar sangre? —dijo Morosini con desprecio—. ¿Ya usted le ha parecido natural ayudarla en esa empresa criminal? ¿Qué le ha prometido? ¿Compartirlas con usted?

—Darme una parte. Poseen un enorme valor y, desgraciadamente, yo he perdido casi toda mi fortuna. Además, sólo podrían comprenderlo si la vieran. Es una... mujer muy bella, muy seductora, y confieso que me ha... hechizado.

Las carcajadas de Lisa sonaron en la habitación y distendieron un poco la atmósfera.

—Pero el sortilegio del que es cautivo no le impedía abrumarme con cumplidos... y correr detrás de mi dote. Eso es lo que se llama un sentimiento sincero.

—¡Por supuesto que lo es! Todos los hombres de nuestra clase han tenido amantes antes de enamorarse de una muchacha y proponerle matrimonio.

—Es usted un poco viejo para una muchacha —dijo Aldo—. Volvamos a nuestra bella amiga. Hemos visto en su casa a un hombre al que conozco muy bien y que, se

lo confieso, no entiendo qué pinta aquí. Se trata del conde Solmanski.

Una auténtica sorpresa unida a algo que parecía esperanza se pintó en las facciones tensas de Goloziény.

—¿Lo conoce?

Morosini se encogió de hombros y se guardó el arma, que ya no hacía ninguna falta.

—¿Quién puede presumir de conocer a un personaje de esa clase? Hemos coincidido con él demasiadas veces para nuestra paz interior, pero es curioso que siempre aparezca, como por casualidad, en los lugares donde hay joyas fabulosas y que siempre intente apoderarse de ellas utilizando los medios menos ortodoxos. Dicho esto, repito la pregunta: ¿qué hace en Ischl y en casa de la baronesa?

—¡Todo! ¡Lo hace todo! —dijo el prisionero con una rabia fruto sin duda del rencor acumulado—. Es el dueño y señor... Desde que ha llegado, Maria sólo lo escucha a él. El ordena, él decide, él... ejecuta. Los demás sólo pueden callar y obedecer.

—¿Qué curioso! —observó Adalbert—. ¿Y en calidad de qué? ¿De jefe de la banda? No habrá aparecido un buen día en casa de esa mujer proclamando su soberanía sin más ni más...

—No. Maria me había hablado en varias ocasiones de su hermano, pero no imaginaba que fuera así.

—¿Su hermano? —dijeron al unísono los dos hombres.

—Sí. Maria es polaca, pero durante muchos años no había mencionado a su familia. Por desavenencias, creo. Hasta que de pronto un día me habló de ella. Fue el año pasado, cuando se celebró ese juicio por la muerte de Eric Ferráis que causó tanto revuelo en Inglaterra. A Maria le afectó bastante, y fue entonces cuando me habló de su hermano...

—Y antes de casarse con Hulenberg, ¿se llamaba Maria Solmanska?

—Sí, supongo... ¿Cómo iba a llamarse si no?

Morosini y Vidal-Pellicorne intercambiaron una rápida mirada. Ellos sabían perfectamente que las cosas podían presentar un aspecto diferente, puesto que Solmanski no era polaco ni por asomo, sino ruso, y su verdadero apellido era Ortchakov. Había, pues, muchos motivos para pensar que los vínculos entre él y la baronesa —suponiendo que ésta fuera polaca— fueran de una naturaleza que no tenía nada que ver con la fraternidad. Lisa, por su parte, manifestó en ese momento su opinión personal:

—Tendré que preguntárselo a la abuela, pero yo nunca le he oído decir que la madrastra de Elsa fuese extranjera.

—Por el momento, eso es secundario. Lo importante es la propia Elsa. Hay que encontrarla, y deprisa. Supongo —añadió Morosini acercándose de nuevo al prisionero— que sabe dónde está.

Éste no contestó e incluso, en un gesto defensivo bastante pueril dadas las

circunstancias, apretó los dientes.

—¡Ah, no! —dijo Aldo, irritado, sacando el arma—. No iré a empezar otra vez... ¡O habla o le juro que no vacilaré en disparar!

—Un momento —intervino Adalbert—. Tengo que decirle una cosa. Después, haz lo que quieras. Si he entendido bien sus palabras, querido conde, no le tiene mucho cariño a Solmanski, ¿verdad? Yo incluso diría que le tiene miedo. ¿Sí o no?

El conde dirigió hacia él una mirada de desesperación.

—Sí, odio a ese hombre. De no ser por él, habríamos logrado nuestros fines sin que corriera la sangre, pero él es un bárbaro...

—Entonces, cambie de bando —propuso Lisa—. Todavía no es demasiado tarde. Díganos dónde tienen encerrada a Elsa, y cuando entreguemos a sus cómplices a la policía, nos olvidaremos de usted. Tendrá tiempo de escapar.

—¿Para ir adonde? —repuso él, recuperando la rabia anterior—. Habré perdido mi parte de las joyas y...

—Una parte que no tiene ninguna seguridad de que recibirá —lo interrumpió Aldo—. Solmanski no es amigo de compartir.

—Habré perdido también mi posición, puesto que tendré que huir.

—Quizá podamos arreglar eso —dijo Lisa—. En el peor de los casos, mi padre podría ofrecerle una compensación. Falta saber qué valor concede a su amante. Si la quiere, comprendo que sienta cierta angustia.

—¡Yo sólo la quiero a usted! Quería rehacer mi fortuna por usted. Piense lo que piense, me casaría sin dote si usted quisiera.

—¡Bravo! —aplaudió Adalbert—. ¡Eso son sentimientos, eso es amor puro! Bueno..., no del todo, si se consideran los medios empleados. Pero no nos desviemos de la cuestión: ¿dónde está la señorita Hulenberg?

—¡Vamos, hable! —ordenó Lisa al percibir una nueva vacilación—. Si no, le juro que antes de una hora estará en manos de la policía.

—Y no en muy buen estado —añadió Morosini, acercando a una rodilla de Goloziény el cañón del revólver. Su mirada implacable decía claramente que no bromeaba. El conde emitió una especie de gorgoteo y puso los ojos en blanco, pero su instinto le decía que no estaba tratando con asesinos y que quizá, si aguantaba...

Su última esperanza se desvaneció cuando, desde la puerta del cobertizo, una voz glacial ordenó:

—¡Dispare, príncipe! ¡Ese lamentable señor ya les ha hecho perder bastante tiempo!

Pese a la bata y al hecho de que se apoyaba con una mano en el bastón y con la otra en el brazo de Friedrich von Apfelgrüne, forrado de loden verde de la cabeza a los pies, la señora Von Adlerstein presentaba un notable parecido con la estatua del Comendador. Al reconocerla, Goloziény profirió un gemido de dolor. Si confiaba en conservar una posibilidad por ese lado, acababa de verla volatilizarse.

—¿Cómo es que estás aquí, abuela? —preguntó Lisa.

—Es a ti a quien habría que preguntarte eso, cariño. Deberías estar en la cama. En cuanto a nuestra común presencia —añadió, dirigiendo una mirada severa a su sobrino nieto—, se debe por completo al querido Fritz. Siguiendo su costumbre, ha llegado sin avisar y a una hora de lo más intempestiva. Para no dormir fuera, ha despertado a toda la casa, y ha sido entonces cuando he visto desde mi habitación que aquí había luz. Le he ordenado que me acompañara, y así es como hemos podido ser discretos testigos de una escena muy interesante. Por una vez, Fritz, tus tonterías han servido para algo.

—Gracias, tía Vivi. ¿Cómo estás, Lisa?

—De maravilla, como ves. Pero, si se nos interrumpe cada cinco minutos, no averiguaremos nunca dónde tienen escondida a Elsa.

Tras un breve saludo, Aldo ofreció su arma a la anciana dama:

—Después de todo, es su primo, condesa. Le corresponde a usted el honor.

La condesa ya estaba cogiendo el revólver con mano firme cuando Golozieny se rindió:

—Está en una casa cerca de Stobl, en Wolfgangsee, pero les aseguro que no es tratada como una prisionera. Incluso ha ido por voluntad propia...

—¿A quién pretende hacer creer eso? —dijo, indignado, Aldo—. ¿Por voluntad propia, pasando por encima de los cadáveres de sus allegados? ¿Acaso está loca de atar?

—No. Digamos que no tiene los pies en el suelo. Bastó decirle que su caballero la llamaba, que había mandado buscarla y que, en realidad, sus sirvientes sólo estaban allí para impedir que se reunieran.

—¿Y nadie se ocupa de ella?

—Por supuesto que sí. Hay una mujer a su servicio, y los dos sirvientes que Solmanski ha traído consigo la vigilan día y noche.

—Pero habrá visto que su amigo no ha aparecido —dijo la condesa—. ¿O es que ha encontrado a Rudiger y lo ha enrolado en su empresa criminal?

—Nos habría resultado muy difícil. Murió a consecuencia de las heridas poco después de acabar la guerra..., pero yo conocía su romance con Elsa mucho antes de que usted me lo contara. Rudiger era uno de los mejores agentes de Francisco José...

—¡Diga el Emperador cuando hable de él! —lo interrumpió la señora Von Adlerstein, que añadió con todo su desprecio—: No reconozco a un canalla como usted el derecho de llamarlo por su nombre. ¡Continúe! ¿De dónde venían las cartas que transmití a Elsa? ¡Y míreme, por favor! Cuando se ha engañado hasta ese extremo a la gente, hay que tener el valor de afrontar su mirada.

Muy lentamente, como si temiera ser fulminado cuando sus ojos encontraran los de su prima, fulgurantes, Golozieny levantó la cabeza.

—No me abrume, Valeria. Confesaré todo lo que quiera, sobre todo que era un instrumento en manos de Maria Hulenberg. Era... era yo el que escribía las cartas. No me resultaba difícil; había encontrado en la Cancillería algunas notas escritas por

Rudiger. Queríamos apoderarnos de Elsa para hacernos con sus joyas.

—Ella sólo llevaba el águila del ópalo.

—Sí, pero habríamos conseguido las otras con el medio que acabamos de emplear. Desgraciadamente, hasta ahora el secuestro ha fracasado. En la Ópera la atrapamos... y se nos escapó. En lo que a mí respecta, lo que debía hacer era averiguar dónde vivía, pero usted lo mantenía muy en secreto y no podíamos vigilarla todo el año.

—¡Y pensar que es de mi misma sangre y que confiaba en usted! —dijo la anciana, volviéndose con repugnancia.

Lisa se acercó a ella y la abrazó.

—Deberías volver a casa, abuela.

—Tú también. Pero antes quiero saber qué vamos a hacer con Alejandro. Lo mejor, creo yo, es llamar a la policía.

—No, eso no —dijo Aldo—. Sus cómplices deben ignorar que está en nuestras manos. Lo mejor sería dejarlo encerrado hasta que todo haya acabado. Para empezar, todavía tenemos que hacerle algunas preguntas, aunque sólo sea sobre el emplazamiento exacto de la casa. Lo que nos ha dicho me parece un poco vago...

—Yo ser capaz de encontrar —intervino Fritz—. Yo conocer zona a la admiración.

—¡Por el amor de Dios, Fritz, habla en alemán! —exclamó Lisa—. La situación ya es bastante difícil sin que haya que descifrar tu francés chapurreado.

—Como quieras —masculló el joven, decepcionado—, pero es verdad que conozco esta región como la palma de mi mano. Recuerda que mis padres tenían una casa aquí cuando yo era pequeño. Tú viniste varias veces.

No tuvo, efectivamente, ninguna dificultad en obtener una descripción del lugar que pareció llenarlo de satisfacción, pues iba a permitirle quedar bien delante de su amada.

—Sé exactamente dónde está —dijo, dedicando a su prima una sonrisa triunfal—. Podemos ir inmediatamente. No hay más de una decena de kilómetros.

Dada su situación, podían esperarse cualquier manifestación del prisionero salvo oírlo reír. Una risa, todo hay que decirlo, bastante cavernosa.

—Si van, se exponen a provocar una catástrofe. La casa está minada.

—¿Minada? —dijo Adalbert—. ¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo: si se acerca la policía, o unos visitantes demasiado curiosos, las personas que vigilan a su querida Elsa la harán saltar por los aires mediante una bomba con mecanismo de relojería que les dejará tiempo para huir por el lago.

El sentimiento de horror que se apoderó de todos se tradujo en un profundo silencio. Las dos mujeres miraban a aquel hombre emparentado con ellas con una especie de repulsión.

—¿Cómo es, entonces, que no nos lo han advertido en la petición de rescate?

—Se lo dirán, sin precisar el sitio, en el mensaje que recibirán mañana por la

noche..., o más bien esta noche.

—Mensaje que usted va a entregarnos, ¿no?

—Que yo estoy encargado de depositar, en efecto, después de haberlo recogido de cierto sitio. Creo que todavía van a necesitarme.

Su tono se había vuelto insolente, incluso burlón. El hombre estaba recobrando el aplomo, decidido a negociar lo que podía quedarle de futuro. Todos lo entendieron a la perfección, pero fue la anciana dama quien se encargó de contestarle.

—Usted verá en qué lado de las tostadas le queda un poco de mantequilla.

—Yo puedo asegurarle —dijo Morosini— que en el lado de sus amigos ya no queda ni rastro. Si es que la hubo alguna vez, teniendo en cuenta que Solmanski anda por medio.

—Mientras se decide —dijo Apfelgrüne bostezando de tal modo que parecía que se le iba a desencajar la mandíbula—, ¿es preciso que acabemos la noche aquí?

—No —decidió la condesa—. Vamos a llevar a este hombre al castillo, donde permanecerá bajo vigilancia hasta que termine este drama. Caballeros —añadió, volviéndose hacia el italiano y el francés—, me gustaría, si es posible, que se quedaran con nosotros. Puesto que todavía no podemos entregarlo a la policía, creo que su ayuda nos es indispensable.

Inclinándose y declarándose a su entera disposición, Aldo pensó que, si en alguna parte de Europa o en otro sitio necesitaban una reina, esa mujer podría desempeñar el papel mucho mejor que otra nacida sobre los peldaños de un trono. Desprendía ese fluido soberano que atrae la abnegación, hasta el punto que, en lo que respectaba a él, llegaba a olvidar el ópalo para pensar únicamente en complacer en todo a aquella grandísima dama. Adalbert debía de experimentar el mismo sentimiento, pues cuando se fue para ir al hotel, avisar de su ausencia y coger lo necesario para una breve estancia, susurró a su amigo:

—Ésta será una noche señalada en mi vida. Tengo la impresión de haber cambiado de siglo y de encontrarme en la piel de un paladín de los tiempos antiguos. Me vería bastante bien con armadura plateada, cabalgando en un blanco corcel y empuñando una espada reluciente. Tenemos que liberar a una princesa cautiva... y perder toda posibilidad de recuperar el ópalo, pero curiosamente eso me da igual.

A la mañana siguiente, Morosini, a pesar del horrible tiempo que hacía desde las cuatro de la madrugada, decidió ir a localizar la casa que Fritz afirmaba poder identificar. Un auténtico diluvio inundaba el paisaje, emborronando formas y colores, circunstancia que iba a permitir que su pequeño Fiat gris con la capota levantada pasara inadvertido. Al igual que sus pasajeros: Fritz y él, vestidos con prendas de piel, con la cabeza cubierta y gafas, estaban irreconocibles.

—Intente abrir bien los ojos —recomendó Aldo a su compañero—, porque sólo pasaremos una vez por la carretera. He localizado un camino con algunos baches, pero que nos permitirá regresar bastante directos.

Encantado en su fuero interno de la atmósfera tensa y misteriosa que reinaba en

Rudolfskrone, y todavía más de compartirla con Lisa, el joven aseguró que no le hacía falta más. Y en efecto, pasado Strobl, señaló sin vacilar un edificio parcialmente construido sobre pilotes y situado en el comienzo de la punta de Pürglstein.

—¡Mire, ahí está! Es imposible equivocarse. Esa barraca fue construida hace tiempo por un apasionado de la pesca que se habría instalado en medio del lago si se hubiese atrevido.

—Hay que reconocer que también tenía buen gusto. Escogió uno de los rincones más bonitos del lago, que no son pocos.

El lago de Saint-Wolfgang es quizás el más amable de los que se encuentran en el interior de Salzburgo y, pese a las ráfagas de lluvia que obligaban a Aldo a sacar con regularidad un brazo para limpiar el parabrisas, su encanto permanecía intacto. En cuanto a la casa parda y achaparrada, con los pies metidos en el agua y el trasero apoyado en medio de las margaritas otoñales y de los pequeños crisantemos amarillos, era de las que daban ganas de pararse un momento.

—Curioso lugar para tener a alguien encerrado —pensó Morosini en voz alta—. Uno se esperaría algo menos amable. Yo habría creído más bien que la baronesa la metería en su bodega.

Entonces pudo constatar que a veces Fritz razonaba correctamente:

—Si también hay que poner una bomba, es preferible irse un poco más lejos. Además, esto está aislado y no debe de ser posible acercarse a la casa sin ser visto. No hay ni un arbusto en el jardín.

—Tiene toda la razón; no sé cómo no se me ha ocurrido. Debo de estar empezando a envejecer.

—Ah, desgraciadamente, eso no tiene remedio —dijo el joven con una convicción que le habría valido una mirada de odio si a Morosini no le hubiera sido imposible apartar los ojos de aquella carretera sinuosa, resbaladiza y llena de baches.

—Volvamos —gruñó éste—. Tenemos que ver si hay noticias.

Las había.

El sistema de correspondencia empleado por Goloziény y sus cómplices era sencillísimo y se remontaba a la noche de los tiempos: un hueco en un árbol en la linde del parque, donde resultaba de lo más fácil dejar una nota o cogerla. El diplomático había encontrado la nota depositada allí cuando salió a cazar, y por la noche, durante su paseo nocturno, había anunciado a sus cómplices que las cosas iban sobre ruedas, sin imaginar ni por un instante el nubarrón que estaba a punto de estallar sobre su cabeza.

Como no podían dejarlo ir de aquí para allá por el parque con una escopeta al hombro, Adalbert se puso su traje de caza, se caló hasta las cejas el sombrero adornado con un penacho y se levantó el cuello, sujeto con una bufanda, del amplio loden impermeable que envolvía el conjunto. Lloviendo como llovía, era poco probable que alguien se tomara la molestia de observar sus movimientos, pero

siempre era aconsejable tomar las máximas precauciones. Lisa, que conocía el árbol en cuestión desde su infancia, le sirvió de guía, vestida de chico e interpretando el papel de sirviente encargado de llevar las escopetas.

La expedición fue breve. No vieron ni un alma, encontraron lo que habían ido a buscar y, como la lluvia arreciaba, se apresuraron a regresar al castillo como si fueran cazadores desanimados por el mal tiempo.

El mensaje, destinado a ser depositado en el secreter de la señora Von Adlerstein, era un poco más explícito que el primero y contenía, además de la cita esperada, una sorpresa: era Goloziény quien debía ir, acompañando a su prima Valeria, a llevar el rescate, a cambio del cual devolverían a Elsa a su protectora. Este último detalle tuvo la virtud de poner a Aldo fuera de sí.

—¡Es increíble! ¡Y cómodo! Si no hubiéramos desenmascarado a Alejandro, esa gente apostaba sobre seguro. Recuperaban a su cómplice y no tenían más que irse tranquilamente a repartir entre ellos el botín. Sin contar con que quizá pidieran un rescate para devolver al inefable primo, convertido en rehén.

—No se deje llevar por su imaginación italiana, querido príncipe —dijo la anciana dama—. Para este desgraciado era mucho más provechoso continuar interpretando el papel de pariente afectuoso, puesto que acariciaba la idea de casarse algún día con Lisa.

—Está totalmente descartado que vayas sola con él, abuela —intervino ésta—, porque, sabiendo la fortuna que mi padre y yo estaríamos dispuestos a pagar por tu liberación, quizá fuese a ti a quien secuestraran.

—Tranquila, no iré sola —dijo Morosini—. Puesto que la cita es a unos kilómetros de aquí, habrá que ir en coche, y su limusina me parece el vehículo más indicado porque me permitiría ir escondido.

—¿Y y o? —protestó Adalbert—. ¿Qué hago y o? ¿Me voy a la cama?

—No me olvide tampoco a mí —dijo Fritz.

—No olvido a nadie. Creo que somos suficientes para salvar a la señorita Hulenberg y sus joyas al tiempo que ponemos fin a las actividades de un verdadero bandido. Si he entendido bien, el lugar escogido para el intercambio está cerca del lago de Saint-Wolfgang, es decir, no muy lejos de la casa que hemos localizado hace un rato.

—Exacto —dijo Lisa—. Como ignoran que nosotros sabemos dónde tienen escondida a Elsa, prefieren que no sea ni cerca de la villa de la baronesa ni de la nuestra. Además, suponiendo que surja alguna complicación, el lago permite escapar hacia uno u otro lado, o incluso en barca...

—No le den más vueltas —dijo la señora Von Adlerstein—. Puesto que nos devuelven a Elsa, lo mejor es obedecer.

Una gran lasitud se leía en su semblante, hasta el punto de que Lisa propuso hacerse pasar por ella para evitarle la última prueba que tendría que afrontar esa noche, pero ella se negó.

—No tenemos la misma silueta, cielo. Tú eres mucho más alta. Voy a descansar un poco y espero poder interpretar dignamente mi papel en esta espantosa obra. Ante todo, hay que salvar a Elsa... a cualquier precio. Aunque tenga que quedarse sin las joyas. Más vale perder eso que la vida, y tal vez así la dejen por fin tranquila. Tenga eso muy presente, príncipe, y no corra riesgos innecesarios.

—¿Tranquila? Abuela, ¿tú crees que lo estará cuando se entere de que Franz Rudiger está muerto?

—Lo creyó durante mucho tiempo. De todos modos, haremos lo posible por ocultárselo. Supongo —añadió la anciana con una amarga tristeza— que de ahora en adelante podrá ir a escuchar el *Rosenkavalier* sin correr peligro.

Morosini pensó que todavía faltaba mucho para eso.

Por la tarde, el jefe de la policía de Salzburgo se presentó en el castillo con la esperanza de hacer avanzar una investigación que sus subordinados no sabían por dónde coger a causa del secreto absoluto en el que debía llevarse a cabo. A petición del burgomaestre de Hallstatt primero, y de la señora Von Adlerstein después, la prensa había sido mantenida al margen, y como en el pueblo nadie había visto nada, a todo el mundo le parecía más prudente no decir nada..., suponiendo que hubiera algo que decir.

Así pues, las esperanzas del alto funcionario se hallaban depositadas en Lisa, testigo privilegiado. La joven lo recibió en el saloncito de su abuela, tendida en la *chaise longue*, con una manta sobre las piernas y cara doliente, pero el policía no pudo sacarle gran cosa. Se encontraba mejor, desde luego, pero no podía sino repetir lo que ya había dicho: mientras pasaba unos días en casa de una amiga de su abuela que vivía muy apartada del mundo, se había encontrado con la terrible sorpresa de ver la casa tomada por unos hombres armados y enmascarados, que habían matado a los sirvientes de *Fraulein* Staubing y raptado a ésta, después de haberla dado a ella por muerta. Semejante aventura sobrepasaba su entendimiento y no lograba comprender cuál podía ser la causa de una agresión tan brutal como inesperada.

—Esa gente vino a robar, pero ¿por qué han secuestrado a esa pobre mujer? —dijo entre lágrimas, a modo de conclusión.

—Seguramente lo han hecho con la esperanza de obtener un rescate, puesto que al parecer esa mujer es rica. ¿No han recibido ninguna noticia?

—Ninguna. Mi abuela se lo confirmará. Aunque tampoco se encuentra bien y le rogaría que no interrumpiera ahora su descanso. Ni ella ni yo sabemos absolutamente nada. Las dos estamos desconsoladas, *Herr* Polizeidirektor, y muy preocupadas.

—No tienen por qué, teniéndome a mí aquí —afirmó el hombre, que medía lo mismo de ancho que de largo. Sacaba pecho, encantado de operar entre la alta aristocracia. Lisa temía que apostara hombres en todos los rincones de la casa, pero se limitó a darle su tarjeta de visita, en el que figuraba su número de teléfono particular, recomendándole que no dudara en llamarlo si se producía el menor acontecimiento. No obstante, la joven sintió un verdadero alivio cuando lo vio

marcharse.

Eran más de las once de la noche cuando el Mercedes de la condesa, conducido por un Goloziény más muerto que vivo, salió de Rudolfskrone sumido en la oscuridad. Aprovechando que a última hora de la tarde se había levantado un fuerte viento, la señora Von Adlerstein había ordenado que todas las luces quedaran apagadas cuando los criados se hubieran retirado.

Poco después, al volante del Fiat de Aldo, Adalbert salió también en compañía de Fritz. Los dos iban a situarse en el lugar que habían considerado más adecuado, después de haberlo debatido ampliamente con Morosini antes de cenar. Tan sólo Lisa se quedaba en casa, de muy mala gana, bajo la protección de Josef. Una sorprendente sensatez obtenida no sin dificultad: Aldo había tenido que desplegar toda su elocuencia para convencerla de que permaneciera al margen, y ante la inquietud que manifestaba, Lisa había acabado por ceder.

—Necesito tener la mente clara, y no podré tenerla si debo preocuparme por usted. Apiádese de mí, Lisa —suplicó, sin esperanzas de ver borrarse el frunce de terquedad de su frente y las nubes de su mirada borrascosa—, y comprenda que todavía no se encuentra en condiciones de correr una aventura tan peligrosa.

Ella cedió de repente, pero él no imaginó que su mano firme y cálida apoyada en ese instante en el hombro de la joven acababa de convencerla mucho más que un largo discurso.

El punto de encuentro se hallaba en la linde del bosque: una encrucijada de caminos, señalada con una de esas pequeñas capillas aisladas que suele haber en las zonas montañosas, un poste de madera clavado en el suelo, con un tejadillo que protege una imagen santa o un crucifijo. Allí había una imagen de san José, patrón de Austria, dominando un vasto paisaje. El lugar, apartado de toda vivienda, estaba desierto.

El gran coche negro se detuvo. Apagaron los faros, que habían encendido al llegar a la carretera.

Goloziény apartó las manos del volante, se quitó los guantes y se puso a frotarse los dedos, helados, sin conseguir que dejaran de temblar. El silencio y la noche lo rodeaban ahora, sin aportarle la menor calma. ¿Cómo olvidar a la anciana dama vestida de negro que ocupaba el asiento trasero, tan erguida y orgullosa como si fuera a una recepción de la Corte? ¿Cómo olvidar sobre todo que, bajo la manta extendida sobre sus rodillas, el príncipe Morosini estaba agazapado a sus pies, armado hasta los dientes y dispuesto a disparar contra él, Alejandro, en cuanto hiciera el menor gesto sospechoso, en cuanto dijera una sola palabra?

Era la primera vez que se sentía cansado y viejo. Sabía que, cuando saliera el sol, no quedaría nada de sus esperanzas de fortuna, durante tanto tiempo acariciadas.

Notó movimientos detrás de su asiento. El italiano debía de haberse incorporado

para echar un vistazo a los alrededores. La voz amortiguada de Valeria murmuró:

—Yo no veo nada. ¿Es el lugar indicado?

—Sí —oyó responder—, pero hemos llegado un poco pronto.

Bajó una de las ventanillas para dejar entrar el aire frío de la noche e intentar distinguir el ruido de un motor, pero sólo oyó el ladrido lejano de un perro y luego la voz de Morosini:

—Ya son las once y media. ¿Cómo es que todavía no están aquí?

Acababa de hablar cuando una linterna se encendió bajo los árboles a unos cincuenta metros, se apagó y volvió a encenderse.

Esos breves destellos atrajeron la atención de los que esperaban, lo que les impidió ver salir de detrás del parapeto en el que se apoyaba el oratorio a dos personajes. Cuando se percataron de su presencia, ya estaban delante de la capilla.

Había un hombre alto y una mujer cuya silueta a Morosini le pareció familiar: su porte y sus largas ropas eran las del fantasma que había visto en el panteón de los capuchinos, en Viena.

—¡Mire! —dijo la condesa—. Están ahí..., y ésa es Elsa. ¡Vamos, Alejandro!

Abrió la portezuela y bajó por el lado menos visible del coche, lo que permitió a Aldo deslizarse, oculto por su falda, hasta el suelo. Sin cerrar, avanzó hasta situarse delante del radiador mientras Golozieny, después de haber cogido una bolsa de viaje que tenía al lado, iba a reunirse con ella.

—¡Bien! ¡Aquí estamos! —gritó la anciana—. ¿Qué tenemos que hacer?

Una voz de hombre con acento extranjero que Morosini creyó reconocer como la de Solmanski le respondió:

—Quédese donde está, condesa. Teniendo en cuenta que se habría jugado la vida si hubiera avisado a la policía, sólo hemos exigido su presencia como garantía. Puede subir al coche...

—¡No sin la señorita Hulenbergl Nosotros traemos lo que nos ha pedido. Devuélvanosla.

—Dentro de un momento. ¡Acérquese, conde Golozieny! ¡Venga hasta aquí!

—Cuidado —susurró Aldo—. Sabe lo que le espera si decide unirse a ellos. Y yo tengo una vista de lince, así que no fallaré.

Golozieny respondió con un encogimiento de hombros lleno de lasitud y, tras dirigir una mirada angustiada a su prima, echó a andar lentamente, arrastrando un poco los pies. Morosini pensó que parecía que fuese al cadalso y casi lamentó su última amenaza. Golozieny era un hombre acabado.

El emisario tenía que dar unos treinta pasos para llegar a donde estaba la pareja. El desconocido sujetaba a su compañera por debajo de los brazos, como si temiera que se desplomase o que se escapara. En cualquier caso, ella no se movía.

—¡Pobre Elsa! —murmuró la condesa—. ¡Qué trago!

Golozieny llegó ante el secuestrador y de repente se produjo el drama. Solmanski soltó a la mujer y, al tiempo que le tendía la bolsa de las joyas, sacó una pistola y

disparó a quemarropa contra el diplomático. El desdichado se desplomó sin proferir un grito mientras su asesino se reunía con la mujer, que se había refugiado detrás de un alto terraplén. Entonces se oyó una risa burlona.

Morosini tardó en darse cuenta de que el coche de los bandidos estaba mucho más cerca de lo que imaginaba y, sin perder un segundo, echó a correr empuñando el arma, pero al llegar tras el parapeto herboso recibió en plena cara el doble haz luminoso de unos potentes faros. Al mismo tiempo, el automóvil salió disparado y él tuvo que echarse hacia atrás para que no lo atropellara. Se levantó de un salto y disparó, pero el automóvil ya había alcanzado la carretera y se perdía de vista. Lo único que se podía hacer era intentar perseguirlo con el coche de la condesa. Sin embargo, cuando regresó hacia el pequeño monumento votivo, encontró a ésta arrodillada junto a su primo, tratando de reanimarlo.

—Es inútil, condesa, está muerto —dijo Morosini, que se había agachado para examinarlo—. Ya no se puede hacer nada por él salvo atrapar a su asesino.

—Pero no podemos dejarlo aquí...

—Eso es justo lo que tenemos que hacer. La policía debe encontrarlo donde ha caído. Jamás hay que tocar el cadáver de una persona asesinada.

Sin querer escuchar ninguna objeción más, la condujo hasta la limusina, la hizo subir y arrancó.

—Nos llevan demasiada ventaja. No... no conseguirá darles alcance —dijo la anciana dama, con la respiración entrecortada a causa de la emoción.

—¿Por qué no? Adalbert y Friedrich estarán esperándolos en el cruce con la carretera de Ischl a Salzburgo. En cualquier caso, Elsa ha cambiado de opinión sin pensárselo dos veces. ¡Curiosa forma de recuperar sus joyas! Si cree que se las van a dejar...

—Esa mujer no era ella. Me he dado cuenta cuando la he oído reír. Seguramente la baronesa Hulenberg se ha hecho pasar por ella.

—¿Está segura?

—Totalmente. Había uno o dos detalles en los que no me había fijado, pero que... ¡Dios mío! ¿Dónde estará?

—¿Dónde quiere que esté? En la casa del... ¡Cielo santo! ¿Hay algún atajo para llegar al lago?

Una idea horrible acababa de acudir a la mente de Morosini, tan espantosa que éste hizo un movimiento brusco que estuvo a punto de ser el último. El coche, que iba a toda velocidad, dio un bandazo y poco faltó para que se saliera de la carretera en la curva siguiente. La pasajera, sin embargo, no gritó. Su voz sólo sonó un poco quebrada cuando dijo:

—Sí... Encontrará... a mano derecha un camino de tierra con una barrera rota. Lleva hasta un poco más arriba de Strobl, pero dista mucho de ser bueno.

—Creo que podrá soportarlo —dijo Aldo con una imperceptible sonrisa burlona—. He estado a punto de matarla y no ha rechistado. ¡Tiene usted agallas, condesa!

Lo que siguió fue como una pesadilla y demostró la solidez del automóvil, lanzado por lo que parecía un camino de cabras. Brincando, saltando, dando tumbos, zarandeando a sus ocupantes como si fueran un ciruelo en agosto, avanzó dando unos botes que lo emparentaban con un caballo de rodeo y aterrizó en la pequeña carretera del lago, donde Morosini apretó todavía más el acelerador. El pináculo que coronaba la casa a la que quería llegar ya estaba a la vista.

Un minuto más tarde, detuvo el vehículo a cierta distancia del jardín salvaje y salió apresuradamente mientras gritaba a su compañera:

—¡No se mueva de aquí! ¿Entendido?

No se veía ninguna luz en las ventanas, pero el hecho de que la puerta, movida por las ráfagas de viento, estuviera abierta de par en par indicaba que la casa había sido abandonada precipitadamente, y Aldo temía saber la razón. Sin embargo, no dudó ni un segundo; hizo una rápida señal de la cruz y se abalanzó hacia el interior.

El tic-tac que oyó, amplificado por el miedo, se le metió en los oídos.

—¡Elsa! —llamó—. ¡Elsa! ¿Está aquí?

Un débil gemido le respondió. Guiándose por el sonido, avanzó entre las tinieblas —no había electricidad— hasta que tropezó con algo blando y estuvo a punto de caer encima. Había encontrado lo que buscaba. Solmanski y su banda no sólo habían matado a Goloziény, sino condenado también a la inocente a una muerte horrible.

—No tema. He venido a buscarla.

Sus manos palpaban un bulto alargado, hecho de mantas enrolladas y atadas de manera que a la persona que había dentro le resultara imposible levantarse e incluso ir arrastrándose hacia la puerta. Aldo llevaba un cuchillo, pero el mecanismo de relojería seguía sonando y temía perder demasiado tiempo. Así pues, tiró del bulto hasta la entrada, una vez allí lo levantó del suelo haciendo un gran esfuerzo —Elsa era alta y pesaba lo suyo— y consiguió ponérselo al hombro. Finalmente, salió, pero por un momento creyó que no lograría ir más lejos; el corazón se le salía del pecho y sentía que se ahogaba, pero el tiempo seguía apremiando. Se agarró un momento a las ramas de un seto para recuperar la respiración y, después de inspirar hondo una o dos veces, echó a andar en línea recta sin pensar en otra cosa que no fuera alejarse lo más rápidamente posible de la casa y llegar al coche, cuya silueta veía a una distancia que le pareció enorme.

Pensó que no lo conseguiría, pero de pronto vio una roca que no estaba a más de una veintena de metros. Tenía que llegar hasta allí, refugiarse detrás y desatar a la desdichada, que quizás estaba ahogándose. Sacó fuerzas de flaqueza y, apretando los dientes y tensando todos los músculos, echó a correr, subió una corta pendiente cuya hierba mojada le hizo resbalar, se agarró a un puñado de gramíneas, tiró, empujó y consiguió dejarse caer detrás de la roca con su compañera. Pensó que ésta debía de estar desvanecida, pues había permanecido inerte durante el penoso recorrido a través del jardín.

Para liberarla de las mantas que la envolvían, sacó el cuchillo y se puso a cortar

las ataduras. Justo en el momento en que éstas cedieron, una violenta explosión desgarró la noche e instintivamente Aldo se arrojó encima de la mujer a fin de protegerla mejor. El cielo se incendió, se volvió rojo como en una de esas puestas de sol que anuncian viento. Morosini alargó el cuello para ver por encima de la roca: la casa había desaparecido; en su lugar, un enorme surtidor de llamas y chispas parecía brotar de las aguas del lago.

Casi inmediatamente, oyó una voz angustiada llamándolo. La condesa debía de creerlos muertos.

—¡Estamos bien! —gritó él—. ¡No tema! ¡Ahora la llevo!

La cabeza, cuyos largos cabellos se deslizaban entre las manos de Aldo, ya estaba libre. El reflejo del incendio permitió a su salvador distinguir los finos y delicados rasgos de una mujer de unos cuarenta años. Unos rasgos de una gran belleza, cuyo parecido con la emperatriz Isabel lo confundió, aunque al mismo tiempo comprendió por qué Elsa sólo aparecía con el rostro cubierto: un solo lado de su rostro estaba intacto; en el otro tenía una larga cicatriz que iba desde la comisura de los labios hasta la sien. Aldo recordó entonces que no era la primera vez que escapaba de un incendio.

De pronto, Elsa abrió los ojos: dos lagos de sombra que una súbita alegría hizo brillar.

—Franz... —murmuró—. ¡Por fin has venido!... Sabía que volveríamos a vernos...

Tendió las manos e intentó incorporarse, pero ese esfuerzo sobrepasó las pocas fuerzas que le quedaban, porque se desvaneció de nuevo.

—¡Vaya por Dios! —masculló Morosini—. ¡Sólo nos faltaba esto!

Afortunadamente, estaba recobrándose de su breve desfallecimiento. Había recuperado las fuerzas y, como valía más no eternizarse, recogió su fardo y acabó de subir hasta la carretera, donde la señora Von Adlerstein salió a su encuentro.

—¿La tiene? ¡Gracias, Dios mío! ¡Pero ha corrido usted un riesgo enorme!

—Creo que lo he conseguido gracias a sus oraciones, condesa. Ahora, si tuviera la bondad de ir a abrir la puerta del coche, me sería de gran ayuda. ¡Jamás habría pensado que una heroína de novela pudiera pesar tanto!

La anciana dama se apresuró a obedecer, no del todo tranquila todavía.

—¿No le han hecho daño? ¿Cree que está bien?

—Todo lo bien posible, por lo que he podido ver —suspiró Aldo, depositando a la mujer desmayada en el asiento trasero—. Por lo menos en el aspecto físico. El mental me preocupa más.

—¿Por qué?

—Me ha llamado Franz. ¿Acaso me parezco a ese mítico Rudiger?

La condesa, sorprendida, miró a su compañero más atentamente.

—Era alto y moreno, como usted, pero en lo demás no veo ningún parecido. Además, él llevaba bigote... No, la verdad es que no se le parece en nada. En cualquier caso, él era menos atractivo que usted.

—Es usted muy amable, pero, si no le importa, hablaremos de eso más tarde. Ya va siendo hora de que la lleve a casa.

—Y de que avisemos a la policía. ¡Sabe Dios cómo van a tomarse que hayamos tardado tanto en informarlos!

Morosini la ayudó a sentarse y a arreglar los pliegues de su largo vestido. No contestó enseguida, sino que esperó a estar al volante para decir:

—Creo que el hombre de Salzburgo ya sabe algo.

La primera reacción de ella fue de indignación.

—¿Cómo se ha atrevido? Ha sido una imprudencia...

—No. Era una precaución que más valía tomar y que habrá permitido, espero, arrestar a la banda de asesinos.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Muy sencillo. Cuando el hombre de Salzburgo...

—Se llama Schindler.

—Bien, pues cuando ese tal Schindler se marchó de Rudolfskrone tras su entrevista con Lisa, se encontró con Adalbert... Pero tranquilícese, es un hombre más inteligente de lo que parece. Ya se había dado cuenta de que le estaban haciendo a usted chantaje. Su papel ha debido de reducirse a interceptar la carretera de Salzburgo, mientras que Adalbert y Fritz se ocupaban de la de vuelta a Ischl. Naturalmente, Vidal-Pellicorne no ha hecho la menor alusión al papel desempeñado por el conde Goloziény. Ahora está muerto y saldrá indemne de la aventura.

—¿Usted cree que, si los han pillado, sus cómplices no lo denunciarán?

—¿Cómo explicar, entonces, que les haya parecido oportuno matarlo sin dar ninguna explicación? Su situación va a ser delicada, sobre todo si añadimos la explosión de la casa.

Precisamente a causa de la explosión, Aldo se vio obligado a aminorar la marcha. Acudía gente de las granjas más cercanas, así como de Strobl, de donde llegaba un coche de bomberos haciendo sonar frenéticamente la campana.

En las inmediaciones de Ischl, encontraron una aglomeración formada por el Fiat, sus ocupantes y el coche del director Schindler más dos o tres policías. Al ver llegar a Morosini, Adalbert se precipitó hacia él, furioso:

—¡No hemos podido echarles el guante! ¡Nos han dado el esquinazo!

—¿Cómo es posible? ¿Nadie ha podido cerrarles el paso a esos miserables?

—No, ni nosotros ni la policía. Es para echarse a llorar...

—Sobre todo es increíble. ¿No han visto a nadie?

—Sí, hemos visto a la baronesa Hulenberg regresar de una cena en Saint-Wolfgang acompañada de su chófer. Se ha mostrado muy amable; hasta nos ha permitido registrar su coche, donde, por descontado, no hemos encontrado nada y

desde luego ni una sola joya.

—Tal como están las cosas en este momento —intervino Schindler—, no tenemos nada contra ella y no hemos tenido más remedio que dejarla irse a su casa.

—¿Y qué ha sido del tercer criminal, el que hace media hora mató fríamente al conde Goloziény cuando éste acababa de entregarle las joyas? Haría bien en ir a echar un vistazo por allí arriba, *Herr Polizeidirektor*, en el cruce de San José. Hay un cadáver reciente...

El policía se apartó para dar unas órdenes mientras Aldo proseguía con amargura:

—El tercero era Solmanski, estoy seguro. Debe de andar por estos parajes con la bolsa de las joyas. Su amiga ha debido de dejarlo en un lugar tranquilo.

—Es posible que haya seguido la vía del tren que discurre junto al Wolfgangsee y cruza dos túneles antes de llegar a Ischl —dijo Schindler, que lo había oído—. El del Kalvarienberg mide 670 metros. Voy a registrarlo, aunque no tengo muchas esperanzas. Ha podido permanecer un rato escondido ahí y luego seguir a nado. Si es deportista...

—Es un hombre de unos cincuenta años, pero yo diría que está en forma. No obstante, debería interrogar a la baronesa, puesto que al parecer es su hermana. A todo esto —añadió Morosini en un tono acerbo—, ninguno de ustedes parece preocupado por la rehén.

—Por lo que veo, la han devuelto —dijo Adalbert dirigiendo un saludo a la condesa, sentada en la parte trasera del coche sosteniendo a Elsa, que parecía dormida.

—¡No ha sido tan fácil como crees! Por cierto, *Herr Schindler*, ¿no ha oído una explosión hace un rato?

—Sí, ya he enviado a alguien. ¿Era por la parte de Strobl?

—Era la casa en la que tenían prisionera a esa desdichada mujer. Gracias a Dios, hemos podido sacarla a tiempo. Caballeros, si no les importa, voy a llevar a la señora Yon Adlerstein y a su protegida a Rudolfskrone.

Tanto la una como la otra necesitan descansar, y además, Lisa debe de estar muy preocupada.

—Vayan, vayan. Nos veremos más tarde. Pero necesitaría una descripción minuciosa de ese tal Solmanski.

—El señor Vidal-Pellicorne le dará una muy precisa. Y a lo mejor la baronesa tiene una fotografía suya.

—Me extrañaría —dijo Adalbert—. Un hombre al que busca Scotland Yard no creo que deje que su cara decore los salones.

Morosini se marchó y al cabo de unos minutos el coche llegó al castillo, que esta vez estaba iluminado como para una fiesta. Lisa, envuelta en una gran capa verde, caminaba arriba y abajo delante de la casa. Parecía muy tranquila; sin embargo, cuando Aldo se detuvo y bajó, se arrojó en sus brazos llorando.

10. Una entrevista y un entierro

Adalbert empujó su taza de café, encendió un cigarrillo y apoyó los codos después de haberse apartado el mechón rebelde con un gesto maquinal.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pensar —contestó Aldo.

—Hasta el momento, eso no nos ha llevado muy lejos.

Los dos compañeros habían regresado al hotel de madrugada. Su presencia en Rudolfskrone, adonde la señora Von Adlerstein había conseguido que trasladaran el cuerpo de su primo después de la autopsia, ya estaba fuera de lugar y quizás hubiera sido una molestia. Estaba también Elsa, cuyo estado nervioso necesitaba cuidados atentos antes de que pudiera responder a las preguntas del comisario Schindler.

Aldo hizo una seña a un camarero para que le sirviera otro café y, mientras esperaba, encendió también un cigarrillo.

—No —dijo—, y es una lástima. Lo lógico sería que fuéramos tras Solmanski, pero siempre y cuando supiéramos qué dirección ha tomado.

Hasta el momento no habían encontrado ni al conde ni las joyas, y el hecho de que el ópalo estuviera en manos del peor enemigo de Simon Aronov era lo que más les preocupaba.

—Podemos esperar un poco —dijo Adalbert, exhalando una larga voluta de humo azulado—. Schindler nos está agradecido por haberlo avisado. Quizás obtengamos algo de su investigación.

—Quizá.

Aldo no confiaba mucho en eso. Tenía la moral por los suelos. Aunque había tenido la suerte de salvar a Elsa, experimentaba una dolorosa sensación de fracaso. El Cojo le había puesto prácticamente en las manos la gema que buscaba; se la había señalado confiando en que él la consiguiera, y él había sido incapaz de hacerlo. Peor aún: quizá las indagaciones de Vidal-Pellicorne y él mismo en Hallstatt habían indicado a los asesinos el camino de la casa del lago. Esa idea le resultaba insoportable. Pero ¿cómo iba a saber que Solmanski ya estaba metido de lleno en el asunto? ¡Y a través de su hermana, nada menos! Ese hombre era el diablo en persona.

—No exageremos —dijo Adalbert, que parecía haber seguido en el rostro de su amigo el recorrido de su pensamiento—. Es un mal bicho capaz de lo peor, pero eso ya lo sabíamos.

—¿Cómo has sabido que estaba pensando en Solmanski?

—No era muy difícil adivinarlo. Cuando tus ojos tiran a verde, en general es que no estás pensando en un amigo... o una amiga. De todas formas, no entiendo por qué pones esa cara. El recibimiento de Lisa anoche fue bastante... prometedor, ¿no?

—¿Porque se echó en mis brazos? Eso fue porque sus nervios estaban al límite y yo fui el primero que llegó. Si Fritz o tú hubierais venido antes, habríais sido vosotros los que os hubierais beneficiado de ese desfallecimiento.

—Lo primero que hay que hacer es informar a Simon. A lo mejor él consigue localizar a Solmanski. Voy a ir a telegrafiar a su banco de Zúrich.

Estaba levantándose de la mesa para ir a hacer lo que había dicho cuando un botones se acercó a su mesa y le tendió a Aldo un sobre en una bandeja de plata. En el interior no había más de cinco palabras: «Venga. Ella quiere verlo. Adlerstein».

—Ya irás más tarde a correos —dijo, tendiéndole la nota a su amigo.

—Es a ti a quien llaman, no a mí —dijo éste con un matiz de pesar que no pasó inadvertido.

—La condesa no piensa en el uno sin el otro. En cuanto a... la princesa —desde que le había visto la cara, Aldo era incapaz de llamarla Elsa—, tú mereces su gratitud tanto como yo. Vamos.

Al llegar al castillo, encontraron a Lisa en lo alto de la gran escalera. Su sobrio vestido negro les sorprendió.

—¿Va a llevar luto por un primo lejano?

—No, pero hasta que se celebren mañana los funerales es más correcto. El pobre Alejandro no tiene familia, aparte de nosotras, así que la abuela le ofrece una tumba en el cementerio... Adalbert, va a tener que hacerme compañía —añadió, sonriendo al arqueólogo—. Elsa sólo quiere ver al que llama Franz. Es muy natural...

Había en sus palabras una nota de tristeza que a Morosini no le pasó inadvertida.

—¡Pero es absurdo! Según su abuela, no me parezco a ese hombre. ¿Por qué no la han sacado de su error?

—Porque ha sufrido demasiado —murmuró la joven con lágrimas en los ojos—. ¿Y si me atreviera a pedirle que le siga el juego, que no le diga la verdad?

—¿Quiere que me comporte como si fuera su prometido? —dijo Aldo, desconcertado—. No podré hacer una cosa así jamás.

—Inténtelo. Dígale... que tiene que volver a Viena, que... que debe someterse a una operación o... llevar a cabo otra misión, pero, por lo que más quiera, no le diga quién es. La abuela y yo tememos el momento en que se entere de que ha muerto. ¡Está tan débil! Cuando haya recuperado las fuerzas, será más fácil, ¿comprende?

Lisa le había cogido las manos a Aldo y las estrechaba entre las suyas como para transmitirle su convicción, su esperanza. Con un gesto lleno de dulzura, él se desasíó, pero fue para apoderarse de los dedos de la joven y acercarlos a sus labios.

—¡Sería una abogada magnífica, querida Lisa! —dijo con su semisonrisa impertinente para ocultar su emoción—. Sabe perfectamente que haré lo que usted quiera, pero va a tener que ponerse a rezar, porque nunca he tenido dotes de actor.

—Piense en lo que ha sido su vida, mírela bien... y después deje hablar a su generoso corazón. Estoy segura de que se desenvolverá de maravilla. Josef le anunciará. Elsa está en el gabinete de la abuela.

Lisa iba a coger del brazo a Adalbert para conducirlo a otra estancia, pero Aldo la retuvo.

—Una cosa... indispensable. ¿Conocía Rudiger sus orígenes más que

principescos?

—Sí. Elsa no quería que ignorase nada de ella. Por lo que yo sé, él le mostraba una tierna deferencia. Es una actitud que no podría pedirle a cualquiera, pero usted es el príncipe Morosini y no le dan miedo las reinas.

—Su confianza me honra. Haré cuanto esté en mi mano para no decepcionarla.

Un momento más tarde, Josef anunció:

—El visitante que esperaba Su Alteza.

A continuación salió después de hacer una reverencia. Aldo avanzó, dominado por un súbito nerviosismo, como si esa puerta diera a un escenario teatral y no a un saloncito tapizado de seda beis y caldeado por las llamas de una chimenea. Pese a su desenvoltura mundana, tuvo que hacer un esfuerzo para cruzar el umbral. Jamás había imaginado que un día se encontraría en una situación tan delicada. Y en cuanto su primer paso hizo chirriar las tablas del parqué, optó por inclinarse ante la imagen que sólo había entrevisto.

—Señora —murmuró con una voz tan ronca que en otro momento y en otro lugar se habría burlado de sí mismo.

Una risa fresca y ligera le respondió.

—¡Cuánta solemnidad, amigo mío!... Acérquese... ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

Al incorporarse tuvo la impresión de que veía doble: el rostro de la mujer que tenía enfrente, sentada en una butaca junto a la chimenea, era igual que el del busto de mármol situado a unos pasos de ella: el mismo perfil, la misma blancura. La dama de la máscara de encaje negro, el sombrío fantasma de la cripta de los capuchinos, iba esa noche de blanco: un fino vestido de lana la envolvía y un chal de muselina níveo, puesto sobre su cabellera trenzada en forma de corona, caía de manera que sólo dejaba ver la mitad intacta de su cara. Una de las manos de Elsa jugueteaba con el ligero tejido y de vez en cuando se lo acercaba a la boca, mientras que la otra estaba tendida hacia el visitante.

Éste no tuvo más remedio que acercarse. Sin embargo, sentía aumentar su incomodidad y su malestar, tal vez a causa del tono íntimo que empleaba la desconocida. Tomó la mano tendida hacia él, sobre la que se inclinó sin atreverse a tocarla con los labios.

—Perdone mi emoción —logró por fin murmurar—. Había perdido la esperanza de volver a verla algún día.

—Es verdad que la espera ha sido larga, Franz, pero no viene al caso lamentarlo, puesto que ha podido superar sus problemas de salud para venir en mi ayuda y salvarme de la muerte.

Aldo, desconcertado por un momento, recordó que supuestamente había sufrido cruelmente durante mucho tiempo a causa de las heridas recibidas en la guerra.

—Gracias a Dios, estoy mejor, y venía a verla cuando una voz secreta me guió hacia el lugar donde la tenían cautiva.

—No tenía conciencia de estar prisionera, puesto que me habían prometido llevarme a un lugar donde usted me esperaba. Hasta anoche no sentí miedo... y comprendí. ¡Dios mío!

Al ver que el terror invadía de repente la bella mirada oscura de Elsa, Aldo se emocionó, acercó un taburete a la butaca y le asió de nuevo la mano, que ahora temblaba.

—Olvide eso, Elsa. Está viva y eso es lo único que importa. En cuanto a los que se han atrevido a atentar contra su persona, a hacerle daño, tenga por seguro que haré todo lo posible para que reciban su castigo.

Los ojos de Elsa recobraron la serenidad y acariciaron a su interlocutor.

—¡Mi eterno caballero! Un día fue el de la rosa y ahora vuelve con la brillante armadura de Lohengrin^[11]. —Con la diferencia de que usted no tendrá que preguntarme cuál es mi nombre.

—Y de que usted no se marchará. Porque ya no volveremos a separarnos, ¿verdad?

Había en la pregunta una nota imperiosa que no pasó inadvertida a Aldo. Pero ya se la esperaba, y también Lisa, que le había sugerido una respuesta:

—No mucho tiempo. Aunque tendré que volver pronto a Viena para... terminar el tratamiento médico que llevo recibiendo desde hace meses. Soy un hombre enfermo, Elsa.

—No lo parece. Nunca lo había visto tan apuesto. ¡Y qué bien ha hecho en quitarse el bigote! Yo sí que he cambiado mucho —añadió con amargura.

—¡No diga eso! ¡Está más hermosa que nunca!

—¿De verdad? ¿Incluso con esto?

Los dedos que llevaban un rato jugueteando nerviosamente con el velo blanco lo apartaron bruscamente, mientras Elsa volvía la cabeza para que él viera mejor la cicatriz, pendiente de la reacción de rechazo que temía y que no se produjo.

—Eso no tiene nada de terrible —dijo él con dulzura—. Además, estaba al corriente de lo que ha sufrido.

—¡Pero no había visto nada! ¿Continúa pensando que es posible amarme?

Él observó un instante el brillo aterciopelado de los grandes ojos castaños, la masa sedosa de la cabellera rubia recogida en forma de corona, la finura de las facciones y la nobleza natural que ponía una especie de aureola alrededor de aquel rostro herido.

—Le juro por mi honor que no veo nada que se oponga a ello. Su belleza ha sido maltratada, pero quizás eso haya aumentado su encanto. Parece más frágil, luego más preciosa, y quien la amó antes no puede sino amarla más ahora.

—¿Todavía me ama, entonces? ¿A pesar de esto?

—No me ofenda poniéndolo en duda.

Atrapado sin darse cuenta en ese juego extraño y por esa mujer más extraña aún pero tremendamente poética, Aldo no tenía ninguna dificultad en transmitir a su voz

el eco de un sentimiento cálido. En ese instante, sin duda confundiendo su deseo de salvarla por todos los medios y la atracción natural de un corazón generoso por un ser a la vez bello y desgraciado, amaba a Elsa.

Ella acababa de taparse la cara con las manos. Aldo comprendió que estaba llorando, seguramente de emoción, y prefirió guardar silencio. Fue ella quien habló:

—¡Qué tonta he sido, Dios mío, y que mal lo conocía! Tenía miedo, mucho miedo... cada vez que iba a la Ópera. Miedo de causarle horror. Pero deseaba tanto, necesitaba tanto volver a verlo... una última vez.

—¿Una última vez? ¿Por qué?

—Por esta cicatriz. Me decía que al menos tendría la dicha de verlo, de tocar su mano, de oír su voz... Después nos habríamos dado cita antes de despedirnos..., una cita a la que yo no acudiría. Y durante toda la entrevista, yo me habría negado a apartar la mantilla de encaje que me defendía tan bien... y que intrigaba a tanta gente.

—¿Cómo? ¿Sin siquiera permitirle... permitirme contemplar sus magníficos ojos? Cuando uno los mira, no ve nada más.

—¡Qué quiere!... Está claro que era una tonta...

Elsa levantó la cabeza, se enjugó los ojos con un pañuelito y, movida por el hábito, se arregló de nuevo el chal de muselina, pero sonreía.

—¿Se acuerda usted de aquel poema de Henrich Heine que me recitaba cuando paseábamos por el bosque vienés?

—Mi memoria ya no es lo que era —dijo suspirando Morosini, que apenas conocía la obra del romántico alemán por preferir la de Goethe y Schiller—. Incluso la perdí por completo durante una temporada.

—¡No puede haberlo olvidado! Era «nuestro» poeta, como también lo era de la mujer que más venero en el mundo —añadió, volviendo su mirada húmeda hacia el busto de la emperatriz—. ¡Vamos! ¡Inténtelo conmigo!

Tienes diamantes, perlas

y todo cuanto se puede desear...

»¿De verdad no se acuerda de cómo sigue?

Aldo hizo un gesto de impotencia confiando en que fuera una disculpa válida. Estaba sufriendo una auténtica tortura.

—Voy a continuar un poco y verá cómo los versos acuden a su mente, estoy segura:

Tienes los ojos más bellos del mundo.

¿Qué más quieres, amada mía?

En vista de que él seguía sin decir nada, siguió sola hasta la última estrofa:

*Esos bellos ojos, los más bellos del mundo,
me han hecho sufrir un martirio
y reducido a la desesperación.
¿Qué más quieres, amada mía?*

El silencio que siguió cayó como una losa sobre Aldo, al que ya no se le ocurría qué decir y que empezaba a mirar con malos ojos a Lisa. ¿Cómo había podido embarcarlo en esa aventura demencial sin darle ninguna arma? ¡Como mínimo los gustos y las costumbres de Elsa! Seguro que en aquella enorme casa había un libro de poemas de Henrich Heine. Más que incómodo, se sentía avergonzado y buscaba desesperadamente algo inteligente que decir, pero, como Elsa parecía perdida en sus pensamientos, optó por callar y esperar.

De repente, Elsa se volvió hacia él.

—Si todavía me ama, ¿cómo es que todavía no me ha besado?

—Quizá porque soy consciente de mi inferioridad. Después de todo este tiempo, ha vuelto a ser para mí la princesa lejana a la que apenas me atrevía a acercarme.

—¿Acaso no me regaló la rosa de plata? En cierto modo, estábamos prometidos.

—Lo sé, pero...

—¡Nada de peros! ¡Béseme!

Aldo dejó las dudas a un lado y obedeció. Se levantó del taburete, asió a Elsa de las muñecas para hacer que se levantara también y se lanzó. No era la primera vez que besaba a una mujer sin estar enamorado de ella. Eran momentos de ligera voluptuosidad, como cuando aspiraba el perfume de una rosa o acariciaba el grano liso de un mármol griego. Pensaba, al inclinarse sobre la boca que lo esperaba, que sería igual, que bastaría con dejarse llevar. Y sin embargo, fue distinto, porque a esa mujer que sentía estremecerse contra él quería ofrecerle a toda costa un instante de felicidad pura. El placer suyo no tenía ninguna importancia; lo que contaba era que ella fuese feliz, y esa necesidad de dar que sentía en sí mismo transmitió a su beso un ardor inesperado. Elsa gimió mientras todo su cuerpo se abandonaba.

Aldo, por su parte, sintió una ligera embriaguez. Los labios que violentaba eran dulces, y el perfume de azucenas y de nardos que aspiraba, aunque era un poco mareante para su gusto, resultaba muy eficaz. Quizá se habría atrevido a ir más lejos si una tosecilla seca no hubiera roto el encanto.

—Le ruego que me disculpe —dijo la voz serena de Lisa—, pero ha llegado su médico, Elsa, y no puedo hacerle esperar. ¿Quiere recibirlo?

—Emmm... sí, claro. Querido..., tiene que disculparme.

—Su salud es lo primero. Me retiro.

—Pero volverá, ¿verdad? ¿Volverá pronto?

De pronto se la veía excitada, con algo en el fondo de los ojos que parecía angustia. Aldo le sonrió al besarle la punta de los dedos.

—Cuando me llame.

—Entonces, mañana. Voy a pedirle a mi querida Valeria que dé una cena de gala, íntima pero magnífica. Tenemos que celebrar nuestros nuevos esponsales...

—Mañana será un poco difícil —la cortó Lisa, impávida—. Tenemos un funeral. Aunque sólo se trate de un primo, no podemos dar una fiesta por la noche.

Morosini pensó, divertido, que su antigua secretaria, erguida e inflexible con su vestido negro, sobre cuyo hombro caía un mechón indisciplinado, estaba encantadora haciendo el papel de aguafiestas, pero aparentemente ella no compartía su jocosidad.

—¡Enhorabuena! —dijo la joven cuando se quedaron solos en la galería, después de que ella hubiera hecho pasar al médico—. Para ser un papel que no quería, lo ha representado a la perfección. ¡Qué fogosidad! ¡Qué realismo!

—Lo principal es que usted esté contenta, pero me pregunto si realmente lo está. No lo parece en absoluto.

—¿No cree que podría haberse comportado con un poco más de comedimiento? Al menos en la primera entrevista.

—¿Quién habla de primera entrevista? Si he entendido bien, antes de que Rudiger desapareciera, hubo unas cuantas. Y los dos ignoramos cómo se desarrollaban.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Pues... a algo evidente. Después de charlar un momento, Elsa ha mostrado su extrañeza por el hecho de que aún no la hubiera besado. Yo me he limitado a satisfacer su deseo...

—¡Con gran placer, a juzgar por lo que he visto!

—Ah, ¿es que tendría que haber sido, además, una tarea penosa? Es verdad que me ha parecido agradable; su amiga es una mujer exquisita...

—¡Fantástico! Ya está prometido; ahora podrá casarse con ella.

Dado que esta conversación se desarrollaba mientras recorrían la galería y bajaban la gran escalera, Aldo consideró que valía más explicarse cara a cara y detuvo a Lisa asiéndola de un brazo.

—No hay quien la entienda. Sé por experiencia que es más terca que una mula, pero le recuerdo que ha sido usted la que se ha empeñado en que me haga pasar por el gran amor de esa pobre mujer. ¿Qué debía hacer, en su opinión?

—¡No lo sé! Seguro que ha actuado de la mejor manera posible, pero...

—¡Pero nada, Lisa! Si se hubiera tomado la molestia de escuchar detrás de la puerta...

—¿Yo? ¿Escuchar detrás de la puerta? —exclamó, indignada.

—No, claro, usted no. Sin embargo, creo recordar que... Mina recurrió a ese método de información sencillo y práctico. Recuerde el día que recibimos la visita de *lady Mary Saint Albans*... Volviendo a la cuestión que nos ocupa, le he dicho a la señorita Hulenberg que debía regresar a Viena a fin de proseguir un tratamiento. Así que voy a irme, y enseguida.

—¿Tanta prisa tiene? —dijo Lisa, con la inconmensurable falta de lógica de una hija de Eva.

—Pues sí. El conde Solmanski se ha marchado no sé en qué dirección con las joyas de Elsa, y sobre todo con el ópalo tras el que Adalbert y yo debemos ir.

Se hizo un silencio, durante el cual Lisa permaneció un momento sin moverse y con la cabeza gacha. Cuando la levantó, fue para clavar en los ojos de su compañero su hermosa mirada oscura cargada de nubes.

—Perdóneme —dijo—. Le he dado al asunto más importancia de la que tiene. Quédese al menos hasta esa famosa cena que Elsa va a pedirle a la abuela que organice.

—Quizá ya no se acuerda.

—Ni lo sueñe. Es todavía más cabezota que yo.

—¡Las mujeres son increíbles! —estalló Morosini cuando se quedó solo con su amigo—. Me hace interpretar un papel ridículo y después se queja de que lo interpreto demasiado bien. ¡Yo me largo de aquí! ¡Estoy más que harto de esta historia!

—En el punto en el que nos encontramos, tres o cuatro días más no tienen mucha importancia —dijo Vidal-Pellicorne con ánimo apaciguador—. Comprendo que te moleste, pero piensa que es por una buena causa.

—¿Una buena causa? Habría preferido cien veces que le dijeran a Elsa la verdad. ¿Adónde va a llevarnos esta comedia? Y mientras tanto, el ópalo se aleja.

—Deja que la policía haga su trabajo. Quizás hoy tengamos noticias.

Las tuvieron, pero no eran muy alentadoras. El asesino del conde Goloziény y las joyas parecían haberse volatilizado; había dejado menos huellas que si hubiese sido un elfo. En cuanto a la baronesa Hulenberg, a la que Schindler había visitado esa misma mañana, era un modelo de inocencia: había ido a pasar unos días de otoño a Ischl con su chófer y su doncella; le encantaba esa bonita villa cuando el otoño vestía de rojo sus jardines todavía poblados de margaritas y crisantemos, aunque no tardaría en marcharse, no a Viena, sino a Múnich, a fin de ver a unos amigos.

Por cierto, su hermano había pasado unos días con ella. El pobre estaba desesperado por la desaparición de su hija, la famosa *lady* Ferráis, que se había ido de Estados Unidos huyendo de unos terroristas polacos con la intención de refugiarse, en principio, en las montañas suizas, pero a la que le había sido imposible encontrar. Temiendo lo peor, después de una búsqueda infructuosa, había ido a Bad Ischl en busca de un poco de consuelo junto a su hermana antes de dirigirse a Viena y Budapest. Desde que había tomado el tren en Ischl, el lunes anterior, no había tenido ninguna noticia de él.

—¿Y qué puedo objetar a todo eso? —dijo Schindler, que había ido a tomar una copa al bar del hotel con los dos amigos—. Lo único que he podido hacer es prohibir a la baronesa que salga de Ischl y mantenerla bajo vigilancia. ¡Y eso sólo gracias a ustedes! Si no me hubieran revelado la verdadera identidad de *Fraulein* Staubing, me

vería obligado a dejarla tranquila. De este modo, puedo hablar con ella sobre bases más serias.

—¿Ha comprobado la marcha de Solmanski?

—Sí. Su hermana lo acompañó al tren el día y a la hora indicados.

—¡Pero ha habido tres muertos, uno de ellos un diplomático austriaco! —señaló Morosini.

—No tenemos ninguna prueba. Operaron en Hallstatt yendo y viniendo por el lago, pero no sabemos por dónde. En lo que se refiere a la noche pasada, el hecho de que no pudiéramos dejarnos ver me impidió desplegar un dispositivo suficientemente amplio. El coche que detuvimos era el correcto, pero no encontramos nada en él que permitiera retenerlo. Además, en Saint-Wolfgang nos han jurado que la baronesa cenó allí, en casa de unas personas que están fuera de toda sospecha.

—Y la casa que explotó, ¿a quién pertenecía?

—A un canónigo de la catedral de Salzburgo, un apasionado de la pesca pero que no viene nunca en otoño porque padece de reuma. En cuanto a la pareja que vigilaba a la prisionera, huyó antes de la explosión. La estamos buscando, por supuesto, y quizá sea la posibilidad que tenemos de atrapar a los culpables. Como pensaban que la señorita... Staubing no saldría viva de la aventura, no se taparon la cara y ella ha podido darnos una descripción bastante buena.

El policía vació su jarra de cerveza y se levantó.

—Espero —dijo— que se queden algún tiempo más. Los necesitaremos. Además —añadió dirigiéndose a Adalbert—, usted no debe de haber acabado los estudios que estaba realizando en Hallstatt.

El arqueólogo hizo una mueca.

—El drama que se ha producido ha enfriado un poco mi entusiasmo.

—Yo no pensaba prolongar demasiado las vacaciones que me concedí para acompañar a Vidal-Pellicorne —dijo Aldo—. Mis negocios me esperan y desearía regresar a Venecia lo antes posible.

—No los retendremos mucho tiempo, pero deben comprender que ustedes son, junto con las damas de Rudolfskrone, nuestros principales testigos. Y teniendo en cuenta que tuvo oportunidad de ver a ese tal Solmanski...

Adalbert, que desde hacía un rato parecía cautivado por las yemas de sus dedos y las examinaba atentamente, declaró de repente, como si acabara de ocurrírsele una idea:

—Si me permite un consejo, *Herr Polizeidirektor*, yo de usted me pondría en contacto con uno de sus colegas ingleses al que nosotros tenemos el gusto de conocer, el superintendente jefe Gordon Warren, de Scotland Yard.

—¡Ah, sí, he oído hablar de él! Si no recuerdo mal, era quien llevaba el caso Ferráis.

—Exacto. Si yo estuviera en su lugar, le contaría con todo detalle los últimos acontecimientos y añadiría que tenemos todas las razones para creer que Solmanski

ha sido el autor. Le alegrará saber dónde estaba hasta anoche y enterarse de que tiene una hermana aquí. Él, por su parte, tal vez le diga cómo anda la investigación en Inglaterra.

—¿Por qué no? Se trata de un asunto internacional y una colaboración discreta pero inteligente podría ser eficaz. Gracias, señor Vidal-Pellicorne. Lo que también voy a tratar de averiguar es dónde se encuentra la hija de Solmanski, puesto que, según la baronesa Hulenberg, él está buscándola.

Aldo intercambió una breve mirada con Adalbert, pero se limitó a coger un cigarrillo y encenderlo. Si había aceptado dar asilo a Anielka, no era para facilitar esa información a la policía. La desdichada ya había sufrido bastante con su experiencia ante el tribunal de Oíd Bailey, y el hecho de que su padre fuera un monstruo a escala planetaria no significaba que ella tuviera que pagar por él ni servir de cebo para atraparlo.

Cuando Schindler se fue, Adalbert pidió otra copa, sacó su pipa, la cargó con un cuidado devoto, la encendió, dio una larga y voluptuosa bocanada y finalmente suspiró.

—¡Bonita cosa, la caballerosidad! Pero me pregunto si has hecho bien. Imagina que Solmanski llega a enterarse de dónde está su hija y decide ir a buscarla.

—A no ser que Anielka se haya tomado la molestia de informarle ella misma, no hay ninguna posibilidad de que eso ocurra. Tiene demasiado miedo de que otros descubran su pista. Tranquilo, en Venecia sólo hay una joven norteamericana llamada Anny Campbell. Pero no entiendo tu comentario. Tú tampoco le habrías dicho nada a ese policía.

—Es verdad —admitió Adalbert con una imperceptible sonrisa burlona—. Simplemente quería saber qué me contestarías.

Al día siguiente, Alejandro Goloziény fue enterrado bajo unas ráfagas de lluvia y de viento que levantaban las hojas secas para enviarlas a adherirse aquí y allá, y que amenazaban con dar la vuelta a los paraguas lo suficientemente temerarios para aventurarse a salir con ese tiempo apocalíptico que hacía encorvarse a todo el mundo.

Digna y orgullosa, apoyada en su bastón y, mal que bien, protegida por la cúpula de seda negra que Josef sostenía por encima de su cabeza, la señora Von Adlerstein encabezaba la comitiva. A su lado, su sobrino nieto, con las manos hundidas en los bolsillos de un inmenso abrigo negro y la cabeza metida entre los hombros, se esforzaba en ofrecer la menor superficie posible al temporal. Detrás de ellos, unos pocos amigos llegados de Viena en el tren de la mañana, junto con algunos de los sirvientes de Rudolfskrone y un puñado de habitantes de la ciudad que habían ido por pura curiosidad y, pese a las inclemencias, para asistir al funeral de un hombre al que la mayoría no conocía pero cuya muerte trágica volvía de lo más interesante.

Por consejo de su abuela, Lisa se había quedado en casa para hacer compañía a

Elsa. En cuanto a Morosini y Vidal-Pellicorne, se hallaban presentes pero permanecían apartados, bajo una arboleda, en compañía del policía salzburgués. Habían ido para ver si la baronesa Hulenbergh, amante de Goloziény según propia confesión de éste, aparecía, pero no lo hizo. La curiosidad de los dos amigos quedó satisfecha.

—Era de esperar —dijo Aldo entre dientes—. Llevó a ese hombre a su perdición y se echó a reír cuando él cayó. ¡No querrías que le trajera flores!

—Si no estuviera seguro de que sigue aquí, creería que se ha ido pese a mi prohibición —dijo Schindler—. Las contraventanas de su casa están cerradas, aunque las chimeneas humean...

—Quizá sería mejor que le dejara la cuerda alrededor del cuello, pero poniéndole uno o dos ángeles de la guarda —sugirió Adalbert—. Quién sabe si no lo conduciría hasta su querido hermano. Si los une de verdad un vínculo de sangre, me extrañaría mucho que ella le dejara todo el beneficio del crimen. Entre esa clase de gente, la confianza no debe de formar parte de las virtudes familiares.

—Ya lo había pensado, pero la considero demasiado lista para cometer un error como ése. Seguro que no hace nada durante una temporada.

Mientras los enterradores cubrían al difunto con una capa de tierra antes de colocar encima las coronas de crisantemos, hojas y perlas, los asistentes se dirigieron hacia la salida después de haber dado a la condesa un pésame tanto más expansivo cuanto más desprovisto estaba de convicción. La propia condesa se retiró hablando con el sacerdote que acababa de officiar y que se había reunido con ella bajo el vasto paraguas.

—Me pregunto —dijo Aldo— si hay aquí una sola persona que eche en falta a Goloziény.

—Me parece que hemos hablado demasiado deprisa —murmuró Schindler mientras los tres salían del cementerio—. Miren el coche que está delante del de la condesa; es el que registramos la otra noche.

Dos personas ocupaban el vehículo: un chófer al volante y una mujer en el asiento trasero. No se movían, seguramente en espera de que los asistentes se dispersaran.

—Me gustaría verle la cara —dijo Aldo—. Váyanse, nos veremos más tarde.

Acto seguido se escabulló discretamente y aprovechó la salida del coche fúnebre para entrar de nuevo en el cementerio y avanzó entre las tumbas dando un rodeo que le permitió esconderse tras un arbusto situado justo en la cabecera de la sepultura. Una vez allí, esperó.

No mucho tiempo. Un cuarto de hora debió de transcurrir antes de que unos pasos hicieran crujir la grava: una mujer avanzaba con un ramo de siemprevivas entre las manos enguantadas. Llevaba un abrigo de pieles y, sobre el cabello rubio artísticamente peinado, un sombrerito de terciopelo marrón que protegía con ayuda de un encantador paraguas. Se acercó a la reciente tumba mientras, con un saludo, los enterradores, que habían terminado su trabajo, se marchaban. Sin dedicarles ni una

mirada, ella se santiguó y pareció concentrarse en la oración.

Desde donde estaba situado, Morosini la veía lo bastante bien para no seguir dudando ni por un instante que la unía un vínculo familiar a Anielka y su padre. Sobre todo a este último. Tenía el mismo corte de cara un poco severo, la misma nariz arrogante, los mismos ojos claros y fríos. No carecía de belleza, pero el observador se preguntó cómo era posible convertirse en amante de una mujer como ella.

Durante un rato, no pasó nada; la baronesa rezaba. De repente, volvió la cabeza a derecha e izquierda, sin duda para asegurarse de que estaba sola y de que nadie la observaba. Tranquilizada por la calma del lugar, donde sólo se oía el silbido del viento, se arrodilló, dejó el ramo y el manguito a juego con el abrigo y se puso a hurgar bajo las flores. Aldo, sin moverse, alargó el cuello, preguntándose qué era lo que hacía arrodillada sobre el suelo mojado. Ella hizo un ademán de impaciencia; era evidente que el paraguas le estorbaba, pero renunciar a su protección habría sido fatal para el tocado de terciopelo que llevaba en la cabeza.

La baronesa sacó un objeto del manguito y lo metió debajo de las coronas. Luego, con el manguito en una mano y el paraguas en la otra, dio media vuelta para dirigirse hacia la salida del cementerio y montar en su coche.

Aldo seguía sin moverse. Tan inmóvil como el ángel de piedra de una tumba vecina, continuó mojándose hasta que el ruido de un motor al ponerse en marcha le informó de que la baronesa se iba.

Inmediatamente, salió de su escondrijo y fue a colocarse en el lugar exacto donde había estado la visitante. Como ella, miró si había alguien a la vista, se agachó y comenzó a excavar la tierra bajo las flores. Esa mujer no había ido ni para rezar ni para rendir un homenaje irrisorio al hombre que había amado, sino para dejar allí algo. Y ese algo, él lo quería.

Sin embargo, no le resultó tan fácil como creía. La tierra que la baronesa acababa de echar todavía estaba mojada, pero ésta debía de haber enterrado bastante profundamente el objeto. Aldo encontró varias piedras con los dedos, hasta que por fin su índice atrapó algo que parecía una anilla. Dando un buen tirón, tan enérgico que hasta estuvo a punto de caer hacia atrás, extrajo una pistola de repetición. La baronesa había ido a enterrar en la tumba del hombre asesinado el arma que había servido para matarlo.

Morosini sacó su pañuelo, envolvió con él su hallazgo y, tras guárdaselo en uno de sus amplios bolsillos, se encaminó hacia la carretera. Sentía sobre él el peso de la prueba que hasta entonces faltaba y eso lo llenaba de alegría. Las balas extraídas durante la autopsia del cuerpo de Alejandro Goloziény sólo habían podido ser disparadas con ese instrumento mortal.

La idea de que Schindler quizá ya se había marchado a Salzburgo le pasó por la mente y echó a correr. Gracias a Dios, cuando llegó al puesto de policía el coche del alto funcionario todavía estaba allí. Entró precipitadamente, vio a Schindler

charlando con un colega y dijo sin esperar:

—Disculpe, ¿hay aquí algún lugar donde podamos hablar tranquilamente?

Sin hacer preguntas, el policía abrió una puerta que daba a un pequeño despacho.

—Pase.

Miró a Morosini dejar sobre el cartón manchado de una carpeta su paquete un poco embarrado, pero cuando vio lo que había dentro frunció el entrecejo.

—¿Dónde ha encontrado eso?

—La baronesa lo ha puesto en mis manos sin siquiera sospecharlo.

Y a continuación contó lo que acababa de suceder en el cementerio.

—Me imagino —masculló Schindler— que lo ha cogido con toda la mano.

—No. Lo he sacado por la anilla del gatillo y lo he envuelto con el pañuelo, pero me extrañaría que encontrase huellas. La señorita Hulenbergh ha efectuado el trabajo con guantes y la tierra mojada ha debido de borrar muchas de ellas, suponiendo que no se hayan ocupado de hacerlo antes.

—Ya veremos. Acaba usted de hacernos un gran servicio, pero tendrá que aparecer en la instrucción del caso, pues es el único que ha visto enterrar esta arma.

—¿Quiere decir que será su palabra contra la mía? No tengo ningún inconveniente. En cambio, hay una pregunta que no paro de hacerme.

—¿Qué nos apostamos a que es la misma que me hago yo? ¿Dónde escondieron esta pistola después de matar al consejero Golozienny? Cuando detuvimos el coche, lo registramos a conciencia, y no es un objeto que pase inadvertido en un buen registro.

—¿No registró a los ocupantes?

—Al chófer sí. En cuanto a la baronesa, nos dio su manguito y su bolso. Hasta se quitó el abrigo de pieles para demostrarnos que era imposible esconder una cosa así bajo el vestido bastante ajustado que llevaba.

—Pero debía de estar en algún sitio, puesto que no se esperaban encontrar a la policía. O bien se lo quedó Solmanski, lo que significa que se ha reunido con su hermana delante de sus narices.

La cara tersa y redonda del austriaco pareció arrugarse de golpe. No le había gustado el «delante de sus narices» de Morosini.

—Hay otra posibilidad —gruñó—, y es el argumento que utilizará el abogado de la baronesa: el arma podía perfectamente estar en posesión de usted. Como usted muy bien ha dicho, será la palabra de ella contra la suya, y usted es extranjero.

—¿Y acaso ella no lo es?

—Ella es polaca, y una parte de Polonia pertenecía al Imperio austriaco.

Aldo sintió que lo dominaba la cólera.

—¿Y cree que en Varsovia les están agradecidos por eso? No más que en Venecia, que ocuparon despreciando todos los derechos de sus ciudadanos. Yo incluso pude apreciar su hospitalidad carcelaria durante la guerra. Así que deberíamos jugar en igualdad de condiciones. Y más teniendo en cuenta que el verdadero apellido de su hermano es Ortchakov y que es ruso. Encantado de saludarlo, *Herr Polizeidirektor*.

Morosini cogió su sombrero de encima de la silla donde lo había dejado al entrar, se lo puso con gesto enérgico, fue hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir añadió:

—No olvide que yo estaba en el coche de la señora Von Adlerstein cuando mataron a su primo y que ella lo confirmará. Ah, y le voy a dar un consejo: si escribe al superintendente Warren, pídale algunas pequeñas indicaciones sobre el arte de dirigir una investigación. Le vendrán muy bien.

—No deberías haberle dicho eso —le reprochó Adalbert cuando se encontraron en el hotel—. Ya no nos apreciaba mucho, y si no fuera porque en Rudolfskrone tenemos la puerta abierta, quizás hasta habríamos tenido algunas dificultades.

—¡Sólo faltaría eso! —masculló Morosini—. Mira, tú haz lo que quieras, pero yo contesto a las preguntas del juez de instrucción o como sea que lo llamen aquí, me despido de las damas y vuelvo a Venecia. Desde allí intentaré ponerme en contacto con Simon.

—Bueno, yo tampoco tengo intención de eternizarme aquí. Hace muy mal tiempo. Pero, en lo que respecta a las ocupantes del castillo, no seremos nosotros los que les digamos adiós. Aquí tengo una invitación para cenar mañana por la noche —añadió, sacando del bolsillo una elegante tarjeta grabada—. Como ves, es algo casi oficial... y con traje de gala. También hay unas palabras menos formales que nos informan de que las damas, a instancias de la «princesa», han decidido regresar a Viena.

—¿A instancias de Elsa? ¡Dios mío! —gimió Morosini—. Yo le dije que debía volver a la capital para completar un tratamiento. Te apuesto diez contra uno a que me pide que vaya con ella.

—En eso creo que te equivocas y que, por el contrario, la condesa desea reservarte una puerta de salida. Si no, ¿a qué viene esta cena de gala?

—Te recuerdo que Elsa hablaba de comida de esponsales. ¡Y yo no quiero prometerme! Elsa tiene mi edad, o casi, y por muy encantadora que sea, no quiero hacerla mi esposa. Cuando me case, será para tener hijos.

—¿Te casarás con un vientre, como decía Napoleón?

¡Qué romántico y agradable debe de ser para una mujer enamorada escucharlo! —dijo Adalbert, burlón—. Pues yo creo que no tienes nada que temer. Es a un tal Franz Rudiger a quien ella quiere, y tú no vas a cambiar de nombre, ¿verdad? Además, voy a ir a comentar todo esto con Lisa, para ver cómo debemos comportarnos y...

—¡Tú no vas a ir a ninguna parte! Hay teléfono, ¿no? Es mucho más cómodo llamar, sobre todo cuando llueve.

La sonrisa de Adalbert se amplió ante el semblante borrascoso de su amigo.

—¿Por qué no quieres que vaya? Parece que te moleste.

—No, pero si Lisa tiene algo que decirnos, seguro que nos lo hará saber.

Adalbert abrió la boca para replicar y luego la cerró. Empezaba a conocer a su

amigo cuando estaba de mal humor. En esos momentos, decirle algo era tan imprudente como acariciar a un tigre a contrapelo. De modo que prefirió quitarse de en medio y dijo:

—Voy a tomar un chocolate a Zauner. ¿Vienes?

Salió sin esperar una respuesta que ya conocía.

11. Cena de sombras

O bien la brusca reacción de Morosini resultó eficaz, o bien el director de la policía de Salzburgo era más decidido de lo que parecía, pero el caso es que aquella misma noche detuvieron a la baronesa Hulenberg y a su chófer. Tras la marcha del príncipe, Schindler se había presentado en su casa con una orden de registro; habían encontrado sin dificultad el par de guantes mojados y manchados de tierra que aún no se habían preocupado de limpiar, y habían descubierto que el chófer ocultaba bajo una falsa identidad que era un antiguo presidiario. Aldo fue convocado para hacer la declaración oficial que su acceso de cólera no había permitido realizar en su momento. Como no le gustaba ofender a la gente, se disculpó y felicitó al policía.

—Espero que encuentre pronto al hermano —añadió—. Él es el más peligroso y, sobre todo, el que tiene las joyas.

—Mucho me temo que haya pasado ya a Alemania. La frontera está muy cerca de Salzburgo. Lo único que podemos hacer es cursar una orden de arresto internacional, aunque sin grandes esperanzas de conseguir algo, teniendo en cuenta el estado de anarquía que reina en la República de Weimar.

—No es seguro que se quede allí, y en los países occidentales la policía es eficaz.

—Sobre todo en Inglaterra —dijo Schindler entre bromas y veras. Y, después de disparar este dardo, él y Morosini se despidieron.

El día siguiente se hizo muy largo porque no sucedió nada, salvo la llegada de una carta de Venecia que dejó a Morosini perplejo e inquieto.

Sin embargo, no eran más que unas líneas escritas por Guy Buteau preguntándole si pensaba quedarse mucho tiempo más en Austria. Todos los de la casa gozaban de una excelente salud, pero deseaban que el señor no pospusiera su regreso hasta las calendas griegas. Y fue ese aspecto anodino lo que preocupó a Aldo. Conocía demasiado bien a su apoderado para no saber que Guy no tenía la costumbre de escribir tonterías. Bajo las frases convencionales, Aldo creía adivinar una especie de llamada de socorro.

—Tengo la impresión de que ocurre algo en mi casa y de que Buteau no se atreve a decírmelo —le comentó a Adalbert.

—Es posible, pero, en cualquier caso, pensabas irte pronto, ¿no?

—Dentro de dos o tres días. Después de la cena de mañana, ya no tendré nada más que hacer aquí.

—Perfecto. Anuncia, entonces, que vas a volver.

—Haré algo mejor: voy a telefonar.

Había que contar con un mínimo de tres horas de espera para hablar con Venecia y ya eran las cinco de la tarde. Ante el visible nerviosismo de su amigo, Vidal-Pellicorne propuso su panacea personal: ir a tomar un chocolate y unos pasteles en Zauner. El tiempo seguía siendo horrendo, pero la pastelería no estaba lejos del hotel.

—Nada mejor que unos dulces para hacer la vida más agradable —argumentó el

arqueólogo, que era un goloso empedernido—. Y son mucho mejores que el alcohol.

—¡Como si no te gustara también! Valdría más que me dijeras que estás un poco harto de la cocina del Kaiserin Elisabeth. No tendrás hambre a la hora de cenar.

—Pues comeremos cualquier cosa y pasaremos la velada en el bar. De todas formas, si no te apetece, quédate. Yo me voy. Ese Zauner es el Mozart de la nata montada.

Como de costumbre, la célebre pastelería-salón de té estaba a rebosar, pero acabaron por encontrar en el fondo de la sala una mesita redonda y dos sillas. También encontraron a Fritz von Apfelgrüne.

Sentado en un rincón, entre un panel de cristal grabado y tres damas rollizas que, sin parar de hablar, hacían desaparecer una increíble cantidad de pasteles, el joven comía a cucharadas, con gesto melancólico, una copa de chocolate helado con nata. Acodado en la mesa y con la cabeza hundida entre los hombros, ofrecía una imagen patética, y los recién llegados se compadecieron de él. Mientras Aldo guardaba la mesa, Adalbert se acercó al joven. Fritz levantó una mirada desanimada hacia el arqueólogo, quien pudo ver en ella incluso huellas de lágrimas.

—¿Qué pasa, Fritz? No tiene buen aspecto.

—Estoy desesperado. Siéntese, por favor.

—Gracias, pero he venido a buscarlo. Venga con nosotros, quizá podamos ayudarlo.

Sin responder, Fritz cogió su helado y se dejó trasladar, mientras Vidal-Pellicorne indicaba a la camarera con delantal de muselina adonde lo llevaba y Aldo buscaba otra silla.

—Debería tomarse un buen café —le aconsejó éste cuando se sentaron—. Parece necesitarlo.

Fritz le dirigió una mirada de perro apaleado.

—Ya me he tomado dos... con media docena de pasteles. Ahora he empezado con los helados.

—¿Qué intenta hacer? ¿Suicidarse por indigestión? Supongo que puede conseguirse, pero debe de ser largo y bastante desagradable.

—¿Qué me aconseja entonces? ¿El revólver?

—No le aconsejo nada. ¿Qué le pasa? Hasta ahora, era el rayo de sol que iluminaba la casa.

—Se acabó. He comprendido que Lisa no me quiere, que no me querrá nunca... y tal vez que incluso me detesta.

—¿Se lo ha dicho ella? —preguntó Adalbert.

—No, pero me lo ha dado a entender. La pongo nerviosa, la saco de quicio. En cuanto entro en una habitación donde está ella, se marcha... ¡Y además está la otra!

—¿Qué otra?

—Esa tal Elsa que no sé de dónde ha salido y a la que usted salvó. Yo ni siquiera había oído hablar de ella, y ahora ordena y manda en la casa. La tratan como a una

princesa. Ella acepta todo eso como si fuera lo normal, y a mí me detesta a pesar de que siempre me comporto con cortesía.

—Seguro que está equivocado; no tiene ninguna razón para detestarlo. ¿Acaso no colaboró usted también la noche en que fue liberada?

—Ah, ni le debe de haber pasado por la mente. Tiene tendencia a considerarme un mueble que estorba, y esta misma mañana me ha preguntado si mi única ocupación en la vida es agobiar a Lisa con un amor que no necesita. También ha dicho que haría mucho mejor yéndome antes de que me digan claramente que estoy de más.

—¿Lisa y su tía abuela están de acuerdo?

—No lo sé. Ellas no se encontraban delante, pero no sé por qué no van a estarlo; se pasan el día las tres juntas, y cuando llego yo, me tratan como si fuera el niño que ha escapado de su aya. Poco les falta para decirme que me vaya a jugar a otra parte.

—Ya sabe lo que son tres mujeres juntas —dijo Aldo—. Deben de tener montones de cosas que decirse. Es normal que se sienta un poco perdido.

—¡Pero no hasta este extremo! Por lo menos, podrían dejarme acompañarlas cuando salen a pasear.

—¿A pasear? ¿Con este tiempo?

—¡Huy, eso no detiene a Elsa! Ella quiere salir aunque caigan chuzos de punta, dar largos paseos a pie. Le ha dado por ahí de repente; dice que es indispensable para su salud, para mantener la línea, pero exige que Lisa la acompañe. Ayer, después del entierro, fueron hasta la cascada de Hohenzollern. Lisa estaba cansada, pero Elsa no, y ha querido ir otra vez esta mañana... y esta tarde han ido no sé adónde a pie también. Yo creo que está un poco loca.

Esta vez, Aldo no dijo nada. Pensaba en esa otra mujer un poco desequilibrada a la que llamaban la emperatriz errante. También se empeñaba en realizar verdaderas proezas caminando, hasta tal punto que dejaba a sus damas de honor extenuadas.

—¿Elsa come mucho?

—Es curioso que me haga esa pregunta. Desde que está en el castillo, no come casi nada. Tía Vivi está muy preocupada por eso. Incluso le he oído decir a Lisa que desde el secuestro esa mujer no es la misma... Y cuando no ha salido, se pasa horas a solas con el busto de Sissi que está en el despacho de tía Vivi. Se le parece, eso es verdad... ¿Acaso intenta acentuar ese parecido?

—Exacto —aprobó Morosini—. Confiamos en que se le pase cuando esté en Viena. A la emperatriz no le gustaba vivir en la capital, y si Elsa se obstina en su nuevo comportamiento, habrá que instalarla en otro sitio. Usted vive en Viena. Y Lisa no se pasará la vida haciendo de fiel acompañante, se marchará.

—Yo también —afirmó Fritz—. Todavía no sé adónde, pero voy a irme.

—¿Por qué no viene conmigo a Venecia? —propuso amablemente Morosini—. Allí se distraería.

Fue mágico. El semblante desolado del pobre chico se iluminó como si un rayo de

sol acabara de posarse sobre él.

—¿De verdad quiere que vaya? ¿A su casa?

—A mi casa, claro. Ya verá, es muy entretenido, y tengo una cocinera excelente... a la que Lisa conoce. Podrá hablar de ella con Celina, y practicar francés con el señor Buteau, que fue mi preceptor.

Por un momento creyó que Fritz iba a abrazarlo. El joven se limitó a darle calurosamente las gracias, se acabó el helado y se despidió. Estaba impaciente por volver a casa para empezar a hacer los preparativos y contar la buena noticia. Adalbert lo miró divertido mientras salía de la repleta sala sorteando los obstáculos.

—¿Ahora te dedicas a hacer de buen samaritano? ¡Y nada menos que con un austriaco!

—¿Por qué no? Ese muchacho no es responsable de su nacimiento, y además, si quieres que te diga la verdad, lo encuentro bastante divertido. Sobre todo cuando habla en francés.

Después de una cena frugal —Adalbert se había atiborrado de pasteles—, se instalaron en el bar para esperar allí la comunicación con Venecia que Aldo había solicitado. Con excepción de un matrimonio mayor que estaba tomando unas infusiones y de un anciano caballero, de elegancia un tanto anticuada, que hacía desaparecer tras el periódico desplegado un apreciable número de vasitos de *schnaps*, además del barman, por supuesto, no había nadie. Aldo, que ya se había terminado la segunda copa de coñac, empezaba a perder la paciencia cuando por fin lo llamaron; eran las nueve y media, pero estaba al habla con Venecia.

Para su gran sorpresa, Aldo oyó en el otro extremo del hilo la voz rezongona de Celina. No era habitual que la cocinera respondiese al teléfono, detestaba hacerlo. Su reacción, por lo demás, fue la típica de ella cuando estaba de mal humor.

—Ah, ¿eres tú? —dijo sin manifestar la menor alegría—. Podrías telefonar más temprano.

—No soy yo quien regula las comunicaciones internacionales. ¿Dónde están los demás?

—El señor Buteau ha ido a cenar con el señor Massaria. Mi viejo Zacearía está en cama con gripe. Y el joven Pisani anda de picos pardos con *miss Campbell*. ¿Qué quieres?

—Saber qué pasa. He recibido una carta del señor Buteau que me ha dejado un poco preocupado.

—¡Ya era hora de que te decidieras a pedir noticias! No se puede decir que te hayas ocupado mucho de nosotros en los últimos tiempos. Su Excelencia desaparece, y la casa podría arder que él no se preocuparía más que si fuera la caseta del perro. Además...

Morosini sabía que, si no la cortaba de manera tajante, tendría que hacer frente a

una hora de diatriba y a una factura astronómica.

—¡Basta, Celina! Para empezar, no tenemos perro, y además, no he telefonado para aguantar tu mal humor. Te repito que me digas si ocurre algo fuera de lo normal.

La carcajada de Celina le atravesó los tímpanos.

—¿Fuera de lo normal? Entérate de que, cuando vuelvas, presentaré mi dimisión. Escucha bien lo que te digo: o ella o yo.

—Pero ¿de quién hablas?

—¡Pues de la bella Anny! No sé por qué te gastas el dinero instalándola en casa de Anna-Maria Moretti, porque está siempre metida aquí. No puedo dar dos pasos sin tropezarme con ella, y se entromete en cosas que no le incumben.

—Pero ¿qué hace ahí?

—Eso pregúntaselo a tu secretario. Está colado por ella. ¿Decías que no teníamos perro? Pues ahora tenemos uno: un perrito bien adiestrado que come de la mano de su amante y que se llama Angelo.

—¿Su amante? ¿Se ha atrevido...?

—Yo no he llevado la cesta, así que no sé si se acuesta con ella, pero a juzgar por cómo se comporta no me extrañaría. Te digo que ella se pasa la vida aquí. Y eso no ayuda precisamente al señor Buteau a hacer reinar la disciplina en tu ausencia.

—Tranquila, dentro de dos o tres días estaré ahí y pondré orden. ¿No ha habido visitas sospechosas? —añadió, pensando en los temores expresados por Anielka sobre los revolucionarios polacos.

—Si te refieres a bandidos con escopetas y cuchillos entre los dientes, no, no hemos tenido ninguna así.

—Perfecto. Entonces, escúchame bien: yo no he llamado y tú no sabes que vuelvo, ¿entendido?

—¿Quieres darles una sorpresa? Te va a costar.

—Porque tu secretario paga a un crío para que vaya a la estación a la hora de llegada de todos los trenes de largo recorrido.

—¡Caramba! Enamorado pero prudente, ¿eh? No te preocupes, voy a ir en coche. He comprado un pequeño Fiat y lo dejaré en Mestre, en el garaje de Olivetti. Vuelve con tu marido, Celina, y duerme bien.

La idea de regresar a Venecia en automóvil se le había ocurrido de pronto. Al fin y al cabo, teniendo en cuenta que pensaba llevar a Fritz, sería más sencillo. En cuanto a lo demás, a Aldo no le gustaba en absoluto el comportamiento de Anielka. Y tampoco el de ese joven imbécil que había caído en sus redes.

—Saldremos pasado mañana —concluyó, después de haber puesto al corriente a Adalbert—. La actitud de Anielka empieza a parecerme rara. Llega suplicando que la esconda, que la salve de sus enemigos, la pongo a resguardo y lo primero que hace es invadir mi casa.

—Hubo un tiempo en que eso te habría complacido.

—Sí, pero ese tiempo pasó. Hay demasiadas sombras, demasiados

sobreentendidos, demasiadas cosas oscuras en esa criatura aparentemente tan luminosa. Y, sobre todo, me temo que demasiados amantes; ni siquiera estoy ya seguro de sentir simpatía por ella.

—Te recuerdo que, cuando se instaló en tu casa, se presentó como tu prometida, y supongo que cree que sigues locamente enamorado de ella.

—Enseguida le quité esa idea de la cabeza.

—¡Eso es lo que tú te crees! Yo juraría que no ha renunciado a convertirse en princesa Morosini.

—¿Acostándose con mi secretario? No me parece el modo más acertado.

—Eso no es más que una suposición gratuita. Yo más bien me inclino a creer que intenta grabar en tu paisaje personal su imagen... de forma indeleble. Te va a costar librarte de ella.

—A no ser que consiga hacer arrestar a su padre o, mejor aún, matarlo.

Vidal-Pellicorne observó unos instantes, sin decir nada, el rostro crispado de su amigo, sus facciones enérgicas más endurecidas aún por la ira, su larga silueta indolente, su mirada azul tan a menudo chispeante de humor o de ironía. Incluso con una diferencia de veinte años, pensó, no debía de ser fácil renunciar a un hombre así. ¡Y, por si fuera poco, gran señor!

—No te fíes —dijo por fin—. Es posible que ni eso la disuada.

Con todas las ventanas iluminadas interiormente por un bosque de velas —esa noche la electricidad parecía desterrada—, Rudolfskrone brillaba en la noche de noviembre como un relicario en el fondo de una cripta. Parecía preparado para ser escenario de una de esas fiestas nocturnas, exquisitas y refinadas, que gustaban en siglos pasados. Sin embargo, cuando a las ocho en punto el pequeño Amilcar rojo depositó a sus ocupantes, no había ningún otro coche a la vista.

—¿Crees que somos los únicos invitados? —preguntó Adalbert cuando el motor parado les permitió oír los violines de un vals de Lanner.

—Eso espero. Si esta comedia de los esponsales debe continuar, prefiero que haya los menos testigos posible.

Un lacayo con librea de color amaranto abrió la puerta, mientras que otro se dispuso a preceder a los invitados por la gran escalera.

—La condesa espera a los señores en el salón de las Musas —les dijo este último.

Habían debido de acabar con todas las flores de los contornos para esa recepción. Había por todas partes, y los dos hombres entendieron por qué les había costado tanto encontrar el ramo de rosas blancas que habían hecho llevar a mediodía. Rodeaban los grandes candelabros de bronce cargados de velas encendidas, llenaban cestas en el rellano y bajo la escalera de mármol. Gracias a ellas y a las llamas que lo bañaban todo en una luz dorada, el castillo se hallaba sumergido esa noche en una atmósfera irreal que Aldo no podía decir si le resultaba agradable o no. Pensaba, sobre todo, que

iba a tener que interpretar ese molesto papel de enamorado ante el público más difícil del mundo: los ojos de Lisa. O lo haría demasiado bien y ella despreciaría su talento, o lo haría mal y le parecería ridículo.

—Pon otra cara —le susurró Adalbert—. Parece que te dirijas al cadalso.

¡Menuda suerte tenía él, que podía abandonarse al simple placer de pasar un rato junto a la mujer que amaba! Porque para Morosini ya no cabía ninguna duda de que su amigo se había enamorado de la señorita Kledermann.

—Más o menos es a donde voy —masculló Aldo.

Magníficamente ataviado de terciopelo color amaranto guarnecido en negro, Josef los recibió al final de la escalera para conducirlos hasta el salón de las Musas, pero, al llegar a la mitad del rellano, se volvió:

—¡Dios mío, casi se me olvida!... Príncipe, la señorita Lisa me ha encargado que le diga que esté preparado para una sorpresa.

¡Sólo faltaba eso!

—¿Una sorpresa? ¿De qué tipo?

—No lo sé, Excelencia, pero creo que debe de ser importante para que me hayan encargado que le avise.

—Gracias, Josef.

Ninguno de los dos vio una forma blanca que escuchaba desde el piso superior, con una mano apoyada en la barandilla.

El salón de las Musas precedía al comedor. Lo decoraban unos frescos de gusto italiano, pero de una factura simplemente correcta, que no retuvieron la atención de Morosini. Éste la dedicó por completo a la anciana dama que permanecía de pie en el centro de la estancia, junto a un enorme jarrón de celadón colocado directamente en el suelo que contenía un impresionante ramo de rosas blancas.

—Son espléndidas —dijo ella, sonriendo y ofreciendo a Morosini su hermosa mano cargada de anillos.

Ella también lo estaba. Una fortuna en diamantes brillaba en sus orejas, sobre el encaje negro de su vestido de cuello rígido; y sobre sus cabellos blancos, peinados en un moño alto, una diadema hecha de delgadas varillas relucientes formaba una aureola preciosa. Junto a esta reina, Friedrich, con frac y aspecto de sentirse muy desgraciado, pasaba inadvertido.

Aldo buscaba a Lisa con la mirada. La sonrisa de su abuela se tiñó de una dulce ironía.

—Está con Su Alteza, ayudándola a vestirse.

Aldo frunció el entrecejo mientras que Adalbert, sorprendido, arqueó las cejas.

—¿Su Alteza? —dijo este último—. ¿Es así como debemos llamarla?

—Me temo que sí. Debo advertirles, queridos amigos, que desde su liberación Elsa no es la misma. Ha ocurrido algo que se nos escapa, y creo, príncipe, que la encontrará diferente de como era cuando se entrevistaron.

—¿Significa eso que ya no tengo que interpretar el papel que me pidieron que

representara? —preguntó Morosini, esperanzado.

—La verdad es que no lo sé —murmuró la anciana dama, abatida—. No ha hablado de usted ni una sola vez, no ha vuelto a reclamar su presencia... En cambio, exige la consideración, la deferencia, los honores debidos a una alteza, y no nos sentimos con valor para negárselos. Después de todo, debería tener derecho a ellos. Creo —añadió, volviéndose hacia su sobrino nieto— que Fritz ya les ha hablado de esto.

—Así es —dijo Adalbert—. Los dos pensamos que, esforzándose en resucitar a su imperial abuela, Elsa hace lo que en psiquiatría llaman una transferencia. Quizá deberían pedir visita al famoso doctor Freud cuando estén en Viena.

—Sí, ya lo había pensado. Si es que conseguimos presentársela...

—¿Y ha sido ella quien le ha pedido esta recepción de gala? —preguntó Aldo.

—Sí. Extraña recepción, organizada con el esplendor de una fiesta cuando sólo seremos seis, ¿verdad? Pero ella espera que venga su prometido y la mesa está puesta para veinte personas.

En ese momento, Fritz explotó. Hasta entonces se había limitado, después de haber estrechado la mano a los dos hombres, a mantener los ojos clavados en el suelo al tiempo que se esforzaba en hacer un agujero en la alfombra con el tacón.

—¿Por qué no llamamos a las cosas por su nombre? Está loca. Y haces mal en prestarte a seguirle la corriente en sus manías, tía Vivi. Lo único que conseguirás es darle alas.

—Un poco de calma, ¿quieres? Se trata de una noche..., sólo una. Además, ella lo ha especificado: una cena de despedida.

—¿De quién? ¿De qué?

—Quizá de Ischl. Se ha enterado de que nos marchamos mañana. O quizá de otra cosa. Pero no he tenido valor para negárselo y Lisa lo aprueba.

—Ah, si Lisa lo aprueba...

Fritz pareció desinteresarse del asunto para concentrarse en la copa de champán que un sirviente le ofrecía en una bandeja. Pero tuvo que dejarla, porque Josef abrió las puertas del salón y anunció con voz potente:

—Su Alteza imperial.

Y Elsa apareció totalmente vestida de blanco. Un blanco tirando un poco a marfil. El vestido de cola era de los que se llevaban a principios de siglo: satén y encaje de *Chantilly*, recogido, drapeado, sujeto con algunos prendedores de rosas del mismo color. La misma tela sujetaba, sobre el pelo recogido en un moño alto con dos tirabuzones que bajaban por el cuello, una diadema de ópalos y diamantes que sólo podía pertenecer a la señora Von Adlerstein.

Los tres hombres se inclinaron, mientras que la condesa hacía una reverencia perfecta pese a su pierna enferma, pero al incorporarse Aldo y Adalbert se quedaron sin respiración: en el hueco del profundo escote de la princesa, descansando sobre el satén abullonado en el lugar donde la llevaba en la Ópera, el águila de ópalo y

diamantes brillaba con insolencia.

La mirada de Morosini buscó la de Lisa, que la seguía a una distancia de tres pasos. Ella le respondió levantando las cejas: ésa era, por descontado, la sorpresa anunciada.

Y había que reconocer que era mayúscula. Sin embargo, por muy sorprendido que estuviera, Aldo no dejó de fijarse en lo encantadora que estaba Lisa con un vestido a la antigua usanza, de tul verde almendra, que hacía plena justicia a su cuello gracioso, a sus bonitos hombros y a un pecho que Aldo habría calificado de interesante.

Llevando en la mano un abanico a juego con el vestido, en el que estaba prendida la rosa de plata, Elsa fue directamente hacia la condesa, a la que ayudó a levantarse.

—Usted no, querida —protestó amablemente. Luego, volviéndose hacia los tres hombres que esperaban uno junto a otro, tendió las manos hacia Morosini.

—¡Querido Franz! ¡He esperado esta noche con tanta impaciencia! Marcaré el momento en que todo empiece de nuevo, ¿verdad?

La débil esperanza que el falso Rudiger había abrigado se desvaneció. Incluso encarnando otro personaje, Elsa continuaba viendo en él a su prometido perdido. Con todo, se inclinó sobre la mano enguantada murmurando que se sentía infinitamente feliz y algunas tonterías más que le parecieron adecuadas para el personaje.

Ella, sin embargo, había dejado de escucharlo para reservar toda su atención a Adalbert. Eso permitió a Aldo mirarla más atentamente. El perfil que le ofrecía era tan parecido al del busto del saloncito que se quedó impresionado, aunque ciertos detalles, como la forma de los ojos o un pliegue de la boca, delataban que no se trataba del modelo. De no ser por la cicatriz que marcaba el otro lado de su rostro, esa mujer habría podido despertar el entusiasmo, hacer creer en una milagrosa resurrección, tal vez causar problemas. El velo de encaje con el que se cubría la cara en público no era solamente una protección impuesta por la coquetería; era necesario en un país donde lo más mínimo desataba la imaginación cuando se trataba de un miembro de la antigua familia imperial. Faltaba por aclarar la historia del ópalo.

Aldo se acercó a Lisa, que acariciaba con un dedo una de las rosas del enorme ramo un poco apartada de Elsa.

—¿Cómo se las han arreglado para encontrar estas maravillas? —preguntó sonriendo.

—Me alegro de que le gusten, pero no es eso lo que me interesa ahora. Yo creía que las joyas habían desaparecido con Solmanski. ¿Retiraron el ópalo antes de separarse de ellas?

—Yo no las tuve entre las manos y no pedí verlas. Lo que ocurrió en realidad es que Elsa se había apoderado de él antes de ser secuestrada. Desde su regreso de Viena, se le había metido en la cabeza que, si llevaba siempre encima el ópalo de la emperatriz, no le volvería a pasar nada malo.

—¿Consiguió que le dejaran tenerlo?

—No, porque sus pobres cuidadores desconfiaban un poco de su mente inestable. Habían habilitado un escondrijo en una viga de la sala, pero Elsa los vio y, en cuanto se quedó un momento sola, cogió la joya y la ha mantenido escondida hasta esta noche. Está muy contenta de haber burlado a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? Yo no estaría tan seguro. ¿Qué cree usted que va a hacer Solmanski cuando se dé cuenta de que no tiene el ópalo?

—Se conformará con el resto del tesoro. Hay perlas sublimes y bastantes piezas magníficas...

—Ya le dije que lo que él quiere es el ópalo, y por las razones que le expuse.

—Ya lo sé, pero no puede volver sobre sus pasos. La policía se le echaría encima.

—Sí, pero ustedes se marchan mañana. Tenga por seguro que ese individuo se enterará y que todo empezará de nuevo.

Con un gesto vivo, Lisa cogió una rosa para acercársela a los labios. Sus ojos entornados dejaron filtrar una mirada burlona:

—Y, naturalmente, usted tiene una solución, ¿no?

—¿Yo? Dios mío, ¿cuál?

—Muy sencillo: que le demos el ópalo. ¿No ha sido acaso por él, y sólo por él, por lo que Adalbert y usted han venido?

—¿Me cree tan vil como para quitarle a una pobre loca lo que considera su talismán? Aunque lo cierto es que sería la mejor solución. Elsa, que lo ha perdido todo, tendría de qué vivir, y sobre todo, en caso de recibir una visita desagradable, no habría más que desviar el peligro hacia el comprador, es decir, hacia mí; pero si...

—¡Su Alteza imperial está servida!

El anuncio, hecho desde el umbral del comedor por la vigorosa garganta de Josef, cortó en seco la frase de Aldo, que dudó un instante sobre lo que debía hacer; vio que Elsa se dirigía sola con majestuosidad hacia la doble puerta abierta y fue a ofrecer su brazo a la señora Von Adlerstein, que le dio las gracias con una sonrisa, mientras que Adalbert asió la mano de Lisa tomándole la delantera a Fritz, que tuvo que resignarse a cerrar la marcha.

Y fue la cena más increíble, más delirante y también más angustiada a la que había asistido Morosini en toda su vida. La suntuosa mesa —vajilla de fina porcelana y cristalería de Bohemia dispuestas sobre un mantel de encaje, alrededor de montones de azucenas, rosas y altas velas nacaradas en candelabros de cristal tallado— estaba puesta para veinte comensales, y como ninguna otra luz iluminaba la vasta estancia forrada de tapices, aquel fastuoso servicio se hallaba inmerso en una atmósfera extraña. En ambos extremos de la mesa había un sillón de respaldo alto, los de los señores de la casa, y Elsa, sin vacilar, fue a tomar asiento en el primero, que por lo demás Josef ya estaba apartando para ella. Aldo se inclinó para preguntar en voz baja a la condesa:

—¿Adonde debo conducirla, señora?

—La verdad es que no lo sé —susurró ella—. Elsa se ha empeñado en organizarlo

todo esta noche. Yo quería complacerla, pero empiezo a preguntarme si no he hecho mal.

La incertidumbre no duró mucho: la anciana dama fue graciosamente invitada a sentarse a la derecha de la princesa. Suponiendo que, de acuerdo con las normas sociales, él debía tomar asiento a su lado, Aldo se disponía a hacerlo cuando Elsa dijo en un tono seco:

—¡Un momento, por favor! Esa silla no está destinada a usted. —Luego, más suavemente, añadió—: Querido, me parece lo más natural que tome asiento frente a mí. ¿Acaso no es nuestra fiesta? Debemos presidirla juntos.

Aldo se inclinó de nuevo y fue a la otra punta de la mesa, donde ya lo esperaba un lacayo. Pensaba que los otros cuatro invitados serían repartidos entre los dos extremos de la mesa, pero no fue así. Elsa hizo sentar a Lisa a su izquierda y a Adalbert al lado de ésta, mientras que, enfrente, el joven Apfelgrüne se instaló, más enfurruñado que nunca, junto a su tía abuela. Morosini permaneció en su inmensa soledad, separado de los demás por una decena de sillas vacías y la curiosa impresión de encontrarse ante una especie de tribunal. Sin las flores y las llamitas danzantes que sobrecargaban la mesa, el efecto habría sido cautivador, pero él no era hombre que se dejase impresionar por un capricho de mujer, de modo que, como si la situación fuese la más natural del mundo, desplegó la servilleta y la extendió sobre sus rodillas. En la otra punta, nadie se atrevía a mirarlo; la condesa intentó expresar una débil protesta, pero enseguida fue invitada a no insistir.

La cena comenzó en un silencio opresivo. En alguna parte de la casa, unos violines tocaban a Mozart en sordina. Pese a sus deseos de escapar de esa reunión fantasmal, Aldo se obligaba a no perder la calma. Presentía que iba a pasar algo, pero ¿qué? Allá, al final del interminable camino florido, Elsa degustaba la sopa con enorme lentitud, con la cabeza erguida y mirando al vacío. De vez en cuando, sonreía, se inclinaba un poco hacia la derecha o hacia la izquierda, dirigiéndose a una de las sillas vacías como si viera a alguien sentado allí. Alrededor de ellos, la danza amortiguada de los sirvientes ejecutaba su rito.

Estaban sirviendo el segundo plato, que era carpa a la húngara, cuando de pronto se oyó el ruido metálico de un cubierto al ser depositado sobre el plato. La voz de Lisa se alzó, tensa, nerviosa, rozando el grito:

—¡Esto es insoportable! ¿A qué viene esta cena siniestra? ¿No tenemos nada que decirnos?

—Lisa, por favor —murmuró su abuela—. No es correcto que hablemos cuando Su Alteza no lo desea...

—Tiene razón, tía Vivi —la interrumpió Fritz, sumándose a la protesta—. Esta comedia que se nos hace interpretar es ridícula. Como lo es la idea de enviar a Morosini a aburrirse solo a la otra punta de la mesa, como si estuviera castigado. Acérquese, amigo, y tratemos al menos de cenar agradablemente.

Elsa se levantó como accionada por un resorte.

—Que sea usted un grosero no es una novedad para mí —le espetó, con un desprecio real, al infeliz—. En cuanto a ese hombre que no dudo ni por un instante que sea su amigo, sepa que lo he puesto ahí para ver hasta dónde llegaría su desvergüenza, hasta dónde sería capaz de llevar su odiosa impostura.

Inmediatamente, Aldo se puso en pie. En unas zancadas, recorrió la vasta sala y se detuvo ante la que lo atacaba. Su semblante permanecía impassible, pero la cólera hacía brillar sus ojos, cuyo color azul se había transformado en verde.

—Señora, no soy ni un grosero, ni un desvergonzado, ni un impostor...

—¿Ah, no? ¿Acaso va a seguir asegurando que es Franz Rudiger?

—Yo nunca lo he asegurado, señora...

—¡Diga Su Alteza imperial!

—Si se empeña... Sepa, pues, Alteza imperial, que ha sido usted y sólo usted quien se ha obstinado en ver en mí al hombre al que añora. Tal vez debería haberla sacado de su error, pero acababa de soportar una dura prueba y temí que sufriera otra conmoción.

—Fuimos nosotras las que le rogamos que continuara interpretando ese papel hasta que usted se encontrase mejor, Elsa. Se hallaba en tal estado... —intervino la condesa—. Nos asustó mucho, y además, la única idea a la que se aferraba era la de que la hubiera salvado el hombre al que ama. Estaba segura de haberlo reconocido, quiso verlo, hablar con él, y en esa ocasión tampoco puso en duda que fuera Franz. Aquello nos entristecía, pero ¿cómo podíamos quitarle esa ilusión sin herirla? Hasta lo veía más apuesto que antes...

—Sólo le falta decir que estoy loca.

—No —intervino Lisa con calma—, pero hace tantos años que no ha visto a Rudiger... Y no tenía ningún retrato. Creo que, sin darse cuenta, ha olvidado un poco su cara.

—¡Era inolvidable!

—Siempre decimos eso, pero lo cierto es que se ha equivocado. ¿Cuándo se ha dado cuenta de su error?

—Hace un rato —respondió Elsa—. Cuando nuestros invitados han llegado, yo estaba asomada a la escalera. Quería... quería ser la primera en verlo. Entonces he oído a Josef llamar a ese hombre «príncipe» y «Excelencia» y he comprendido que estaban engañándome, que los enemigos de mi familia que me persiguen habían encontrado un medio de introducir en mi vida a un ser nefasto, encargado de adueñarse de mi mente y de...

—¡No exageremos! —saltó Vidal-Pellicorne—. Con el respeto debido a Su Alteza, él la salvó arriesgando su propia vida.

—¿Está seguro? Me gustaría creerlo...

Aquello era más de lo que Aldo podía soportar.

—Querida condesa —dijo, inclinándose ante su anfitriona—, me temo que ya he oído suficiente por esta noche. Permítame que me retire.

Apenas había acabado la frase cuando Elsa dio un golpe tan fuerte en la mesa con el abanico que éste se partió.

—¡Ni se le ocurra marcharse sin que se le haya dado permiso! Tengo que hacerle unas preguntas. La primera es: ¿quién es usted?

—Permita que me encargue yo de contestar —intervino Lisa, que prosiguió en un tono solemne destinado a impresionar la mente confusa de Elsa—. Me corresponde a mí el honor de presentar a Su Alteza imperial al príncipe Aldo Morosini, perteneciente a una de las doce familias patricias que fundaron Venecia y descendiente de varios de sus dux. Debo añadir que es un hombre valiente y leal..., sin duda el mejor amigo que se puede tener.

—Es exactamente lo mismo que pienso yo —dijo Adalbert, aunque ese concierto de testimonios no lograba atravesar la armadura de desconfianza de la princesa, cuya mirada, turbia de nuevo, parecía contemplar una escena invisible al fondo de la habitación.

—¡Venecia nos odia!... Tuvo la osadía de abuchear e insultar al emperador y a la emperatriz, mi querida abuela...

—Jamás hubo ni abucheos ni insultos —rectificó Aldo—. Nada más que silencio. Reconozco que el silencio de un pueblo es terrible. Las palabras no pronunciadas, los gritos no proferidos retumban en la imaginación de quien es objeto de ellos, pero la opresión jamás ha sido una buena manera de hacer amigos. Mi tío abuelo fue fusilado por los austríacos y no tengo que disculparme por nada.

Curiosamente, Elsa no replicó. Volvió a posar los ojos en el hombre que se atrevía a plantarle cara, detuvo un momento la mirada en él y luego la bajó.

—Ofrézcame el brazo —murmuró— y volvamos al salón. Tenemos que hablar... ¡Ustedes quédense! —añadió—. Quiero estar a solas con él. Ah, y hagan callar a esos violines.

Salieron con gran majestuosidad, pero, como en las situaciones dramáticas muchas veces se cuele un elemento burlesco, antes de abandonar el comedor Aldo oyó mascullar a Fritz, siempre tan pegado a las realidades terrenales:

—La carpa fría no vale nada. ¿No podrías pedir que la calienten, tía Vivi?

Y se mordió los labios para no echarse a reír. Era el tipo de comentario que le hacía a uno mantener los pies en el suelo y, bien mirado, eso era muy aconsejable en un momento en que sentía que estaba cayendo en la irracionalidad.

Al llegar a la estancia donde habían estado un rato antes, Elsa optó por sentarse junto al gran ramo de rosas blancas y pasó la mano por sus corolas con ademán acariciador.

—Me habría gustado que fuesen para mí —murmuró.

—La costumbre es enviar flores a la dama que te invita —dijo Aldo—. Además, no las enviaba sólo yo. De todas formas, quizá no me habría atrevido...

Elsa dejó sobre un velador el abanico, cuya varilla partida en dos permanecía sujeta por la rosa de plata.

—No fue usted quien me dio esto, es verdad. Sin embargo, el otro día se atrevió a besarme.

—Le pido perdón, señora. Usted me lo había pedido.

—Y era esencial interpretar su papel, ¿no? —murmuró con una amargura que conmovió a Morosini.

—No tuve que hacer ningún esfuerzo. Recuerde lo que le dije, y le juro por mi honor que era sincero. Es usted muy bella y, sobre todo, posee un encanto que supera las bellezas más raras. Es muy fácil amarla..., Elsa.

—Pero usted no me ama.

Sin mirarlo, tendió hacia él una mano de ciega en busca de un apoyo. Una mano perfecta, y tan frágil que él la tomó entre las suyas con una infinita dulzura.

—Qué más da, puesto que no es a mí a quien usted ha entregado su corazón.

—Claro, claro..., pero él tiene pocas posibilidades de conseguir que le concedan mi mano. Ni mi padre ni Sus Majestades aceptarán a un plebeyo. Usted, según me han dicho, es príncipe.

Aldo se dio cuenta de que sus fantasmas volvían a apoderarse de ella.

—Un príncipe insignificante —dijo sonriendo—. Indigno de una archiduquesa. Y enemigo, por añadidura, puesto que soy veneciano.

—Tiene razón. Es un grave impedimento... Al menos él es un buen austriaco y un fiel servidor de la Corona. Tal vez mi abuelo acepte concederle un título de nobleza.

—¿Por qué no? Habrá que pedírselo...

El terreno se volvía tan resbaladizo que Aldo sólo se atrevía a avanzar paso a paso. Deseaba acabar con esa escena fuera del tiempo, pero, por otra parte, hubiera querido poder ayudar a esa mujer quizá tan atractiva, caprichosa y desdichada como lo había sido aquélla cuya imagen se esforzaba en resucitar.

La idea que le había sugerido debió de gustarle, pues se puso a sonreír a una visión que ella era la única en contemplar:

—¡Exacto! ¡Se lo pediremos juntos!... Por favor, vaya a decirle a Franz que venga a reunirse conmigo.

—Lo haría con mucho gusto, Alteza, pero no sé dónde está.

Ella volvió hacia él una mirada que no lo veía.

—¿Todavía no ha llegado?... ¡Qué raro! Siempre es de una puntualidad extrema. ¿Quiere mirar si está en la antecámara?

—A sus órdenes, Alteza.

Aldo salió, dio unos pasos por la galería mientras reflexionaba y luego regresó al salón. Elsa se había levantado. Caminaba de un lado para otro sobre la gran alfombra de flores, apretando las manos contra el pecho. La cola del vestido la acompañaba con un crujido sedoso.

Al oír entrar a Morosini, se volvió de golpe.

—¿Y bien?

—Todavía no ha llegado, Alteza. Quizás haya tenido algún contratiempo de tipo mecánico...

—¿Mecánico? —repuso ella, horrorizada—. ¡Los caballos no son mecánicos y Franz no utilizaría otra cosa! A él y a mí nos encantan los caballos.

—Claro, debería haberme acordado. Le pido perdón... ¿Me permite que aconseje a Su Alteza sentarse? Está atormentándose por nada y eso no es bueno.

—¿Quién no se atormentaría cuando su prometido llega tarde la noche más importante de su vida?... ¿Qué debo hacer, Dios mío, qué debo hacer?

Su agitación iba en aumento. Aldo comprendió que solo no conseguiría controlar la situación, que debía buscar ayuda. Asió firmemente a Elsa de un brazo para obligarla a sentarse.

—Cálmese, por favor. Voy a pedir que salga alguien a su encuentro. Quédese aquí sin moverse y esté tranquila.

La soltó con tantas precauciones como si temiera verla desplomarse y a continuación salió y se dirigió apresuradamente al comedor. No había nadie sentado a la mesa y los criados habían desaparecido. Tan sólo la señora Von Adlerstein estaba sentada en el alto sillón que antes ocupaba Elsa. Junto a ella, Adalbert fumaba como una locomotora. Fritz, ante una ventana, comía pastas dispuestas en una gran fuente. En cuanto a Lisa, caminaba detrás del asiento de su abuela con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, pero al ver entrar a Aldo fue corriendo hacia él.

—¿Dónde está?

—Aquí al lado, pero, Lisa, ya no sé qué hacer... Vaya con ella.

—Dígame primero qué ha pasado.

Aldo contó con toda la fidelidad posible su extraña conversación con Elsa.

—Confieso que me siento culpable —concluyó—. Jamás debería haberme prestado a esta comedia.

—Lo ha hecho a petición nuestra —dijo la condesa—. Y nosotras se lo pedimos porque pensábamos que un poco de alegría podría serle beneficiosa. Después, usted se ausentaría y eso me dejaría tiempo para llevarla a Viena y hacer que la examinaran.

—Sí, claro, pero ahora ella lo mezcla todo y espera a Rudiger. Está muy preocupada por él. Acabo de prometerle que voy a ir en su busca porque teme que haya tenido un accidente.

—Bien, hay que acabar con esto. Voy con ella —dijo Lisa, pero su abuela la retuvo por la muñeca.

—No, espera un momento. Hay que pensar... ¿Dice que teme un accidente? Y nosotros sabemos que ha muerto... ¿Y si aprovecháramos la ocasión para decirle... que no volverá a verlo nunca más?

—Tal vez no sea una mala idea —dijo Adalbert—, pero es mejor no precipitarse..., dejar que pasen las horas, los días. Aldo debe desaparecer de su horizonte. Ella está confusa porque no acaba de saber con seguridad si es Rudiger o

no.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo el interesado—. Tengo miedo de cometer un error sea cual sea mi actitud. Vaya, Lisa, no conviene dejarla mucho tiempo sola.

—Te acompañamos —dijo la anciana dama—. ¡Josef!

El viejo mayordomo, que había permanecido en las lejanas sombras del comedor, reapareció en el halo de luz.

—Señora condesa...

—No creo que nos acabemos esta cena. Diga a todos que se retiren, pero sírvanos el café en mi gabinete. Quizá con el postre, para complacer a Fritz.

En ese momento oyeron la voz de Lisa:

—¡Elsa!... ¡Elsa! ¿Dónde está?

La joven volvió para anunciar que la princesa no estaba donde Aldo la había dejado.

—Voy a subir a su habitación —añadió.

Pero la habitación estaba vacía, al igual que el resto del piso, al igual que todas las demás estancias de la casa. Y, lo que era más curioso aún, nadie había visto a Su Alteza. Alguien sugirió la idea de que quizás había salido a pasear por el parque.

—No me extrañaría nada —dijo Lisa—. Si le diéramos libertad total para obrar a su antojo, estaría día y noche fuera.

En ese momento se oyó el galope de un caballo alejándose rápidamente. Se precipitaron a las cuadras con linternas y vieron una de las puertas abierta de par en par. Faltaban una yegua y una silla de amazona, según afirmó el jefe de los palafreneros, que había acudido al oír ruido.

—He tenido el tiempo justo de ver algo blanco, como un largo chal de bruma que corría hacia los bosques —dijo el hombre.

—¡Dios mío! —gimió Lisa, ciñendo alrededor de sus hombros desnudos la capa de loden que había cogido del guardarropa del personal—. ¿Cómo ha podido montar con ese vestido de noche? ¡Y con el frío que hace! ¿Adónde habrá ido?

—A buscarlo a él —dijo Aldo, precipitándose hacia uno de los caballos—. Vuelva a casa, Lisa, vamos a intentar encontrarla.

—No, ustedes no van a hacer nada —dijo la joven—. ¿Adónde van a ir en plena noche y con traje de gala, sin conocer además la región ni a los caballos?... Sí, lo sé, es usted un jinete excelente, pero yo le pido que se quede aquí. No serviría de nada que se partiera la nuca... Llame a sus hombres, Werner, y envíelos en la dirección en la que la ha visto ir. Cojan linternas para intentar seguir las huellas... El señor Friedrich irá con ustedes. Conoce la región palmo a palmo. Nosotros iremos a casa y avisaremos a la policía. Hay que dar una batida por el norte de Ischl.

—Pero esos bosques hacia los que la han visto ir, ¿adónde llevan? —preguntó Adalbert.

—Depende. A la montaña... al Attersee, al Traunsee. Lugares llenos de obstáculos, llenos de peligros, y no creo que ella conozca la zona mejor que

ustedes..., mi pobre Elsa...

La voz de la joven se quebró al pronunciar las últimas palabras. Dándose cuenta de que iba a romper a llorar, Aldo tendió las manos hacia ella, pero, de repente, Lisa giró sobre sus talones y se fue corriendo hacia la casa.

—Dejémosla —murmuró Adalbert—. A quien necesita es a su abuela... Lo mejor es que vayamos a coger el coche e intentemos ejecutar la parte que nos corresponde en el concierto delirante de esta noche.

Siguiendo los consejos de Josef, que les facilitó un mapa de carreteras, subieron hacia Weissenbach y Burgau, en el Attersee, deteniéndose con frecuencia para escuchar los ruidos nocturnos. No había luna. Estaba oscuro, hacía frío, y los dos pensaban en la mujer vestida de satén que galopaba a ciegas a través de esa oscuridad. ¿Estaría aún viva? Su montura podía haberse desbocado, o una rama baja haberla golpeado. La maravillosa naturaleza de aquel rincón de Austria, constelada de cascadas y de grandes lagos apacibles, les parecía ahora amenazadora, pérfida, plagada de trampas, algunas de las cuales podían ser mortales.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto Morosini, después de haber encendido el vigésimo cigarrillo.

—Intento no pensar.

—¿Por qué? ¿Temes que la galopada de Elsa sea una carrera hacia el abismo?

—No lo temo, estoy seguro de que lo es. Esto no puede acabar de otra forma.

—¿Por el ópalo? ¿Tú también crees en su poder maléfico?

—Hemos constatado el del zafiro y el del diamante. Esta maldita piedra no es una excepción. Aunque esta vez me pregunto si nuestra búsqueda va a terminar aquí. Supón que Elsa desaparece...

—No irás a dotarla de poderes sobrenaturales... Aunque a veces da la impresión de que es un fantasma, no lo es. Así que intentemos razonar con realismo. Primera hipótesis: tiene un accidente y se mata. Creo que conseguiremos que la condesa nos venda una joya que no tendrá ganas de conservar. Y cuanto antes, mejor, pues hay que contar con Solmanski. Podría reaparecer en el momento menos pensado.

—Hummm... —gruñó Vidal-Pellicorne—. Segunda hipótesis: la encontramos, está bien... y entonces, ¿qué? Te recuerdo que ve ese objeto como un talismán.

—Lo sé. En ese caso, tendremos que hacer lo que habíamos decidido en Hallstatt: encargar una copia de la joya, y ahora con más posibilidades de éxito, porque sin duda podremos conseguir una fotografía. Evidentemente, es una solución muy cara, pero es la mejor: Elsa tendrá una joya auténtica en la que podrá creer todo lo que quiera, pero ya sin peligro.

—¿Crees que Lisa estará de acuerdo? Siempre ha detestado la idea de mercadeo que sugería nuestra presencia.

—Y eso te fastidia, ¿verdad? —dijo Aldo en tono sarcástico.

—Un poco, lo reconozco, y me cuesta creer que a ti te deje indiferente.

—Los sentimientos no se pueden medir con el mismo rasero que la misión que

debemos llevar a cabo. La misión es lo importante, puesto que se trata de un pueblo.

Adalbert no contestó y se concentró en la conducción del vehículo. Durante su recorrido, los dos hombres se encontraron con Fritz y uno de los palafreneros, que, sujetando al caballo por la brida y acercando la nariz al suelo, intentaban encontrar el rastro que habían perdido. Por supuesto, todavía no habían visto nada. Y nadie encontró nada.

Era de día cuando regresaron a Rudolfskrone, donde reinaba una atmósfera de catástrofe. Ni Elsa ni la yegua habían aparecido. Lisa tampoco estaba a la vista.

—Vayan a descansar un poco —les aconsejó la señora Von Adlerstein, cuya angustia se reflejaba claramente en su rostro cansado y sus ojos apagados—. Se han portado como verdaderos amigos y nunca podré agradecerélos bastante.

—¿Está segura de que ya no nos necesita?

—Sí. Vengan a cenar esta noche. Si antes hay alguna noticia, se lo haré saber.

—¿Dónde está Lisa?

—Acaba de salir, pero no se preocupen, la he obligado a dormir tres horas y a comer algo.

Fue Fritz quien, dos horas más tarde, les llevó la noticia: Lisa había regresado con la yegua. Al llegar a la cascada a la que a Elsa le gustaba ir los últimos días, la joven había visto al animal, cuya brida se había enganchado en una rama. De la amazona no había otro rastro que una mantilla blanca en el saliente puntiagudo de una roca, en la pared que bajaba. Más abajo aún, el borboteo del torrente, que rebotaba despidiendo blancas salpicaduras. Y luego las profundidades rugientes de la catarata.

—Había ido en otra dirección —dijo Fritz—. No habíamos buscado por ahí. Ni siquiera sabemos por qué camino ha podido llegar a la cascada, pero una cosa es segura: está ahí, y para sacarla... Es horrible, ¿verdad? Allá arriba todo el mundo está destrozado.

—No es para menos —murmuró Morosini, que se volvió hacia su amigo—. Los dos teníamos razón: era una carrera hacia el abismo.

—Quiso salir al encuentro de su prometido, pero se encontró con la muerte. Y le tendió los brazos...

En el silencio que siguió, Fritz se sintió incómodo.

—Supongo que nos veremos más tarde en casa de tía Vivi, ¿no? Naturalmente, el viaje a Venecia queda pospuesto. ¿Y... ustedes? ¿Qué van a hacer? —añadió tras una ligera vacilación.

—Yo iré a despedirme —dijo Aldo con un suspiro—. Tengo que volver a casa sin falta, pero mi invitación sigue en pie.

—Es muy amable y se lo agradezco, pero será mejor que me quede en Rudolfskrone mientras duren las operaciones de búsqueda. Quizá después —dijo con una mirada de cocker que espera una golosina—. Cuando Lisa se marche... o cuando se haya cansado de verme.

—Siempre será bien recibido —dijo Aldo con sinceridad. Sentía una especie de

ternura por ese muchacho torpe pero conmovedor en su amor obstinado, que veía claramente que no tenía esperanzas. Se había equivocado de siglo; la época de los *Minnesänger* y de los caballeros que se pasaban la vida suspirando por una dama inaccesible habría sido más indicada para él—. Venga a Venecia —concluyó, estrechando la mano del joven—. Ya verá; hace milagros. Pregúnteselo a Lisa.

—El milagro sería ir con ella, pero más vale no soñar.

Una vez solos, Morosini y Vidal-Pellicorne permanecieron un rato sumidos en pensamientos coincidentes. Adalbert fue el primero en expresar el sentimiento común:

—Esta vez sí que ha acabado todo de verdad. No hemos podido salvar a esa desdichada y el ópalo yace con ella en el fondo del agua. Es una verdadera catástrofe.

—A lo mejor encuentran el cuerpo.

—No lo creo. De todas formas, si no te molesta, me quedaré unos días más para ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—¿Por qué crees que va a molestarme?

El arqueólogo se sonrojó de pronto hasta la punta de los cabellos en perpetuo desorden.

—Podrías... creer que busco motivos para quedarme el máximo tiempo posible cerca de Lisa.

—Y después de todo, ¿por qué no ibas a hacerlo? Yo no tengo ningún derecho sobre la señorita Kledermann y no me hago ninguna ilusión sobre sus sentimientos hacia mí. Tú le gustas, así que...

—Como decía Fritz, más vale no soñar. Dejando esto a un lado, después seguramente iré a Zúrich para intentar tener una entrevista con Simon. Es preciso ponerlo al corriente.

—Yo de ti iría primero al palacio Rothschild, en Viena. Tal vez el barón Louis pueda decirte dónde reside en estos momentos su viejo amigo el barón Palmer. Y así estarás unos días más junto a Lisa.

Demasiado emocionado para contestar, Adalbert cogió a su amigo por los hombros y lo abrazó.

A la mañana siguiente, Morosini salía de Bad Ischl al volante de su pequeño Fiat. Solo.

Tercera parte

LA PESTE DE VENECIA

12. Una trampa muy bien tendida

Era la primera vez que Morosini regresaba a casa en coche. A ese hijo de la Serenísima enamorado del mar, los barcos le bastaban. Y para los viajes fuera del país, sus preferencias se inclinaban por los grandes expresos europeos, cómodos como palacios ambulantes.

Aun así, estaba encantado con el viaje que había hecho; su artefacto funcionaba de maravilla y le iba a permitir esta llegada sorpresa, gracias a la cual esperaba descubrir qué pasaba exactamente en su casa. Llegar de puntillas no le hacía mucha gracia. La alegría que le producía regresar a su querida casa se veía afectada por ello, pero ¿podía hacer otra cosa?

Al llegar a Mestre, llevó el automóvil al único garaje de la ciudad, donde pensaba dejarlo hasta que lo necesitase de nuevo. Después, tras descartar ir en un pontón porque era un transporte lento y ya pasaban de las cuatro, tomó el tren que unía Mestre con Venecia varias veces al día. La bella del Adriático sólo estaba sujeta a la tierra por el doble cable de acero de los raíles, sobre los tres mil seiscientos metros del Ponte sulla Laguna^[12].

Cuando llegó a la estación de Venecia unos minutos más tarde, Morosini estaba seguro de que no habría nadie esperándolo, puesto que no era la hora de ningún gran tren. Sin embargo, no pudo evitar la sorpresa un tanto escandalizada del maletero que se hizo cargo de su equipaje.

—¡Jamás lo hubiera creído! ¿Usted, Excelencia, en el cercanías?

—He venido en coche hasta Mestre, y no será la última vez que tome estos trenes. Los tiempos cambian.

—¡Y que lo diga! —murmuró el hombre, señalando con la barbilla a dos hombres jóvenes, con camisa y gorro negros, que deambulaban lentamente con las manos tras la espalda—. Ahora está todo lleno de tipos de estos que no se sabe de dónde han salido y se dedican a amenazar a todo el mundo. ¡Y tienen las manos largas!

—¿Y la policía? ¿Les deja campar por sus respetos?

—No le piden su opinión. Y a ella le conviene más no actuar... ¡Ya estamos! ¡Ahí vienen!

A los milicianos les había llamado la atención ese viajero elegante que había llegado en unas condiciones que les parecían anormales.

—¿De dónde viene? —preguntó uno de ellos con el acento áspero de la Romaña y, por supuesto, sin dignarse saludar.

—De Mestre, donde he dejado mi coche. ¿Está prohibido?

Uno de los hombres, que estaba limpiándose los dientes, gruñó:

—No, pero no es normal. ¿Es usted extranjero?

—Soy más veneciano que usted y voy a mi casa.

Completamente decidido a no dejarse avasallar por esos patanes, Aldo se disponía a seguir su camino, pero aún no habían acabado con él.

—Si es usted de aquí, diga cómo se llama.

—No tiene más que preguntárselo a cualquier empleado de la estación. Todo el mundo me conoce.

—Es el príncipe Morosini —se apresuró a decir el maletero—, y en Venecia todo el mundo le quiere porque es generoso.

—¿Otro de esos aristócratas que no han dado golpe en su vida?

—Se equivoca, amigo, yo trabajo. Soy anticuario... y me alegro de saludarlo. ¡Vamos, Beppo!

Esta vez les volvió la espalda, maldiciéndose por haber tenido la idea de ir en tren. El viaje en barco le habría evitado ese encuentro desagradable, pero apartó enseguida ese pensamiento de su mente mientras embarcaba en la lancha del hotel Danieli, cuyo conductor, que había ido a recoger unos paquetes, se había ofrecido a llevarlo. El recorrido por el Gran Canal siempre representaba para él un momento de gracia y quería saborear su belleza bajo una puesta de sol de las que se veían muy pocas a las puertas del invierno. Un día como el que acababa de vivir —cielo azul y aire templado, cargado de olores marinos— era excepcional en noviembre.

Pero, cuando la lancha giró a la derecha, hacia la entrada del Rio Foscari, Morosini recibió una impresión desagradable: en la puerta de su palacio, un niño con camisa negra que parecía el hermano pequeño de los de la estación montaba guardia con un arma en la bandolera.

—Vaya —dijo el empleado del Danieli—, parece que tiene visita, don Aldo. Esa gente empieza a ponerse pesada.

—Demasiado, desde luego —dijo él entre dientes.

Sin esperar a que el visitante indeseable le hiciera la menor pregunta, atacó preguntándole qué hacía allí. El joven miliciano se sonrojó ante la mirada borrascosa del príncipe, pero eso no le hizo abandonar el tono insolente que parecía de rigor.

—Eso no es cosa suya. ¿Y usted qué quiere?

—¡Entrar en mi casa! Soy el propietario de este palacio.

El otro se apartó de mala gana y se guardó mucho de ayudar a desembarcar el equipaje. Morosini dio las gracias al conductor de la lancha y, después de dejar las maletas en medio del vestíbulo al tiempo que llamaba a Zaccarìa, se dirigió a su

despacho. Aldo era muy sensible a las atmósferas, y no le gustaba nada la que reinaba en su casa. Incluso empezaba a sentir una vaga inquietud.

El que apareció fue Guy Buteau, pero tan pálido, tan alterado que Aldo creyó que iba a desmayarse y se acercó a él precipitadamente para sujetarlo.

—¡Guy! ¿Qué ocurre? ¿Está enfermo?

—De angustia, sí, ¡pero gracias a Dios que ya está aquí! ¿Recibió mi telegrama?

—No. ¿Cuándo lo envió?

—Anteayer. Inmediatamente después... del drama.

—Debía de estar en camino. Pero ¿de qué drama habla?

—Celina y Zacearía... han sido detenidos por los del Fascio. Y todo porque quisieron echar a la calle a ese hombre cuando pretendía instalarse aquí... ¡Cielo santo, Aldo, tengo la impresión de estar viviendo una pesadilla!

—¿Qué hombre? ¡Hable, demonios!

Incapaz de sostener la mirada fulgurante de Morosini, Buteau desvió la suya.

—El... el conde Solmanski. Llegó hace dos días. Fue su hija quien lo trajo.

—¿Cómo?

Esta vez, Aldo creyó de verdad que uno de los dos estaba volviéndose loco, y si no era Guy, tenía que ser él. ¡Solmanski! ¡Ese asesino, ese miserable en su casa! Y lo había llevado Anielka... Se concedió unos segundos para asimilarlo, pero no conseguía entender nada. A no ser que la más taimada de las mujeres le hubiera interpretado una infernal comedia afirmando que se escondía de los suyos para despistar mejor a sus supuestos perseguidores, cosa que, después de todo, a esas alturas ya no le extrañaba. Anielka se había reído de él desde su primer encuentro.

—No me digas que se han atrevido a instalarse en mi casa.

—Sí. Vinieron escoltados por unos milicianos. Celina me contó que usted llamó la otra noche, así que seguro que ya sabe que... esa mujer que decía ser su prometida se pasaba la mayor parte del tiempo aquí.

—Sí, gracias a ese imbécil de Pisani, al que Anielka ha hecho perder la cabeza y al que yo voy a calentar las orejas. Por cierto, ¿dónde está? ¿Sigue haciéndole arrumacos a su amada?

—No. Desapareció después de que ella se riera en sus narices y lo llamara pánfilo. Debe de estar escondido en algún sitio, muerto de vergüenza.

—Hace bien, eso me ahorrará echarlo a la calle. Pero cuénteme lo de Celina y su esposo. ¿Qué ha pasado exactamente?

Todo sucedió muy deprisa. Al ver llegar, cargados de maletas, a los dos Solmanski acompañados de un jefe de los Camisas Negras y decididos a instalarse en el palacio Morosini, Celina había tenido uno de sus más memorables accesos de cólera, cuya virulencia toda Venecia reconocía con una pizca de admiración. Una palabra había llevado a la otra y, ante lo que ella consideraba una violación de su territorio y una intolerable injusticia, la vehemente napolitana había dicho lo que pensaba de los nuevos amos de Italia. El efecto había sido inmediato: la habían

agarrado para llevársela, y como Zaccaria había intervenido también en la trifulca para defender a su mujer, los dos habían sido detenidos por ultraje a la sagrada persona del Duce.

—Le juro que hice lo que pude para que los soltaran, Aldo, pero ese tal Fabiani que los acompañaba me amenazó con seguir la misma suerte que ellos. Dijo que Solmanski era amigo personal de Mussolini y que mandarlo a vivir en nuestra casa era un privilegio extraordinario que había que apreciar no precisamente con insultos. Le expliqué que, en su ausencia, era delicado aceptar a unos extraños bajo su techo. Pero él me replicó que su futura esposa y su padre no podían ser considerados unos extraños.

—¿Otra vez esa historia disparatada? Pues yo no le oculté a... *lady* Ferráis lo que pensaba al respecto.

—A lo mejor creyó que quería ponerla a prueba o Dios sabe qué. El caso es que no tuve más remedio que inclinarme si no quería dejar su casa sin vigilancia.

—A nadie se le ocurriría reprocharle nada, amigo mío —dijo Aldo, consternado—. ¿Están aquí ahora?

—En el salón de las Lacas, donde Livia ha debido de servirles el té.

—¡Se creen realmente que están en su casa! —dijo Morosini con rabia—. Pero, ahora que lo pienso, ¿cómo se las arreglan para las comidas? ¿Quién reemplaza a Celina en los fogones?

El antiguo preceptor agachó la cabeza y se puso rojo como un tomate.

—Bueno..., para el té y el café, las pequeñas Livia y Fulvia se las arreglan muy bien. De lo demás me encargo yo.

—¿Usted cocina? —dijo Morosini, atónito—. ¿Se han atrevido a pedirle eso?

—No, he sido yo quien ha decidido hacerlo. Ya sabe el amor que siente Celina por sus dominios, por sus cacerolas, y he pensado que la ausencia le sería menos penosa si... un amigo se hiciera cargo de ellos. Ya debe de estar bastante mal sin imaginar una violación de su territorio.

Aldo, emocionado, rodeó al señor Buteau con los brazos y lo estrechó unos instantes contra sí. Esa prueba de amistad hacia la que él llamaba su madre putativa le llegaba al corazón, aunque sabía desde hacía tiempo que, a través de innumerables conversaciones y controversias culinarias, los lazos tejidos entre la napolitana y el borgoñón se habían vuelto fraternales.

—Espero que vuelva pronto para decirle lo que piensa de esto —murmuró—. Ahora voy a ocuparme de los invasores, y si sólo depende de mí...

—Vaya con cuidado, Aldo —le rogó el señor Buteau—. Recuerde que nos vigilan y que al siniestro muchacho apostado en la puerta le bastaría un toque de silbato para hacer venir a un escuadrón de sus colegas. Es absolutamente preciso que permanezca con nosotros; si no, esa gente es capaz de desposeerlo de todo.

—¡Todavía no hemos llegado a esos extremos!

Sin embargo, aunque se había dirigido a la escalera dispuesto a subir los peldaños

de cuatro en cuatro, aminoró la marcha a fin de tomarse el tiempo de reflexión necesario para apaciguar su cólera. Si sólo hubiera prestado oídos a su indignación, habría cruzado el umbral del salón de las Lacas y agarrado por las solapas a ese viejo demonio de Solmanski para arrojarlo directamente al Gran Canal a través de una ventana.

Al llegar al *portego*, la larga galería donde, bajo la mirada altiva del dux Francesco Morosini el *Peloponesio*, estaban reunidos los grandes recuerdos de los combates y de las glorias navales de la familia, dejó sobre uno de los arcones de marina el abrigo, los guantes y el sombrero con los ojos clavados en la puerta tras la que el enemigo permanecía agazapado. Tenía la impresión de que un gusano inmundo estaba pudriendo el fruto magnífico de su casa, madurado a lo largo de siglos de grandeza. Pero tenía cosas mejores que hacer que filosofar. Respirando hondo, como uno hace siempre antes de zambullirse, abrió la puerta con decisión y entró.

Allí estaban los dos, padre e hija, sentados a uno y otro lado de un velador antiguo que sostenía una gran bandeja de plata, él vestido de negro, como era su costumbre, con el monóculo levantando arrogantemente su poblada ceja gris, ella ataviada con un fino vestido de lana blanca, que le daba ese aire de reina de las nieves al que Aldo había sido tan sensible pero que en esta ocasión lo dejó frío.

Fue ella la primera en verlo. Tras dejar la taza, fue hacia él con las manos tendidas.

—¡Aldo! ¡Por fin has vuelto! ¡Qué contenta estoy!

Se disponía a abrazarlo, pero él la detuvo con un gesto seco y sin siquiera dedicarle una mirada.

—No estoy seguro de que sigas estándolo mucho tiempo.

Acto seguido, dirigiéndose hacia el conde, que lo miraba acercarse con una media sonrisa pero sin moverse ni un milímetro, le espetó:

—¡Largo de aquí! ¡No tiene nada que hacer en mi casa!

La ceja que sostenía el círculo de cristal lo soltó al levantarse bruscamente, mientras que Solmanski, dejando la taza, pareció replegarse sobre sí mismo. Su boca hizo un mohín de disgusto.

—¡Vaya recibimiento! Esperaba algo mejor de un hombre cuyas aspiraciones más profundas voy a colmar asegurando su felicidad.

—¿Mi felicidad? ¿En serio? ¿Haciendo encerrar a mi segunda madre y a mi sirviente más antiguo? ¿De verdad creía que me iba a tragar eso?

Solmanski hizo un gesto evasivo, se levantó y dio unos pasos sobre la alfombra de Savonnerie.

—Quizás aprecie a esa mujer, pero ella ha actuado en contra de sus intereses más elementales negándome hospitalidad, pese a haber sido pedida con toda cortesía por el gran hombre que se ha hecho cargo de los destinos de este país y que...

—¿Dónde cree que está en estos momentos? ¿En un mitin electoral? Yo no conozco a Benito Mussolini, él no me conoce a mí, y deseo que nuestras relaciones

sigan siendo las que son. Dicho esto, la casa de los Morosini nunca ha servido de refugio a un asesino, y eso es lo que usted es. ¡Así que váyase! ¡Váyase a Roma, váyase a donde quiera, pero salga de este palacio! ¡Y llévese a su hija!

—¿Acaso su visión le ofende? Sería el primero, y hasta ahora no pensaba así.

—Hace ya bastante que cambié de opinión respecto a ella; es demasiado buena actriz para mi gusto. La espera un gran futuro en el teatro.

La protesta indignada de Anielka fue cortada en seco por su padre, que la invitó en un tono amable pero firme a retirarse a su habitación.

—Seguramente vamos a decirnos cosas poco agradables. Prefiero que no las oigas; podrías recordarlas más tarde.

Para sorpresa de Morosini, Anielka no protestó. Esbozó un gesto dirigido a la estatua rígida y sin mirada que se alzaba ante ella, pero enseguida dejó caer la mano y salió sin que sus ligeros pasos arrancaran la menor queja al entarimado. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, Aldo se colocó delante del gran retrato de cuerpo entero de su madre, pintado por Sargent, que estaba enfrente del de la heroína de la familia, Felicia, princesa Orsini y condesa Morosini, cuya imperiosa belleza había fijado sobre el lienzo Winterhalter. Aldo permaneció delante del cuadro y, con las manos cruzadas tras la espalda, plantó cara al hombre que, estaba seguro, había ordenado el asesinato. La sonrisa que le dedicó entonces fue un poema de desdeñosa insolencia:

—En los tiempos en que estaba enamorado de ella, a menudo me pregunté si... *lady* Ferráis —en ese instante era incapaz de pronunciar su nombre— era realmente su hija. Ahora estoy seguro de que lo es; se parece demasiado a usted, y por eso ya no la quiero.

—Sus sentimientos no tienen mucha importancia. No sería el primer matrimonio que deja el corazón a un lado. Aunque la creo muy capaz de volver a conquistarlo. Su belleza es de las que no dejan a ningún hombre indiferente. Engañar es un defecto muy femenino, pero que se perdona fácilmente cuando la mujer tiene una cara de ángel y un cuerpo capaz de condenar al propio Satán.

Morosini se echó a reír.

—¡Con él sería incesto! Pero dígame, Solmanski, ¿por casualidad está pensando en convertirse en mi suegro?

—¡Muy bien! ¡Entiende usted las cosas enseguida! —repuso el otro, devolviendo un sarcasmo por otro.

—He decidido darle a Anielka, en efecto. Sé que hubo un tiempo en que la habría recibido de rodillas, pero en aquella época esa unión interfería en mis planes. Hoy, las cosas han cambiado y he venido expresamente para acordar este matrimonio.

—¡No le falta descaros! Tartufo era un aprendiz a su lado. ¿Por qué no añade que mi casa le ha parecido un excelente refugio contra las diferentes policías que lo buscan? Y no por minucias: varios asesinatos, secuestro... y robo, porque debió de tener algo que ver con el robo cometido en la Torre de Londres, ¿verdad?

El conde se ensanchó de pronto como un dondiego de día al darle el primer rayo de sol.

—Ah, ¿se dio cuenta? Es usted más inteligente de lo que pensaba, y confieso que... no estoy descontento de ese golpe. Pero, ya que saca a relucir el asunto del pectoral, y que estoy en posesión del zafiro y del diamante, creo que no tendrá demasiados inconvenientes en entregarme el ópalo, puesto que usted y Simon Aronov ya tienen la carrera perdida.

—Usted también la tiene perdida —dijo Morosini súbitamente apaciguado, pues sabía perfectamente que las joyas que tenía Solmanski eran falsas—. Si quiere esa piedra, tendrá que ir a buscarla a las entrañas de la tierra, al fondo de la cascada de los alrededores de Ischl a la que se arrojó la infeliz a la que usted había condenado a morir en el incendio provocado por una explosión. Ella prefirió el agua.

—¡Miente! —rugió el hombre, cuya nariz se encogió de un modo muy curioso.

—No, palabra de honor, aunque esa expresión debe de resultarle desconocida. El periódico austríaco que compré ayer y que está en mi maleta informa de ese accidente. En cuanto a la señorita Hulenbergl, había separado el águila de diamantes del resto de las alhajas sin que sus sirvientes se enteraran. La consideraba un talismán y la llevaba siempre oculta bajo la ropa. ¡Sí, Solmanski! Durante varios días tuvo el ópalo al alcance de la mano. Desgraciadamente, se lo había puesto para lucirlo en su última cena y se lo llevó consigo a la muerte..., junto con una diadema bastante bonita que la señora Von Adlerstein le había prestado para la ocasión. Tendrá que conformarse con las joyas que robó, aunque con un consuelo: no estará obligado a compartirlas con su hermana. En el lugar donde está la baronesa, no tendrá oportunidad de llevar joyas durante mucho tiempo.

—Si la han detenido, ha sido por su culpa —dijo el conde, rechinándole los dientes—. Presumir de ello ante mí es una grave torpeza.

Un acceso de rencor había hecho que la arrogancia del supuesto polaco se desmoronara. Aldo se permitió el placer de encender un cigarrillo y de echarle el humo a su enemigo en la cara antes de declarar:

—Para mí fue una verdadera satisfacción, y no creo que a usted le cause una pena muy profunda; no es un hombre de grandes sentimientos.

—Tal vez, pero soy un hombre al que le gusta saldar sus cuentas y la suya está subiendo considerablemente. En cuanto al ópalo, no pierdo la esperanza de hacerme algún día con él; un cuerpo puede encontrarse, incluso en una cascada.

—Siempre y cuando pueda volver a Ischl, donde el Polizeidirektor Schindler le recibiría con los brazos abiertos.

—Cada cosa a su tiempo. Por el momento centrémonos en usted y su próximo matrimonio: dentro de cinco días hará de mi hija una deliciosa princesa Morosini.

—No cuente con ello —repuso Aldo.

—¿Se apuesta algo?

—¿Qué?

Los ojos del conde, fríos como los de un reptil, y los centelleantes del príncipe estaban clavados los unos en los otros. Una sonrisa cruel deformó los delgados labios de Solmanski.

—La vida de esa mujer gorda a la que usted llama su segunda madre y la de su compañero. Mis amigos y yo nos hemos encargado de que los encierren en un lugar suficientemente secreto para que la policía oficial no tenga ninguna posibilidad de encontrarlos y del que podrían desaparecer sin ninguna dificultad. Y eso es lo que les pasará si se niega.

Un desagradable hilo de sudor frío se deslizó por la espalda envarada del príncipe anticuario. Sabía que ese indeseable era capaz de cumplir su amenaza sin vacilar ni un segundo, e incluso de hacerlo con cierto placer. La idea de la muerte, quizá terrible, que Solmanski reservaba a la vieja pareja a la que quería desde su infancia le resultó insoportable, pero se negaba a rendirse tan deprisa e intentó seguir combatiendo.

—¿Tan bajo ha caído Venecia para que un monstruo como usted pueda perpetrar sus fechorías a sus anchas sin que los que la gobiernan sean capaces de impedirlo? Tengo muchos amigos entre ellos...

—Ninguno moverá ni un dedo. No es Venecia la que está cayendo en la decrepitud, es Italia entera. Ya era hora de que un hombre se alzara, y son muchos los que lo apoyan. Ahora, la ley la hacen sus servidores. Y yo tengo el honor de ser su amigo. Usted también lo será cuando le obedezca. Mussolini será mucho más grande que cualquiera de sus dux.

—Eso está por ver. Obediencia es una palabra que aquí detestamos. En cuanto a mí, no compartiría con usted ni la amistad de un santo.

—¿Eso quiere decir que se niega? Cuidado, porque si dentro de cinco días mi hija no se ha convertido en su mujer, no matarán a sus criados en el acto, sino que cada día que pase recibirá un regalo de su parte: una oreja, un dedo...

Aquello fue más de lo que Aldo podía soportar. Presa de un furor ciego, de una irreprimible necesidad de congelar para siempre esa expresión insolente, de apagar para siempre esa voz feroz, se abalanzó con todo su peso sobre el conde, que no tuvo tiempo de prever su ataque, lo derribó sobre la alfombra arrastrando junto con ellos la bandeja, que cayó haciendo un estruendo apocalíptico, y rodeándole con sus largos dedos nerviosos el cuello, empezó a apretar, disfrutando ya del primer ronquido que el otro dejó oír. ¡Qué divina sensación notar cómo se debatía bajo su fuerza implacable! Pero apareció alguien que tiró de él hacia atrás.

—¡Suéltelo, Aldo, se lo ruego! —suplicó la voz aterrada de Guy Buteau—. ¡Si lo mata, será el final para todos!

Esas palabras lograron penetrar como un trozo de hielo en el cerebro del príncipe. Sus manos aflojaron la presión y, lentamente, se levantó, sacudiendo con gesto maquinal la raya del pantalón antes incluso de secarse con el pañuelo la fina capa de sudor que brillaba en su frente.

—Perdóneme, Guy —dijo con voz ronca—. Creo que había olvidado todo lo que no era mi deseo de acabar de una vez por todas con esta pesadilla viviente. Por nada del mundo quisiera que le hiciesen daño, ni a usted ni a nadie de los que viven bajo este techo.

Sin dirigir una mirada a su víctima, a quien el antiguo preceptor ayudaba caritativamente a ponerse en pie, salió del salón dando un portazo que retumbó en todo el *portego*.

Anielka lo esperaba, de pie y con las manos juntas, junto al arcón donde Aldo había dejado sus cosas. La mirada que alzó hacia él era implorante y estaba cargada de lágrimas.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —le preguntó.

—Tu padre se ha expresado por los dos. Permite, no obstante, que te felicite. Has tendido muy bien la trampa, con mano maestra; claro que has tenido un buen maestro. Y yo he sido un imbécil por dejarme engañar otra vez por tu personaje de frágil criatura perseguida por todas las fuerzas del mal. Nunca he logrado saber quién eras realmente, *lady* Ferráis, pero ahora ya no tengo ningunas ganas de averiguarlo. Ten la bondad de dejarme pasar.

Ella bajó la cabeza y se alejó.

Tras una breve vacilación, Aldo decidió cambiarse de ropa y salir. En la escalera se encontró con Livia, que estaba empezando a subir su equipaje. Vio que tenía los ojos rojos.

—Deje la maleta grande, la subiré yo después —le dijo—. Y no tema, Livia. Estamos viviendo una pesadilla, pero le prometo que saldremos de ésta.

—¿Y Celina y Zaccaria?

—Ellos sobre todo. Ellos más que nadie... Pero, si tiene miedo, vaya a pasar una temporada a casa de su madre.

—¿Y dejar que Su Excelencia se haga el café? Cuando se pertenece a una casa, don Aldo, se vive con ella los buenos momentos y los malos. Y Fulvia piensa lo mismo que yo.

Morosini, emocionado, puso una mano sobre el hombro de la joven doncella y lo presionó suavemente.

—¿Qué he hecho para merecer sirvientes como ustedes?

—Cada cual tiene lo que merece.

Y Livia prosiguió su ascenso.

La noche había caído hacía ya un rato y, en la puerta del palacio, los grandes faroles de bronce mostraron a Morosini que el miliciano de guardia no era el mismo. Debían de haberlo relevado, pero el príncipe no tuvo mucho tiempo de pensar en ello, pues Zian, como si surgiera de las oscuras aguas tornasoladas por los reflejos de la luz, acababa de saltar a los peldaños musgosos.

—¡Don Aldo! ¡Virgen santa! ¿Ha vuelto? ¿Por qué no me lo han dicho?

—Porque he preferido no avisar a nadie. Ven. Vamos a coger la góndola y me

llevas a la Cá Moretti. ¿Cómo es que estás aquí a estas horas? —preguntó mientras el gondolero manejaba la elegante embarcación—. ¿Ya no vigilas el palacio Orseolo?

—Desde hace dos días, no, Excelencia. Doña Adriana volvió el martes por la noche cuando yo acababa de llegar y, como aquel que dice, me echó a la calle.

—Curiosa forma de darte las gracias. ¿Qué mosca le picó?

—No lo sé. Estaba rara, como si hubiera llorado mucho... Ni siquiera estoy seguro de que me reconociera.

—¿Estaba sola?

—Sí, y me dio la impresión de que no traía todas las maletas que se había llevado. Seguramente ha tenido problemas.

Morosini no lo ponía en duda. No le costaba adivinar lo que debía de haber pasado entre Adriana y el sirviente griego al que soñaba con convertir en un gran cantante, por la sencilla razón de que hacía tiempo que había imaginado el escenario: o bien Spiridion se hacía famoso y encontraba sin ninguna dificultad una compañera más joven y, sobre todo, más rica, o bien no llegaba a nada pero, estando dotado de un físico bastante atractivo, encontraba una amante más joven y, sobre todo, más rica. En los dos casos, la desdichada Adriana, al borde de la ruina, acababa abandonada sin demasiados miramientos. Ésa era la causa de los ojos enrojecidos y la actitud rara.

—Iré a verla mañana —concluyó Aldo.

Encontró a Anna-Maria en la pequeña e íntima habitación, entre salón y despacho, desde la que dirigía con gracia y firmeza su elegante pensión familiar. Pero no estaba sola; sentado en un sillón bajo, con los codos apoyados en las rodillas y una copa entre las manos, Angelo Pisani, con cara de preocupación, intentaba darse ánimos. La súbita entrada de Morosini le hizo levantarse inmediatamente.

—Siento invadir tu casa sin avisarte, Anna-Maria, pero quería hablar un momento contigo... ¿Qué hace usted aquí?

—No seas demasiado severo con él, Aldo —dijo la joven, cuya sonrisa expresaba el placer que le producía aquella visita inesperada—. Se ha dejado engatusar por la seudomiss Campbell y en estos momentos es el rigor de las desdichas.

—Eso no es una razón para que abandone su trabajo. Le confié mis asuntos bajo el control de Guy Buteau, y cuando no se convierte en perrito faldero, viene a llorar en tu regazo en lugar de quedarse en su puesto y hablar conmigo de hombre a hombre.

El tono mordaz hizo palidecer al joven, pero al mismo tiempo despertó su orgullo.

—Sé muy bien que había depositado su confianza en mí, príncipe, y eso es lo que me pone enfermo. ¿Cómo voy a atreverme ahora a mirarlo a la cara y, sobre todo, cómo iba a imaginar que una mujer de mirada angelical, tan exquisita, tan...?

—¿Quiere que le sugiera otros adjetivos? Jamás encontrará tantos como yo. Me había dado cuenta de que iba a enamorarse y debería haberle prohibido todo contacto con ella, aunque no me habría hecho caso, ¿verdad?

Angelo Pisani se limitó a agachar la cabeza, lo que constituía una respuesta

suficiente.

—Seguirán hablando igual de bien sentados —intervino Anna-Maria—. Coja su copa, Angelo, y a ti voy a servirte una, Aldo. ¿Cómo están las cosas?

—Luego te lo cuento —respondió Morosini, aceptando la copa de Cinzano que ella le ofrecía—. Déjame acabar primero con Pisani. Relájese, amigo —añadió, dirigiéndose al joven—. Siéntese, beba un poco y conteste a mis preguntas.

—¿Qué quiere saber?

—Celina, con quien hablé por teléfono... justo antes de la catástrofe, supongo, me dijo que *lady* Ferráis, para llamarla por su verdadero nombre, estaba a todas horas en mi casa. ¿Qué hacía allí?

—Nada malo. No paraba de admirar el contenido de la tienda, me pedía datos, quería que le contara historias...

—¿Y... el contenido de la caja fuerte? ¿Pidió verlo?

—Sí, varias veces, aunque le había dicho que las llaves no las tenía yo, sino el señor Buteau. De todas formas, suponiendo que las hubiera tenido, le doy mi palabra de que jamás la habría abierto para ella. Eso hubiera sido traicionar su confianza.

—Está bien. Ahora te toca a ti, Anna-Maria. ¿Cómo se marchó de tu casa?

—De la manera más sencilla del mundo. Hace dos días, un hombre de entre cincuenta y sesenta años, con monóculo y cierto aspecto de oficial prusiano de civil, aunque muy distinguido, vino a ver a «*miss* Campbell» y pidió que le entregaran una nota. Ella salió enseguida, se abrazaron, y después ella subió a hacer las maletas mientras él pagaba la cuenta y anunciaba que volvería a buscarla. El programa fue ejecutado punto por punto; ella se despidió de mí dándome las gracias por mis atenciones, él me besó la mano, y se marcharon a bordo de un *motoscaffo*. Confieso que no entendí muy bien aquello, teniendo en cuenta lo que tú me habías contado.

—Pues es muy sencillo. Ese hombre, que se declara amigo personal de Mussolini y parece tener a su disposición a todo el Fascio de Venecia, se ha instalado en mi casa, ha hecho que los Camisas Negras arresten a Celina y Zacearía y, cuando he llegado, me ha anunciado que, si quiero volver a ver a mis viejos y queridos sirvientes vivos, tengo que casarme en el plazo de cinco días con su hija. Añado que el tal Solmanski es un criminal buscado por la policía austríaca y muy probablemente por Scotland Yard. Tiene, que yo sepa, al menos cuatro muertes recientes sobre su conciencia, sin contar con otras más antiguas. Supongo que también participó en el asesinato de Eric Ferráis...

—¿Y quiere que te cases con su hija? Pero ¿por qué?

—Para tenerme en sus manos. Los dos estamos metidos en un asunto gravísimo y seguramente piensa que de ahora en adelante me dominará.

—Si me permite, príncipe —dijo Angelo—, su colección de joyas antiguas también le interesa. Anny..., perdón, *lady* Ferráis me hablaba demasiado de ellas para que no sea así.

—No lo dudo ni por un instante, amigo mío. A ese hombre le gustan las piedras

tanto como a mí, pero no de la misma forma.

La señora Moretti sirvió de nuevo a sus invitados y volvió a la carga:

—¡Pero es terrible! No irás a aceptar a esa gente en una de las principales familias de Venecia, ¿verdad?

—¿Quieres decir si voy a casarme? A no ser que un terremoto acabe con todos, desgraciadamente no se me ocurre otra manera de salvar a Celina y a Zacearía. Salvo, quizá, si tú puedes ayudarme. ¿No me dijiste que el jefe local del Fascio comía de tu mano?

—¿Fabiani? Es verdad, te lo dije, pero ahora lo hace mucho menos.

—¿Por qué?

—Ya no tenía bastante con la mano...

—Ah, entonces olvida lo que acabo de decirte. Debes pensar en tu propia protección e intentaré ayudarte... ¿Le llevo a su casa, Pisani?

—No, gracias. Quiero andar un poco. Pasear por Venecia ayuda muchas veces a encontrar un poco de paz interior. ¡Es tan bonita!

—¡Y encima se pone lírico! En cualquier caso, mañana por la mañana sea puntual. Ya va siendo hora de que volvamos a trabajar.

—Precisamente tenemos un cliente importante a las diez —dijo Angelo, repentinamente locuaz—, el príncipe Massimo, que llega de Roma esta noche. Es una verdadera suerte que haya vuelto. Al señor Buteau no le gusta mucho el príncipe.

—¡No le gusta ninguno! Al único que soporta es a mí, y porque me educó, que si no...

—También tenemos al señor Carabanchel, de Barcelona, que...

La alegría que le producía al joven asumir de nuevo las funciones de un puesto que creía perdido era conmovedora. No obstante, Morosini lo cortó diciendo que no debían aburrir a la señora Moretti con asuntos comerciales y se despidió.

Mientras Zian lo llevaba a casa, Aldo aprovechó esos momentos de paz para buscar un medio de escapar de la trampa que Solmanski y su hija le habían tendido. Era imposible seguir creyendo que Anielka había huido de su familia, cuando su padre había ido a buscarla directamente a casa de Anna-Maria nada más llegar a Venecia. Estaban conchabados y ahora jugaban sobre seguro: unas instituciones oficiales amordazadas por un poder que ya no tenía nada de oculto, una policía impotente para defender a las personas honradas... ¿El rey? Víctor Manuel III no haría nada contra un amigo del temible Mussolini. Ni tampoco la reina Elena, pese a que en otros tiempos la bella montenegrina había mantenido relaciones cordiales con la princesa Isabelle Morosini. Además, los dos estaban en Roma, que era como estar en la otra punta del mundo. Y por una sencilla razón: vigilado como sin duda estaba, Aldo no conseguiría ni siquiera salir de Venecia. Entonces, ¿a quién podía dirigirse? ¿A Dios?

—¡Llévame a la Salute! —ordenó de pronto Morosini—. Necesito rezar.

—Hay iglesias más cerca, y ya es tarde.

—Quiero ir a ésa. Mi casa está siendo víctima de la peste, Zian, y la Salute fue construida para agradecer a la Virgen que hubiera erradicado la peste de Venecia. Tal vez haga algo por mí.

La breve escala que hizo en Santa Maria, al pie del admirable *Descendimiento de la cruz* de Tiziano, apaciguó un poco a Aldo. Era tarde, pero era la hora de las últimas oraciones del día y en la gran iglesia redonda, apenas iluminada por unos cirios y la lámpara del coro, reinaba la calma y eso resultaba tranquilizador.

Poco devoto hasta entonces, el príncipe Morosini pensó que sin duda hacía mal en descuidar sus más simples deberes cristianos. Una oración nunca hace daño y a veces hasta es escuchada. Así pues, regresó a su palacio con una disposición de ánimo más serena, decidido a discutir paso a paso el asunto con el invasor. Quizá se viera obligado a casarse con Anielka, pero no iba a permitir bajo ningún concepto que Solmanski se instalara en su casa.

Encontró a Livia en la escalera, como cuando había salido, pero esta vez la chica bajaba con un montón de toallas.

—Doña Adriana acaba de venir —le dijo a su señor—. Está en la biblioteca con el conde... no sé qué. No consigo acordarme de su apellido.

—No tiene importancia. ¿Qué hace con él?

—No lo sé, pero al llegar ha preguntado por él.

¡Ésa sí que era buena! ¿De qué demonios conocería Adriana a ese rufián de Solmanski? Sin embargo, como sería más interesante sorprender su conversación que hacerse preguntas estériles, Aldo subió los peldaños de cuatro en cuatro, recorrió el *portego* haciendo menos ruido que un gato y, sobre todo, esforzándose en refrenar la cólera que lo invadía al pensar que «el otro» tenía la desvergüenza de instalarse en «su» biblioteca, considerada una especie de santuario.

Al llegar a su destino, se apoyó contra la puerta, pues sabía que podría abrirla sin que emitiera el más leve chirrido. La voz de su prima le llegó de inmediato. Lo que decía, tensa e implorante, era más que extraño:

—¿Cómo es que no entiendes que tu presencia aquí constituye para mí una oportunidad inesperada? Estoy arruinada, Román, completamente arruinada..., sin un céntimo. Me queda la casa y lo poco que todavía hay dentro. Así que, cuando llegué anteayer y te vi con tu hija, no me atrevía a dar crédito a mis ojos. Comprendí que mi suerte iba a cambiar...

—No sé por qué. Y además, tu visita es una locura.

—No pasa nada. Aldo no está.

—¡Que te crees tú eso! Llegó hace un rato y podríais haberos encontrado.

—No sé qué tendría de malo. Es mi primo, prácticamente lo he criado y me quiere mucho. Mi visita sería la cosa más normal del mundo.

—No sé adónde ha ido, pero puede volver en cualquier momento.

—¿Y qué? Tú estás en su casa, llego yo, acabamos de conocernos y charlamos. Todo de lo más normal. Román, por favor, tienes que hacer algo por mí. Recuerda

que en otros tiempos me amabas. ¿O es que has olvidado Locarno?

—Has sido tú quien lo ha olvidado. Cuando te envié a Spiridion para que te ayudara en tu tarea, no imaginé ni por un instante que fueras a convertirlo en tu amante.

—Lo sé, perdí la cabeza..., pero he recibido un buen castigo. Compréndelo: tiene una voz maravillosa y yo estaba segura de que conseguiría convertirlo en uno de nuestros mejores cantantes. Si hubiera aceptado ser razonable, trabajar, pero es incapaz de someterse a ninguna disciplina, de aceptar la menor obligación... Beber..., beber y andar detrás de las chicas, y sobre todo no hacer nada. Ésa es la clase de vida que le gusta. ¡Es un monstruo!

Se oyó la risa seca de Solmanski.

—¿Por qué? ¿Porque te dijo que te quería y tú fuiste tan tonta como para creerlo?

—¿Por qué no iba a creerlo? —replicó, indignada, Adriana—. ¡Sabía demostrármelo muy bien!

—En una cama, no lo dudo. ¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. Me... dejó en Bruselas, y tuve que vender las perlas para pagar el hotel y volver a Venecia. ¡Ayúdame, Román, por favor! ¡Me lo debes!

—¿Por lo que hiciste aquí? Ya cobraste, si no recuerdo mal, y no poco.

El diálogo proseguía, suplicante por una de las partes, cada vez más seco por la otra, pero Morosini había recibido un golpe tan brutal y cruel que había tenido que apoyarse en una de las consolas. ¡De modo que la R. de la carta encontrada en casa de Adriana y que Aldo no se había decidido a restituir era Solmanski! Todo encajaba: el lugar de encuentro, la relación amorosa que había convertido a la sensata condesa Orseolo en un instrumento dispuesto a cualquier cosa para saciar la pasión que ese hombre le había inspirado y su perpetua necesidad de dinero. Y ahora resultaba muy fácil adivinar en qué había consistido esa cualquier cosa: para ofrecer a su amante el zafiro de los Morosini, Adriana no había dudado en matar a la princesa Isabelle, que la quería como a una hermana pequeña.

Lo que sentía Aldo no era realmente sorpresa; leyendo y releendo la misteriosa carta, que se sabía de memoria («Debes hacer lo que la causa espera de ti todavía más que aquél para quien eres toda la vida»), no había cesado de temer ser demasiado clarividente. Aquello le parecía monstruoso. Sin embargo, ahora que la última duda se había despejado, una nauseabunda oleada de repugnancia y de tristeza reavivada invadía al hijo de Isabelle, dividido entre el deseo de huir y el de entrar en la biblioteca para estrangular con sus propias manos a la asesina. ¿Acaso no se había jurado, al renunciar a informar a la policía, que haría justicia él mismo como la habría hecho cualquiera de sus antepasados?

Seguía allí, escuchando los potentes latidos de su corazón dentro del pecho, buscando el aire que le faltaba, cuando oyó a Solmanski, más despreciativo que nunca, decir:

—¡Ya está bien! No haré nada por ti, y te aconsejo que en el futuro me evites,

porque podrías ser un estorbo para mis planes. Si necesitas ayuda, pídesela a tu caballeroso primo; es suficientemente rico para dártela.

Adriana no tuvo tiempo de contestar. Morosini acababa de aparecer en el umbral del salón, y debía de haber algo aterrador en su cara, porque al verlo la visitante profirió un grito de terror y corrió hacia su cómplice con la pueril intención de buscar su protección.

Pero Aldo no se movió. Permanecía en pie entre el marco dorado de la puerta, metidas las manos en los bolsillos del abrigo con el cuello levantado, tan altanero y frío como los retratos de la galería, toda emoción interior refugiada en sus ojos centelleantes, en esos momentos de un verde inquietante. Miraba a Adriana y a Solmanski, contento pese a todo de constatar que el arrogante conde parecía súbitamente incómodo. Se desentendió provisionalmente de él para traspasar con su mirada implacable a la aterrorizada mujer que temblaba frente a él.

—Vete —se limitó a decir, aunque con una voz más cortante que el hacha de un verdugo.

Adriana juntó las manos en un gesto de súplica, pero él no le permitió decir una sola palabra.

—Vete —repitió—. No vuelvas nunca más y considérate afortunada de que te deje con vida.

Ella comprendió que había oído la conversación y adivinado otras cosas. Sin embargo, algo en su interior se negaba a rendirse sin luchar.

—Aldo, ¿me rechazas?

—Mi madre es quien debería haberte rechazado. Sal de mi casa sin obligarme a emplear la fuerza.

Morosini se apartó para dejarle paso, pero volvió la cabeza. Curvando la espalda bajo el peso de una condena que imaginaba inapelable, la condesa Orseolo se marchó de la antigua morada donde hasta entonces se la había recibido con tanta alegría sin esperanzas de volver jamás.

Cuando el eco de sus pasos se hubo apagado, Morosini cerró con fuerza tras de sí el pesado batiente de roble decorado con bronce dorados y se acercó al polaco.

—Y usted puede acompañarla —dijo—. Es más, le aconsejo que lo haga. Por amarlo, se convirtió en una criminal. Le debe esa compensación.

—Yo no le debo nada. En cuanto a usted, es indudable que su interpretación no carece de grandeza, pero ¿cree que ha sido muy prudente? Puede que la querida condesa esté sin blanca, pero ha hecho algunos buenos servicios al Fascio y podría encontrar apoyos en Roma.

—Sobre todo con su ayuda, puesto que lo tienen en tanta consideración. Dicho esto, exijo que salga de mi casa. La he echado a ella, pero el instigador del crimen fue usted. Así que fuera, usted y su hija.

—¿Se ha vuelto loco? ¿O acaso ha decidido desentenderse de la suerte de sus viejos sirvientes? Pueden sufrir mucho por culpa de su falta de colaboración.

Morosini sacó de uno de los bolsillos un revólver y apuntó con él a Solmanski.

—Si los hubiera olvidado, usted ya estaría muerto. Lo que pretendo ahora es que todo quede bien claro entre nosotros. Dentro de cinco días, me casaré con *lady Ferráis*, pero con algunas condiciones.

—No está en situación de poner ninguna.

—Pues yo creo que sí. Gracias a este objeto —dijo Aldo, moviendo ligeramente el arma—. O las acepta, o le meto una bala en la cabeza.

—Firmaría su propia sentencia al mismo tiempo que la de sus criados.

—¡No esté tan seguro! Muerto usted, es posible que llegara a entenderme con sus protectores. Cuando se está en situación de pagar un precio elevado...

—¡Veamos esas condiciones!

—Son tres. La primera, que Celina y Zaccaria Pierlunghi estén presentes en la boda, libres. La segunda, que la ceremonia se celebre aquí. Y la tercera, que se vaya esta misma noche a vivir a otro sitio y sólo vuelva a este palacio para asistir a la boda. El asesino no debe manchar con su presencia la casa de su víctima. Su hija lo acompañará hasta el momento previsto. No es decoroso que unos futuros esposos vivan bajo el mismo techo.

Solmanski acogió esta última exigencia con un fruncimiento de entrecejo que hizo caer el monóculo, pero cuando volvió a alojarlo en la órbita su semblante había recuperado por completo la impasibilidad.

—No quiero ir a un hotel. Se pueden tener encuentros desagradables.

—Sobre todo cuando a uno lo buscan como mínimo dos policías extranjeras. Pero puede hospedarse en casa de la señora Moretti, donde yo había instalado a su hija. Es la discreción personificada y no tengo más que telefonarla. ¿Acepta?

—¿Y si no acepto?

—Lo mato ahora mismo. Y no se moleste en amenazar con pedir auxilio. Su vigilante no duraría mucho entre las manos de Zian, mi gondolero, que está abajo.

—¡Es un farol! —dijo el conde, encogiéndose de hombros.

—Compruébelo. Y métase bien esto en la cabeza: los venecianos difícilmente soportamos ser sometidos. Normalmente preferimos acabar de una vez. Así que, hágame caso, confórmese con haber tenido éxito en su pequeño chantaje y acepte mis condiciones.

Sin duda el conde daba la cosa por hecha, pues no se tomó ningún tiempo para reflexionar.

—¿Dentro de cinco días mi hija será princesa Morosini?

—Tiene mi palabra.

—Llame a su amiga y disponga que nos lleven a su casa. Vamos a prepararnos.

De pie junto a una de las ventanas de la biblioteca, Aldo miraba al padre y a la hija tomar asiento en el motoscafo con ayuda de Zian. Antes de embarcar, la joven había

levantado la cabeza en su dirección, como si percibiera su presencia allí. Con un ademán de disgusto, se volvió y bajó a las cocinas, donde el señor Buteau, con uno de los grandes delantales de Celina, picaba hierbas aromáticas en compañía de Fulvia, que estaba poniendo al fuego una olla con agua para la pasta.

—Deje eso —le dijo—. Nos hemos librado de ellos durante cinco días y ya ha hecho usted bastante. Vamos a San Trovaso a comer una zuppa di verdure y unos scampi en Montin. Comeremos en el restaurante hasta el sábado. Ese día, espero que Celina nos sea devuelta.

—Entonces, ¿va a aceptar esa boda?

Había tristeza y cólera en el semblante del antiguo preceptor. Aldo, emocionado, lo abrazó.

—No tengo otro medio de salvarlos, a ella y a Zacearía —dijo sonriendo.

—Celina detesta a esa joven. No aceptará...

—Tendrá que hacerlo. A no ser que no me quiera tanto como yo a ella.

Fulvia, que se había limitado a escuchar sin decir nada, se acercó a su señor y le besó la mano. Ella también tenía lágrimas en los ojos.

—Haremos todo lo que podamos para ayudarle, don Aldo. Y le prometo que Celina lo comprenderá. Además, esa dama es muy guapa, y parece que le quiere.

¡Ironías del destino! Había habido un tiempo, no tan lejano, en que Aldo habría dado su fortuna por convertir a la exquisita Anielka en su princesa. ¡Cuánto había soñado, Dios mío, con pasar los días y, sobre todo, las noches con ella! Y, justo cuando se la ofrecían, rechazaba la idea con horror.

Aunque ofrecérsela no era la palabra. Se la vendían... ¡y al precio de un chantaje innoble! Un chantaje que ella aceptaba, que quizás había sugerido. Entre ellos había ahora demasiadas sombras, demasiadas dudas. Nada podría volver a ser como antes.

—¿Y si se hiciera la única pregunta válida? —sugirió Guy mientras cenaban en el agradable comedor de Montin, donde la bohemia veneciana se reunía en torno a manteles de cuadros y botellas convertidas en palmatorias.

—¿Cuál?

—En otros tiempos la amaba. ¿Qué queda de ese amor?

La respuesta fue inmediata e implacable:

—Nada. Lo único que me inspira es desconfianza. Y recuerde esto, amigo mío: el día señalado le daré mi apellido, pero jamás, ¿lo oye?, jamás será mi mujer.

—Nunca se puede decir de esta agua no beberé. La vida es larga, Aldo. Anielka es una de las mujeres más bonitas que he conocido y...

—Y yo soy un hombre, ¿no? Pero no se calle, llegue hasta el final.

—A eso voy. Si realmente está enamorada de usted, tendrá que vérselas con un adversario temible. Será una tentación permanente.

—Es posible, pero sé cómo afrontarla. Aunque acepte, coaccionado y forzado, que la hija de ese bandido que mató a mi madre se convierta en mi esposa ante los ojos de todos, jamás me expondré a tener hijos que lleven su sangre.

13. Un visitante inesperado

El sábado 8 de diciembre, a las nueve de la noche, Morosini se casaba con la *exlady* Ferráis en la pequeña capilla que la piedad temerosa de una antepasada, asustada por la epidemia de peste de 1630, había instalado en uno de los edificios del palacio. Un santuario a la vez severo en su decoración de piedra desnuda y fastuoso por la magia de una Virgen de Veronese que sonreía por encima del altar con vestiduras de reina. Lo que no quería decir que la ceremonia fuese a ser más alegre por ello.

Tan sólo la novia, guapísima con un conjunto de terciopelo blanco con adornos de armiño, parecía vivir a la débil luz que cuatro cirios esparcían sobre una asamblea completamente vestida de negro, como el propio novio, cuyo chaqué no llevaba ninguna flor en la solapa.

Los testigos de Aldo eran su amigo Franco Guardini, el farmacéutico de Santa Margarita, y Guy Buteau. A la futura princesa la acompañaban Anna-Maria Moretti —que había aceptado por la amistad que la unía a Aldo— y el *commendatore* Ettore Fabiani, pero el abrigo de *breitschwanz* de la primera no era más alegre que el uniforme del segundo. Solmanski, bastante atrás, observaba, y en un rincón Zaccaria permanecía de pie, muy erguido, con una dureza en la expresión que nadie le había visto nunca hasta entonces. Junto a él, Celina, ostensiblemente de luto, rezaba de rodillas.

Los habían llevado a los dos al palacio esa misma mañana y en perfecto estado; no habían cometido la torpeza de maltratarlos. Pero entre Celina y Morosini se había producido una escena conmovedora cuando se habían encontrado cara a cara.

—¡No tenías que haber aceptado eso! —había dicho ella—. ¡Ni siquiera por nosotros!... ¡Toda la culpa es mía! Si hubiera sido capaz de callar, no se nos habrían llevado..., pero nunca he sabido callarme.

—Por eso, entre otras cosas, te quiero. No te reproches nada; si no hubieras hablado, a Solmanski se le habría ocurrido otra cosa para obligarme a que me casara con su hija. O se te habrían llevado de todas formas, con Zaccaria y quizá también al señor Buteau... ¿Qué es un matrimonio, cuando vosotros formáis parte de mí?

Ella se había arrojado en sus brazos llorando y él había acunado un momento a aquel enorme bebé desesperado mientras Zaccaria, más tranquilo pero con las lágrimas saltándosele de los ojos, se obligaba a permanecer impassible. Y cuando por fin ella se había apartado de Aldo, éste le había anunciado que iba a instalarlos a los dos en una casa comprada el año anterior cerca del Rialto, porque no quería imponerles, sobre todo a ella, un servicio que les sería desagradable. Pero, de pronto, un nuevo acceso de cólera había secado las lágrimas de Celina:

—¿Que te dejemos solo aquí con esa envenenadora? ¡Supongo que es una broma!

—No exactamente —había dicho Morosini, que no le veía ninguna gracia al asunto—, y como siempre, exageras. Ella no ha matado a nadie, que yo sepa.

—¿Y su marido, ese milord inglés por cuya muerte la encerraron? ¿Estás seguro

de que no tuvo nada que ver?

—La absolvieron. Pero, por favor, antes de rechazar mi propuesta, examina la situación: la nueva princesa va a vivir aquí. Si te quedas, tendrás que servirla...

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En la habitación de doña Isabelle?

Aldo la había cogido de la mano y la había llevado hacia la escalera.

—Ven conmigo. Tú también, Zaccaria.

Los había conducido hasta el dormitorio que había sido de su madre y donde nadie volvería a entrar: cruzados como las alabardas de invisibles guerreros, dos largos remos de góndola con los colores de los Morosini, clavados sobre la doble puerta, condenaban la habitación.

—¿Lo ves? Fulvia y Livia la han limpiado y han cerrado las contraventanas, y Zian, por orden mía, ha puesto esto. En cuanto a... doña Anielka, he dado órdenes de que le preparen la habitación de los Laureles, reservada hasta ahora para los invitados importantes.

Celina, durante unos instantes muda de emoción, había recobrado la voz para preguntar:

—¿Y tú también te trasladarás allí?

—No tengo ninguna razón para dejar mis aposentos habituales.

—¿En la otra punta de la casa?

—¡Pues claro! Compartiremos el techo, pero no la cama.

—¿Y... su padre?

—Después de la ceremonia de esta noche, no volverá a poner los pies aquí. Se lo he exigido y ha aceptado. ¿Crees que podrás vivir en esas condiciones... incluso cuando yo no esté?

—Podré hacerlo, no te preocupes. Y ahora me voy a la cocina. A mi casa. Mientras yo esté aquí, podrás comer tranquilo.

Ahora estaba allí, con su vestido de tafetán negro y una mantilla en la cabeza, rezando con una aplicación apasionada que le formaba una arruga en el entrecejo.

La aceptación del compromiso fue una dura prueba para Morosini. Había prometido amar a su compañera y, por primera vez en su vida, había hecho una promesa sabiendo que no la cumpliría. Era una sensación desagradable y se esforzó en borrarla pensando que ese matrimonio no era sino una mascarada y el juramento una simple formalidad. ¿Acaso la que se había convertido en su mujer no había dicho lo mismo cuando se casó con Eric Ferráis? Con el resultado de todos conocido. Por un instante, se preguntó qué sentiría en esos momentos aquella mujer de cara angelical y cuerpo de ninfa a la que no se había dignado mirar. Ni siquiera cuando sus manos se habían unido para recibir la bendición nupcial dada por un sacerdote de San Marco que era primo de Anna-Maria y viejo amigo de Aldo.

Cuando le ofreció el brazo para salir de la capilla y subir al salón de las Lacas, donde habían preparado un pisolabis —las normas de la hospitalidad lo imponían—, notó que le temblaba la mano.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No..., pero ¿no me vas a dedicar ni una sonrisa la noche de nuestra boda?

—Perdona. Dadas las circunstancias, no creo que pueda conseguirlo.

—¡Y pensar que no hace mucho decías que me amabas! —dijo ella, suspirando—. Estabas dispuesto a cometer cualquier locura por mí.

—¿No hace mucho? ¡A mí me parece que han pasado siglos! Cuando se quiere conservar el amor de un hombre, hay medios que vale más no utilizar.

—El responsable de eso es mi padre y...

—Por favor, no me tomes por imbécil. Os habíais puesto de acuerdo, y él no estaría aquí si tú no lo hubieras llamado.

—¿No puedes comprender que te quiero y que quería ser tu esposa? Cuando se es una verdadera mujer, todos los medios son buenos para lograr el objetivo deseado.

—¡Éstos no! Pero, si no te importa, vamos a atender a nuestros invitados. Ya tendremos tiempo después para hablar del *modus vivendi* que he decidido para nosotros.

Habían llegado a la estancia donde estaba el bufé bajo la vigilancia de Zaccaria, que presentaba una bandeja con copas de champán. Aldo ofreció una a su mujer, esperó a que todos estuvieran servidos, cogió la suya y dijo:

—Espero que perdonen la sencillez de esta ceremonia, amigos, pero no hemos tenido mucho tiempo para prepararla. Además, yo no habría querido que hubiese sido de otro modo. No obstante, deseo darles las gracias. No por su amistad, porque la conozco desde hace mucho tiempo, porque nunca me ha faltado y porque acaban de demostrármela una vez más estando presentes esta noche. En lo sucesivo habrá aquí una mujer que espero que también sepa conquistarla. Les propongo brindar por la nueva princesa Morosini.

—¡Eso es! —exclamó Fabiani—. ¡Brindemos por la princesa y por la felicidad de su esposo! ¿Qué hombre no desearía estar en su lugar? En lo que a mí respecta, me siento dichoso de transmitir las felicitaciones del Duce y su vivo deseo de recibir próximamente en Roma a una pareja que goza de toda su simpatía, puesto que ha sido unida gracias a su viejo amigo el conde Román Solmanski, a quien quiero incorporar a este brindis en honor de sus hijos.

Si Aldo había confiado en que el interesado se abstuviera de asistir a la pequeña recepción, se había equivocado. Durante el oficio había sido muy discreto, es verdad, pero ahora avanzaba con una sonrisa triunfal en los labios hacia su cómplice, que lo abrazó dándole unas palmadas en la espalda. Luego, el conde tomó la palabra:

—Gracias, querido amigo, gracias de todo corazón. Y gracias también al gran hombre que ha tenido el detalle de dedicar un instante de su valioso tiempo para dirigir un mensaje tan cálido a mis queridos hijos. Es muy posible que dentro de poco aceptemos encantados su invitación y que...

¿Sus «queridos hijos»? Confundido por tanta desfachatez y persuadido de que Solmanski había mentado una vez más y pensaba incrustarse en su vida, Morosini iba

a dar rienda suelta a su cólera increpándolo duramente cuando una voz glacial, con un marcado acento inglés, interrumpió a ese suegro excesivamente afectuoso:

—Si yo fuera usted, Solmanski, revisaría mis planes de viaje. Va a tener que renunciar al castillo Sant' Angelo en beneficio de la Torre de Londres.

Más pterodáctilo que nunca con su *macfarlane* de un amarillo sucio y su gorra de dos viseras, al estilo de Sherlock Holmes, el superintendente Gordon Warren estaba en la entrada del salón acompañado del comisario Salviati, de la policía de Venecia. Al ver que había damas presentes, se descubrió, pero ese hecho no le impidió avanzar hasta su objetivo. Éste, que se había quedado pálido, adoptó una actitud arrogante:

—¿Qué significa esto y qué ha venido a hacer aquí?

—Detenerlo en virtud de una orden internacional y en nombre del rey Jorge V, así como en el del presidente de la República federal de Austria, que me ha dado poderes para hacerlo. Se le acusa...

—¡Un momento, un momento! —lo interrumpió Fabiani—. Esto es de locos. Estamos en Italia y aquí no se acepta ninguna orden inglesa, austríaca o incluso internacional. Gracias a Dios, tenemos un poder fuerte que no se deja avasallar por el primero que llega. Y a usted, Salviati, esto le va a causar serios problemas.

El comisario se limitó a encogerse de hombros y a hacer un gesto que expresaba perfectamente que la amenaza no le preocupaba mucho. Por lo demás, Warren acabó con esas protestas dirigiéndose esta vez al pomposo personaje que había puesto una mano tutelar sobre los hombros de Solmanski.

—¿Es usted el *commendatore* Fabiani?

—Por supuesto.

—Tengo una carta para usted escrita de puño y letra del Duce. Lo he visto esta mañana después de haber sido recibido por Su Majestad el rey Víctor Manuel III, a quien he entregado una carta de mi soberano. Cuando ha sido puesto al corriente de las hazañas de su protegido, el señor Mussolini no ha considerado conveniente renovar una amistad tan perjudicial para la imagen de un jefe de Estado.

Fabiani leyó el mensaje y se puso rojo como un tomate, pero rectificó su actitud, dio un taconazo y se inclinó:

—En estas condiciones, sería muy inapropiado oponerme a la justicia de mi Duce. Salviati, encierre a este hombre hasta que el superintendente Warren se lo lleve a Inglaterra y proporcione a éste toda la ayuda necesaria a fin de que el traslado se efectúe de manera satisfactoria.

Príncipe Morosini, me siento infinitamente halagado por haber podido asistir a esta fiesta familiar, pero lo compadezco con toda mi alma.

Y sin una mirada para el hombre al que un momento antes abrazaba afectuosamente, el *commendatore* giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida lo más deprisa posible, dejando a los asistentes estupefactos por un cambio de opinión tan radical.

En cuanto a Solmanski, estaba rabioso:

—¡Váyanse al diablo usted y su Duce! ¿Así es como agradecen los favores que les he hecho? Y además, me gustaría saber de qué se me acusa.

—¿Ya no se acuerda? —ironizó Warren, que mientras tanto había ido a estrecharle la mano a Morosini—. ¡Eso es lo que se llama tener una memoria acomodaticia! Se le acusa de haber asesinado el 27 de noviembre de 1922, en Whitechapel, al hombre conocido con el nombre de Ladislas Wosinski...

—¡Eso es ridículo! Se ahorcó después de haber escrito una confesión responsabilizándose de la muerte de *sir* Eric Ferráis, mi yerno.

—No. Usted lo ahorcó. Y tuvo la mala suerte de que hubo un testigo, un predero judío que vivía en la misma casa y que ya lo había visto en acción durante un pogromo en Ucrania, donde usted hizo de las suyas en la época en que se llamaba Ortchakov. Ese infeliz tenía tanto miedo que al principio le pareció más prudente callar, pero lo contó todo cuando le mostré una fotografía suya tomada en el momento del juicio de su hija. Además, se le acusa de haber encargado el robo en la Torre de Londres, el pasado mes de octubre, del diamante conocido con el nombre de la Rosa de York. Pagó generosamente a sus dos cómplices, pero, desgraciadamente, ellos no se pusieron de acuerdo en el reparto. Se les oyó discutir, los arrestaron e hicieron una confesión completa. La continuación de sus delitos compete sobre todo a la policía austríaca, pero...

—¡Aldo! —exclamó Franco Guardini precipitándose hacia Anielka—. Tu mujer se encuentra mal.

Profiriendo un débil grito, la joven acababa de caer sin conocimiento sobre la alfombra. Morosini acudió, levantó el delgado cuerpo y lo sacó del salón mientras llamaba a Livia para que le dispensara los cuidados necesarios.

—Si quieres, yo me ocupo de ella —propuso Guardini, que lo acompañaba.

—Encantado, amigo. Te lo agradezco, porque debo volver al salón.

—¡Vaya historia! Esta pobre chica no va a olvidar el día de su boda.

—¡Ni yo tampoco! —repuso Aldo, que ya no sabía muy bien si se sentía más aliviado que afligido. Aliviado por el hecho de que su detestable suegro fuera a recibir su castigo, pero afligido porque el superintendente y su orden de arresto no hubieran llegado una hora antes. Apenas sesenta minutos, y habría evitado ese matrimonio que lo exasperaba. Ahora iba a tener que pasar la vida junto a una mujer a la que ya no amaba y a la que, por si fuera poco, tendría que consolar. Sin contar la agradable perspectiva de tener por suegro a un criminal bajo cuyos pies se abriría una mañana la trampilla del patíbulo de Pentonville.

Al regresar al salón, encontró a Anna-Maria en la puerta con expresión de perplejidad.

—¿Quieres que vaya a ocuparme de ella?

—Depende. ¿Trabasteis amistad cuando estaba en tu casa?

—No. Yo era para ella una hostelera.

—En ese caso, no hace falta que hagas nada más. Gracias por haber venido —

añadió, inclinándose para besarla—. Iré a verte pronto. Zaccaria te acompañará a tu góndola.

Cuando entró de nuevo en el salón, Solmanski tenía las esposas puestas y dos policías a las órdenes del comisario Salviati se disponían a llevárselo. Al cruzarse con Morosini, el prisionero desplegó una sonrisa malévola.

—No vaya a creer que ha acabado conmigo..., yerno. Todavía no me han colgado y dejo a su lado a alguien que mantendrá vivo mi recuerdo.

—No sea tan optimista, Solmanski —aconsejó Warren—. Yo soy como los perros de mi país: cuando encuentro un hueso, ya no lo suelto.

—Ya veremos... ¡Hasta la próxima, Morosini!

El superintendente se disponía a seguir el cortejo cuando Aldo lo retuvo.

—Supongo que no se irá ahora mismo a Londres, querido Warren, y espero que me conceda el placer de ofrecerle hospitalidad.

La sombra de una sonrisa pasó por el rostro cansado del policía.

—Aceptaría encantado, pero temo ser inoportuno una noche como ésta.

—¿Inoportuno usted? Lo único que lamento es que no haya llegado antes. No me encontraría en estos momentos casado a la fuerza y medio deshonorado. Quédese, superintendente. Cenaremos juntos y charlaremos. Creo que tenemos muchas cosas que contarnos.

—*All right!* Voy con Salviati para recoger la maleta que he dejado en la comisaría y vuelvo.

Mientras Warren se marchaba, Aldo ordenó que prepararan una habitación y que sustituyeran el bufé por una mesa para tres personas. Luego se dirigió a los aposentos de la recién casada para ver cómo estaba, pero en la galería a la que daban los dormitorios encontró a Celina.

—El Señor y la Virgen han escuchado mis oraciones —dijo en cuanto vio a Aldo—. El maldito va a recibir su castigo y tú, hijo mío, eres libre.

—¿Libre? ¿De qué hablas, Celina? Estoy casado... y desgraciadamente ante Dios.

—La boda no es válida. He oído lo que ha dicho el inglés: el demonio no se llama Solmanski sino Or... Bueno, no me acuerdo. En cualquier caso, podrás echarla —añadió, alargando un brazo vengador hacia la habitación de Anielka.

—Yo también lo he pensado, pero no hay que hacerse ilusiones. Ese hombre no es de los que dejan en manos del azar una cosa así; adoptó oficialmente para él y sus descendientes el apellido polaco y la nacionalidad que lo acompaña. Sólo el papa podría anular mi matrimonio.

En el animado rostro de Celina, la decepción dejó paso inmediatamente a una firme decisión:

—¡Pues por san Genaro que tendrá que hacerlo! ¡Iré a pedírselo yo misma! ¡Y tú vendrás conmigo!

Morosini no contestó. Había aludido al Santo Padre en el calor de la conversación

y casi como una broma, pero, después de todo, ¿por qué no? Un matrimonio contraído en tales condiciones y no consumado debía de poder denunciarse ante el temible Santo Oficio.

—Quizá no sea una mala idea, Celina, pero ya sabes que, aunque uno se casa en cinco minutos, obtener la anulación cuesta mucho más tiempo. Se puede tardar años, así que, prepárate para tener paciencia. Mientras tanto habrá que tratar a la princesa —añadió, subrayándola palabra— como corresponde a su rango, servirla y ocuparse de ella. Te propongo de nuevo...

—¡No, no! Haré lo que hay que hacer, pero tengo derecho a pensar lo que quiera. ¡La princesa!... Si hubiera muchas princesas así...

Y desentendiéndose de su señor, Celina se dirigió gruñendo y mascullando hacia la escalera con toda la rapidez que le permitían sus cortas piernas. Aldo entró en el dormitorio sin hacer ruido.

Franco seguía allí. Sentado junto a la joven, que lloraba tendida en la cama, con la cabeza entre los brazos y dándole la espalda, hacía unos esfuerzos conmovedores para consolarla, tan desconsolado él mismo que estaba al borde de las lágrimas. La entrada de Aldo le arrancó un suspiro de alivio.

—Iba a buscarte —susurró—, porque sólo tú puedes hacer algo. Ya ves en qué estado se encuentra.

—Me ocuparé de ella, no te preocupes..., pero te agradezco que la hayas atendido.

Acompañó a su amigo hasta la puerta y volvió hacia la cama. Los sollozos de Anielka se habían calmado desde que había empezado a oírse la voz de Aldo. Al cabo de un momento, la joven levantó la cabeza, con los cortos y rubios cabellos revueltos. Tenía la cara enrojecida e hinchada, y los ojos brillantes.

—¿Qué vas a hacer ahora conmigo? ¿Echarme?

—¿Debería? ¿Acaso has olvidado que acabamos de casarnos? Te debo ayuda y protección, y mi techo debe ser el tuyo. Lo he prometido... El hecho de que hayan detenido a tu padre no cambia la ley que nos une. Estás en tu casa.

Su mirada recorrió la vasta habitación tapizada, así como el gran lecho provisto de un baldaquino de brocatel de color marfil, con dibujos de laureles verde y oro, en la que reinaba el desorden que acompaña generalmente a un mujer bonita de viaje. Sólo uno de los tres baúles apartados en un rincón estaba abierto, pero de dos maletas colocadas sobre el kilim antiguo sobresalía un encantador batiburrillo de lino, encaje y seda. No había ninguna sombrerera a la vista. En cambio, el tocador forrado de satén marfil, a juego con las cortinas, rebosaba de frascos, cajas, tarritos y todos esos múltiples y graciosos útiles necesarios para el mantenimiento de la belleza.

—Voy a enviarte a Livia. Te ayudará a acostarte y pondrá un poco de orden. Mientras tanto, te prepararán una bandeja. Necesitas reponerte. ¿Qué quieres? ¿Un caldo, té...?

Ella saltó de la cama como propulsada por un resorte y dijo:

—¡Nada de eso! Una copa de champán, si la compartes conmigo. Creo que es una buena manera de empezar una noche de bodas. En cuanto a la doncella, tampoco la necesito. ¿No es la costumbre que el esposo desnude él mismo a la novia?

Con una rodilla apoyada en el sillón al que acababa de acercarse, Anielka lo desafiaba con todo su poder de seducción. El vestido de terciopelo blanco que llevaba bajo una cascada de perlas —las que le había regalado su primer marido— ceñía unas curvas deliciosas y dejaba libres sus delgados brazos y su cuello frágil, mientras que el profundo escote de pico se sumergía entre los pechos hasta la altura del estómago. Sonreía, como si hubiera olvidado el profundo pesar que la había abatido. Empezaba a utilizar sin pérdida de tiempo, pensó Morosini, esos medios que un rato antes decía que eran las armas naturales de una mujer amante. Pero el recién casado ya no conseguía creer en ese amor. Y, a decir verdad, no le importaba en absoluto.

Optando por un repliegue estratégico, Aldo fue a apoyarse en la chimenea y encendió un cigarrillo.

—Me alegro de ver que estás mejor —dijo—. Eso me simplificará las cosas. Más vale que establezcamos inmediatamente lo que será nuestra existencia en común: viviremos en buena armonía aparente; tendrás mi respeto y mi cortesía, pero nada más.

—¿Nada? ¿Qué significa eso?

La pregunta era tan infantil que le arrancó una sonrisa.

—Creo que la palabra no puede ser más explícita: sólo serás mi mujer de nombre, no de hecho.

—¿No te acostarás conmigo esta noche? —preguntó Anielka con su característica manera de expresar crudamente las realidades de la vida.

—Ni esta noche ni nunca. Y no empieces a llorar otra vez. Me has obligado a casarme contigo.

—No he sido yo.

—¡Vamos! Podías imaginar que esos procedimientos me ofenderían y, si me amabas como afirmas, no deberías haber aceptado imponerme esta... humillación. Y menos aún este innoble chantaje.

—¡Te han devuelto a tus sirvientes!

—Da gracias por ello. Si no, tú no estarías aquí y tu padre desde luego ya no estaría en este mundo.

—¿Lo habrías matado? ¿Por esos dos?

—Sin dudarlo ni un segundo. De hecho, estuve a punto de hacerlo... Recuerda que esos dos, como tú los llamas, son muy queridos para mí.

—¿Y te has casado conmigo por ellos?

—¡No te hagas la inocente! Lo sabías perfectamente, pero querías meterte aquí a toda costa. Ahora ya estás, así que intenta darte por satisfecha. Dicho esto, puedes entrar y salir a tu antojo o viajar si te apetece, pero con dos condiciones: no me molestes y no manches el apellido que no he tenido más remedio que darte. Te deseo

que pases una buena noche.

Con una sonrisa burlona en los labios, Morosini se inclinó y salió del dormitorio sin querer oír el grito de rabia que el grosor de las paredes apenas amortiguaba. Seguramente Anielka iba a desquitarse con algunos objetos, pero, si el precio de la tranquilidad era ése, él estaba dispuesto a proporcionarle más. Procurando que no fueran valiosos, claro.

Una hora más tarde, en compañía de Warren y de Guy Buteau, Aldo terminaba la cena fría que les habían servido en la biblioteca ofreciendo a sus invitados café, puros habanos y licores franceses. El superintendente finalizaba el relato del largo acoso coronado esa noche con la detención de Solmanski: la discreta vigilancia de los paquebotes transatlánticos, la minuciosa y sigilosa investigación llevada a cabo en Whitechapel, la vigilancia casi invisible del sospechoso a partir del momento en que había pisado suelo británico, enormemente facilitada por John Sutton^[13], cuyo odio no disminuía.

—Y también por su amigo Bertram Cootes^[14] —dijo Warren—. Ese chupatintas es un fisgón nato. Fue él quien, después del robo de la Torre, descubrió la discusión de los dos autores del robo y permitió su detención. Como ya no tenían la piedra, denunciaron al que les había encargado robarla, pero éste había escapado de sus ángeles guardianes y tomó tranquilamente el barco para Francia. Fue justo en el momento en que yo había adquirido la certeza de que era el asesino de Wosinski. Para detenerlo, necesitaba una orden internacional, y el Foreign Office siempre se hace de rogar en virtud de un montón de consideraciones confusas. Por suerte, la policía francesa me hizo el favor de seguir su rastro hasta la frontera suiza, pero a partir de ahí desapareció.

»De todas formas, no perdí la esperanza; quería atrapar a ese hombre y, en espera de averiguar más cosas, hice todo lo necesario para obtener las armas que necesitaba. Había llegado hasta el primer ministro cuando recibí un mensaje de un tal Schindler, director de la policía de Salzburgo, diciéndome cosas muy interesantes. Al mismo tiempo, París me informaba de que correo procedente de Venecia llegaba con bastante regularidad al hotel Meurice, desde donde lo enviaban a un hotel de Múnich. Fue una suerte que llegara una última carta a París y que pudiéramos leerla. Era de *lady* Ferráis y constituía a todas luces la continuación de otras, pero en ésa la joven dama se extrañaba de que su padre tardara tanto en reunirse con ella e insistía en que se apresurara, a lo que añadía que usted podría regresar bastante pronto y que había que darse prisa. Eso fue lo que yo hice, y el resto ya lo saben.

Pensando que, después de un discurso tan largo, se merecía de sobra su coñac, Gordon Warren tomó un sorbo y lo «masticó» antes de tragarlo con los ojos entornados y de preguntar:

—¿Qué piensa hacer ahora, príncipe?

Éste pareció despertar de la ensoñación en la que el final de la historia lo había sumido.

—¿Sobre qué? —preguntó con voz cansada.

—Sobre este matrimonio, por supuesto. Es indudable que le han tendido una trampa, como se la tendieron en su día al pobre Eric Ferráis, y a sus amigos, entre ellos yo, les gustaría que no corriera usted la misma suerte. Estoy convencido de que fue ella quien lo envenenó. Lo sé, lo intuyo... y, por desgracia, no puedo hacer nada.

—¿Por qué? —preguntó Guy—. ¿No tiene pruebas?

—Aunque las tuviera, no servirían de nada. Las leyes del Reino Unido no permiten que alguien pueda ser juzgado dos veces por la misma causa. *Lady Ferráis* fue absuelta. Incluso con un montón de pruebas, sería imposible llevarla ante el tribunal de Oíd Bailey.

—Yo estoy pensando en otro tribunal: el del Santo Oficio, al que pienso solicitar la anulación de mi matrimonio *vi coactas*^[15]. Es el único camino para recuperar su libertad —dijo, suspirando, el superintendente—, pero lleve cuidado cuando inicie los trámites e intente que sean lo más discretos posible, porque a partir de ese momento estará en peligro. Se ha tomado demasiadas molestias para casarse con usted y no lo soltará fácilmente. Mientras tanto, creo que empleará otras armas. Es una de las mujeres más bonitas que he conocido. ¡Una verdadera sirena!

—No hace mucho todavía me hallaba bajo el influjo de su encanto, pero ya no. No sabría decirle por qué, pero así es. Quizá porque me horroriza lo que es turbio, dudoso, equívoco.

—Me alegro. Sea como sea, siga mi consejo: vaya con cuidado.

Consciente de que no conseguiría dormir, esa noche Morosini no se acostó. El amanecer lo encontró asomado a la ventana de su habitación, escrutando la grisura donde se juntaban el cielo y el Gran Canal en espera de un poco de rosa, de una esperanza de sol que atravesara el capullo brumoso y húmedo que envolvía a Venecia. Por primera vez en su vida, se sentía prisionero allí, tanto como el criminal que esperaba su traslado bajo uno de esos techos uniformados por la luz mortecina.

El miliciano ya no montaba guardia en la puerta y no volvería, pero la peste fascista había empezado a extenderse solapadamente, como una mancha de aceite, por Italia. Venecia estaba afectada hasta los cimientos, puesto que su familia, la familia del príncipe Morosini, se había contagiado. Adriana, a quien tanto había querido, convertida por el doble amor a un hombre y al dinero hasta el punto de haber aceptado asesinar a una mujer de la que nunca había recibido sino ternura y favores. Eso era quizá lo peor.

¿Y qué iba a hacer con ella? ¿Matarla como había jurado que haría con el asesino de su madre? Si ése era el precio de la paz de su alma, ¿por qué no? Sólo le inspiraba ya asco y aversión, al igual que la criatura que descansaba a unos pasos de él. Dejarla hundirse poco a poco en la miseria que la acechaba, darle un empujoncito en caso necesario, podía ofrecer una venganza más sutil. Faltaba saber si existían vínculos

entre ella y Anielka, en cuyo caso ésta quizá lograra socorrer a la antigua amante de su padre. ¿Qué sería entonces de él y de los que vivían con él, atrapados entre dos fuegos, entre dos odios? ¡Había que hacer algo!

Hacia las diez de la mañana, Morosini fue a casa del señor Massaria, su notario, para hacer un testamento en el que repartía sus bienes entre Guy Buteau, Adalbert Vidal-Pellicorne y la pareja Celina-Zaccaria. Después volvió a casa para ocuparse de los asuntos atrasados con el alma mucho más serena. Si moría, Anielka y Adriana no recibirían ni una migaja de su fortuna.

El banquero luxemburgués cerró el estuche con el grifo de oro y rubíes, se lo guardó en un bolsillo, estrechó efusivamente la mano de Morosini y se puso los guantes.

—Nunca podré agradecerse bastante, querido príncipe. Mi madre va a sentirse muy feliz de recibir por Navidad esta joya de familia desaparecida hace un centenar de años. Va a ser una verdadera sorpresa. La verdad es que hace usted milagros.

—Usted me ha ayudado. Es paciente y yo soy obstinado; la suerte ha hecho el resto.

Morosini miró a su cliente embarcar en el *Giudecca*, con el que Zian iba a llevarlo a la estación. Faltaban dos días para Navidad y el luxemburgués no podía perder tiempo, pero al menos se marchaba feliz.

Él no podía decir lo mismo. La alegría de su cliente y la cercanía de la Navidad aumentaban su lasitud. Sobre todo cuando se acordaba del año anterior. En esa época, Adalbert y él habían conseguido recuperar el diamante del Temerario para Simon Aronov. Además, el palacio Morosini sólo deploraba la ausencia de Mina en torno a una mesa de Nochebuena en la que un jovial trío tapaba sólidamente esa brecha: la querida tía Amélie, flanqueada por Marie-Angéline du Plan-Crépin y Vidal-Pellicorne, todos contentísimos de estar allí y de compartir con Aldo la fiesta más hermosa del año.

Esta vez el fracaso había sido total: el ópalo se había perdido para siempre y la familia inmediata de Aldo se componía de una mujer dudosa y de un criminal en espera de juicio. Los otros, los verdaderos, no estarían allí: la señora de Sommieres estaba en cama con gripe en su mansión del parque Monceau y Plan-Crépin la cuidaba. En cuanto a Adalbert, cabía imaginar que pasaría las fiestas en Viena, con Lisa y su abuela, y estaría muy bien que lo hiciera. ¿Por qué iba a privarse de esa satisfacción?

De pronto, el príncipe anticuario notó que un estremecimiento le recorría la espalda y empezó a estornudar. Estaba cogiendo frío. Era una tontería estar plantado ahí, con el viento cortante que soplaba sobre Venecia, dando vueltas y más vueltas a sus desgracias. Podía hacer lo mismo dentro. Sin embargo, cuando iba a entrar algo atrajo su atención y la retuvo: abajo, la barca del hotel Danieli empezaba a girar en dirección a la entrada del Rio Cá Foscari y el conductor movía el brazo mirando hacia

él. Seguramente le llevaba un nuevo cliente.

O más bien una clienta, pues a su lado se veía una figura femenina y elegante, con un sombrero de zorro azul y un abrigo ribeteado en la misma piel. Ella también hizo un gesto y a Aldo le dio un vuelco el corazón. Pero el barco ya había apagado el motor para acercarse a los peldaños y Aldo apenas tuvo tiempo de salir de su sorpresa: era Lisa, con la nariz enrojecida por el frío pero los ojos de color violeta brillantes de alegría.

—¡Buenos días! —dijo—. Creo que no me esperaba.

De la joven emanaba una luz tan hermosa, un calor tal que Aldo olvidó sus estremecimientos. Tuvo que reprimirse para no abrazarla y limitarse a tenderle las manos.

—No, desde luego que no la esperaba. Y además no paraba de tener pensamientos lúgubres, pero aparece usted y todo se ilumina. ¡Qué increíble alegría verla hoy aquí!

—¿No podríamos entrar? Hace una humedad glacial.

—¡Pues claro! ¡Venga! ¡Venga deprisa!

La condujo hacia su gabinete de trabajo, pero Zacearía, que llegaba con la bandeja del té, reconoció a la recién llegada y, dejando su carga sobre un baúl, se precipitó hacia ella.

—¡Señorita Lisa!... ¡Quién iba a imaginarlo! Celina va a ponerse muy contenta.

Antes de que pudieran impedírselo, desapareció en dirección a las cocinas olvidando toda la pomposidad de su actitud para no pensar más que en la alegría de su mujer. Aldo, no obstante, hizo entrar a su visitante en la gran estancia tapizada de brocado amarillo donde tan a menudo habían trabajado juntos y ella se sentó con toda naturalidad en el sillón que ocupaba antes para tomar en taquigrafía las cartas que Morosini le dictaba. Pero no tuvieron tiempo de cruzar dos palabras, porque la puerta se abrió y Celina, riendo y llorando a la vez, se abalanzó hacia Lisa, a la que estuvo a punto de aplastar con su entusiasta abrazo.

—¡Por todos los santos del Paraíso, es ella, es nuestra pequeña! ¡Jesús bendito, que hermoso regalo de Navidad nos has hecho!

—Si tenía alguna duda sobre el cariño que se le tiene aquí, creo que habrá quedado despejada —dijo Aldo cuando Lisa consiguió liberarse del torbellino de cintas, tela almidonada, seda negra y carne exuberante que representaba Celina llorando a moco tendido—. Supongo que se queda con nosotros, ¿no?

—Sabe que no puedo. Al igual que el año pasado, vuelvo a Viena para estar con mi abuela, que me ha dado muchísimos recuerdos para usted. Le quiere mucho.

—Yo también. Es una mujer admirable. ¿Cómo está?

—Estupendamente. Espera también a mi padre y a mi madrastra, cosa que sólo le hace gracia a medias, pero la hospitalidad la obliga, y no quiero dejarla pasar ese trago sola.

—Entonces..., este viaje a Venecia... ¿Ha venido de verdad por nosotros?

No se atrevía a decir «por mí», pero esperaba tanto que fuera así... En ese

momento tornó por fin conciencia de lo que sentía por Lisa. Supo por qué ya no quería a Anielka, por qué no podría volver a quererla jamás, suponiendo que lo que lo había atraído hacia ella fuera amor. Y la sonrisa de Lisa le confortó el corazón.

—Pues claro que ha sido por ustedes. Me gusta Venecia, pero ¿qué sería sin... todos ustedes? Bueno, para ser sincera, hay también otro motivo.

El sonido de unos pasos rápidos la interrumpió. En ese momento, para Aldo el cielo se nubló y Celina retrocedió hasta la sombra de una estantería como ante una amenaza. Anielka acababa de entrar en el despacho, invadido por un repentino silencio.

—Perdón si molesto —dijo con voz clara—, pero necesito una respuesta, Aldo. ¿Qué hacemos con esa cena en casa de los Calergi? ¿Quieres ir o no?

—Hablaemos de eso más tarde —dijo Morosini, cuyo semblante palideció de ira y de dolor a la vez—. No es ni el momento ni el lugar para tratar ese asunto. Ten la bondad de dejarnos, por favor.

—Como quieras.

Con un desdeñoso encogimiento de hombros, la joven giró sobre sus talones, haciendo revolotear el vestido de *crêpe georgette* de color crudo alrededor de sus piernas perfectas, y se fue como había venido, pero Lisa ya se había levantado con un movimiento automático. Ella también se había quedado pálida. Había reconocido a la intrusa, y la mirada que dirigió a Aldo estaba teñida de sorpresa y de incomprensión.

—¿He visto bien? ¿Es... *lady* Ferráis?

¡Dios, qué difícil fue responder! Pero había que hacerlo...

—Sí..., pero ahora lleva otro apellido...

—No me dirá que se llama... Morosini... ¿La hija de...? ¡Es abominable!

Lisa trató de salir corriendo hacia el vestíbulo, pero Aldo la retuvo por la fuerza.

—¡Un momento, por favor! ¡Sólo un momento!... Déjeme por lo menos que le explique...

—¡Suélteme! ¡No hay nada que explicar! Tengo que irme... ¡No me quedará aquí ni un segundo más!

Su voz entrecortada, nerviosa, traducía su conmoción. Celina intentó acudir en ayuda de Aldo:

—¡Concédale un momento, señorita Lisa! No ha sido culpa suya...

—¡Deje de mirarlo, Celina! Este imbécil redomado es bastante mayorcito para saber lo que hace... y después de todo siempre he sabido que estaba enamorado de esa mujer.

—No, no... Usted no puede entenderlo...

—¡Ya basta, Celina! La quiero mucho, pero no me pida tanto. Adiós.

Se inclinó para besar a su vieja amiga y después se volvió hacia Aldo, que era demasiado consciente de lo irreparable para seguir intentando reaccionar.

—Casi se me olvida la verdadera razón de mi visita. ¡Tome! —dijo, arrojando sobre la mesa un estuche de piel negra—. Le he traído esto. Encontramos el cuerpo de Elsa.

Al caer entre los papeles, el estuche se abrió, dejando a la vista el águila que no esperaban volver a ver. La potente lámpara de lapidario encendida sobre la mesa hizo centellear los diamantes, mientras que todos los matices del espectro solar parecían brotar de las profundidades misteriosas del ópalo.

Cuando Aldo volvió la cabeza, la señorita Kledermann ya no estaba. Ni siquiera intentó ir en su busca. ¿Para qué? Paralizado ante la piedra que no se atrevía a tocar, oyó crecer y decrecer el ruido de la barca que se llevaba a Lisa. Lejos, muy lejos de él. Seguramente demasiado lejos para que fuera posible reunirse algún día con ella.

Saint-Mandé, diciembre de 1995

FIN

Notas

[1] Véase *La Rosa de York*. <<

[2] Desde la guerra de 1939-1945, el Aguilucho reposa en los Inválidos. Su cuerpo fue repatriado a París por Hitler con la intención de ganarse las simpatías de los franceses. <<

[3] Unos años más tarde se convertirá en el *Arlberg-Orient Express*, una segunda línea del más famoso de los trenes. <<

[4] Véase *La Estrella Azul*. <<

[5] Mezcla de agua con gas y vino muy apreciada en Austria. <<

[6] Apfelgrüne significa «manzana verde». <<

[7] Especie de *gnocchi* de la región de Salzburgo. <<

[8] Queso blanco con hierbas aromáticas, pimentón, pasta de anchoas, comino y alcaparras. <<

[9] Traje campesino convertido en traje nacional. <<

[10] Actualmente la embajada de Francia en Roma. <<

[11] Lohengrin, hijo de Parsifal y caballero del Graal, acude en ayuda de Elsa de Brabante, víctima de graves acusaciones por parte de sus vasallos. Se casa con ella después de hacerle jurar que nunca le preguntará su nombre, pero Elsa no cumple su promesa y Lohengrin se marcha en la barca tirada por un cisne con la que había llegado. <<

[12] El puente para vehículos no fue construido hasta 1933. <<

[13] Véase *La Rosa de York*. <<

[14] Véase *La Rosa de York*. <<

[15] Contraído por la fuerza. <<